José Martí

OBRAS COMPLETAS - *Edición Crítica*



1881-1882 (volumen 2)

Estados Unidos

10

CEM | Centro de Estudios Martianos

Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

CLACSO

© Centro de Estudios Martianos, 2016 | ISBN 959-7006-65-0 tomo 10 | ISBN 959-7006-08-1 obra completa

Proyecto de edición: Cintio Vitier y Fina García-Marruz.

Dirección general: Pedro Pablo Rodríguez.

Equipo realizador del tomo: Josefina Toledo Benedict, Yadira Álvarez López y Leanee Díaz Sardiñas.

Colaboradores: Jacques-François Bonaldi, Marta Cruz Valdés, Martín Duarte Hurtado, Miriam López Horta, Pablo Riaño San Marful, Rodolfo Sarracino y Verónica Spásskaya.

Edición: Dania Pérez Rubio.

Diseño: Ernesto Joan.

Realización: Beatriz Pérez Rodríguez.

Composición: Marlén Santiesteban Brizuela.

Imagen de cubierta: detalle de *Batalla inmortal*, 2003. Colección del artista.

Centro de Estudios Martianos
Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

Calzada 807, esquina a 4, El Vedado | 10400
La Habana, Cuba
Tel. [53 7] 836-4966/69 | Fax [53 7] 833-3721
<cem@josemarti.co.cu> | <www.josemarti.cu>

Equipo

Dr. Pedro Pablo Rodríguez (director general)
Lic. Aida Martín Fernández (directora editorial)
Dra. Carmen Suárez León (investigadora titular)
Dr. Rodolfo Sarracino Magriñat (investigador titular)
Dra. Marta Cruz Valdés (investigadora)
Msc. Marlene Vázquez Pérez (investigadora)
Lic. Yisel Bernardes Martínez (investigadora)
Lic. Lourdes Ocampo Andina (investigadora)
Lic. Niurka Alfonso Baños (editora)
Lic. Rubén Javier Pérez Bosquets (investigador)
Lic. Mariana Pérez Ruiz (adiestrada)
Lic. Miladis Cabrera Bess (asistente de dirección)
Marlén Santiesteban (operadora digital)

Desarrollo Libre de Aplicaciones

Luis Alberto Morera Fernández, Dayron Rámida Coll, Ariel Armas Ramos

CLACSO 50 AÑOS

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304-9145 | Fax [54 11] 4305-0875
<clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Secretario Ejecutivo

Pablo Gentili

Directora Académica

Fernanda Saforcada

Coordinador Editorial

Lucas Sablich

Coordinador de Arte

Marcelo Giardino

Arte de Tapa

Jimena Zazas

Revisión Técnica de la Presente Edición

Gonzalo Mingorance

NOTA EDITORIAL

Obras completas. Edición crítica *recoge la totalidad de la producción de José Martí (1853-1895), conocida hasta el presente, y también nuevos materiales localizados durante su preparación.*

Contiene crónicas, correspondencias periodísticas, artículos, ensayos, discursos, semblanzas biográficas, poemas, novela, obras de teatro, cartas, proclamas, comunicaciones, manifiestos, dedicatorias, borradores, cuadernos de apuntes, fragmentos de escritos (o anotaciones incompletas), traducciones y dibujos. Los materiales publicados o escritos originalmente en otros idiomas están acompañados por las correspondientes traducciones al español.

Los trabajos recogidos en esta edición son transcripción literal de los documentos existentes: manuscritos, mecanuscritos, impresos, microfilmes o fotocopias, y el cotejo con sus fuentes más fidedignas. Las diferencias entre ellos serán la natural rectificación de erratas, la modernización de la ortografía y las obvias convenciones editoriales adoptadas, sobre todo en los casos de escritos tomados de ediciones de la época. Se tendrá muy en cuenta, sin embargo, el peculiar estilo de la puntuación martiana, suficientemente fundamentado por el propio autor, aunque habrá casos de imprescindibles modificaciones, siempre advertidas en notas al pie. Cuando sea necesario agregar una o más palabras, se colocarán entre corchetes. También pueden aparecer entre corchetes la letra o letras que falten en el manuscrito a una palabra la cual se completara como hipótesis. Estas son algunas de las variaciones fundamentales con relación a ediciones anteriores.

En los casos de impresos publicados por Martí, se dan los datos bibliográficos literales de la primera edición; al final de cada pieza, en todos los casos, se indica la fuente utilizada para su reproducción.

Se conciben los tomos sobre la base de un ordenamiento cronológico-temático de su contenido. Consiste en adoptar el sistema cronológico, año por año, pero siempre que la heterogeneidad de los escritos de Martí lo justifique, ya que a partir de los años 1875-1876 su producción comienza a manifestarse en varias direcciones simultáneas. De ahí que cada año aparezcan varias secciones: las necesarias para lograr una articulación coherente.

De este modo, sin perder el sentido del desarrollo y trayectoria del pensamiento martiano, pero respetando la simultaneidad de sus actividades políticas, periodísticas, literarias y otras, se ofrece una imagen completa de sus escritos, en una combinación flexible y cambiante, según etapas definidas por criterios cronológico, temático y genérico.

En lo referido a la poesía —carente en muchos casos de fecha, y que en ocasiones dio como resultado unidades estilísticas específicas a lo largo de extensos períodos, como los Versos libres—, *los «Cuadernos de apuntes» y «Fragmentos», los materiales han sido agrupados en volúmenes separados, aunque sujetos al ordenamiento que permiten las precisiones alcanzadas hasta hoy.*

Con Martí como centro, y según la importancia que tengan en su vida y obra, se recogerán en notas y en los diferentes índices de cada tomo, las informaciones sobre personajes históricos, autores, sucesos, corrientes de pensamiento y otros aspectos mencionados o referidos en sus textos. Cada tomo, en términos generales, contendrá los siguientes elementos: textos martianos, notas al pie, notas finales, índice de nombres, índice geográfico, índice de materias, índice cronológico, índice de notas finales y el índice general del tomo.

Las notas al pie de página *se derivan del cotejo de los textos martianos con los originales, o de la confrontación de variantes de estos, y reflejan de manera escueta y precisa los cambios observados; complementan la comprensión inmediata de la lectura y pueden remitir al índice de nombres o a las notas finales, como apoyo informativo. Estas notas van numeradas para cada pieza.*

Las notas finales *—señaladas como «Nf.»— son explicativas, más extensas y circunstanciadas. Se refieren a sucesos, cuestiones históricas, económicas, políticas, literarias, corrientes de pensamiento, publicaciones, problemas específicos que plantean algunos manuscritos, o bien contienen semblanzas biográficas de personas que tuvieron un relieve apreciable en la vida de Martí, en la historia de Cuba o en la de América. El lector podrá encontrarlas ubicadas al final del tomo, ordenadas alfabéticamente, y además, estarán apoyadas por un* índice de notas finales.

El índice de nombres *incluye un índice de referencias —autores, obras, personajes, instituciones y otros— no diferenciado dentro del propio índice, que complementa o suple la información del complejo de notas del tomo, mediante remisión a estas y con la inclusión de anotaciones o reseñas.*

El índice geográfico *relaciona alfabéticamente todos los accidentes y lugares geográficos; caracteriza los accidentes y fija la nacionalidad del lugar, solo con la obvia excepción de nombres de países o capitales.*

El índice de materias *incluye la relación alfabética de materias y sus derivados que aparecen en la obra*.

El índice cronológico *ofrece la guía al lector acerca de la producción martiana incluida en el tomo, en un orden que sigue la datación probada o fecha aproximada. Completa la virtual imagen fragmentaria que pudiera dar el conveniente ordenamiento temático.*

En algunos tomos se incluirá un glosario, *que ayudará a la mayor comprensión de los textos.*

La serie constará de un tomo que recoge los acontecimientos principales en la vida de Martí, y en cronologías paralelas, de la historia de Cuba, España, Hispanoamérica y Estados Unidos, y en menor medida, del resto del mundo, con énfasis, según el período, en los hechos relacionados con los países donde residió. También incluirá la información imprescindible acerca de las más relevantes corrientes, tendencias, escuelas, hitos y creaciones artísticas y literarias de las culturas cubana y universal que conformaron el cosmos de hechos e ideas contemporáneas de Martí. Se incluirá, al concluir la serie, un tomo con documentos relacionados con la vida de Martí.

De este modo intentamos acercarnos al ideal propuesto por Juan Marinello en su prólogo a la edición de las Obras completas *de la Editorial Nacional de Cuba, en 1963: «Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido».*

Al encarar esta difícil tarea, que desde luego estará sujeta a rectificaciones y enriquecimientos sucesivos, hacemos constar que, sobre todo en los cinco primeros tomos, se trabaja sobre el diseño de edición concebido por los destacados intelectuales Cintio Vitier y Fina García-Marruz, quienes iniciaron las investigaciones para la edición crítica de las Obras completas.

Se dedica este tomo 10 a las llamadas Escenas europeas publicadas en el diario La Opinión Nacional*, de Caracas, durante el segundo semestre de 1881, como colaboraciones enviadas desde Nueva York por José Martí. El tomo 11 completará este tipo de escritos publicados en 1882 en el mismo periódico.*

Los textos se han ordenado cronológicamente por su fecha de publicación y se han cotejado las transcripciones con los originales de los periódicos. Siguiendo las pautas de esta Edición Crítica*, no se han modificado los casos en que no aparecen los signos de admiración al inicio de frases o períodos, teniendo en cuenta, además, que resulta francamente difícil colegir el momento en que el autor pretendía enfatizar una entonación. Se ha considerado también que hay casos similares en los manuscritos en los que el propio Martí tampoco los utiliza.*

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

Abreviaturas y siglas

CEM: Centro de Estudios Martianos.

LON: *La Opinión Nacional*.

Mf.: Microfilme.

Ms.: Manuscrito.

Nf.: Nota final.

OC: *Obras completas*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, 28 tomos. [El tomo 28 fue publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro; así como la reimpresión de estas obras que vieron la luz en el año 1975 y posteriormente en el 1991.]

1881

Escenas europeas

Otra carta de Nueva York
(De nuestro corresponsal)

España-Francia

Sumario

España.—El Rey en El Ferrol.—"¡Venganza!"—Elecciones reñidísimas.—Benevolencia de Castelar.—Habilidad de Sagasta.—Incendios misteriosos.

Francia.—Gambetta silbado.—Belleville rebelde.—Discurso en Tours.—Discurso en Ménilmontant.—Tentativa de discurso.—Reformas graves.—Bonapartistas rendidos.

Nueva York, 20 de agosto de 1881.

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

En la trabajosa elaboración de la nueva sociedad política en España, señálanse las elecciones actuales por un carácter singular de agitación, en que además de los elementos conocidos, bullen esos otros elementos sombríos e impalpables que anuncian en lo venidero gravísimos peligros para la libertad. Amplio trabajo, trabajo fácil y bien remunerado, bastante a satisfacer las necesidades exasperadas de las clases pobres, fuera el único remedio para este gran riesgo futuro. Las cóleras contenidas, al fin estallan; y es necesario desarmar las cóleras. La miseria las mueve: es necesario vencer a la miseria. El trabajo la ahuyenta: es necesario perseverar en la creación y alimento de fuentes incesantes de trabajo. Pero la romántica Península, pagada de generosos e inquietos ideales, busca equivocadamente su ventura en las instituciones políticas, sin tener en cuenta que estas no andan seguras sino cuando se cimentan sólidamente en el bienestar público. Crear intereses, es asegurar la paz.

Las elecciones presentan hoy en España ese carácter general pintoresco que las distingue, y el carácter concreto, violento, que les da el duelo a muerte que en ellas se libra. Sagasta, espíritu perspicaz, mas no a tal grado que baste a torcer la inconstrastable corriente invasora de las nuevas ideas, batalla indudablemente, a la sombra de la monarquía para preparar el advenimiento de la República,—mas no de la enérgica, práctica y activa República—en cuyo pro militan el profundo Martos, el genioso Salmerón, el honrado Ruiz Zorrilla,—sino de esa otra República nominal, represiva, heterogénea, transitoria, que ha de contar entre sus jefes, estrechamente unidos, en razón de la ayuda que mutuamente se han prestado, a Castelar, a Sagasta, a Sagasta mismo, y a Serrano. No hay habilidad comparable a la del actual Presidente del Consejo de ministros del rey Alfonso, en la elaboración y creación de unas Cortes amigas. El telégrafo nos anuncia ya que la victoria va a ser suya. De aquella masa compacta, blanda como cera a las manos recias de

Cánovas,—no volverán al Congreso más que cuarenta miembros a lo sumo. Aquel partido a tal extremo personal que se denomina con el nombre de su jefe, y le sigue, con ciega confianza en sus habilidades conocidas; en su traviesa, y censurable aunque útil carrera, por entre las más opuestas instituciones,—sustituirá en las Cortes a aquella desconcertada mayoría que no fue bastante poderosa para impedir la derrota del soberbio Cánovas. Pero el Congreso ahora electo no reflejará ciertamente la opinión pública, como no la reflejaba el anterior. Los escarceos osados a que el interés de sus amigos, el suyo propio, y su fama, obligan a Sagasta, no pueden satisfacer ni apasionar a un pueblo fatigado de su servidumbre a una casta absorbente de hombres brillantes y audaces, que olvidan, por el provecho de su propia gloria, los intereses reales y agonizantes de la nación que representan. Violencia y fraude caracterizó a las elecciones precedentes; violencia y fraude están caracterizando a estas. Más temeroso de Martos que de Castelar,—por más que Martos venga poniendo en práctica desde hace mucho tiempo, la República conservadora, central y democrática que como novedad presentan hoy los oportunistas españoles,—Sagasta auxilia a Castelar, de quien teme menos, y persigue a Martos; a quien ve con creciente zozobra. En esa afortunada marcha sobre puentes que va sustituyendo en las democracias europeas a las antiguas convulsiones impreparadas y cruentas,—Castelar, con razón sin duda, en esta época de cuerdas transacciones, se ve abocado a recibir en sus brazos el cadáver monárquico, porque el trono caerá infaliblemente, ya a manos de los excesos de los políticos conservadores para defenderlo, ya a manos de los demócratas que, amparados de las transitorias libertades de Sagasta, se organicen para un combate que sólo habían aplazado. Y como se ve abocado a esto, a ello se prepara, por natural y honrada tendencia de su espíritu aristocrático y artístico,—y por cauta obediencia a las seducciones de un próximo poder. Esta tendencia que ha venido acentuándose en los últimos tiempos, acaba de revelarse de una manera inequívoca en el discurso que a principios de agosto pronunció Castelar en el Alto Aragón. Áspera censura,—que ya raya en manerismo por lo repetida,—a los pensadores radicales, no bastante organizados hoy en España para que justifiquen esta acerba y constante condenación; ampuloso elogio de las aspiraciones y programa de la revolución democrática, con excitaciones vivas a que Sagasta realice la abolición de la esclavitud, que él pudo abolir, y no abolió; visible apoyo a la política sagastina a la que no escaseó afectuosa alabanza,—fueron los caracteres principales de este discurso electoral, que ha valido al tribuno el auxilio benévolo del Gobierno en las actuales elecciones,—no para sí, que no lo ha menester, sino para sus contados secuaces,—y la acre y resuelta condenación del genuino elemento democrático, que cree imprudente e injusto este exaltado panegírico de las excelencias de un gobierno monárquico. Redúcese, pues, la batalla a un doble combate, tan vivo en un extremo como en otro: impedir la resurrección de Cánovas: impedir los progresos de Martos. Aquello implicaría para Sagasta la caída del poder, y el advenimiento tempestuoso de una revolución demasiado radical para que él pudiera ser contado como elemento principal en ella; esto,—los progresos de Martos,—habilitarían a la democracia,—para que en su venidero e inevitable triunfo, crease una situación en la que Sagasta no podría hallar puesto. He aquí los resortes interiores de aquella política, que simpatías personales, apasionados prejuicios, u otras causas, no dejan frecuentemente salir a luz.

De manera que, a lo que dice el telégrafo, muy escaso número de carlistas y de demócratas enérgicos irán a las Cortes, tanto que se estima que no llegue a ciento diez, en junto, el número de Diputados de todas las oposiciones que lograrán asiento en el Congreso.

En tanto que lo presente se urde de este modo, y de la manera que hemos dicho se prevé lo futuro en los reposados gabinetes de la elegante villa de Madrid,—llamaradas rojas esparcen resplandor siniestro por olivares y cortijos, y con extraña simultaneidad, encienden y devastan muy ricas propiedades andaluzas, pertenecientes a los privilegiados de la fortuna, sentada tanto tiempo humildemente a las puertas de la nobleza venturosa. Huelva, Murcia, Sevilla, León y Córdoba, vieron en la mañana del 15 de agosto asolados sus fértiles campos, ardiendo sus mejores vegas, y en riesgo sus blancos y alegres caseríos. El general Serrano se cuenta entre los más perdidosos, y en sus haciendas, más que en otras algunas, se ha cebado este fuego misterioso:—he ahí el sombrío elemento, he ahí el viento ruso que viene encendido y ciego desde la rebelde estepa! he ahí la miseria pública, empujada al crimen y al odio, que es en sí un crimen, por la escasa cautela y la culpable indiferencia de los que pudieran contenerla! he ahí el clamor urgente de una nueva época que quiere ser regida con arreglo a sus necesidades reales y visibles, y no a la fría soberbia que desenvuelve tenazmente, con escasez de sentido humano, un plan de gobierno meramente mental y especulativo!—Crimen son esas llamas; pero aviso.

Y es lo singular que incendios semejantes a este, han consumido, aunque atajados a tiempo, algunas siembras en el Mediodía de Francia, y que acontecieron estas quemas en los momentos en que perecerían los sembrados españoles. Oh, qué ojo tan profundo, qué mano tan segura, qué ejecución tan rápida, y qué sentido tan práctico, se necesitan para regir hoy aquellos pueblos europeos, en que se avecina convulsión tan tremenda, que parece que ha de venir estrecho a los hombros del nuevo fantasma la mortaja roja que envolvió en sus postrimerías el extraordinario siglo pasado!

El rey de España, en tanto, lealmente aconsejado en esto por su primer ministro, intenta rehacerse en los corazones de su pueblo impresionable, de la popularidad que debió al principio a la habilidad de Cánovas, y que por la osada ambición de este iba perdiendo, por accidental, ocasional y ficticia que ella fuese. Un extraño incidente, y una delicada aunque inoportuna galantería, señalaron su llegada a El Ferrol. Ni el anhelo de aventuras ha de dejar de ser nunca tipo distintivo de los pueblos meridionales, ni aquel caballero galán, temerario, brillante y loco, que no ha hallado aún en la literatura española personificación ajustada y propia, ha muerto en España. La rencorosa y provocadora política de Cánovas se marcó siempre por su inmoderada tendencia a resucitar el espíritu conquistador que distinguió a España en otros tiempos, y por su implacable odio a la admirable Francia, que en su actual prosperidad y gobierno, desmiente, desacredita y acusa al régimen canovista. Llevados de estos móviles que aprovecharon a más como medio de oposición al gobierno de Sagasta, los canovistas propalaron rumores absurdos, intentaron encender la ira nacional y exageraron intencionalmente los sucesos de Marruecos, y las supuestas ofensas hechas en Túnez a España por Francia, a punto que la opinión sensata llegó a extraviarse y la nación a dar muestras de cólera. Con discurso elegante saludó el rey a los marinos de El Ferrol, aludió a glorias pasadas, las deseó nuevas, e hizo votos—y en esto estuvo la galantería para la reina, y el acto inoportuno para con la nueva España,—porque los barcos de la casa real dieran cima en este siglo a proezas semejantes a las que enaltecieran su fama en los tiempos en que la casa de Austria rigió a España. A poco estaba en manos del rey, una ardentísima composición en verso, suscrita por los marinos ferrolanos, marcada por un exaltado tono bélico, en la que se le excitaba a hacer vengar la sangre de aquellos hermanos españoles que claman venganza en Túnez. Mas estos peligros han sido costeados, estas agitaciones sofocadas, burlados estos censurables

manejos por la habilidad y prudencia de Sagasta, más dado a las glorias de su política y al engrandecimiento interior que a la costosa e injusta grandeza de la guerra. El Gobierno ha sido además calurosamente ayudado en esto por la brillante y perspicaz prensa democrática madrileña, que paga con largueza el íntimo cariño que muestra Francia a los sensatos y levantados demócratas españoles.

* * *

Un hecho inesperado agita a Francia, aflige a los hombres sensatos, regocija a los odiadores vulgares y determina de una manera resuelta y marcada la política futura del imponente jefe de la democracia francesa: Gambetta ha sido silbado en París. El tumulto ha rugido a sus pies; el odio y la envidia le echaron encima una traílla de canes rabiosos; sus adversarios, no pudiendo vencer su voz, han querido ahogarla; unos cuantos centenares de agitadores redujeron al silencio a ese orador pujante, cuya energía cejó domada ante las vociferaciones de una turba rebelde. ¿Cómo ha sido esto? ¿Es acaso la gloria del hombre la que nos conturba? ¿Peligran, por ventura, la majestad y la fortaleza de la causa que defiende? ¿Es el pueblo francés el que así injuria a quien con más fortuna, moderación y habilidad le sirve? No es el pueblo francés. El orador lo dijo, haciendo tronar al fin su voz por sobre de la muchedumbre encrespada a sus plantas:—"Ciudadanos"—exclamó:—"sois diez mil, y os dejáis reducir a la impotencia por un puñado de exaltados".Y volviéndose a los grupos vociferadores: "Yo os conozco"—decía:—"sois cobardes pagados para conduciros como lo hacéis. Queréis ahogar la discusión porque no podéis responder a nuestros argumentos. Yo os encontraré el domingo. La justicia tendrá su día". Pero la ola crecía: los indiferentes y los tímidos dejaron obrar a los coléricos y a los revoltosos; veinte minutos de inútiles esfuerzos no bastaron a sofocar aquellas iras, y, en medio de vocerío acusador y tremendo, Gambetta abandonó al fin, vencido y airado, la tribuna.

¡Tumultuoso término de una brillante campaña! El discurso que Gambetta no pudo pronunciar era el tercero que había preparado para que sirviese como de molde y guía en las elecciones que hoy conmueven a Francia. La oratoria de este hombre llega a la grandeza, no por señalada elevación del pensamiento arrebatado en uno u otro instante de exaltación sobrehumana, sino por la peculiar nitidez de sus conceptos, la arrogante franqueza con que los exhibe, y la sólida bondad de cada uno de ellos. Es una grandeza singular, totalmente nueva: no viene de la excelsitud, del fuego imaginativo, del fervor apostólico, del colorido poético:—viene del perfecto ajuste y admirable engranaje de las diversas porciones del discurso, y de la constante elevación relativa de todos los pensamientos que lo forman. Allí nada tiene ala; pero todo tiene peso. Es un león en reposo. Tiene la prudencia de la autoridad, y la fuerza de la calma.—Como dice lo que es cierto, cuando dice, manda. Costea, dirige, esclarece, prepara la mente de los que le oyen para recibir las fórmulas sonoras y lucientes: y cuando estas llegan,—provocan adhesiones irreprensibles y ardorosas porque gracias a la habilidad del orador, su pensamiento tenía ya esa misma forma en la mente de los que le oyen. Les hace creer que obedece a sus pensamientos, cuando en realidad se los incauta y esclaviza. Así se exhibió en Tours, donde este género sincero y sano de elocuencia le alcanzó un ruidoso y grande triunfo. Se conocen de sobra los últimos hechos de la política francesa. En la Cámara de Diputados, la tarea de ir convirtiendo, merced a leyes prudentes, útiles e inflexibles, a la Francia en un cuerpo democrático robusto, halla un permanente obstáculo en la

fusión de los elementos extremos de la política francesa, la derecha monárquica irreconciliable, y la izquierda revolucionaria irreconciliable, unidas por el celo y por la ira ante el adversario sagaz y poderoso. En el Senado un espíritu sistemático de resistencia, y de apego incondicional al viejo régimen se opone a la reforma del sistema electoral, a la admisión de la enseñanza obligatoria y laica, al cambio en el modo de elegir la magistratura,—con lo que andan en perenne choque, y en imposible comunión, los dos cuerpos legisladores del Estado. En el país, los odios políticos perturban, con su intuición en las escuelas, la generación naciente, a la que es fuerza enseñar algo más que el odio insensato a los que no piensen como enseñan los educadores; y la inútil instrucción elemental, y no agrícola ni industrial, que se les da ahora. Estos son sentimientos públicos, verdades averiguadas, malestares sentidos, conflictos visibles. Se recibe el daño; se anhela el remedio. Y esto, con oportunidad suma, ha hecho Gambetta. Definió el mal, que todos palpan; apuntó la manera de evitarlo que todos desean, a marcha tan segura no hay modo de oponer obstáculos. A hombre que así ahoga su propia personalidad, y la amolda a la de su época, y la ajusta, con precisión tan rigurosa, a cada caso concreto,—es ciertamente difícil, en estos tiempos, devorados del anhelo de soluciones prácticas, derribarlo en batalla franca. Y he aquí su dictadura: la del sentido común. Cíclope tal ha de excitar temibles iras, y mover implacables despechos, y azuzar motines tales como el que ahogó al fin en Belleville esta voz penetrante y serena.

Era su programa, majestuosamente desenvuelto en su discurso de Tours: para evitar las resistencias del Senado, modificación electoral que permita el cambio de sus actuales miembros; para impedir la fusión de los elementos hostiles de la Cámara, una mayoría generosa, unánime, franca y compacta que apoye lealmente las decisiones del gobierno; la enseñanza,—obligatoria y laica; el servicio militar,—perfeccionado y robustecido, y obligatorio, aún para sacerdotes y maestros; y para las corporaciones religiosas, que trabajan en la sombra por minar el poder civil, no hay libertad de asociación, porque no hay libertad contra el Estado. Para el interior,—trabajo constante y escuela útil. Para con el exterior, alejamiento y entereza. Para hacer sólido al pueblo, hacerlo rico. Para hacerlo respetado de los invasores, hacerlo militar. Para hacerlo fuerte, hacerlo inteligente. En suma, a nueva máquina, que ya tiene cimiento, rodaje nuevo. No puede mente alguna concebir, salvo accidente de detalle, programa más sobrio, urgente, útil y enérgico: salvarse de los odios viejos, libertarse de las presiones exteriores, y cultivar las nuevas fuerzas: para la edad moderna, hombres modernos.

Belleville, madriguera sombría en que se refugian los desairados de la fortuna, y en que predican, generosos los unos, malvados los otros, las ideas imposibles o siniestras con que mentes utopistas, o corazones impacientes, o celos ambiciosos conmueven a las turbas,—daba muestras de señalada agitación. Las elecciones se anunciaban en el rebelde barrio de obreros, con un carácter amenazante y nuevo. Fieles hasta hoy a Gambetta, los electores parecían enseñar su decisión de no serle ya fieles. Las candidaturas socialistas bogaban con fortuna. Se murmuraba, en voz alta, de Gambetta. Se injuriaba a los comisionados para su elección. Se obligó a la comisión a decidir, para evitar un escándalo grave, con lo que tal vez, no hizo más que precipitarlo, que Gambetta hablaría esta vez, no en aquellas vastas salas en que los más humildes tenían derecho a acercarse al Diputado, y verlo faz a faz, y estrechar su mano, sino a cierto número de personas selectas, especialmente invitadas, en un salón estrecho. Y así se hizo. Gambetta habló a mil personas, todas ellas pertenecientes a la burguesía, entre las cuales divisábanse apenas cincuenta

hombres vestidos de blusa. Ya allí comenzó a crecer la ola, a oscurecerse el cielo, a armarse el rayo, a rugir la tempestad que se desató luego. Veinte mil obreros, contenidos a la puerta de la asamblea por un fuerte cuerpo de policía armado, amenazaban con su ira y castigaban con sus injurias a los que habían logrado entrada. De adentro, se oía como clamor de océano, el de la muchedumbre:—“¡Abrid, abrid las puertas!”, exclama al fin Gambetta: y entren cuantos quepan!” No hubo entonces hueco en el salón que no fuera cuerpo de hombre. El ruido sordo de los obreros descontentos respondía a los aplausos incesantes que arrancaba el discurso de Gambetta. Habló a los franceses de Francia; y a los electores de Belleville, les habló de él. En raptos apasionados y fogosos los hizo recorrer toda su vida de lealtad a su pensamiento, y servidumbre a la democracia. Asombró, hizo reír, flageló a sus adversarios, creció a los ojos mismos de estos, cautivó a los obreros que rugían, convenció y arrebató a aquella difícil asamblea, que lo premió y vitoreó ruidosamente.

¡Y este mismo pueblo, que exaltaba al diputado de Ménilmontant, lo injurió, lo voceó, lo vejó, cuatro días después, en Charona! Tal victoria había sido insufrible, y era ciertamente grave para los que habían acumulado en Belleville todos los esfuerzos de su ambición, de su pasión política, o de su odio. Un gran local fue aderezado en Charona, la comisión trabajaba con eficacia rara. Los electores prometían su enérgico apoyo. La majestad de la verdad fue allí, segura de su fuerza,—y allí fue volcada. No había podido pasar desapercibida a los ojos de los preparadores, ni a los del orador, la agitación que estalló al fin. Era una batalla solicitada:—del uno, fue gran acto de energía ir; de los otros, grande acto de vileza. En vano se esfuerzan en vencer el tumulto dos miembros de la comisión ejecutiva; en vano, poderoso y magnífico, se encara el diputado a aquella turba frenética, que puebla el aire de silbidos y de voces.— ¡Oh, qué fiera! ¡un público! El orador se resuelve, afronta de nuevo al tumulto, hace oír su desafío amenazador; reta, con palabras que no se oyen, y su puño crispado, a aquella muchedumbre decidida a desobedecerlo y afrentarlo. Y abandona—rompiendo tal vez en su mente todo lazo de unión que aún lo atase a los insaciables y fanáticos partidarios de las ideas extremas,—aquella inmensa sala donde las iras de un partido impotente, no pudiendo hacer dominar sus propósitos, se cebaron en un hombre.—Cierto que ese hombre encarna la resistencia meditada, incontrastable y fría, a toda merma de la libertad, que venga de arriba, o a todo envilecimiento de la libertad que venga de abajo, ha de excitar rencores grandes.

Mas la seguridad de la política de avance lento y democratización sólida de la Francia que Gambetta representa, no parece por fortuna comprometida por este escándalo, que si no redunda en gloria del orador desconocido, no le quita autoridad, ni se la da a sus enemigos. Una honrada amistad, gallardamente confirmada con frases felicísimas por Gambetta mismo en Tours,—y una mutua y sincera admiración, une al Presidente de la República y al tribuno famoso. Por otra parte Ferry, el jefe del Gabinete, se ha ofrecido en un banquete a servir como soldado la política fundadora y decidida de Gambetta. Son hombres ilustres, generosamente consagrados a la creación de una patria nueva. La victoria electoral, por tanto, parece decisiva.

Los bonapartistas, mantenedores tenaces de una causa personal que no tiene ya persona que la represente, seguros de antemano de su total derrota, ceden melancólicamente el campo. Rouher, el más conspicuo y afamado entre los personajes del imperio que aún batallan, declina su candidatura, en un documento lleno de tristeza [y] amargura, que viene a ser como el clamor del Pontífice, que ve vacía de fieles y en ruinas ya, su Iglesia. Los partidos conservadores se han

entregado, como dijo Gambetta bravamente, a jóvenes y atrevidos principiantes que sacuden con manos ambiciosas los jirones de sus desacreditadas banderas. La unión sincera de todos los elementos electorales de que dispone el gobierno, y los que están en manos de Gambetta; la entrega incondicional que de sí han hecho los bonapartistas; la claridad, novedad, oportunidad y firmeza de las declaraciones de Gambetta en sus dos celebrados discursos de Tours y de Ménilmontant, y el natural temor y repulsión que inspiran los rencores, imprudentes y vulgares partidos radicales a los franceses,—parecen razones bastantes para asegurar un nuevo triunfo de la noble y ordenada democracia que se levanta en Francia, y una amplia recompensa al infatigable y glorioso orador, ofendido y vejado en Belleville.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 6 de septiembre de 1881.
[Mf. en CEM]

Otra Carta de Nueva York

—

Italia

—

Sumario

El Papa amenazado de expulsión.—Actitud hostil del pueblo romano.—Alarma en el Vaticano.—Nueva sede pontificia.

Nueva York, 20 de agosto de 1881.

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Roma ha sido en estos días teatro de graves acontecimientos, de tal carácter que parecen ser meros anuncios de otros que entrañan gravedad mayor.

Cierto grupo liberal, bastante poderoso para ser temible, no cree definitivo el triunfo de su programa, ni asegurada la unidad de Italia, ni la paz pública, en tanto que el Sumo Pontífice permanezca en Roma. La ciudad entera vive como sacada de quicio, y como en tiempo de conquista. Los dos elementos que la pueblan, el nacional y el de la Santa Sede, luchan y se agitan sordamente, el uno contra su caída, el otro contra la prudencia que le fuerza a respetar, siquiera sea aparentemente, a los vencidos, y a dejar incompleta su victoria. Esta escondida saña, estos crecientes odios, estas repulsiones mutuas, han comenzado a tomar una forma vehemente y pública, que bien pudiera terminar en uno de los más graves conflictos de esta época. Pequeños incidentes habían añadido nuevos combustibles a este fuego nunca apagado, y se celebró al fin un mitin que ha dado motivo a la Santa Sede para iniciar algo como tentativa de provocar un alzamiento universal en pro del Pontífice. En el mitin, verdaderamente tumultuoso y extraordinario, que ha dejado profundísima impresión entre los romanos, se discutieron y negaron las garantías papales, y se tomaron decisiones encaminadas a pedir su inmediata y total abolición.

Gran tormenta movió el mitin. El Gobierno, que no desea que la autoridad del Papa se fortalezca, por lo cual no había de desaprobar el mitin, que estaba además amparado de un modo amplio por el derecho de reunión vigente,—no podía ver con desagrado las demostraciones que tendían a aminorar la importancia de la Santa Sede. Mas está por otra parte interesado en que el Pontífice no abandone a Roma, por cuanto esto pudiera atraerle condenaciones violentas y amargas, si no peligros reales; y por cuanto más débil es el Pontífice, mientras menos perseguido y oprimido parezca. Recogió, pues, el Gobierno, todos los periódicos que el día siguiente daban cuenta de aquella agitadísima reunión; *L'Osservattore Romano*, el periódico oficial del Vaticano, fue recogido también, y era, por de contado, el que con más vivos colores pintaba el histórico

mitin. “Para ocultar a los católicos las blasfemias que allí mancharon los labios de los hombres, recogió ayer el Gobierno nuestra edición”,—decía al día siguiente *L’Osservattore Romano*.

Visible agitación reina desde entonces en el palacio pontificio. Despliega el Cardenal Jacobini, Secretario del Papa, habilidad y energía singulares. Anuncia vagamente la posibilidad de la salida de León XIII y la blande como una amenaza a la paz del Gobierno italiano. Todo indica que cree llegada la hora de excitar contra Italia a la Europa católica, y que ni el Pontífice ni el Cardenal rechazan la idea de abandonar la ciudad divina, si este ha de ser un medio para volver triunfantes a ella. Altivamente expresa el Papa su decisión de abandonar a Roma, en el instante mismo en que su decoro sea por primera vez ofendido. De público se dice, y lo imprimen los periódicos más respetables, que Malta es el lugar elegido por León XIII para asilar la Sede amenazada; los nuncios del Pontífice en el extranjero han recibido una vehemente circular, en la que se refieren estos riesgos y se dejan adivinar estas determinaciones; el Cardenal Jacobini envió una grave nota a los Embajadores de las potencias cerca del gobierno italiano, en que encarece las angustias y apunta los propósitos del Pontífice.

Así bullían a últimas fechas los ánimos en Roma. Las pasiones estaban encrespadas; el gobierno, hábil, aunque en secreto perplejo, los partidos, decididos a una batalla campal; y la Santa Sede, con gran sabiduría, convirtiendo ágil, activa y eficazmente en su beneficio las impaciencias de sus airados adversarios. Cierto que la salida del Pontífice de Roma conmovería grandemente al mundo católico; mas es seguro que el gobierno italiano no ha de forzarlo jamás a esto; y que esta salida habría de tener un carácter absolutamente definido de irremediabilidad y urgencia para que produjese en el mundo católico el resultado que los consejeros del Papa se proponen.

M. de Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 7 de septiembre de 1881.
[Mf. en CEM]

NOTICIAS DE FRANCIA

Gambetta electo.—El amable Tony Révillon.—Faz nueva de la política.—Una lectura anticatólica.—Un periódico nuevo.—Bonapartistas anonadados.—Henri Rochefort, silbado.

A pesar de los esfuerzos frenéticos de sus encarnizados enemigos; a pesar de la terrible guerra, movida contra él, en el distrito en que más influencia ejercen las teorías dislocadas de los ultrarreformistas franceses; a pesar de la reunión escandalosa en que el orador atlético bajó vencido entre denuestos injuriosos de la tribuna en que levanta la voz que mejor sirve a la época moderna, Gambetta fue electo en la casa misma de sus febriles adversarios: desafió a la pantera en su agujero, y venció a la pantera.

Por dos distritos se presentaba candidato, y si en el primero su elección no fue dudosa, como algunos de los votos estaban invalidados por las palabras ofensivas que contenían contra los adversarios del poderoso demócrata, se declaró nula la elección del 2º distrito.—Exasperados de su derrota, más sensible cuanto que habían empleado todas las armas, las blancas y las negras para precaverla, *El Intransigente* y los periódicos de los diversos matices ultrarradicales alzaron un clamor que apagó con su desdén la opinión pública, por cuanto su última elección en Belleville arrancada a tan hostiles electores, es la mejor prueba de la sólida grandeza y firme renombre de Gambetta. En carta hermosa dirigida a sus electores desiste de luchar por su elección en el distrito en que había sido anulada: "perseveremos" —dice— "en una política progresiva: sumisos a la voluntad de la patria, no esperando nada de la fuerza y repeliendo, a la vez, la política reaccionaria y la utópica". Así abandona majestuosamente el nuevo campo de batalla el gladiador ofendido de la insensata cólera del circo.

Un curioso y terrible opositor tenía Gambetta en el 2º distrito: un hombre de letras, un autor de novelas, un familiar de las casas del pueblo, un conversador malicioso y cáustico, Tony Révillon. En tanto que Lacroix, un joven y belicoso intransigente, desplegaba en párrafos pomposos, que la menuda y práctica política no ha menester, sus ideas revolucionarias y sacudidoras, Tony Révillon, que sabe cuántas lágrimas entran en cada pan que un artesano come, les habló en su propia lengua, de su pan y de sus lágrimas. Explotó hábilmente el silencio que la prudencia impone a los cuerdos oportunistas, calló hipócritamente las causas racionales que impiden, para no comprometer el establecimiento definitivo de la democracia, la realización violenta de ideales ni bien depurados ni maduros; de lo que se deduce que ha de ser difícil vencer en el distrito de los pobres rencorosos a quien, sobre haberles dado a leer en conmovedoras novelas la historia de sus males, denostó como delito ajeno su pobreza y halagó astutamente sus rencores. Y todo esto, en forma viva y matizada, y como si moviera un verduguillo de paseo y no un látigo, y con esa bella forma literaria que añade tanto encanto a lo profundo, y como si estuviera en su casa y no en la ajena. Sick se llama el contendiente de Tony Révillon en las nuevas elecciones, mas aunque él lo niegue, como ahijado de Gambetta lo tienen los electores del distrito, y si el potente león pudo aterrar con sus rugidos y despedazar con sus garras la red menuda en que lo habían envuelto, el cachorrillo humilde podrá

apenas morder la mano del inteligente domador con quien combate el pueblo que, si suele ser ingrato, suele ser justo: a lo menos mientras se le halaga. Ahora lo halaga Tony Révillon.

Este ha sido el lance más ameno de estas reñidas elecciones: en el resto de Francia, tan bella, tan generosa, tan admirable, tan cuerda, las elecciones se han llevado a cabo con una precisión, desembarazo y rapidez que acusan privilegiadas dotes para el ejercicio de sí mismos en los nobles franceses. Esta es la conquista del hombre moderno: ser mano y no masa; ser jinete y no corcel; ser su rey y su sacerdote; regirse por sí propio. Ni una acusación de fraude, ni una querella de violencia, ni un acto de artería o medio indirecto y reprobado de triunfo se señalan en los ámbitos de Francia: la lucha es mortal pero honrada: desde que no tiene rey este pueblo, es en verdad un pueblo-rey. ¿Qué tienen que hacer aquellas elecciones sanas, claras y francas, donde se conquista el voto con la persuasión, donde se cautiva el sufragio por una propaganda abierta y lícita, donde se asegura el triunfo, por una actividad simpática y honesta, con esas otras elecciones españolas en que, como lisonjero espejo pasivo, la masa electoral refleja la figura que predomina en el poder o con aquellas otras elecciones norteamericanas en que los avarientos, inmigrantes extranjeros, lisonjeados o heridos en los más bajos intereses, deciden comúnmente de la suerte del país que los motivos degenerados abandonan a los especuladores y los intrusos? ¡Salve el Dios de la paz, que es un Dios a quien se invoca demasiado poco, a ese pueblo trabajador e inteligente que se piensa, se estima, se salva y se manda!

Pero ha cambiado súbitamente la faz de la política francesa. La garantía de las Repúblicas está en la cantidad numerosa de voluntades que entran en su gobierno. Una inesperada aceleración ha venido a suceder a la grandiosa y segura política de calma, merced a la cual, fortificándose para el día de la ejecución de los propósitos que han de asentar definitivamente al mundo nuevo, trabajador y libre, sobre el mundo antiguo, irregular e irritante, dejaba Gambetta espacio a que se fuesen creando aquellos intereses salvadores, y avigorándose aquellas verdades indispensables, y robusteciéndose aquellos hábitos de dominio de sí propio sin los cuales toda República es nube de incienso y humo de colores que esparce y barre sin esfuerzo el primer viento enemigo. Cimentar: he aquí la tarea de este agitador, y he aquí su gloria. Los hombres políticos de estos tiempos han de tener dos épocas: la una, de derrumbe valeroso de lo innecesario; la otra, de elaboración paciente de la sociedad futura con los residuos del derrumbe. El conservador ha de completar siempre al liberal, sin el cual será un mal liberal; mas ha de conservar no las esperanzas de los vencidos, sino las libertades conquistadas. Así como el hombre no tiene en su magnífica carrera más obstáculos que el hombre, así el único obstáculo de la libertad es ella misma.

Si el Senado hubiera votado el escrutinio de lista, y las nuevas elecciones se hubieran hecho conforme a él, la imponente e incontrastable mayoría que hubiera traído a la Cámara, hubiera habilitado al partido profundo, que tiende a infiltrar lentamente la esencia democrática en las masas, para iniciar, sin convulsiones y sin choques, la era de reformas trascendentales que requiere un país decidido a rehacerse:—porque en los tiempos que corremos, de nada menos se trata que de abrir una nueva época en la historia. Pero no habiendo tenido por el apego a las viejas prácticas y el miedo infantil a esas urgentes reformas el carácter de unanimidad que el partido profundo quería dar a estas elecciones, ha resultado una ventaja positiva, un triunfo innegable, un ascenso visible en la confianza pública, un voto entusiasta en pro de la nación republicana: mas la ventaja alcanzada en la reciente campaña electoral no parece bastante a equiparar la cantidad de daño que pueden causar, hasta que se verifiquen elecciones nuevas, los enemigos de la República:—que sus

amigos exagerados son sus mayores enemigos. Aquella seguridad pomposa, que no era más que preparación prudente, que dio carácter a la política de Gambetta en los últimos años, pondría hoy en peligro, de continuarse en ella, los intereses del país republicano, siempre en riesgo; antes de que, al amparo de la lentitud forzada con que iría adelantando la República, se le encimen los partidarios de los sistemas viejos, o los defensores vocingleros de sistemas impracticables y confusos, nacidos de ignorancia, de exceso de generosidad o de rivalidades personales, es necesario salir al encuentro de ambos enemigos. De aquí que la política de Gambetta entre a ser, de reposada y señorial que era, inquieta y batalladora. Esta urgencia de mayor actividad es viva y generalmente sentida en toda la Francia: la *Republique Française*, el órgano más directo de este partido previsor y brioso, excita al Presidente de la República a que ejerza sus prerrogativas, invite a renunciar al Ministerio vago que ha impedido un triunfo más completo en estas elecciones, y cree un nuevo gabinete, pujante y decidido que responda a las necesidades reales de la joven Francia. Que Gambetta ha de ser el jefe de esta pléyade activa; ni a nadie se oculta, ni es negado por los periódicos en que él influye, ni deja de ser cada día vehementemente solicitado por los periódicos más conspicuos y amados de Francia. “No es un programa lo que la Francia necesita,—decía pocos días hace el orador francés,—es un gobierno y una política”.—He ahí,—pues, lo que Gambetta ofrece a Francia, claramente definido: política y gobierno. Las pequeñas contrariedades que anonadan a los hombres secundarios u ocasionales, descubren y sacan a empleo nuevas fuerzas en los hombres dotados de una superioridad real y trascendente. La política es el arte de inventar un recurso a cada un nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reveses en fortuna; de adecuarse al momento presente, sin que la adecuación cueste el sacrificio, o la merma importante del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada. De los lances tumultuosos que precedieron a su elección, el ex Presidente de la Cámara se yergue poderoso en Neubourg, donde debía hablar el día 4, ante considerable muchedumbre, para demarcar sin duda con más fijeza las necesidades del momento, y revelar en lo que sea prudente la obra de construcción determinada y decisiva que su política se propone. Con vítores lisonjeros le aplaudieron los parisienses cuando, no hace quince días, presidió la reunión convocada para oír la lectura del grave y enérgico trabajo de Paul Bert, sobre instrucción pública: “Este hombre, dijo el tribuno, tiene antecedentes, y tiene un futuro”. ¿Mas qué será ese ministerio singular que se anuncia como el derribador incontrastable de todo lo que estorbe a la libertad del espíritu, a la creación del pueblo fuerte, a la reelevación moral de Francia? ¿Será una combinación política, en que irá Gambetta gobernando con las fracciones afines de la nueva Cámara? ¿Adelantará a pasos contados, o a pasos gigantescos? ¿Se rodeará de esas personalidades no probadas, llenas del conocimiento de lo presente y del sentido de lo venidero, de que él en privado se rodea? Este Paul Bert, que acaba de mostrarse en su lectura enemigo de toda clausura de la mente, de la educación morbosa que se recibe en Universidades y colegios, de la instrucción menguada y retacera que hace a los hombres inhábiles para el servicio activo y real de su pueblo y de sí propios,—¿será como ya se dice, Ministro de Instrucción Pública? ¿Será Challemel-Lacour, este cariñoso confidente de Gambetta, este celebrado Ministro de Francia en Londres, este hombre recio, resuelto y brillante, el Ministro de Relaciones Exteriores? ¿Concederá acaso la Cámara de Diputados el voto de confianza que de ella impetre el gobierno de Ferry? ¿No temerá Grévy el impulso que semejante cohorte de trabajadores va a dar a

la República? ¿No se convertirá, mal de su grado, este partido activo en partido de oposición irreconciliable, por enojo de verse detenido en la que estima su obra urgente?

En tanto que así empuja la ola nacional al hombre en quien presiente energía para enfrentarla; en tanto que así precipita la República la hora—de la remoción de los obstáculos que le ofrecen los restos del Imperio; en tanto que, enamorada de quien la sirve con un amor sensato y precavido, muestra prisa la Francia en abandonarse a la vigorosa iniciativa del hombre que hoy la conmueve, influye e interesa,—otro hombre tenaz y rencoroso, franco en sus odios hasta la brutalidad, revelando en su lenguaje desigual, enfermizo y descompuesto, la infijeza, confusión e indeterminación de sus propósitos, el áspero Rochefort, dejando sobre la mesa de *El Intransigente* la pluma hundida en tinta amarga, se presenta en una reunión de Montmartre, donde es elector, y donde los republicanos hablan en la defensa de sus candidaturas. Rumores y clamores acogen la entrada del agitador, de este batallador colérico que no ha podido cautivar ni estimación ni aplausos de los hombres que piensan serena y rectamente. No se habla ya del duelo de Clemenceau, el rival de Gambetta, con el director del *Petit Meridional*, un periódico de Marsella; ni de la elección del Diputado Laisant, que acusó de una traición ignominiosa al general Cissey; ni de la renuncia voluntaria de Haussmann, que abre el campo, al retirarse del combate electoral, no a un bonapartista como él, sino al republicano que le combatía. Un gran número de voces le aclama o le injuria. Lo compelen a subir a la plataforma… "¡He ahí a vuestro sepulturero!"—dice al verlo aparecer, un antigambettista dirigiéndose a Ranc. Palmas y silbos se suceden. Sus adversarios cuentan más que sus amigos. Intenta hablar y no lo logra. Deja al fin la plataforma no airado y descontento, como pareciera natural, sino risueño y tranquilo: sonríe y se encoge de hombros. ¡Cómo se dibujan ya los personajes futuros! Parécennos de estatura común porque andamos cerca de ellos, y, merced al cable, nos acostamos en sus almohadas y comemos de sus mesas, mas a poco que nos alejamos de ellos, para verles mejor, surgen con su carácter histórico y su singular tamaño. Nos parece que los personajes extraordinarios han bajado de nivel; y es que nosotros, hombres comunes, hemos subido el nuestro.—"¡Ayer la dictadura, hoy el pílori!"—escribía Rochefort en su *Intransigente*, cortante como hoja de espada castellana, el día después de la reunión en que Gambetta fue silbado. Incompleta e infructífera es la dictadura que él ejerce, mas no tardó, en ese olear de las revoluciones, en llevar a sus labios la copa amarga que había acercado a los labios de su antiguo compañero, cuya gloria, dotes prácticas, magia personal y fortuna próspera le encienden en celo. Él ha hecho cierta su frase tajante que pasó como acero sobre piel impenetrable, sin dañar a Gambetta: "ayer la dictadura: hoy el pílori!"

La madurez en el pensar debe ir seguida de la rapidez en el obrar. Como todo marcha, no es posible reposar en el camino, si se quiere marchar a la cabeza o a la par de todo.

Ni equivocarse, porque los demás seguirán vía adelante durante el tiempo que nosotros tardemos en hallar nuestra vía. Imposible es el adelanto audaz y firme de la República francesa, sin la revisión, sin el cambio parcial y liberalización del Senado. Ese diente de la rueda está enmohecido. Es la casa de los prejuicios monárquicos, que bajo la túnica de legisladores, y bajo el tocado frigio, asoman sus pelucas empolvadas, y sus vestidos de cortesanos relucientes y desdeñosos. Sentir el mal del pueblo sin descender a los excesos a que, ofuscado por sus dolores, desciende él—es don de caridad suprema concedido a pocos. Dos o tres días hace, ha debido aparecer en Francia un diario de batalla. Viene a impedir una catástrofe. Viene a realizar la

reforma por medios legales y a hacerla imposible por los medios violentos. El periódico se llama como su tarea: *La Revisión*.

Y así se prepara la entrada en la nueva campaña, en que los ejércitos agrupan ya sus tiendas, y se miden con ojos mortales. Vamos a asistir a la lucha angustiosa de la libertad con todos los elementos que la cercan. Vamos a ver a un gigante cubriendo como con un escudo con su cuerpo la patria, recibir todas las heridas en su pecho, y repartir grandes mandobles a diestra y a siniestra.

Así quedaba Francia.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 17 de septiembre de 1881.
[Mf. en CEM]

Noticias de España

Las Cortes sagastinas.—Los reyes se casan.—Conversión de la deuda.—Reformas prometidas.—116 incendiarios.—Paz con Francia.—Boet y Milán.

Satisfecho de su triunfo, Sagasta se sienta a reposar, y deja vagar sobre sus labios, como una mariposa harta de miel de flores, su sonrisa volteriana. Cree, a despecho suyo, en la libertad. Rompe en cada combate todas sus lanzas en provecho de sí mismo,—menos una, que rompe siempre en beneficio de la libertad. En política, hay hombres que hacen el oficio de puentes, y es necesario pasar por ellos: así Sagasta. La riña ha sido librada con lucidez, gracia y fortuna. Los conservadores despechados, claman a la puerta de las casas de las urnas. Un muro de sagastinos les veda la entrada. Ellos, que excluyeron, son excluidos. El país oficial que vota, no es, sin embargo, el país nacional que trabaja, sufre y vive.—Este ve en silencio estas telas de araña que urde mañosamente el interés personal, y se levantará en su día, cuando se sienta fuerte, o le aguije el hambre, o le ofusque la cólera, o le precipiten sus verdaderos amigos, y vendrá a tierra, como juguete de niño a mano de gigante, la urdimbre de seda. Es cosa que maravilla la flexibilidad del cuerpo electoral español. A unas Cortes cerradamente canovistas, han sucedido unas Cortes cerradamente sagastinas.

En la Cámara de Diputados, los amigos del altanero Cánovas figuran en minoría escueta y humilde, 301 ministeriales absorben a 46 conservadores, 37 demócratas vendrán a ser frecuentemente refuerzo cuantioso aunque innecesario en las votaciones del Gobierno. Cinco independientes vagarán aislados por el hermoso Salón de Conferencias, hervidero de chistes, manantial de elocuencia y casa de glorias. Y sólo a seis ultramontanos les será dado subir y bajar por las escalerillas que llevan a la ancha mesa presidencial, que conserva en su maciza cubierta, agrietada a trechos y hundida, huellas de los puños robustos de Don Nicolás Rivero y de Ríos Rosas. Muy ilustres cabezas ha acariciado el sol en aquel sillón señorial, guardado a derecha e izquierda por sus alabarderos vestidos de colores, y tocados de gorra de plumas, cuando envía sus últimos rayos melancólicos a través de los anchos cristales de la bóveda.

No menor mortandad de canovistas ha habido en las escaramuzas para la elección de Senadores. A la hora en que escribimos, llégannos noticias por el cable del resultado de la reunión de las juntas de barrio y de altos contribuyentes para la designación de los compromisarios a quienes está confiada la elección. Una irreprochable unanimidad ha distinguido estos trabajos preliminares. La masa electoral toma la forma que le imprime la mano seca, nerviosa y elegante de Sagasta. El Senado será sagastino, como el Congreso. Acércase, pues, una época de sustitución y de sacudimiento en que brillarán de nuevo erguidas y triunfantes aquellas leyes racionales y generosas que nacieron en los Congresos admirables de la revolución de 1869. El triunfo de las reacciones no es jamás completo. O se encorvan ante las conquistas de las revoluciones; o son

barridas por ellas, como hojas secas de otoño por viento de diciembre. La libertad no muere jamás de las heridas que recibe. El puñal que la hiere lleva a sus venas nueva sangre.

Proyectos de matrimonio preocupan a la Corte, y proyectos de múltiples géneros a los políticos vencedores. Los conservadores vencidos acusan, en tanto, al gobierno triunfante de docto con exceso en cosas de urnas. A imposición, compras, abusos de promesas y fraudes achacan los periódicos de Cánovas la maravilla electoral. El caso es simple: el país, no vota, desconfiado y perezoso, se entrega atado, en tanto que sus buenos servidores lo incautan y sacuden, y afilan diestramente las armas venideras, a los políticos audaces que han visto al fin premiadas por la monarquía que los ha menester, su resignación de tantos años, sus transacciones, sus conversiones, sus apostasías. Descuidada de estas cosas graves, prende azahares a su túnica de bodas la linda infanta Eulalia. La quiere para su esposa el hermano de la reina Cristina, esta dama de hermosa figura, mirada que ordena, elegancia que atrae, y vasta mente. Porque, por de contado, sobre casarse la gentil princesa con el imberbe y flemático mancebo que la destinan por esposo,—cásanse monarquías y se contratan alianzas. El mar popular sube; las fortalezas monárquicas bambolean a su empuje; las olas, contenidas, baten contra las murallas quebrantadas. Este matrimonio es un abrazo de dos Cortes que tiemblan, y un dique a la ola.—Mas cuentan que, por fortuna, una espontánea simpatía reúne a los que de otro modo fueran infortunadas víctimas de la razón de Estado. Tiempo ha, vio el austríaco en el Palacio de Madrid a la esbelta española. Cierto que llevan los ojos tras de sí su reír bullioso, sus claros ojos azules, su cabello áureo, su fisonomía resplandeciente y móvil. Es fama que tiene voluntad recia, y desamor señalado por la música, con lo que enoja al rey su hermano, que hace de padre de la casa, y ha sabido privarla de paseos como en castigo, y a su hermana Isabel, esta arrogante criatura, dotada de talento señalado para las artes de la música. Cuando estuvo el príncipe en Madrid, veíasele a menudo cerca de la risueña y esbelta infanta. Cuando volvió a su Corte, palabras discretas y apoderados hábiles animaban aquel fueguecillo de primavera, en el corazón agitado de la hija de reyes. Ahora un día, a fines de agosto, llamó la reina Cristina a la revoltosa infanta, la tomó con sus dos manos hermosas sus dos delicadas manos; fijó en sus ojos sus dos ojos penetrantes y transparentes, animados de peculiar alegría, y cuentan que le dijo: “Eulalia ¿tú quieres dejar tu hermosa España e ir a vivir a nuestra buena Austria”. La infantilla temblaba, como las hojas de un rosal al primer aire húmedo de la mañana. “Eulalia, tú sabes porqué”. Y Eulalia sabía.—“Sí”—dijo trémula. Y a poco salían las felices nuevas del palacio de los Borbones al palacio de los Habsburgos. Con lo que piensan los graves políticos que ya las agitaciones populares tienen un nuevo freno, y España más segura la vía que ha de llevar a sus impacientes hombres de guerra a las playas infortunadas de Marruecos. Locura y crimen grande, verter en inútiles conquistas fuera, la sangre que hace falta para abono de la tierra olvidada y sustento de la libertad amenazada en lo interior. Es la infanta prometida en matrimonio, sobre airosa y sencilla, inteligente. Por de contado que habla correctamente francés y español, y habla a más un alemán suave y un inglés puro. Monta y guía con especial destreza, en lo que hallará de fijo rivales en la corte austríaca, donde los ejercicios de fuerza y destreza alcanzan con justicia considerable boga.

Señores de las Cámaras, los nuevos gobernantes, que en su largo destierro del poder han meditado soluciones oportunas, intentan ya una conversión de la deuda que ha de aliviar de gran peso la Hacienda española, puesta en riesgo por el fausto culpable y desordenado de la casa real.

Mas es esta materia de tal monta que no han de abordarla hasta que las Cámaras no puedan autorizarla con su formidable mayoría, lo cual será para las postrimerías del año que corremos.

Se habla ¡cuándo no se ha hablado! de reformas para las Antillas. Se dice que se introducirá una reforma ligera en el derecho de banderas y en los derechos de exportación. Se promete una revisión compasiva de las tarifas.

Y es lo cierto que las elecciones de Senadores y Diputados en la conmovida isla de Cuba, aletargada en mal hora al borde de hondísimo abismo, han enviado a las Cortes de la Península hombres notados por su encono contra los hijos de la tierra, o por su aptitud para olvidar por el provecho propio, y el logro de fama o de puesto, el provecho de la desventurada tierra cuya genuina expresión se ahoga, y cuya voluntad verdadera, resignada y humilde, se burla y quebranta. —A fe que es harta paciencia! Vense ahora con interés grande en España las elecciones de las Antillas, mas no por lo que a las islas importe, sino por el contingente de votos amigos u hostiles con que las diputaciones antillanas pueden pesar en la política peninsular.

Preso está aún y tratado con honores, en el Morro de La Habana, aquel González Boet, famoso por sus crímenes y rapiñas en la parte Oriental de Cuba, en la primera parte de la larga guerra, y por su escandalosa participación en el hurto del collar de Toisón, de que se quejó el príncipe don Carlos. O porque el caso es verdadero o porque el gobierno no necesita razones nuevas y de peso con que excusar las peticiones de clemencia que el partido español exaltado de la Isla le hace en favor del reo, sujeto en Cuba a un proceso, por su conducta durante la guerra, ello es que el cable ha anunciado al Capitán General de la Isla que los tribunales de Milán reclaman al preso, por cuanto los altos jueces no han estimado justo el fallo liberatorio del juzgado inferior.

Ni está España privada de un proceso de merecida sensación. Días hace, hablamos de aquellos siniestros incendios que consumieron ricos cortijos y buena parte de hermosas vegas en las bellas comarcas andaluzas. A 116 llega el número de incendiarios presos;—y 45 era ya el de los confesos, y convictos. Con ansia se espera la revelación de este sombrío crimen, que si, por el noble disgusto que inspira, priva de sus escasas probabilidades de triunfo a los que aconsejan tamañas medidas, pudiera por natural sentido acelerar el advenimiento de un sistema popular de gobierno que dando libre empleo a las fuerzas hoy ahogadas, y vías de manifestación a estos rencores pujantes y satíricos, les privase de todo derecho para expresiones criminales y violentas, y les diese ocasión a evaporar, y no a concentrar, sus energías. Grave medalla la que pudiera ser acuñada hoy en España con motivo de los últimos sucesos:—de un lado, las bodas de la infanta; del otro, los incendios de Murcia. A menos matrimonios de príncipes responderán menos quemas de campos.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 17 de septiembre de 1881.
[Mf. en CEM]

Últimas Noticias de Europa

Francia.—2 de septiembre.—Grévy quiere ofrecer a Gambetta el gabinete; pero aguarda a que la Cámara de un voto hostil a Ferry.

España.—2 de septiembre.—Salmerón y Montero Ríos electos a las Cortes, por voto acumulativo.—13 y 14 000 votos.—Hay 16 diputados demócratas, y 4 senadores.—España se niega a reconocer compensación entre las víctimas españolas de Orán, y víctimas francesas durante la guerra civil de España.—Francia cortés, pero firme.—Agitación grande en los círculos políticos y militares de Madrid.—Las elecciones de Senadores. Triunfo de Sagasta.—El Senado tiene 350 miembros: 222 son sagastinos. Los conservadores y ultramontanos han logrado elegir ocho el día 2, pero con los Senadores vitalicios tienen noventa. Las Universidades y corporaciones electoras han elegido senadores demócratas. El rey ha firmado decreto creando 39 senadores vitalicios más. Se espera una reforma en el Senado.—Senadores liberales por La Habana, Labra y Güell. Los demás, conservadores y esclavistas.

Alemania.—Ya tiene listo el Ministerio de Cultos, un proyecto de enmienda a las leyes eclesiásticas de mayo.

M. de Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 17 de septiembre de 1881.
[Mf. en CEM]

NOTICIAS DE ITALIA

———

Un gran poeta muerto.—El Vesubio en llamas.—Un canónigo de San Pedro abjura la fe católica. —División de los nobles romanos.—El Congreso Geográfico; fantásticas fiestas, serenatas clásicas, ricas iluminaciones y regatas históricas en Venecia.

Nueva York, 16 de septiembre de 1881.

Señor Director:

Nutrida está la quincena italiana de cosas nuevas y brillantes: el Vesubio, despierto, mueve al cielo sus lenguas de llamas; un muerto ilustre, que había adquirido con una vida útil y gloriosa el derecho de morir, es llevado en triunfo al Cementerio de Roma; y Venecia, remozada y coqueta, corona de flores su alta Campanille rosada, resucita sus fiestas antiguas, adereza a la margen del Lido, y a la sombra de sus pintorescos emparrados, los sabrosos mariscos que sirvieron tantas veces de almuerzo a Teophile Gautier, e inunda con sus góndolas los canales, con sus mujeres de ojos negros los puentes, y con sus gallardos pilluelos, sus acróbatas ambulantes, y sus adivinadores de lotería y decidores de buena fortuna la resplandeciente Plaza de San Marcos,—¡este paisaje de ónix!

En tanto que esta luz de día, como si desde la cresta del Vesubio reflejase la lumbre flameante sobre la ciudad náyade, inunda la nueva Italia,—una defección y un desacato enlutan el Palacio Papal.—Un canónigo de la Catedral de San Pedro abjuró, en la noche del 14 de septiembre, de su fe católica en la Capilla Metodista, y al devolver sus puños de encaje, que tantas veces han rozado el ara madre de la Santa Iglesia Romana, al Cardenal Borromeo, prefecto de la Congregación, el rebelde sacerdote Campoello afirma que se aparta de la comunión católica porque no cabe, a su juicio, en Iglesia de paz, política de guerra, ni en corazón italiano sentimiento más vivo que el amor a Italia, y porque le entristece y descontenta la hostilidad continuada con que a su entender trata el Sumo Pontífice a Italia redimida. Y no hace muchos días, y ni con tan graves razones, moral, hábitos y obediencia desafió un anciano príncipe romano, siempre fiel y piadoso, que con abandono de su casa, ha regalado con un palacio, y aderezos y tronos suntuosos, a una de las bailarinas del teatro Costanzi,—con los que León XIII, lastimado ya por la ausencia del Vaticano de los más jóvenes y brillantes miembros de la aristocracia romana que han ido a alistarse en las banderas del Rey nacional, ha tenido un motivo de grave pesadumbre que comparte con los leales nobles legítimistas, que le dan guardia, en pintorescos y arrogantes uniformes, y le tributan sumiso respeto y admiración.

Gran funeral fue en Roma el de un poeta famoso, que por sus enérgicas estrofas, reformador empuje, tamaños trágicos y numerosas obras, gozaba de muchos años ya universal renombre: Pietro Cossa. Como extinguido parecía el teatro italiano, e iluminado solo de vez en cuando por

soles extranjeros: pasajeras rapsodias políticas, vulgares pinturas de costumbres, o pálidas elucubraciones académicas lo alimentaban, cuando, como ahora hacen el elegantísimo Carducci con la poesía lírica, y el donoso y seductor Amicis con la prosa, un aliento de vida y un aire de resurrección entraron en la escena con la arrebatada inspiración y rebelde genio del dramático Cossa. Los relámpagos de la espada de Garibaldi herían su lira. La nación tuvo en él soldado y poeta. Así el pueblo agradecido que le ha llevado en triunfo; los dramaturgos que lo acataban como a maestro; los fundadores del nuevo reino que vieron siempre sus amarguras compartidas y sus hazañas loadas por el bardo; los actores que del laurel que le daba sombra han arrancado durante las últimas décadas coronas para sus frentes,—todos seguían, confundidos en un dolor vivo, y común, el cuerpo frío donde estuvo aposentada tan grande alma, y donde, como en lira sonora, hallaron robusto eco los clamores de angustia e himnos de esperanzas de la patria. Iba el féretro cubierto de coronas, y ramas de laurel, y botones de mirto. Allí todas las sociedades, todas las academias, todos los gremios; allí las compañías teatrales, de riguroso duelo; allí los cuerpos de ejército, el Congreso, el Ministerio mismo, como en sanción de que las grandes conquistas humanas, de que es la nueva Italia padrón elocuentísimo, no son en suma más que la realización de los anuncios y el logro de los votos y la victoria de los cantos de los poetas. Llevaban los cordones del palio Virginia Marini, que con la dulce Pasquali y la inspirada Pezzana comparte hoy en Italia la fama trágica; Menotti Garibaldi, tan generoso, tan bravo y tan inteligente; Alberto Mario, Petroni, y Diputados y Ministros. Roma entera reunida en torno al féretro, parecía como querer revivir con el calor de su amor al bardo muerto.

En Roma consagrada de esta manera la nueva Italia a uno de sus héroes: en Venecia confirma, con su brillante Congreso Geográfico, su determinación de tomar puesto prominente y activo en la lista de los pueblos batalladores y útiles de Europa. Y han venido a juntarse, para que a este aroma de vida despierte de una vez la dama adriática, el Congreso Internacional Geográfico, la Exhibición de pinturas, y la Horticultural y la Floral.—Allí están las grandes hojas verdes y florecillas menudas que pinta De Nittis, y las rosas corpulentas de Morelli, y los claveles rojos con que esmalta sus enredaderas y matiza sus jardines el enérgico colorista Pasini. Al lado de los pintores nuevos, campean en junta magnífica, el Tiziano, con sus diosas fornidas; Tintoretto, con sus figuras resueltas y elocuentes; Giorgione, con sus tonos lujosos; Del Sarto, con sus vírgenes serenas; Carracci, con sus mantos ampulosos, sus cálidos colores y su manera arrebatada; y Paolo, Murano, Carpaccio, Bellini, Fiore.

El marcial Humberto y la amable Margarita inauguraron ayer 15 el Congreso celebrado. Fue día de gran fiesta. Ese activo anciano que quiebra la tierra y enlaza los mares, Fernando de Lesseps, pronunció el discurso de apertura, con su palabra vibrante y suelta, eco siempre de afirmaciones atrevidas y de esperanzas espléndidas y halagadoras. En torno de él estaban el caballero Alighieri, síndico de la ciudad que resucita, empeñado en volver a la noble dormida a sus días de celebridad y poderío; el caballero Trevisanato, maestro en artes e historia que con fidelidad nimia reproduce para reanimarlas en las actuales fiestas, las maravillas y clásicas rarezas lealmente conservadas en cuadros antiguos; y graves sabios, y diputados de la alta prensa de Europa, y representantes de las más famosas y trabajadoras sociedades científicas del universo, y con todos galante y estimado de todos por su gallardo ingenio, cultura peculiar y ciencia sólida el príncipe Teano, hijo del noble duque de Sermoneta, director de los afortunados trabajos del Congreso y

presidente de la Sociedad Geográfica de Roma, que ha alcanzado, por sus singulares merecimientos, concepto envidiable entre las gentes de ciencia de América y Europa.

Veíanse allí generales ilustres, y representantes extranjeros, que unían sus aplausos al clamor del entusiasmo con que los amados reyes fueron recibidos. Estaban allí Burton, Cameron, Schweinfurth, esos afamados viajeros del África: Lesseps habló de los destinos comunes de Francia e Italia; y saludó a esta en nombre de aquella, y recordó las innúmeras hazañas de los antiguos viajeros venecianos. De la noble Venecia habló luego el príncipe Teano, y con calor generoso recordó sus glorias, y la creyó merecedora de celebrar en su seno aquella reunión de sabios antes celebrada en Amberes y en París. Y el mayor Alighieri, Dante Serego Alighieri, descendiente del maravillosísimo poeta, con frases elegantes dio gracias en nombre de Venecia, a los jóvenes reyes y a los representantes extranjeros a quienes se les prepara deslumbrante baile; en el cual les sorprende,—como si por debajo de los recios balcones de piedra, agitando las aguas en la sombra, pasase en danza alegre por entre las espumas, en lomo de tritones, caravana marina de cantoras nereidas, de lira de cristal y voz de brisa,—una lánguida y misteriosa serenata, cuyos ecos melifluos ascienden blandamente de las alegres góndolas. Todo es banquete, festejo y danza. El *signor* Ottino, que es iluminador famoso, enciende cien mil luces de colores en la plaza de San Marcos, y cuenta contento las cuarenta mil liras que por el adorno de la plaza se le pagan. San Marcos, donde en otro tiempo rompieron el aire de Venecia esclava las bandas austríacas, resonará ahora con las altas voces de una colosal orquesta de hijos fuertes de Italia, hijos libres del Véneto. Aquellas serenatas venecianas, cuyos ecos, como diablillos ungidos de amor, revoloteaban, después de oídos, largo tiempo, encendiendo llamas e inspirando cantos en torno a la frente de los poetas; aquellas misteriosas flotillas, que como bandada de cisnes negros con ojos de colores, lleno el dorso de rimadores de voz dulce y tañedores de laúd tierno, se deslizaba en la voluptuosa madrugada por los canales sigilosos; aquellas clásicas serenatas características, cantadas con su lira de alas de llama por Lord Byron, con su guzla ceñida de coronas de rosas por Alfred de Musset, y con su pluma de mármol por aquella mujer viril y extraordinaria, George Sand; aquellas serenatas animarán de nuevo, sonrientes y sonoras, la ciudad coqueta. Una gigantesca *galleggiante*, la famosa galera de paseo, como por magos y magas iluminada, cruzará, vestida de lujosos pabellones, las aguas tranquilas. Aquellas antiguas góndolas de Venecia, aquellos veloces *bissone*, regatearán como regatearon ochocientos años hace en las fiestas con que fue celebrada la ruidosa victoria del Dux Pietro Candiano sobre los intrépidos piratas que robaron las monjas del Convento de Olivolo. Y como no pueden, por inamovible privilegio, tocar manos humanas los muros de la iglesia de San Marcos, la luz, que es resplandor divino, la suave luz eléctrica, bañará las murallas sagradas. Vense por todas partes los geógrafos de Francia, Suecia y Rusia, que han traído consigo muy celebradas y valiosas colecciones; hablan con calor de la colección deslumbradora y abundantísima que ha enviado la India inglesa; vénganse de esta superioridad, señalando la marcada pobreza de la colección con que ha contribuido al Congreso la Gran Bretaña; detiénense a leer las inscripciones que, en losas de mármol, ha hecho colocar el Municipio sobre las casas en que otro tiempo residieron viajeros celebrados: Nicolo Zeno, Antonio Zeno, Marino Forsello y Sebastián Cabot, que vio mares de América, y el atrevido Marco Polo.

Así renace de su sueño de siglos, en su lecho de mármol, de su polvo de oro, la mágica y magnífica Venecia.

M. de Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 3 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

Cartas de Nueva York expresamente escritas para

La Opinión Nacional

———

Noticias de Francia

———

La nueva Cámara francesa.—Gambetta, sus discursos, su viaje a Honfleurs, su importancia.—Bismarck y Gambetta.—La revuelta en Túnez.—Los teatros de París.—Catástrofe y fiebre.—Francia e Italia.

Nueva York, 16 de septiembre de 1881.

Señor Director:

Empeñados en recia batalla dejamos a los partidos franceses a fines de la última quincena; al bonapartismo, vencido; a los irreconciliables, entregados a todo género de guerra; y a los republicanos prácticos, triunfantes hasta ahora en un fiero combate de once años,—acreditados y enérgicos, y como robustecidos por el éxito feliz de su admirable y dificílisima campaña: erigir una República durable en tierra dominada durante decenas de siglos por la Monarquía.

Los republicanos prácticos han triunfado, brazo a brazo y daga a daga. Han peleado con sus adversarios sobre cada pulgada de terreno, como los viejos gladiadores, con las piernas enlazadas. Mas la Cámara de Diputados queda ahora, como quedó en las elecciones anteriores, en las manos de esos hombres prudentes y briosos que con la una mano enfrenan la hidra monárquica, y con la otra sofocan la tea que blande airada la República vengativa. Quieren una República fuerte, constante, sólida y serena. Derribarán en todo el campo que necesiten para construir. Respetarán, en tanto que no estorbe a la nueva obra, todo edificio viejo. No derribarán por placer en el derribo, ni por venganza. El exceso de ruinas estorba los pasos del reformador.

547 Diputados cuenta la Cámara electa, sin incluir en el número los Diputados de las colonias. De estos:

Son republicanos	459
Bonapartistas	47
Monárquicos	41

A su vez, la mayoría republicana queda dividida de este modo:

Unión Republicana	206
Izquierda	168
Extrema izquierda	46

Centro izquierda............................39

Bien decía, pues, M. Jules Ferry, cuando afirmaba en un banquete en St. Dié que en las elecciones se había vencido a los republicanos y a los monárquicos. Cierto que los republicanos exaltados entran en la Cámara con un aumento de quince sobre su número anterior; mas este aumento no ha sido ganado sobre los republicanos prudentes, sino sobre los monárquicos, de quienes los prudentes han recabado también un número importante de nuevos asientos.

Resulta, pues, de la batalla, que, con ser ya menos posibles e ineficaces las coaliciones monstruosas, ligadas con atadura de odio, de monárquicos extremos y republicanos extremos, en daño de los republicanos firmes que sujetan a ambos, puede iniciarse ya una política profunda, con grande objeto y por amplia vía, segura de un apoyo compacto, real y decidido en la Cámara que ha de autorizarla.

Y ¡cuánto vaso de hiel no se ha vaciado, y cuánta dañada arma no se ha esgrimido, y a cuánto tremendo recurso no se ha acudido en estas reñidísimas elecciones! Contra un sistema iban dirigidas por los unos, contra un hombre por los otros. Victoria sobre la República querían los monárquicos: victoria sobre Gambetta los republicanos exaltados. Al vocerío, al ridículo terrible, a la silba deshonrosa, al indomable tumulto, a todo se ha acudido contra el orador afortunado. Y de todo ha surgido, con asombro tal vez de sus mismos partidarios, que no saben cómo puedan caber en un pecho a la vez todas las saetas. Y es que las saetas no clavan en pecho invulnerable. Si este hombre que hoy salva a la libertad, la comprometiera mañana, caería a sus pies al primer golpe de dardo. Coronado de frescos laureles ha terminado la ardua campaña, y no a merced por glorias pasadas, sino a respeto y entusiasmo por glorias actuales, deben atribuirse las demostraciones de amor y confianza con que en su carrera triunfal hasta Honfleurs ha sido recibido. Llevó a su discurso de Neubourg todo el fuego que puede hoy unir a la prudencia un corazón francés: dijo valientemente cosas rudas, para indicar la urgente necesidad de un súbito remedio. Tiende a la reforma de la patria por la reforma de los caracteres: a la creación de virtudes nacionales, como el ejército y defensa de la Nación.—"No hubiéramos llegado, —dijo,— a aquella mala vergüenza de Sedán, si Francia hubiera tenido mayor número de resueltos corazones y si la virtud, el patriotismo, la independencia y el desdén por los goces materiales hubieran tenido en el pueblo francés la preponderancia que deben tener en todo pueblo honrado".—Como río que se sale de madre, salía de sí ante aquellas palabras febriles y profundas la arrebatada concurrencia. Camino de Honfleurs siguió, después de esta robusta pieza de oratoria; y no sólo en las estaciones del ferrocarril, sino a uno y a otro lado de la vía, las gentes sufriendo alegres la lluvia, saludaban con grandes aclamaciones al enérgico reformador. Pero sobre la cabeza de la Gloria está siempre un puñal, a punto de caer. En Evreux, donde se obsequiaba al viajero con un banquete, un hombre frenético, dando señales de extravío mental, entró en la sala de la reunión como dispuesto a atacar a Gambetta, y no sin trabajo se vio la sala libre de él. En Dupont de l'Eure, en el instante en que Gambetta en medio de animada fiesta hablaba, vino abajo la plataforma, donde el orador, su fiel amigo Spuller, Cazot y otras personas notables estaban. De enérgica manera, como Tirad, Ministro de Comercio, y Ferry, Presidente del Consejo, aseguró sus opiniones librecambistas en lo que hace a Francia. "Sois bastante fuertes,—decía entre aplausos nutridos,—para no temer ya la competencia ajena".

“No es a Grévy,—decía Bismarck al zar de Rusia en su entrevista importante en Dantzig:—no es a Grévy a quien debemos consultar en Francia, porque su modo de ser una entidad en la política francesa es no serlo: es a Gambetta, de cuya acción depende hoy la acción de Francia”.—No erraba el Canciller: como Gambetta sirve bien a su pueblo, su pueblo le sirve. Influye en Francia, porque la representa. La dirige, porque es francés. Las naciones, en sus períodos críticos, producen hombres en quienes se encarnan: hombres nacionales. La fuerza viene a Gambetta de la exactitud con que refleja a Francia: tiene la inteligencia, la astucia, la generosidad, la impetuosidad, el buen gusto de su pueblo.

“No propongáis—añadía Gambetta en otro discurso cuerdamente—no propongáis muy a seguida de estas elecciones la reforma electoral. Lo que es justo ha de esperar a ser oportuno”.

Como ecos lejanos suenan ya los ásperos silbos y gritos injuriosos de la noche de Belleville. La vida es un río quebrado que, en busca de un mar inmenso, corre hacia adelante sin cesar: los ríos de grandes ondas apagan con el ruido de las nuevas las ondas anteriores.

Cuestiones graves extranjeras embargan hoy a la República: ya es la renovación del tratado con Inglaterra, que resiste, contra la opinión de lord Gladstone y John Bright, las bases que la Francia exige; ya es la campaña antinihilista a que los poderes eslavo y germánico la provocan, y que ella, por el carácter con que la campaña se abre y trascendencia monárquica que envuelve, justamente rehúye; ya es esa guerra de Túnez, en que la reparación del honor nacional es con tanta vivacidad exigida, que se confunde con el deseo indómito de agrandar sus posesiones en el África.

Grandes refuerzos van a Túnez. Batallones y baterías se embarcan sin intervalo. El Bey ha perdido toda autoridad sobre sus tribus y soldados. Los europeos no osan moverse de los pueblos de la costa. La fiebre tala el campamento. Los árabes sumisos se presentan al Bey para que los ampare de los árabes insurrectos que los fuerzan, por el fuego y por la muerte, a alistarse en sus filas. El general Corréard está cercado en Hammanlit. El general Colonieu, escaso de tropas y pertrechos, ha abandonado a Macheria. En Argel se ha arrestado a cinco caides cómplices del esforzado Bou-Amens, y descubierto depósitos de pólvora. El general Logerot anuncia su renuncia si no se le envían 20 000 hombres más. En tanto que los explotadores franceses, confiados en el éxito, compran a bajos precios, tierras y edificios, los árabes los venden a toda prisa, y no arriendan haciendas, como es su uso. Susa, ocupada por los franceses proveerá al ejército que va a ocupar el revuelto Kaironan, adonde el Bey, de cuya lealtad se duda grandemente en Francia, ha enviado un emisario para recabar la paz de los rebeldes. Estos, en respuesta, cortan el acueducto entre Zaghouan y Túnez, que prevé terrible sed, y ya se queja de falta de agua. Francia vuelve los ojos como ganosa de su ayuda a Trípoli, donde desembarcan tropas turcas. En Zaghouan arrecian los combates. La insurrección, como la zorra de la cola encendida en los campos filisteos, abrasa todo el país. Francia, que acusa de deslealtad a Mustapha, el ministro del Bey, ha pedido y logrado de este su remoción. El Gobierno de Argel, para hacer más estrecha la relación con Francia ha sido reducido a una prefectura: a la par que se llama en Rusia al general Chanzy, prudente Gobernador de Argel un tiempo, se designa al general Galliffet como el nuevo Gobernador probable, y se oye el informe del Ministro de Francia en Túnez, que asegura que Francia debe enviar a Túnez 120 000 hombres. En suma, el Bey no puede desear, ni podría realizar, la derrota de los árabes rebeldes; Turquía, a la callada, los alienta; Argel amenaza unirse a la rebelión; la rebelión ocupa toda la comarca tunecina; los rebeldes se muestran fieros, activos y terribles, y dispuestos a toda clase de guerra; el Ministro de Guerra de Francia cree que, en tanto que las tropas se defienden de

los insurrectos que los atacan, no ha de empeñarse la guerra hasta octubre, porque entonces se verá el ejército libre de epidemias, ni ha de aspirarse más que a tener las costas como hoy, ocupadas y defendidas por buques de guerra y por torpedos. Egipto contra Inglaterra; Túnez contra Francia; Argel complicado en la revuelta; Turquía azuzando a los tunecinos, y enviando tropas a Trípoli… ¿son estos por ventura hechos casuales?

Fuera de estas cuestiones capitales, brillan los periódicos franceses, por otra parte, tan personalistas, tan repletos de sí, tan ignorantes de cuanto en torno suyo no pasa, con aquella animada plática que precede a la inauguración de la temporada teatral. Aquí se lee que Sardou, pagado de los dramas políticos, escribe en drama serio un argumento de divorcio. Allí se saluda la comedia nueva de Feuillet, que creó a *Dalila*. Otro anuncia que con un drama de Erckmann-Chatrian, los nobles autores [de] *L'ami Fritz*, se abre el teatro francés, donde, ya con su cruz de la Legión de Honor, trabaja el admirable Got, y envidiándole la cruz honrosa, el concienzudo Coquelin. Albert Delpit, el asiduo redactor de *Le Temps*, generoso en su novela *Le fils de Coralie*, batallador e inspirado en sus rápidas poesías *Les Dieux qu'on brise*, pone ahora en drama su afortunada novela de *Le Père de Martial*.—Eduardo Cadol, que goza por su comedia *Les Inutiles* entre los franceses una reputación semejante a la que goza Enrique Gaspar por su *Ramón y el señor Ramón* entre los españoles, presenta en el Odeón comedia suya. Y se cuenta el modo con que cada autor escribe su obra; y el comediante en quien amolda cada personaje; y se desflora el argumento; y se calculan de antemano los provechos. ¡Qué buenas noches, las noches de fortificante frío, en que se busca amparo de los azotes de la nieve en la sala donde ríe la Judic, donde domina la Thio, donde la Ghizzani luce sus mantones chinos, donde Sarah Bernhardt con su ademán de pitonisa, saluda a Víctor Hugo!

Y de cosas tristes han hablado también la prensa y el cable en estos días. En una catástrofe de ferrocarril perecieron en Charenton, casi todos los miembros de una sociedad coral francesa: en el tren debieron haber emprendido viaje los príncipes de Siam;—y a maravilla debió su salvación el fotógrafo Nadar, de los parisienses tan querido por su brillante ingenio, y de extraños y propios tan buscando por sus espléndidos retratos.

De otra parte, en fuga de la fiebre, vienen, trémulos de terror del Senegal los franceses que allí habían ido en comisión de la República o en busca de fortuna. En altos y en bajos, se cebó la peste; y no había espacio ya para cavar sepulturas.

Un noble acto de paz, un simple acto feliz, ha traído a comulgar de nuevo en una misma ara, y a dar remate honroso a la quincena francesa, a Francia e Italia; por el corazón latino, los hábitos liberales, la laboriosa vida y el porvenir común unidas; y por cuestión de territorio en Túnez un instante hace apartadas. Aún vibraban en el telégrafo trasatlántico las palabras con que se comunicaba la nueva de que Italia se aparejaba a resistir la compra de caballos de guerra piamonteses que intentaba la República Francesa, y hacer examinar por sus oficiales la frontera, cuando se alza, en magnífico palacio de Venecia, ante sabios y viajeros célebres, en el seno del Congreso Geográfico, un anciano de rostro benévolo, de mirada vivísima, continente marcial, cabellos canos—recuerda las glorias marítimas de los atrevidos venecianos, y en nombre de Francia, se vuelve hacia los gallardos reyes italianos, y saluda a Italia.—La ciencia y las letras doman las pasiones que engendra la política.—Tiempo es ya de que el afecto reemplace en la ley del mundo al odio.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 3 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

Cartas de Nueva York expresamente escritas para

La Opinión Nacional

Noticias de España

Francia cede a España.—Discusión de la política española.—Ideas y hombres.—El retrato de Colón.—El Congreso de Americanistas.—La carta de Castelar a Garibaldi.

Nueva York, 16 de septiembre de 1881.

Señor Director:

Tras enérgicos debates; tras declaraciones del Ministro de Estado de España que no consentiría en solución que mermase la honra española; tras anuncios de llamar a Madrid al duque de Fernán Núñez, embajador en París; tras la urgente demanda de España; tras la cortés resistencia de Francia; tras el anuncio de que, caso de no acceder la República a la demanda del Ministerio del Rey Alfonso sería el caso sometido, como a pueblos cultos toca, a arbitraje extranjero, el caso diplomático de Orán se ha terminado sin árbitros y sin batallas: anteayer 14 fue anunciado al mundo que Francia consiente en pagar a España 2 000 000 de francos, como indemnización de las pérdidas sufridas por los súbditos españoles a consecuencia de los ultrajes de los árabes en Orán.

¡Quién no ha de congratularse de este resultado que, a despecho de los hombres tenaces empeñados en hacer triunfar los intereses de las dinastías sobre los de los pueblos, estrecha la amistad presente y garantiza la amistad futura de una República, y de una Nación encaminada a serlo!

Ya se habían encrespado las pasiones políticas; ya los políticos conservadores, animados de rencoroso odio a Francia, habían atizado la natural fiereza española; ya se regocijaban de la próxima lucha los que anhelan, por sobre la liga fructífera de los pueblos, la liga funesta y amenazadora de los tronos; ya veían herida en la sien y tinta en sangre a Francia—la cabeza pensadora! El buen sentido ha ahogado estos apetitos de los servidores de los reyes. El país vuelve de lleno a sus luchas internas, a su labor de gestación, a su Congreso de Americanistas y a sus Cortes.

Accidentes de un movimiento solemne, estaciones de una vía que toca a su término, desenvolvimiento de un proceso histórico que consiste en ir hacia el porvenir nebuloso, por lo cual se equivoca el camino que lleva a él, desde un pasado tenaz, que se ase a la vida con el fervor y la angustia de los moribundos; tales son, cualesquiera que ellos sean, los actuales acontecimientos españoles. Entran en ellos como factores: los intereses viejos, la aspiración universal al cambio y fijación del orden nuevo, la aspiración confusa y generosa de un pueblo inteligente e ignorante, los intereses materiales actuales, y los intereses políticos, nacidos de esta lenta y magnífica batalla

entre una época de gloria militar, dominio de castas, y provecho ilegítimo de pocos, y una época de gloria del trabajo, gobierno de la razón libre, y provecho legítimo de todos los hombres trabajadores.

El problema agriado y dificultado en otras naciones por colosales odios, presenta en España, merced a la naturaleza hidalga y desdén de la fortuna material que distingue a sus hijos, un carácter menos violento y amenazador. La verdad llega allí más tarde, pero como ha derramado menos sangre, llega más segura. Resulta esto de que el amor a los bienes de la tierra que en definitiva resuelve, o acelera la resolución de todos los problemas, es señaladamente menor que en otros pueblos, en el sobrio y espiritual pueblo de España.

Esto ha sido la elección de las últimas Cortes: una de las convulsiones, una de las transiciones, uno de los sacudimientos, una de las formas del nuevo cuerpo nacional en ebullición. Las Cortes están electas y definidas las agrupaciones que han de darles vida: son unas Cortes ficticias e impuras, en que se librarán batallas pintorescas y brillantes, que no resolverán problema alguno de una manera fructífera y durable, y que terminarán de un modo violento o desastroso para volver el país a un régimen áspero monárquico que precipitará el advenimiento de la República; o abrir paso a una Revolución incontrastable e impaciente, encabezada por reformadores graves, fatigados de la demora inútil de la fundación de una España nueva, y desconfiado con justicia de la raquítica política de compromisos que estorbará y debilitará en su cuna la República española.

Falta de esas Cortes el elemento sano y pujante que domina a España y sobrepuja a los demás elementos que en su seno combaten por un absoluto predominio,—el elemento medio, trabajador y acaudalado,—la generosa y honrada burguesía. Ni la República aristocrática y artificial que con Castelar vendría, por ser el representante de la forma republicana que garantizaría mejor los intereses y preocupaciones de los elementos conservadores; ni la República híbrida e insegura que, conforme a toda probabilidad sustituirá a la monarquía, por tácito acuerdo y simultánea preparación de los republicanos pacientes y los liberales dinásticos, cuyo jefe es sobrado hábil para no hacerse lugar en el estado político próximo,—traerán a la nación aquella política de avance y de frente, de renuevo determinado y establecimiento firme, y de vuelco y sustitución de todo cauce actual de vida que el país reclama. Repele España toda experiencia de gobiernos ideales y quiméricos, que lleven a la gestión de los negocios nacionales unas cuantas teorías seductoras, rencores concretos y odios enfermizos; pero, así con envidiable buen sentido, se niega a considerar y estimar fórmulas nacidas de miserias e iras extranjeras; así anhela, —porque ve que todos los pueblos la ganan en la marcha,—una política humana y fecunda, que tienda al logro del bienestar, a la garantización de la voluntad ilustrada, y a la aplicación fructuosa de cada hombre a los elementos naturales que le rodean: trabajo, modestia y calma,—he ahí la ansiada política: no pérdida de la fuerza nacional en emigraciones bochornosas y conquistas perniciosas y estériles en lo exterior, sino aprovechamiento, fortificación y empleo de todos los elementos interiores. Más que otro alguno de los grupos republicanos militantes, parece satisfacer esta aspiración el grupo que encabeza Ruiz Zorrilla, encarnación singularmente típica de la clase social a quien toca en turno la gobernación y representación de España. Honrado, perspicaz, humilde, rico y enérgico, caracterizan a su política los resultados naturales de estas condiciones, que son las de la clase hoy dominante en el pueblo español: de aquí su influjo: sólo gobierna a los pueblos quien los refleja.

Mas el desembarazo, novedad, sanidad y pujanza de la política burguesa encarnadas en la serena intrepidez, sensata cautela e incontrastable energía de Ruiz Zorrilla, no cuadran a los

propósitos interesados y personales de las agrupaciones republicanas y monárquicas que hacen, a par de él, la campaña republicana. Esta política amplia y laboriosa, dispuesta a extirpar los perezosos y logreros, a poner en empleo toda fuerza útil, y a hacer en lo posible de la inteligencia, no un derecho a la holganza, sino el deber de su aplicación; esta política de las clases llanas, sorda e involuntariamente rencorosa, excluye cuerdamente de su milicia los residuos perturbadores, recalcitrantes y mal habituados de la política de antesala y de pasillo, del menguado comercio político que ha venido estorbando el establecimiento definitivo de España entre los pueblos útiles y grandes de su época. Y como excluiría a estos elementos impuros que culebrean diestramente entre todos los campos, para tener casa dispuesta y cueva conocida en todos, acontece que, por desesperado acto de conservación, la excluyen a su vez, y la persiguen con ira inusitada, esos elementos transitorios, hoy monárquicos que, previsores de lo venidero, tallan a la sombra del trono la estatua de la República.

De las oposiciones confesadas a la monarquía, hay una activa: la de Ruiz Zorrilla, con igual tenacidad y mayor inteligencia que por él, servida por el astuto Martos, el poderoso Salmerón, el sensato Montero Ríos, y hombres de no menor valía; y hay otra pasiva, cortés y mansa que, segura de su triunfo, no tiene la energía, la intención, ni la necesidad de acelerarlo: la de Castelar, indirectamente servida por todos los que esperan a su vez servirse de él, y acompañado de cerca por un grupo escaso, discreto, afectuoso e ineficaz de admiradores. En aquella política, se encrespan y combaten fuerzas visibles, vibrantes y reales; en esta, se deslizan esperanzas, se estudia el movimiento universal y se preparan fórmulas. Una consiste en derribar y en empujar; otra, en dejar caer. La una quiere precipitar la ruina de la Monarquía, y echar a rodar sin demora la máquina nueva: la otra espera benévolamente a que la ruina se consume, y se prepara a utilizar el antiguo rodaje. Sin el voluntario auxilio que presta a la causa republicana,—y habría de prestárselo fatalmente, aunque fuera involuntario,—el advenimiento al poder de los republicanos pasivos sería poco probable, arrollados como serían en la competencia por sus rivales osados y activos, y siendo, como es, fatal el advenimiento de la República, no tienen los elementos monárquicos liberales manera de hallar acomodo entre sus jurados enemigos, porque desde el seno de la Revolución, como mortales enemigos, surgieron esas dos agrupaciones que han llegado a ser, padrón de la destreza suma y habilidad inigualada de su jefe la una, y la otra representación autorizada de la grande y activa masa española.

Únense, pues, estas dos agrupaciones celosas ante un mismo adversario formidable, que a ninguna de las dos abriría puerta, en la hora del triunfo, ya por creencia honrada de que inquietarían y corromperían la República los que la han servido tan infielmente como a la Monarquía, ya por esos encarnizados celos personales que los triunfos ajenos alimentan. Rivalidad inextinguible hay entre Martos y Sagasta: inextinguible también entre Castelar y Martos y Salmerón.

Resumiendo, pues, dedúcese que sin el apoyo de los elementos liberales que figuran al lado de la Monarquía no alcanzaría existencia la República transitoria y aristocrática de Castelar; ni los elementos liberales tendrían natural cabida, una vez advenida la República, en un Gobierno que no fuera el Gobierno conservador y moderado que el elocuente tribuno llevará consigo. Viven, por tanto, los dinásticos liberales y los republicanos pasivos en necesidad de íntima unión y en estrecha interdependencia; y existirán en lo porvenir los unos por los otros. Mas si en vez de este cómodo desenvolvimiento del problema, y resultado previsto y artístico la República activa se

adelanta, derroca a la Monarquía, y se alza con el poder, ni los liberales dinásticos que no han contribuido al triunfo de la República activa, ni los republicanos pasivos que—celosos y temerosos de ella—la han estorbado y perseguido, tendrán puesto en las filas del Gobierno triunfador, que ganó solo la batalla, y gozará solo de ella, contra sus envidiosos y azorados enemigos.

De aquí esos fenómenos curiosos observados en estas últimas elecciones: el apoyo de Castelar a la Monarquía, y su hostilidad al partido republicano activo: y el apoyo de Sagasta, y sus liberales dinásticos a Castelar, y su implacable persecución del partido activo y batallador de la República. En visible y venturoso consorcio, y de brazo y sonriendo, han marchado por los campos electorales los amigos del Jefe de la República posible, y del habilísimo creador de la Monarquía republicana. En cambio, con espada de fuego, y con igual espada, han sido perseguidos en Vizcaya los carlistas; en las Castillas y España del Norte los conservadores; y en Valencia, en Soria, en todas partes los republicanos de Zorrilla. No en la lucha de Sagasta y Cánovas, que es lidia que pertenece a la época pasada, y ya agoniza; sino en la lucha de Sagasta y Castelar contra Zorrilla, Salmerón y Martos, que envuelve páginas de lo porvenir, ha estado el interés de la última contienda electoral. Contra un liberal activo, el conde de Pacent, triunfó Castelar en Huesca, y no sin trabajo, ni sin apoyo de las autoridades sagastinas. No vencido, sino expulsado de las urnas, fueron Ruiz Zorrilla y cuarenta candidatos granados y notorios de su séquito: doce de ellos entraron, sin embargo, a las Cortes, contra recia marea, y con altos honores; que hubo alguno como Montero Ríos, el abogado de la Revolución, que en el espacio de una semana, y a la mano del omnímodo gobierno, en Madrid mismo, lanzó, preparó e hizo vencer su candidatura, con suma lujosa de votos favorables.

Iniciado el combate, ni los republicanos activos cejarán en la obra emprendida, con su osada manera y habitual tenacidad y empuje, ni en la persecución comenzada, como que les va en ello la vida futura, cejarán los liberales monárquicos. Cierto que durante las elecciones, sorprendió el Gobierno de Sagasta y sometió a juicio, haciendo presa en treinta y uno de los cabecillas del vasto fraude, una conspiración astuta y temible para falsear, en escala alta, el voto público; cierto que han explotado esto los diarios de Sagasta a maravilla, y que los diarios conservadores lo han achacado a invención del astuto Sagasta para descrédito del partido canovista; cierto que, a pesar del desconocimiento oficial de los actos violentos de algunos Gobernadores, a la más procaz presión oficial se debe la elección de la Cámara sagastina, y la victoria de los diputados de Sagasta sobre muchos acreditados y conspicuos partidarios de Cánovas; cierto que no hubo engaño, o amago de fuerza, o promesa falaz que no hiciese el Gobierno por conseguir efímera victoria en las provincias vascongadas; mas, ninguno de estos sucesos ni los innúmeros censurables detalles que tras ellos han venido a colación, tiene significación más enlazada con los acontecimientos futuros, que las hostilidades bruscamente abiertas entre el Gobierno de Sagasta y los republicanos de Zorrilla.

No bien organizados, y provistos por las elecciones con cédula de vida, los republicanos activos se reunieron, en pública y solemne junta; consagraron su lugar de tertulia periódica, y fijaron día para la junta próxima. Muy graves cosas fueron hábilmente dichas en aquella reunión

primera, que ha parecido a Madrid justamente como la iniciación de una nueva época política, y como la revelación inesperada de un guerrero que acude a la lid armado de todas armas, con el intento y la capacidad de la victoria. Mas, cuando, veinte días hace, los progresistas, o demócratas, o republicanos activos,—que todo esto son, y de todas estas maneras se han llamado,—intentaron reunirse de nuevo, un comisario de policía, acompañado de elegantes policías secretos, intimó a todos la orden de abandonar el salón y a algunos la de presentarse ante el juez a responder de su conducta. Club tienen los carlistas; club, los conservadores; club todas las agrupaciones políticas; mas está en la mente del Gobierno de Sagasta, que la agrupación de sus tenaces y personales adversarios, que le excluirían de toda oportunidad de vida pública en el orden de cosas venidero, no tengan club. Altísimas protestas, concentradas amenazas, demandas de aclaraciones han sido actos ineficaces, que, como mar airada, en muro de castillo, se han estrellado y roto contra la voluntad enconada del Jefe del Gobierno, en cuyo complicado carácter tiene la ira singular dominio.

Da tipo a la política de España una mutua y respetuosa benevolencia, que dignifica las relaciones interiores de los partidos, y lleva a evitar conflictos de sangre en una posible solución violenta. Por capitales servicios entreligados, a capitales servicios se están obligados los altos políticos. En conferencias y visitas se suavizan las asperezas que en la contienda pública se aguzan y las grandes cuestiones venideras, que parecen complejas y nebulosas al observador extraño, son discutidas, preparadas, anunciadas y esperadas con loable lealtad por los políticos señalados de las diversas comuniones. Mas se ha roto este encanto, y desacatado este respeto, y determinado una guerra febril, que viene en mala hora, y es desafortunada e imprudente. Al Gobernador de la provincia, al Ministro de la Gobernación visitaron los más elevados representantes del partido activo, mas de uno y otro supieron que no hallarían amparo y merced en el Gobierno, "resuelto a no permitir manifestación alguna contraria a la Monarquía". "¡Hasta libertad—se les dijo—os dimos en las elecciones". Grandes cóleras provoca y a terribles rivales hostiga, el hábil Sagasta, y aliados grandes tiene, por intereses de clase y de vanidad política en el campo republicano; pero el guante así lanzado a la faz de esos viejos guerreros, será de fijo, aunque el buen Dios de paz no ha de quererlo, vuelto al osado retador en la punta de la espada.

Un hallazgo artístico ha venido a distraer un punto los ánimos de estas arduas contiendas. Allá, escondido en el Ministerio de Ultramar yacía ignorado un hermoso retrato de Cristóbal Colón y una casualidad dichosa reveló su existencia al Ministerio. Es obra de fines del siglo XV, y de mano probada. Allí está el almirante, no con los ojos apagados, forjadores de rayos lucientes, no con el recio ceño, y cana cabellera de posteriores días, sino airoso y resuelto; como fue en sus cuarenta años, no arrugada la frente espaciosa, abundante y oscuros los cabellos, viva y penetrante la mirada, y corva la nariz. Sin injuria se ha conservado el retrato, y sin merma la inscripción que dice así: *Columbus ligur, novi orbis repertor*. 50 centímetros tiene de alto el lienzo y 42 de ancho. Dos copias van hechas de esta obra curiosa, tomada de la faz misma del hombre infortunado; una ha sido regalada al Duque de Veragua, descendiente del Gran Almirante; otra,—en la cual tomó vivo empeño el ingeniosísimo cubano Rodríguez Correa, el amigo Bécquer, y hoy subsecretario del Ministro,—adorna ya el Ministerio de Ultramar. El lienzo primitivo se ostentará sin duda en aquel maravilloso Museo henchido de joyas, el Museo del Prado; en que *Los borrachos* de Velázquez compiten con *El pasmo* de Rafael, y el *Dos de mayo* del magnífico Goya con la *Concepción* alada de Murillo.

Un corazón existe en Europa, vasto y ardiente, en que hay lugar para todo dolor y goce humano, y eco a todo acto heroico o sentimiento generoso. De una patria, como de una madre, nacen los hombres; la Libertad, patria humana, tuvo un hijo, y fue Garibaldi:—fue él. Su inteligencia, no hecha al yunque ni al esmero, vaga y yerra: mas su magnánimo corazón que no conoce cansancio ni vejez, recaba prestamente para el héroe la admiración que un extravío intelectual o un exceso irreflexivo de bondad momentáneamente le enajenan. Se le conoce como a salvador y como a padre. Cuando se mire atrás desde lo porvenir, se verán en la cúspide de este siglo grandioso un caballero cano, de frente acupulada, mirada encendida y barba hirsuta, vestido de vulgares paños negros: Víctor Hugo; y un jinete resplandeciente, de corcel blanco, capa roja y espada llameante: Garibaldi. Allá a sus pies un Caín, con casco de hierro destrozará con sus manos crispadas su blusa militar: el Canciller alemán. Del guerrero italiano fue un telegrama cariñoso en que felicitaba desde Caprera a Castelar por el éxito de las elecciones en Barcelona y en Huesca; y de Castelar en una tierna, suntuosa, exuberante carta, en que con su hermosísima lengua de colores, y sus caricias de arroyo, y ruidos de cascadas, responde al caballero de su siglo, y felicita a los republicanos españoles de haber nacido en la misma sorprendente centuria que ha visto nacer al amador ardiente de toda víctima oprimida, al soldado gentil de toda idea que sufre y redime, al guerreador de capa roja y acero que llamea,—al bueno, al generoso, al bravo Garibaldi.

Reúnense a estas horas en Madrid cuantos ya por ese natural amor del espíritu humano a lo pasado, ya porque el conocimiento de lo pasado hace seguras y conformes a razón las leyes que han de gobernar lo porvenir, se ocupan en la investigación y exploración del mundo antiguo americano. Este es el mes del famoso Congreso de Americanistas, desde tanto tiempo hace anunciado. Quiere Madrid, por cuanto al brillo histórico, e interés presente de España importa, exceder en oportunidad y magnificencia a Bruselas, donde el Congreso reunió la última vez sus sabios miembros. Y no es sólo ahora la apertura solemne del Congreso, ni su inauguración por el animoso y activo Rey, ni la discusión,—peculiarmente importante en la tierra de las conquistas,—de las familias, grandezas, dolores y caracteres de la raza conquistada: es además la exhibición en un valiosísimo museo, de cuanta riqueza americana encierra España. Allí están a los ojos de los observadores y curiosos, el tesoro real, el de las casas de los nobles, el de las corporaciones científicas, el de los descendientes de virreyes y hombres de pro en las Américas, el de los archivos de la metrópoli. El Rey, entre otras joyas, envía al Museo la bandera de Cortés, que se clavó en Veracruz, deslumbró a Tlaxcala, abatió a los descendientes de los Mexitis y huyó en Otumba. Y la espada de Francisco de Pizarro, que cayó a sus plantas con su vida. Simancas y Sevilla han vaciado en los estantes del Museo sus ricos y repletos anaqueles. Abundan las colecciones particulares en documentos, grabados, dibujos, colecciones de armas y utensilios de la antigua y actual América, y en rarezas de cerámica, en variedades de tinte y de tejido. Del Perú solamente, figuran en el Museo 800 vasos, que prestan para esta maravillosa colección temporal los Museos de la nación, y atlas, manuscritos, trozos de frescos de las paredes de Thitchu, figuras curvas y expresivas halladas en las ruinas de Uxmal, copias de guerreros barbados y calzados, trofeos, autógrafos, muestras de hierrografía, libros de piel de cordero matizados de figuritas monstruosas, de vivos colores. Y así, puestas en línea, será el efecto deslumbrante, y la comparación utilísima, pues que de ella vienen, como de suyo y sin mayor esfuerzo, las leyes de semejanza y afinidades que iluminan la romántica y sombría historia de aquellos tiempos desfigurados y perdidos.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 4 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA

LA OPINIÓN NACIONAL

Entrevista del zar y el káiser.—Capital acontecimiento europeo.—Formidable liga de imperios.—Dramática entrevista.—Guerra al socialismo.—Invitación a Europa.

Nueva York, 16 de septiembre de 1881.

Señor Director:

Un suceso de magna trascendencia, realizado con brevedad mágica y ostentosa pompa, ha ocupado exclusivamente a Europa en los días últimos. Ni la publicación de nuevos periódicos nihilistas en Rusia, que declaran que la guerra que se hace a los judíos en Rusia no es guerra socialista; ni la próxima destrucción del pesado e inútil yatch *Livadia*, el gran buque redondo, del que se van a hacer tres buques; ni la remoción del Conde de Baranov del cargo de Jefe de policía, con palabras ásperas del Zar,—alcanzan importancia comparable a la de este trascendental acontecimiento. Ni importan tanto a Alemania la reanudación de sus relaciones con el Papa, merced al embajador Schloezer; ni el nombramiento del hijo de Bismarck para ministro en Washington; ni la fuga de los conscriptos que emigran a América; ni la revista pasada a las tropas en el aniversario de Sedán; ni la detención en Kiel de los dos buques de guerra peruanos, *Diógenes y Sócrates*, por razón de neutralidad,—como las vitales cuestiones que movieron el ánimo de los emperadores de Rusia y Alemania a su histórica entrevista, en la que, entre el sonar de los cañones, el flamear de las banderas, y el ruido de las olas, han jurado, estrechándose cordialmente sus dos manos de hierro, odio eterno a los pueblos.

Contemos la entrevista.

Fue en Dantzig, el 10 de septiembre. Urgía a ambos monarcas verse juntos. Urge a Guillermo que Rusia no se ligue a Francia, y que los nihilistas rusos no fortalezcan a los socialistas alemanes. Urge a Alejandro que todos los poderes de la tierra le ayuden en su guerra de conservación y de venganza contra los nihilistas.

Errores de subalternos habían agriado las relaciones entre uno y otro imperio. Se hacía preciso que contra los pensadores liberales se uniesen los monarcas autócratas, contra los pueblos que no pueden subsistir sin derechos, los reyes que no pueden subsistir con un pueblo que los tenga.

El gran duque de Mecklemburgo, suegro del gran duque Vladimiro, en quien la hija del de Mecklemburgo ejerce gran influencia, arregló la anhelada entrevista, el padre en Alemania y la hija en Rusia lograron a la par el consentimiento de sus señores.

Así ajustado, salió el Zar sin previo aviso, y súbitamente, de Peterhof, y el emperador alemán, y su hijo, y Bismarck salieron de Berlín.

Llegó antes que el emperador el canciller, con su hijo Heberto, y con Tiras, su corpulento perro; y fue en carruaje abierto a la casa del gobernador. Vino luego el Káiser, acompañado del

príncipe de la corona, el gran duque de Mecklemburgo, presidente del Gabinete Militar; el general von Albedyll, presidente del Gabinete Civil, y otros altos funcionarios.

El anciano Emperador, vestido con el uniforme del primer regimiento de guardias, fue también en carroza abierta, tirada por cuatro caballos, con sus jinetes de librea, a la casa de Gobierno. A paso lento iba el tren suntuoso: la muchedumbre, vitoreando al Emperador, impedía el paso del carruaje.

Era el día húmedo y brumoso, y tardaba el yate ruso, a punto que pasaba de sazón el *lunch* lujoso que, preparado por su especial cocinero, se había servido al Zar en el buque donde debía celebrarse la entrevista.

De fiesta estaba *Hohenzollern* y respladecían de plata y de cristalerías las mesas. Apenas se divisó el yate cesáreo, el Emperador y su hijo vestidos de coroneles rusos, y seguidos en un carruaje en que iba solo, Bismarck, en uniforme de coracero, atravesaron entre ensordecedores vítores y bajo lluvia de flores el camino de la casa al puerto.

De súbito truenan a una poderosos cañones: de pólvora y de humo se llena la bahía: los dos emperadores están hablando. Apenas se pusieron al habla, el *Hohenzollern*, en que se había embarcado el káiser y el *Derzhava* en que venía el Zar, echóse un bote al agua, saltó el Zar en él, abordó el *Hohenzollern*, subió a saltos la escalera, y cayó en los brazos del Emperador Guillermo, a quien besaba en las mejillas y en la frente.

Apenas se vieron solos, dijo Alejandro:

"—He venido para deciros que he heredado todos los sentimientos de mi padre hacia vos. Yo los profesaré toda mi vida. Feliz, muy feliz me siento con tener una oportunidad de decíroslo".

Nada se firmó allí, mas grandes cosas fueron estipuladas!

Alejandro ha prometido que si Alemania viene a guerra, observará con ella la conducta que observó en 1870.

"—Combate como yo, desde el atentado de Nobiling, he combatido a los socialistas: guerra a cuchillo!—3 000 procesos de socialistas hubo en el año que siguió a la adopción de esta política: menos hay hoy sin duda".

Dos horas duró esta entrevista. ¡Qué interesante y terrible escena, en el drama humano!

Convínose al fin que el Zar comience en tierra, como huésped del Emperador. Dantzig, que desde el día antes estaba profusamente decorado echó, no bien se supo que el Zar desembarcaba, sus campanas a vuelo. Inusitado movimiento animaba las calles henchidas de gentes no temerosas de la incómoda lluvia. Tocaban las bandas el himno nacional ruso. Engalanaban los balcones las niñas de las escuelas, vestidas de fiesta. Tronaba el cañón a cada minuto. Al fin, poniendo valla al popular frenesí dos cordones de policía armada, apareció camino de la casa de Gobierno, la imperial procesión.

En dos carrozas de gala, llevadas de Berlín, tirada cada una por cuatro caballos, iban el zar pálido, y como sorprendido de aquella recepción calurosa, luciendo su uniforme de hulano, prusiano, y la banda del Águila negra; el káiser, el Príncipe de la Corona, y los dos grandes duques, el privado Vladimir, y el gallardo Alejandrovich, hermano del zar. Llegados a la casa de Gobierno, en tanto que una banda de granaderos tocaba música rusa, veía Alejandro, encerrado en un carruaje común, lo que de la ciudad dejaba ver la lluvia.

A poco, entran los soberanos y su séquito en la sala del banquete, cuyos muros resplandecen con adornos de plata maciza, que reflejando la luz de las antorchas, y el quiebro de las luces en los vinos, dan al vasto aposento el aspecto de un salón encendido.

Cual samán altanero, elevando su cuerpo colosal sobre los recios cuerpos de sus augustos señores, Bismarck brilla, aderezado con el magnífico uniforme de los Coraceros azules. El Zar, que desde el punto de su llegada le busca y sonríe, habló con él animadamente un buen espacio de tiempo antes de la solemne comida.

A los sonidos de un himno de bienvenida, y a la súplica del maestro de ceremonias, los dos Emperadores se adelantan hacia el centro de la mesa: obsequiando la práctica alemana, estrecha el Zar antes de sentarse la mano del Káiser y de Bismarck: a la derecha del Emperador de Rusia se sienta el heredero de la corona de Prusia; a la izquierda, el Káiser; junto al Príncipe de la corona, el gran Duque Alejandrovich y Bismarck; junto al anciano Guillermo, el gran Duque Vladimiro.

El Rin centellea en sus copas verdes; dora el champagne el cristal límpido; con la librea del Zar cruzan, como brillantes insectos de oro, los lacayos; gústanse sopa de tortuga, salmón aderezado, solomillo de ternera, legumbres, pollos trufados, ensalada, helados, compota y postres, que esto hubo, y no más, en la mesa de los Emperadores.

La orquesta, para dejar libre vuelo a la animada plática, callaba.

“Brindo”—dijo de súbito el Emperador Guillermo—“a la salud de su Imperial Majestad—, mi hermano el Zar de Rusia: ¡viva largo tiempo y viva feliz!”

Entre calurosos aplausos, retornó el Zar el cumplimiento. Estos fueron los únicos brindis.

Terminado el banquete, y abandonado el resplandeciente salón, acompañó el Káiser al Zar a la estación del ferrocarril, donde mantuvieron viva conversación, en soledad completa, los dos monarcas y Bismarck.

Llegaron a la playa; para su yate se embarcó el Zar, y para Berlín el Káiser, sin cruzar de nuevo por Dantzig, que en vano había intentado iluminar suntuosamente sus ventanas.

¡Moría en la sombra, la entrevista lúgubre, y desaparecían en ella, como fantasmas, los interlocutores!

¿Qué se dijo a bordo del yate *Hohenzollern*? ¿Qué se habló en el vagón del ferrocarril? ¿Qué significa la salida inmediata, después de la conferencia, de un enviado secreto de Alemania a París y a Londres?

“Contra la inquieta Francia,”—dice un periódico de Moscú,—“que se complace en mover toda querella y romper toda alianza, se dirige esta que no romperá. A nosotros nos toca extinguir las fuerzas revolucionarias que ella alimenta: nos toca sofocar el espíritu rebelde de este siglo”.

—“Basta”,—dice en circular a Europa el Ministro de Estado ruso— “basta conocer los intereses generales de ambos gobiernos, y los lazos de verdadero cariño que unen a los dos emperadores, para que no sea necesario buscar más razones que estas a la entrevista”.

Y el mismo Ministro envió para su publicación un artículo al *Journal de Saint-Petersburg*, que dice así:

“La entrevista de Dantzig, a la que fue invitado y concurrió en espíritu el emperador de Austria, consagra la unión de los tres imperios que necesitan vivir en paz y armonía para desarrollarse sin disturbios. Si, como se afirma, el Emperador es el más ruso de los rusos, tras él en esta alianza está ciertamente toda Rusia. La unión de los tres imperios debe ser considerada como una garantía contra el espíritu revolucionario de nuestra época, y como una muralla

monárquica contra los ataques del partido del desorden. Vean bien los periódicos franceses que no es sólo esta liga para defender la monarquía, puesto que el partido del desorden ataca a algunos más que a los monarcas. Y ¿las abominaciones de la Comuna? Y ¿las odiosas tramas descubiertas en Liverpool? ¿Y el execrable atentado a la vida del Presidente de la Unión Americana?"

Y dice el *Kress Zeitung*

"Es la entrevista la confirmación de esta tarea unánime de común defensa, emprendida contra sus enemigos naturales por los tres imperios".

Muéstrase además el Ministro de Estado ruso airado contra Francia, porque con sobra de razón recela que no ha de acompañarle en su política: tacha a Gambetta de imprudente; a Grévy, de inactivo:—"con Mac-Mahon"—exclama—"hubiera sido menos ancho el espacio, hoy insalvable, que separa a Francia y a Rusia".

Y en una conversación privada del Ministro de Rusia y el de Prusia, afirmó Bismarck que extraoficialmente se había inquirido de Gambetta la posibilidad de que Francia acompañase a los imperios en su política anti-socialista, y que extraoficialmente había respondido Gambetta que no lo permitía, a su juicio, la situación de Francia. "Mas olvidemos a Francia ahora, y obremos solos. Ella vendrá a nosotros pronto, porque se verá expuesta a los mismos peligros que nosotros".

Mas no hay frase que determine mejor el sentido de la conferencia de los dos emperadores, unidos tantas veces sobre el puente del *Hohenzollern* en apretados y cordiales abrazos, que esta frase terrible del hombre de hierro:

"Guerra a cuchillo!"

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 5 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

Cartas de Nueva York expresamente escritas para

La Opinión Nacional

La revuelta en Egipto.—Interesante problema.

Nueva York, 16 de septiembre 1881.

Señor Director:

No es una simple noticia extranjera, sino un grave suceso que mueve a Europa, estremece a África, y encierra interés grandísimo para los que quieren darse cuenta del movimiento humano,—la última revuelta del Egipto, totalmente vencedora, militar y concreta en apariencia, y en realidad social y religiosa.

Uno es el problema, dicho brevemente: se tiende a una gran liga muslímica, y a la supresión del poder europeo en la tierra árabe. Arranca de Constantinopla, invade el Istmo, llena a Trípoli y agita a Túnez, la ola mahometana, detenida, no evaporada al fin de la Edad Media.

Inglaterra y Francia tienen vencido a Egipto: sus representantes manejan, por acuerdo con el jedive, y en representación y garantía de los tenedores de bonos egipcios en Europa, la desmayada hacienda egipcia. A los contratos fraudulentos, para la tierra del *fellah*, ruinosos y para Europa muy beneficiosos, ajustados en el tiempo infausto del jedive Ismael, seguía una esclavitud poco disimulada, en todo acto nacional, asentida y servida por Riasz Pachá el primer ministro del actual jedive.

De súbito estalla un formidable movimiento, con ocasión de una orden de cambio de residencia de un regimiento, expedida precisamente para evitar el motín que se entreveía. El motín ha triunfado: el ministerio llamado europeo ha desaparecido: el primer ministro deseado por el ejército ha reemplazado al primer ministro expulso. La victoria ha sido rápida, imponente y absoluta para el partido nacional. Este partido representado por la milicia de Egipto, y triunfador en toda tentativa, acepta sumiso toda ley que de Turquía le venga; mas resiste, como si agitara a quince mil pechos un sentimiento mismo, todo desembarque de tropas cristianas, toda intervención europea; y principalmente, toda intervención inglesa. Aunque se les debía paga de 20 meses, no se han alzado por paga. Aunque aman a su jedive, se han levantado contra él, y obrado y hablado como aquellos nobles de Aragón, que valían uno a uno tanto como el rey, y todos juntos más que el Rey.

Fue el motín como invasión de mar. Lo encabezó un robusto coronel, dotado de condiciones populares, lleno del espíritu egipcio, muslímico e independiente; hecho al manejo de las armas y a la existencia de los campamentos: Achmet Araby Bey.

“Caiga ese ministerio, que nos vende a Inglaterra; désenos una Constitución, que ponga en manos de egipcios el gobierno egipcio; auméntese el ejército, garantía de la independencia nacional, a 18 000 hombres”—“O al punto se nos concede esto que pedimos u ocupamos el palacio del virrey.

Este, aconsejado de sus ministros y cónsules, se presentó a los amotinados, formados en batalla.

—¿Qué quieres, Araby?

Araby, montado en soberbio caballo, blandiendo el acero desnudo, le responde rodeado de brillante grupo de oficiales rebeldes:

—Queremos ley y justicia. Si nos las das, tú eres el dueño. Si no, tu sucesor está ya listo.

En su vulgar y pintoresco árabe responde Achmet Araby Bey, y con gallarda cortesía, a cuantos ávidos corresponsales de periódicos ingleses le preguntan:—que hoy, no por sus redactores, sino por sus corresponsales en el extranjero están los periódicos ingleses redactados.

—¿Están en salvo los europeos en el Egipto?

—Ni en un cabello les tocaré,—a menos que no desembarquen en nuestra tierra las tropas cristianas.

—¿Y si desembarcan?

—Entonces seguirá una matanza general de europeos,—responde Achmet con su cortés manera.

—Y si desembarcan los turcos?

—Los turcos son Muslimes.

—Pero ¿con qué fuerza cuenta este movimiento?

—Con quince mil soldados egipcios, armados de remington; con seis baterías Krupp; y con 150 000 beduinos armados.

A Chérif Pachá querían los amotinados por su primer ministro; y Chérif Pachá es ministro. Él ha evitado el conflicto, prologándolo primero, para dar tiempo a una reunión de notables que legalizara su promoción; y lo ha resuelto, aceptando por fin el nombramiento del jedive. Es hombre grave, penetrado de la necesidad de costear hábilmente entre los abismos que al Egipto abre la tradición francesa, que tiende a la posesión por Francia del África del Mediterráneo, y la avaricia inglesa, que quiere el Itsmo de Suez, como la llave de su dominio en la India asiática; pero a la par que convencido de la urgencia de salvarse de estos peligros, Chérif permanece completamente fiel a los propósitos de Mehemet Alí, que quiso un Egipto libre, independiente de toda influencia, respetado y poderoso.

En Chérif Pachá fian, y su voluntad acatan los rebeldes. De él querían sólo un nombramiento, y ya lo tienen: el del Ministro de la guerra, que no es por cierto, como hubiera sido a provenir de ambiciones bajas la revuelta, el coronel amotinado, sino Baroudi Pachá. Los notables, postrados ante el virrey, a la vez que apoyaban este nombramiento y aprobaban la elección del reposado, hábil y leal Chérif, le han jurado de nuevo cariñosa obediencia, y se han mostrado afligidos de la conducta de las tropas. Estas, luego de haber triunfado, ceden, y en un afectuoso documento se muestran vasallos fieles, y soldados sumisos, del jedive. Garantizan los notables este vasallaje.

Mas acaso ¿no se regocija el jedive de verse así compelido, a los ojos de los representantes europeos, y las naciones tutoras, a sacudir yugos y cortar lazos que los miramientos políticos y los riesgos de desacatarlos, le hubieran impedido romper? Los notables acaso ¿no azuzan a la callada lo que públicamente desaprueban?

El poderoso aliento de independencia y la fatiga de tanta vergonzosa explotación, y tanta intervención extraña y oprobiosa ¿no mueven allí todos los pechos?

—Y ¿con qué fuerza cuentas tú para resistir a toda Europa? Preguntó al resuelto Achmet el jedive.

—Con un millón de hombres.

Porque el aire que encienden con sus plegarias los panislamistas de Constantinopla, sopla abrasador en el Septentrión de África, y empuja el brazo del rencoroso argelino Sheyk Mahmoud contra Francia, y repite por todo el viejo dominio de Mahoma la palabra de reivindicación y de conquista que brota inspirada de los labios del hermoso sirio Abul Huda.

Presiéntese el acercamiento de la magna lucha entre el afán conquistador de los poderes europeos y el indómito anhelo de independencia de las comarcas africanas. En otro tiempo fue de Francia el ansia vivísima de poseer el Egipto, en tiempos de avaricia, deslumbramiento y gloria militar. Las reminiscencias de aquella política, la posibilidad vaga de regir definitivamente en Túnez, y los intereses que ha creado el Canal de Suez, apegan aún a Francia a aquella tierra de sus sueños, en que cegaron y murieron, bajo el más atrevido de sus hijos, sus bravos y aguerridos veteranos.

Mas el capital y absorbente interés napoleónico se ha desvanecido a la par que ha cobrado fortaleza el interés de Inglaterra, que estima con justicia indispensable a su desafiado poderío en Asia la posesión del canal, y los países por que cruza.

A la expulsión de los poderes de Europa; al establecimiento de un poder independiente que tendría en sus manos la riqueza inglesa y contendría las conquistas francesas en África; al desconocimiento probable de la fabulosa deuda europea, fuente hoy de pingües beneficios para los grandes banqueros de Inglaterra;—tiende con brío y sin máscara el partido nacional rebelde. Desconoce el derecho de intervención de Francia o Inglaterra. De aquí el riesgo de esta última, la alarma grave, la universal curiosidad, la animadísima batalla librada por la prensa.

Corren vientos contrarios a intervenciones y guerras, por urgentes que estas parezcan. Como Egipto vive bajo el protectorado de Turquía, quiere Inglaterra, para ganar la batalla sin exponer sus soldados ni agobiar su tesoro, que Turquía comprima la revuelta. Francia, a quien urge su restablecimiento interior, ni permitiría la preponderancia inglesa en Egipto, ni desistiría del dominio de que hoy es copartícipe; pero favorece la ocupación turca por la misma necesidad de sosiego y ahorro que determinan la conducta de Inglaterra. Turquía, por otra parte, lisonjeada por la resuelta acometida y patriótica rebeldía del partido nacional de Egipto, no comprimirá o comprimirá ficticiamente a aquellos que si fueron un día sus enemigos en querellas domésticas, se le acercan y la eligen como madre en la gran resurrección mahometana que en las tierras de cielo de oro y mares de turquesa se proyecta.

Agravará, pues, para lo porvenir, la situación europea esta solución meramente temporal y transitoria. El problema es vital y severo: para Egipto, airoso y rebelde como sus corceles, problema de vida; para Inglaterra, cuya existencia pende de la de sus colonias, de que es hoy Egipto como arteria aorta, capital problema. Ni Inglaterra puede cejar; ni quiere cejar Egipto. El partido nacional, impaciente y robusto, presenta la batalla, que Inglaterra, no preparada y sorprendida, rehúsa y demora. Envalentonado con este temor, y su victoria de ayer, y el espíritu general de la comarca arábiga, y el tácito aplauso de Turquía, el partido nacional provocará con más aliento el combate por las mismas razones por que Inglaterra lo esquiva. O esta resigna su

poder en Asia, o interviene con poderoso ejército, en acuerdo con Francia, que no ha de querer dejarle todos sus derechos, y ahogan juntos con esfuerzo cruento la tentativa de nacionalidad de aquel país bello y mísero, condenado a perpetuo pupilaje.

Así queda el problema: el ancla británica quiere clavarse en los ijares del caballo egipcio: el Corán va a librar batalla al Libro Mayor: el espíritu de comercio intenta ahogar el espíritu de independencia: el hijo generoso del desierto muerde el látigo y quiebra la mano del hijo egoísta del Viejo Continente.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 10 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

Francia

Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*

Francia.—Horas de reposo.—Franklin y Francia.—París y Garfield.—Grévy rusticando.—Un libro nuevo.—Sarah Bernhardt.—Marie Colombier y Arsène Houssaye.—Rochefort y Gambetta.—La guerra de Túnez y el Ministerio.—Batallas próximas.—Italia.—El libro de un apóstata.—El sufragio en la Iglesia.—Poco maíz y buen vino.—Congreso de Geólogos.—Un meridiano para la Tierra.—Curiosidades americanas.—Un buque y un hombre.—Los congresos de Europa.—Alemania y el Papa.—Ah! si quisiéramos!

Nueva York, 1ro de octubre de 1881.

Señor Director:

Notas de duelo y notas alegres, son de clarines de batalla próxima, y ruido de hojas de libro nuevo, vienen de París. Mas como el verano sofocante aún dura, y los grandes teatros no han abierto sus puertas, ni los escaparates de las librerías sacado a la venta su caudal de invierno; como el polvo del estío no se ha sacudido aún de las puertas de la Cámara, ni Gambetta está en el palacio Borbón, ni en su palacio presidencial está Grévy,—no tiene esta quincena aquella apasionada crónica de airados combates con que los luchadores europeos han ganado, en la tierra en que están impresos aún los cascos de los caballos de los hulanos, y humean aún los edificios encendidos por los hombres violentos de la Comuna,—una batalla solemne en pro de la Libertad. Hay en esta quincena francesa, algo como reposo, a la manera de quien descansa de agitada faena, y cobra vigor para la faena próxima. Grévy está *rusticando*, como dicen con manerismo gracioso los norteamericanos, allá en la campiña amable de Mont-sous-Vaudry. Gambetta, cual si la naturaleza le hubiera dado por su semejanza a ellas, el derecho de hablar con ellas, anda en las montañas, en las magníficas montañas, en los purísimos nevados, en las risueñas abras, en los valles alegres de la Suiza. De duelo por América es la nota más alta que ha llegado esta quincena de París: del seno mismo de la monarquía arrancó la amistad profunda, y la atracción mutua que une la Unión Americana y Francia, y tiene todo leal americano, dos retratos en el álbum de sus hijos: de Washington el uno, de Lafayette el otro. En una plaza de Nueva York, un hermoso guerrero blande al aire una elegante espada: es la espada francesa, que en la guerra de la Independencia se clavó hasta el pomo en la carta rasgada del dominio inglés en sus colonias puritanas: un brazo gigantesco ofrece en otra plaza cercana luz de la tierra al cielo, como si la Libertad, a cuya colosal estatua la mano pertenece, quisiera, vuelta a su cuna, mostrar a los moradores de lo alto, que lleva luz que guía, y no acero que mata, en sus potentes manos:—es la estatua de la Libertad que a los Estados Unidos regala Francia. Franklin, con su casaca parda y sus medias de lana, hizo al aparecer en los salones del monarca, colgados de oro y seda, el efecto que hace la aparición de la virtud en las orgías: y el pueblo francés ama como glorias suyas a Washington y a Franklin. Está Francia pagada de los hábitos prácticos, energía individual y ciencia

de la vida de los norteamericanos; y los norteamericanos viven en la admiración de las amenas gracias, ígneo genio y artística grandeza de la hermosa Francia. Así, Garfield fue sentido en París profundamente. La muchedumbre bulliciosa apagó sus ruidos, y se reunió en silencio en torno de la casa enlutada del Embajador americano. A la oficina del *Herald* acudían ansiosos políticos y mercaderes, periodistas y nobles artesanos, y con lento paso se alejaban de aquella puerta en que estaba sentado el ángel de la Muerte. Y es que aquel pueblo trabajador lloraba con sinceras lágrimas la pérdida de este monarca del trabajo. Es la época nueva: al palacio de Phrinea se han relegado las pompas reales: la casaca de paño y las medias de lana reinan ahora. Deber a la labor ruda, pacífica, útil, larga, su puesto de honra en la vida, es para el noble hombre moderno el único envidiable título y la única corona propia de la naturaleza humana. Se odia ya la gloria adquirida por la muerte ajena y el valor inútil:—demostrar, descubrir, fundar, crear, aumentar la gigantesca vida del Universo; quebrar montañas, utilizar la vida de los aires, secar mares—es la nueva obra del hombre.

Y ¡bien que se descansa de esta recia tarea en la lectura de libros franceses! La mente los ha menester para reposar de otros graves empleos, como ha menester la cabeza vencida la almohada. Son, como sus vinos, transparentes, fragantes, espumosos. Los libros de otros pueblos seducen por su severa belleza: estos, por su belleza graciosa. La frase inglesa, como una bestia de acero, se escapa a la mano potente del domador; y la frase francesa, como blanca paloma con cinta azul al cuello, se le posa en la mano. Un libro brillante, de plática ligera y chiste rico, anúnciase ahora. Lo escribe una actriz, traviesa y bella, para contar la peregrinación en los Estados Unidos de otra actriz, domadora de la vida. Una comedianta francesa, criaturilla encantadora, por ganar notoriedad, entró en un circo en una jaula de leones: cual si en ansia de brillante vida, la muerte le fuera preferible a una existencia oscura. Y Sarah Bernhardt, la actriz de quien se cuenta el viaje, ha hurtado a la fortuna en fuerte lidia, sin más armas que sus delgadas manos de mujer, el cetro de la escena de Francia. Su genio está en la voluntad: labró en la vida, dura como el mármol, como labra en el mármol. Su voz canta; su brazo ordena; su mirada admira. Viósela en los Estados Unidos con entusiasmo frenético; y artes y prensas estuvieron durante meses enteros ocupadas en narrar sus triunfos, reproducir sus facciones, grabar sus gestos, imitar sus trajes. De ella se hicieron monstruosas caricaturas; a ella se le hicieron imperdonables injurias; ella fue objeto de la más extravagante admiración, y de ovaciones y ofrendas colosales. Si flores, eran barcos; si música, eran himnos reales; si dinero se llevó de esta tierra un banco de oro; si tributo, no los logran mayores los monarcas. Y todo esto con la sonrisa en los labios, con el brazo desnudo sobre el terciopelo rojo de la mesa de escribir, y con un latiguillo rosado en las manos,—lo cuenta, en su seductora lengua francesa, María Colombier.—Arséne Houssaye prologa el libro: un escritor del renacimiento, Arséne Houssaye! Publica un periódico que parece un cuadro de Lebrun, o un lienzo de Álvarez, todo lleno de ángeles y rosas; un periódico elegantísimo, impregnado de esencias de tocador, calor de gas, aire de harén: una revista de arte: *L'Artiste*.

Una acusación terrible ha echado a la faz de Gambetta su implacable enemigo, Enrique Rochefort. Rochefort es piqueta que rompe:—no cincel que labra, así, es como el inhábil cantero que hace saltar en trozos la montaña con su veta de pólvora, para encuadrar y encajar luego en el arrogante edificio las piedras que su veta de pólvora levanta. Un rencor inextinguible, que la poderosa serenidad de su adversario aumenta, le mueve en daño de Gambetta. En su sillón de Senador, en su plataforma de orador, en sus amigos, en su mesa de comer, en sus actos más

privados le ataca. ¡Ahora le acusa de haber encendido la guerra de Túnez para aprovecharse de sus accidentes en la Bolsa! Mas ya parece que fatigado Gambetta de esta guerra inicua, el rival rencoroso será llevado a los tribunales a dar cuenta cumplida de su ofensa.

Esta guerra de Túnez va a ser causa de áspero debate en las próximas Cámaras. Por ella quisieron los diputados radicales, reunidos en casa de Louis Blanc, el historiador meditabundo, acelerar la reunión de los nuevos diputados—mas no accedió a sus peticiones el Gobierno. ¿Resignará el Ministerio ante la nueva Cámara, que viene preparada a sustituirlo con un Gabinete más resuelto y brioso? ¿Resignará, para evitarse este fracaso,—apenas publique el Gobierno el decreto de reunión de los nuevos diputados? ¿Forzarán sus enemigos ansiosos y sus secuaces impacientes a Gambetta, a ponerse al frente del gobierno antes de haber aumentado las fuerzas de resistencia que necesita para repeler el oleaje que ha de alzar en su contra su política osada e innovadora? ¿Será la campaña de Túnez loca guerra de romántica conquista, o moderado castigo a una injuria hecha por los árabes a la nación? ¿Deberá la guerra ser dirigida desde el campo de batalla, o desde los gabinetes de París? ¿Los 28 00 soldados que acaban de partir de Tolón para África van a tomar satisfacción de la ofensa, o a lanzar a Francia en una guerra mortífera contra pueblos decididos a ser libres? Estas son las cuestiones que en estos instantes mismos preocupan la política francesa.

Italia

Un libro del canónigo Campoello, que abjuró un mes ha de la fe católica, y ahora es director de las iglesias protestantes de Roma; un paseo cívico, una entusiasta peregrinación a la tumba de Víctor Manuel para celebrar el aniversario de la entrada del ejército italiano en Roma; míseras cosechas, y duelo de los campesinos; investigaciones de los geógrafos en Venecia, y de los geólogos en Bolonia; reacción amistosa en las accidentadas relaciones del Papa y Alemania: he ahí, en globo, la quincena en Italia.

Con ansia se aguarda la publicación del libro de Campoello. Es que ha habido en el seno de la Iglesia un grandísimo cisma, y tiene la silla Papal su derecha conservadora y su izquierda revolucionaria. Es que el clero bajo se rebela contra el clero alto, y defiende su derecho a votar en la elección del Pontífice, y quiere una revisión osada de los Estatutos de la Iglesia. Es que el clero moderno quiere convertir el Pontificado en monarquía constitucional, sujeta a leyes, obligada a consulta, dependiente del sufragio. Es que el espíritu de Lutero vive en Roma, y se intenta rebajar al tamaño de la humanidad y enfrenar en leyes al Pontificado. El partido rebelde es numeroso, y Campoello, uno de los partidarios, ha prometido a Italia revelar el cisma.

Tristes andan, en tanto, los labriegos; llorando sus maizales y trigales. No dan este año los sombríos olivos su jugosa fruta; ni el limón italiano saldrá este año de Italia en las colosales cantidades de otros años; ni las dulces naranjas cuelgan, como en las comunes cosechas, más numerosas que las hojas y los jazmines de sus árboles. Pobrísimas han sido las cosechas. El tabaco casi todo ha muerto. Mas por fortuna los pámpanos alegres están cargados de sus agrios racimos, y el arroz y las patatas, próvido pan de pobres, se han producido exuberantemente. En cambio del rico vino que de Italia se exporta, el vino hoy más puro que se vende en los mercados extranjeros, entrará a la Península el caudal que en otros años le viene del fruto de sus limonares y naranjos.

El Congreso de Geólogos se reunió días ha en Bologna, en rica y antigua sala adornada con banderas de Francia, de Italia y de los Estados Unidos. Allí están Seller, Hébert, Capellini, Hall, Hunt,—nombres todos ilustres en la difícil y pintoresca ciencia de la tierra, y ya afamados por sus útiles labores en los Congresos de París y Buffalo. De cuarzos y cristales, de grutas y precipicios, de láminas y de piedras y senos de montañas se está hablando ahora en la histórica ciudad que tuvo un tiempo el privilegio de la enseñanza sagrada; y que imprime hoy, por cierto, elegantísimos libros. Convidan a escribir los libros impresos en Bologna.

Mas la atención se fija en la faena infatigable y trascendental del Congreso Geográfico de Venecia. Famoso es el Colegio de Columbia en los Estados Unidos, y su director, el geógrafo Barnard. Quiere ahora el profesor, y el Congreso recibe su proposición, señalar un meridiano general para el globo. El plan es dividir el globo en 24 meridianos de 15 grados cada uno, y en correspondencia cada uno de ellos con las veinticuatro horas del día. El primer meridiano debe pasar por el estrecho de Behring: las horas del día deben ser contadas de una a veinticuatro, y el (ante) y (post meridiem) de hoy abolidos. Disgusta a los miembros del Congreso el presente vulgar sistema de reconocer el tiempo, y juzgan materia de gran importancia pública la fijación de un primer meridiano y un cero de longitud. Mézclanse a estas severas especulaciones los cantos de los gondoleros, los hurras de aplauso, el paseo bullicioso, la alegre regata. La reina Margarita, que se halla entre los italianos como en su propio hogar, y así es querida, decora con sus lindas manos el pecho de los que en la regata salen vencedores. La plaza de San Marcos, que parece como si fuera hecha de láminas bruñidas, resuena en las hermosas noches con los ecos de bulliciosas orquestas. Todo es venta, pregón, alegría, sonrisa, riqueza, color de fiesta.

Y en verdad que hay en el Congreso de Geógrafos cosas muy curiosas. Estas tierras de América, inescrutadas y grandiosas, despiertan la curiosidad de los hombres científicos de Europa a un grado singular. Bien pagarían los anticuarios y americanistas por los ricos documentos e históricos mapas que estudian ahora los geógrafos congregados. Para su examen y utilización ha enviado España a estos hombres estudiosos un atlas del rey Felipe II, cartas de Colón, de Bernal Díaz, de Américo Vespucio, a los Reyes españoles; una copia fotográfica de un mapa que con su mano enérgica trazó y su ojo ansioso midió, el austero Colón. Y hay un mapa riquísimo de Sur América, que sirvió de base para los tratados y particiones entre los conquistadores de Portugal y de Castilla.

Gran número de Congresos hay ahora en Europa. En Viena, el literario; en Bologna, el de geólogos; el de geógrafos de Venecia; el de americanistas, en Madrid; el de metodistas, para ver de unir todas las ramas de la secta, en Londres; el de sabios rusos, en Tiflis, el de socialistas en Barcelona. Y ya se aprestan a nuevas reuniones. Este mismo Congreso de geógrafos ha aceptado el proyecto de nuevo meridiano, e invita a los Gobiernos a que nombren una diputación de eminentes científicos para que lo discutan y determinen en mayo de 1883. A Gordon Bennett, que posee en el *Herald* la empresa periodística más poderosa del Universo, ha acordado el Congreso dar gracias por la munificencia con que protege toda atrevida empresa geográfica. De explorar la región Ártica, en cuyos témpanos, cuajados de osos, se ha perdido a la vista de los hombres el buque *Jeannette*, se ocupan con especial cuidado los huéspedes de la fantástica Venecia. Y en tanto que en los mares de hielo está a punto de perecer sin auxilio humano el atrevido buque, en el corazón de África ha estado a punto de morir el explorador infatigable que ha arrancado al colosal continente sus secretos. A orillas del río Congo yació el mes de julio, en riesgo de muerte, Enrique

Stanley. Mas sus recios músculos, aflojados por la enfermedad, han recobrado ya su temple de acero; y seguido de sus compañeros europeos y de su cohorte de ágiles africanos, anda ahora con su rifle al hombro y sus botas de cuero caminos de leones y montañas de águilas. Cerca de él, el rey Dahomey, en su palacio coronado de cráneos y guardado por amazonas, prepara, después de su victoria en una guerra a garra y a diente, un cruento sacrificio:—caerán sobre la plaza de su corte de cañas y palmeras, segadas por el hierro, las cabezas de los prisioneros del combate.

De Alemania y del Pontífice se ocupan incesantemente los periódicos italianos, y de la Santa Sede son las noticias últimas de Italia. El Papa pide a Alemania, como precio de la paz que el Imperio solicita, la absoluta libertad del derecho de enseñanza católica en las escuelas, la abolición del tribunal civil para las causas eclesiásticas, y la autorización para la vuelta al Imperio de las ordenes que de él fueron violentamente expulsadas. Un armisticio perece mientras estas cosas mayores se debaten, amistosamente determinado. Cargado con los laureles que en esta campaña diplomática ha merecido, el barón Von Schlœzer vuelve a su alta embajada en Washington,—y con él vienen, en suma numerosa, llamados por la Unión Americana a recibir en ellos el honor que la nación tributa en el centenario de sus hazañas a los bravos de su guerra de Independencia,—los descendientes alemanes del arrogante general Steuben, que ayudó a dar con el pomo de su espada el golpe de muerte en la cerviz inglesa en la gloriosa batalla de Yorktown.

¡Qué hermoso espectáculo el de la variada, indómita, infatigable, sedienta vida humana! ¡Qué ir y venir de premios y congojas, de olvidos, de recuerdos, de pasiones! ¡Qué contingente inmenso no pudiéramos llevar nosotros los suramericanos a esa brillante asistencia intelectual y artística, en que tan alto precio logran los trozos de nuestros olvidados pergaminos, las cartas de nuestros afortunados descubridores, las plumas que ciñeron la cabeza de los generosos hombres desnudos que cayeron bajo el peso [de] las corazas y los cascos de los hombres de hierro! ¡Oh! Si quisiéramos!

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 17 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

Congreso de Americanistas

Nueva York, octubre 1ro de 1881.

Cumplióse esta vez la palabra real, y fue el Congreso de Americanistas inaugurado en Madrid el 25 de septiembre. Era en el Paraninfo de la Universidad, donde han hablado Salmerón, Moreno Nieto, Sanz del Río; la hermosa sala de que Madrid está orgullosa; la histórica arena donde han reñido magníficos combates todas las doctrinas que batallan en la época presente: el libro contra el altar, el bisturí contra la nube, la experiencia contra la revelación, la contemplación y labor de la tierra contra la mística contemplación y fe en el cielo. El Rey, la reina, las Infantas, los Ministros, cien miembros del Congreso, dos mil espectadores llenaban el paraninfo. Con breve y galano discurso abrió la sesión inaugural el Ministro de Fomento; dio cuenta de las labores del Congreso de 1879 el que fue su Secretario; habló Héctor Varela, con su palabra rica, coloreada y animosa, y con su pujante y atrevido estilo, como Sevilla en que vive, matizado y cálido como el Plata en que nació, rebelde y rico: y habló el Rey. De América y España dijo Varela cosas elocuentes; y quiso que se unieran en fecundo abrazo y prolífico cariño la tierra árabe y la tierra guaraní, vascos y aztecas; catalanes y caraqueños: fogosísimamente abogó por la unión espiritual de América y España. Fue elevado y hermoso el discurso de Alfonso, como que palpitaba debajo de él un sueño, un melancólico sueño glorioso. También habló él de la madre Península y sus antiguas colonias, del amor en que comulgan, de la sinceridad con que hoy se acercan, de la ventura de tener en Madrid tan nobles huéspedes, del porvenir feliz de su naciente reinado.

En masa fueron, después de la memorable sesión, a inaugurar la Exhibición riquísima de maravillas y antigüedades de la vieja América. Se hablaba en el cortejo de cómo comenzó la Sociedad de Americanistas por una reunión de sabios en 1874, ansiosos de buscar en común, para mejor éxito, las reliquias de aquel mundo ignorado, herido en mitad del seno por el caballo de la conquista, y muerto en flor; de cómo, el mismo año se reunieron los asociados en Nancy histórica; y luego, en Luxemburgo, en 1877; y en Bruselas después, en 1879; de cómo con gran asombro de los extranjeros, de alemanes, franceses, norteamericanos e ingleses son las mayores pesquisas y noticias mejores de la América española;—hablábase ya, en aquella hora de comunión y de concordia, de los agrios debates empeñados en los anteriores Congresos sobre el espíritu y métodos y no igualadas crueldades de la dominación de España en la tierra de los indios, y de cómo, en el actual Congreso, con los nuevos abundantes documentos, y abiertos al cabo los archivos misteriosos, es seguro que volverán a romper lanzas el áspero cargo y la vehemente defensa.

Por su vivacidad, por su gentil benevolencia, por el interés que en el Congreso y sus resultados muestran, atraen especialísima atención los hombres de ciencia de la América del Sur. Sus manos impacientes anhelan desatar los misteriosos legajos que guardan los archivos de la Corona, de Sevilla y de Simancas; rebuscar entre las valiosas reliquias que, heredadas de los oidores y Virreyes, guardan aún las casas de los nobles; y posarse al fin sobre los ocho centenares de legajos de manuscritos y documentos graves de la anterior centuria que, de Sevilla sólo, se han traído al Congreso.

¡Cuánta ciencia ignorada y empolvada! Vense en la exhibición un voluminoso tomo, en que por orden del segundo Felipe, comenzaron a acumularse relaciones de historia, estadística y ciencia de las colonias de América; un libro valioso, de ignorado monje, en que de una parte están palabras, dibujos, símbolos, alegorías aztecas, y de otro su minuciosa traducción al viejo castellano.

De exquisito dibujo y color rico hay allí una obra, de historia natural, en que el rey Carlos III hizo acumular cuanto de flores, plantas y fauna de las colonias se sabía.

En el Ministerio de Fomento, la casa antigua de la calle de Atocha, discuten los americanistas congregados; en el Ministerio de Ultramar, en el Real Palacio, exhíbense las maravillas hispanoamericanas.

No reposa el Congreso: en dos sesiones diarias da cuenta de sus pesquisas, propone sistemas de investigación, presenta deducciones.

Propone Houghton, americanista inglés, que la reunión de amigos de América salude a Garfield, el gran muerto de América, y al verse en las manos del Secretario la misiva de duelo que un descendiente de Colón, el duque de Veragua, envía a los Estados Unidos en nombre del Congreso que preside, los miembros todos, movidos de espontáneo respeto, pónense de pie para oír el lúgubre mensaje.

Presidía, por donación cortés del duque, el príncipe de Gorchakov, ministro ruso en la corte de España. Mr. Beauvois acumuló, en un documento que se ha reputado hábil, basado en antiguas leyendas de Irlanda, datos para probar que las misiones irlandesas de St. Brandan y Columba exploraron un tiempo la América del Norte. Los americanistas españoles han presentado colección copiosa de fósiles y datos encaminados a demostrar que en el período cuaternario estuvo Cuba unida al continente. Mal librados han salido Vespucio y otros viajeros de su época, de manos del congreso. Sobre cerámica americana antigua leyó Mr. Edwin Barber, de Filadelfia, un interesante y curioso estudio.

Tras animada discusión, se ha señalado ya a Copenhague como lugar de cita para la próxima reunión del Congreso, que está siendo en Madrid objeto de suntuosos obsequios, y afectuosas demostraciones de hidalga cortesía.

Acompañados de la real familia, del cuerpo diplomático y de mil quinientos huéspedes, brillaron en la solemne recepción que tras lujoso banquete les ofreció el municipio madrileño, los distinguidos hombres de letras y ciencias que han venido de lejanas tierras, sedientos de ciencia, a ocupar los sitiales del Congreso.

Mas ha sido el obsequio mayor en la casa del Rey. El monumento de granito abrió a los miembros del Congreso Americanista el 28 de septiembre sus puertas grandiosas. Presidíalos, al entrar en la sala real,—ocupada ya por el monarca, su joven familia y su resplandeciente séquito,—el Duque de Veragua, acompañado de un preclaro hombre de ciencia español,—que sabe mucho de astros, y de curso de buques, y fondo de mares, Cesáreo Fernández Duro, promotor de esta reunión del Congreso, y hoy su respetado y celebrado secretario.

Del rico oro de Atahualpa, de rico oro encendido, parecía el salón ornamentado. Fue noche mágica. Vestía el Rey traje civil, y le caía al pecho el cordero del Toisón. Llevaba la reina luengo traje de Corte, de seda amarilla, con adornos de brocado, y ostentaba en la rubia cabeza la diadema real. Hermosos vestidos de seda de colores pálidos realzaban la ingenua gracia de las hermanas del

Rey, Paz y Eulalia, y al lado de ellas erguía su faz altiva la hermana mayor, la Princesa Isabel, en cuyo pecho tienen ancho nido las iras, las soberbias y las intrigas de la Corte.

Con palabras de cortés estima fueron presentados uno a uno a los contentos monarcas los sabios y oradores del Congreso, y con muy especial cariño hablaron los reyes a los gentiles y elocuentes enviados de la América del Sur: que así ha de ser, en la tierra donde han vertido sangre, tañido lira y manejado pluma García de Quevedo, Ventura de la Vega, Fermín Apezechea y Rafael María Baralt.

Deliciosa música entonaba blandos sones en las plazas espaciosas del Palacio, en tanto que en familiar plática, conversaban los reyes con los americanistas, y estos admiraban deleitados las altas rotondas, los magníficos espejos, las vastas escaleras, los tapices de Goya, las rarezas de la India, los cuadros de españoles y flamencos que ornan los muros del Alcázar Real.

Té fragante, dorada manzanilla, jerez pálido, helados de frutas americanas, alados vinos sirviéronse al remate de la fiesta; y tras ella, al mediar la hermosa noche, perdiéronse en las calles de la coronada villa los huéspedes, cautivos del elegante obsequio regio.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 15 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

Cartas de Nueva York expresamente escritas para

La Opinión Nacional

España

En España y en Cuba.—El discurso del rey.—El monarca joven y el ministro hábil.—Escaramuza brillante en el Congreso.—Congreso de socialistas.

Nueva York, 1ro de octubre de 1881.

Señor Director:

La Corte está animada; el rey confiado y contento; Sagasta, vigoroso y pujante; las Cámaras abiertas, tras un discurso de la Corona hábil y caluroso; el Congreso de Americanistas, lleno de sabios y honrado con fiestas; los sudamericanos, vistos con mucho agrado en el Palacio Real; y en Barcelona, los socialistas congregados. Arde en Cuba de nuevo, anunciada por la aparición de partidas en Cienfuegos, amenazas de muerte en las ciudades, destierro de periodistas, déficit de 10 000 000 de pesos, y suspensión de las ficticias garantías constitucionales,—aquella guerra admirable que no llegó a término, ni está hoy mismo aún bien preparada, por el desacuerdo, ambición e intereses de los hombres. Mas son la gloria y la libertad como el Guadiana, que corre escondido largas leguas por bajo tierra, y luego sale a la superficie, caudaloso y potente, cerca ya del mar. En España, con el invierno alegre que comienza, los teatros que preparan sus comedias nuevas, las luchas de las Cámaras, que se han iniciado con brillantez andaluza y vigor corso; y los banquetes y las fiestas a los huéspedes de Madrid, que han ido allá de lejos a resolver fósiles, desempolvar archivos, y reconstruir vértebras rotas del mundo americano,—no hay plaza al fastidio, ni día triste, ni hora que no sea una nueva fiesta. Abriéronse las Cortes el día 20, y dijo el Rey su usual discurso:—más no fue un discurso de cuello de hierro, como los que hacía Cánovas, discursos malhumorados, tonantes, huecos y jovinos, en que se hacía gala de burlar la pública ansiedad, y se pagaba como de mal grado ese tributo de respeto a la Nación; fue un discurso animado, humano, vivo, que entró de lleno en los problemas patrios, que anunció una política juvenil, oportuna, activa y práctica. Y fue en suma, el discurso, como si de seda brillantemente reteñida se hubiera hecho un manto nuevo a un cuerpo viejo: con lo que va el cuerpo como nuevo, galano y remozado; mas durará el aspecto de novedad lo que tarde en desteñirse el manto. No es con ardides políticos, no es con pláticas de liberalismo formal, no es con alardes de reorganización del ejército, no es con halagos a las fuerzas mercantiles del país, con lo que ha de reconstruirse aquella trabajada nación; ni la reconstrucción depende, sino en parte, de la forma de Gobierno. Con el empleo del menguado Erario en obras públicas, con la renovación progresiva, pero tenaz y radical, de los orígenes de vida; con la conversión rápida del pueblo ignorante indolente en pueblo conocedor y laborioso; con el sacudimiento de los campos, como petrificados de espanto desde su esfuerzo en las Comunidades y Germanías, y amenos y risueños como los campos árabes; y

dormidos y tercos, como árabes: con esta sana y reconstructora política de nación, y con la enfermiza política de ciudad habrá de reconstruirse la Península gallarda. Están los pueblos ahora, como si un brazo enorme, rompiendo su corteza, hubiera sacudido y removido sus entrañas, y escondido en lo hondo, como para renovarlas, las fuerzas cansadas que batallan estérilmente por la vida en la superficie, y sacado a la superficie las nuevas fuerzas que hervían en las entrañas.

Halaga el Primer Ministro los sueños del monarca; habla al joven español de expediciones de conquista, de numerosos ejércitos, de tierras de color de fuego, y espadas de relámpagos de plata. El rey, enamorado de su Ministro, y fatigado de su antiguo austero tutor, despliega alegre al aire el estandarte nuevo y está ya como montado a caballo,—camino de la Arabia luminosa.—“Para vos, señor, pelear a los rayos de aquel sol caliente, de modo que se dore y recomponga el trono lastimado, y seáis vos glorioso, y la monarquía fuerte para mí, señor, dar a vuestro reino el color, los matices, los equilibrios, los caracteres trabajadores y humildes de un trono moderno”. Así parece, que a despecho de su propio vidente juicio, que ha de hablarle de la necesidad del combate en lo interior por la transformación y el mejoramiento, más que de la necesidad falsa y egoísta de perseguir pueblos libres, y remendar el manto real con trozos de albornoz, así parece que, para tenerlo cautivo, y llevarlo de la mano, y echarlo por donde no puede ya volverse atrás a mirar a Cánovas, ha hablado al rey Alfonso el habilísimo Sagasta. Es una regla fija: manda quien halaga.

Se felicitó el Rey en el discurso de ver reunidos en las Cámaras tantos hombres ilustres de todos los partidos, cual rara vez lo recuerda la historia parlamentaria española. Abogó por la libertad de conciencia, y la reforma en la enseñanza. Expuso planes financieros salvadores y atrevidos tales como una general conversión de las varias deudas de la nación en una sola deuda si resulta, del nuevo plan económico, que puede España pagarla sin acudir a contribuciones nuevas. Presupuestos, vida política, vida intelectual, todo, al aliento de la Libertad será cambiado. “Es preciso hacer una monarquía palpitante, iniciadora, inquieta, que viva en medio de los hombres, y a par de ellos, y el precio de cuya conservación sea el servicio efectivo que a los hombres preste”. “Es preciso, decía el Rey, que los países que hablan español se enlacen y conozcan, y se concluyan los tratados de comercio con Venezuela y con Colombia; y se hagan preparativos de amistad con todas las Repúblicas hispanoamericanas”. Y abogó por tratados amistosos con Francia, que guía al mundo moderno; con Inglaterra, que se ha sentado, como sierva humilde, a las plantas de la Libertad. ¡Cuán distintos estos tiempos de aquellos no lejanos en que intentaba Cánovas la misma fusión de la monarquía española con las grandes monarquías amenazadas del Este y Centro de Europa, y favorecía y quería auxiliar la conspiración criminal y enorme de los monarcas contra los pueblos! De las colonias, ¡míseras colonias! Habló con halagadoras promesas de reforma, y dijo que la Constitución había sido promulgada, y la censura de la prensa abolida. Y decía esto el Rey de España, ante las Cámaras, en el instante en que “por considerar ineficaz la ley de imprenta” el Capitán general de Cuba suprimía tres periódicos, y enviaba a sus redactores, que habían escrito amparados por la ley, desterrados a España. Es guerra inevitable y paz imposible. Dueños quieren ser los españoles cubanos de Cuba, y atados quieren ver a sus inteligentes y generosos hijos, sin cuidar de los escarceos de la política, ni veleidades gubernamentales, ni concesiones arrancadas por los cubanos a las Cortes. Vendrá una guerra infausta,—de hambre y odio.

Con vivacísimo debate comenzó sus tareas el Congreso. Parecía oírse el choque de aceros florentinos. La palabra de Castelar, flameante y brilladora como la espada del ángel del Paraíso, atacaba como atentatorio a la libertad, el juramento previo que se exige a los diputados españoles

al entrar en el ejercicio de su cargo. Martos, con su palabra que hiende y taja como poderosa espada de Toledo, batallaba con Castelar contra el juramento. Sagasta, cuyos discursos semejan audaces, veloces y móviles serpientes, ganó sonriendo, ayudado de la palabra correcta y sesuda del Presidente del Congreso, Posada Herrera, esta primera gloriosa escaramuza. Parece, cuando Sagasta habla, que brillan en sus manos flechas y relámpagos. El mariscal Concha, marqués de La Habana, se sienta en la Presidencia del Senado. A liberales ilustres han ido las Vicepresidencias y secretarías; y de fijo, que una de estas será para el grupo de demócratas complacientes que creen que puede la libertad ir ocupada en sostener, con sus manos tan cargadas de labor, el palio del monarca. Así, es Moret, el elegante y elocuente Moret, recibido con singular estimación en el Palacio Real, por los jóvenes reyes, que olvidan, al ver sumiso al justador revolucionario, las magníficas batallas que ha empeñado y ganado en pro de la Revolución, contra el monarca. O bien que, como el rey cede a la Revolución, parece bien que la revolución ceda a su vez al Rey. Porque el combate está en pie y los heraldos a caballo, y el torneo presto: y a la postre, ha de ganar la Libertad.

Sonríe de veras en Madrid el blando otoño. Sonríe en las calles, llenas de gentes parleras; en los jardines, cargados aún de hojas fragantes; en Palacio, donde el malestar de la gallarda e inteligente reina austríaca promete al Rey un hijo. En honor de la pequeñuela Princesa de Asturias celebró el Palacio fiestas: y allí los grandes, los Ministros, los conservadores huraños, los liberales risueños, los demócratas convertidos, notaron la fatiga que tras la larga recepción sufría la elegante y agraciada Princesa. Es una hermosa dama, perspicaz.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 18 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

Cartas de Nueva York expresamente escritas para
La Opinión Nacional

España

El nuevo partido y el nuevo aspecto de la monarquía.—Grande alarma en Cuba: Blanco destituido: Nuevo Capitán General.—Rumores de la Corte.

Nueva York, 15 de octubre de 1881.

Señor Director:

Aire de vida viene desde España. Más interesantes cuadros, más trascendentales, más pavorosos, los ofrece sin duda la agitada política europea,—mas no más pintorescos. Con Sagasta ha entrado en la monarquía su espíritu inquieto, astuto, infatigable, osado. Aquella vieja monarquía de Cánovas, regañona, despótica, ceñuda, desdeñosa, anacrónica,—ha dado lugar a una monarquía juvenil, impresionable, activa, alegre, humana, que no halla más manera de vencer a la revolución que ponerse a la cabeza de ella. No ha sido, pues, la entrada del diestro Sagasta en la Presidencia del Consejo un mero accidente de turno, ni acto de prudencia regia, ni de cortesía de partidos. Es que el Rey ha entendido que a la Libertad no se la vence sino satisfaciéndola, y que las reacciones deben su éxito al respeto que tributan a la obra sana de las revoluciones cuyos excesos las traen al poder. Imposible parecía que por la soberbia casa de los Borbones se pasease agasajado el hermoso orador que hizo de su palabra elegante látigo flagelador de la culpable monarquía borbónica,—y agasajado por los Reyes se pasea el esbelto Moret por los salones recamados de oro brillante y viva gualda. La obra de Cánovas consistía en alzar el trono como un dique a la ola democrática y hacer del rey un dueño altivo, y de su pueblo una bestia domada: la obra de Sagasta consiste en asentar la monarquía sobre las olas, y llevarla donde ellas la empujen, sin librarlas de su peso para que no se desborden, ni contenerlas excesivamente para que no salten sobre ella. Con Cánovas, el trono tenía por enemigos las fuerzas nuevas crecientes, las fuerzas justas, inteligentes y temibles: con Sagasta, tiene por enemigos el trono, los nobles pobres, los políticos autoritarios desacreditados, las fuerzas viejas, débiles y menguantes. Es preciso gobernar con las fuerzas nuevas: todo lo que no ha andado su camino tiene que andarlo: fuerza es, pues, ponerse al lado de lo que anda, para no ser arrollado por su fatal incontrastable curso.

Parece esta quincena una animada feria. Ya es un ferrocarril nuevo que se estrena; ya es un partido discreto e inesperado que surge; ya es una novelesca entrevista de dos reyes amigos, en día lluvioso, y pobre tierra; ya los ríos que se salen de madre; ya un Lord que se arrodilla a los pies del monarca y le ata abajo la rodilla una cinta de terciopelo azul, en nombre de la reina de Inglaterra; ya una palabra de reparación que va a calmar oportunamente las iras de los coléricos cubanos; ya un picador que se revuelca herido sobre la arena húmeda en la plaza de Cáceres, para divertimiento de los Reyes, y festejo de su encuentro; ya los grandes carruajes, cargados de duquesas, que vuelven de las alegres carreras de caballos conducidos por los descendientes pálidos

de aquellos caballeros de hierro que con un golpe de mosquete hendían un cráneo indio coronado de plumas, o de una embestida de rejón hacían morder la tierra a un toro.

Un nuevo amigo tiene el Rey y un nuevo enemigo la República. A ese patriótico oficio de preparar al país para el goce pacífico de las libertades, educándolo en ellas a la sombra del gobierno monárquico,—a ese blando y cómodo oficio, que acusa más condiciones de habilidad que de energía,—a ese oficio desairado, pero agradecible y provechoso,—hay sobra de aspirantes. Cierto que es mejor dejarse llevar por la marea, que bracear con ella. Se llega a puerto sin las fatigas del viaje. Esta es la política del partido democrático monárquico, que acaba de definirse en España, con el advenimiento de Sagasta al poder. Retarda el triunfo de la República; pero ahorra convulsiones. El país llegará más tarde al goce de sí propio; pero llegará más fuerte. Y cierto que acredita a la monarquía que las libertades puedan ser gozadas bajo ella; pero también asegura a la libertad el reconocimiento que de su utilidad y necesidad hace la monarquía. El Rey joven lo ha dicho a sus viejos cortesanos, que quisieran ver en sus hombros la capa de don Pedro *el Cruel*, y en su cabeza la montera del malvado rey Felipe:—"Si a la sombra de mi trono puede trabajar por la prosperidad de España un Gabinete democrático, gobernaré con los demócratas."

Hace falta en política la observación de las leyes naturales. Fatígase pronto quien anda deprisa. Si se marcha a saltos, falta para la faena que viene después del salto, la fuerza en él empleada.—En la gimnasia nacional, como en la individual, no se llega a alzar pesos mayores, sino después de haber alzado gradualmente por largo tiempo pesos menores. Crecen las fuerzas por su ejercicio constante y regular: piérdense cuando se las compele a extemporáneas explosiones. No es fuerza galvánica ocasional, ficticia, externa, la que los pueblos necesitan para prosperar seguramente; sino fuerza muscular, bien repartida, permanente, interna, propia. La libertad es un premio que la Historia da al trabajo. No puede ser que se entre en el goce de una recompensa, sin haberla antes merecido por una labor sólida y útil. La paga ha de venir después de la obra.—Ese es el código visible del partido nuevo, que viene a tiempo y en sazón en una época en que hay avaricia de obra práctica y desconfianza de toda tarea inspirada en razones de imaginación o sentimiento.—Revolucionar es retardar. Puesto que la Monarquía reconoce que no puede existir, o prolongar a lo menos su existencia, sino merced a la advocación y satisfacción de los ideales de la democracia,—comiéncese a plantearlos en la forma y cantidad que la Monarquía por el interés de su conservación permite; que luego de planteados en esta parte, son ellos tan sólidos, y tienen tanta virtud propia, que la Monarquía se verá obligada a apartarse para dejar el paso libre a los ideales nuevos, o se estrellará contra ellos, si alarmada al cabo, intenta oponerse a su realización. Ese es el propósito callado de los demócratas que, con el elocuente orador Moret a la cabeza, se alistan hoy entre los soldados del trono español. Su adhesión es interesada, como es interesada la benevolencia con que el joven monarca alza en sus brazos a estos caballeros de la Libertad que han venido a deponer sus espadas a sus pies.

Construyese, por tanto, un nuevo edificio político en España, lleno de compartimientos y pasillos. Antes era la idea liberal como nube sombría, taller del rayo y seno de la tormenta; y ahora, al sol del trono, se descompone en brillantes matices. Antes batallaban en circo abierto, ante espectadores en quienes la esperanza exhausta tomaba ya las formas de la cólera, el recio canovismo, símbolo de los intereses tenaces de las clases aristocráticas privilegiadas e inactivas; y el sagastismo inquieto, producto, aunque no símbolo, de las exaltaciones, impaciencias e intereses de las clases nuevas, venidas a la vida en virtud del tremendo balance social con que terminó su

tarea el último siglo. Cánovas tenía puesta la mano en el ponderoso acero de Carlos V; Sagasta enviaba correos de amistad a la Revolución que esperaba a las puertas del circo del combate. Vencido Cánovas, las fuerzas invasoras que aguardaban a la puerta han entrado al lugar que ocupaban los vencidos: no tardará, por tanto, mucho en que los expulsados del circo, ocupen a su vez, a las puertas del trono, el espacio que ocupaba la Revolución. Porque, en los países artísticos la razón vence a más costa, y tras de más largo proceso, que en los países comerciantes. La soberbia es hija del sol. Cánovas, que alzó al Monarca, se alzará contra el Monarca que lo derriba si lo detiene largo tiempo fuera del poder. O a la derecha del rey en el banquete, o con la espada vuelta de punta al pecho del Rey.

Con destreza suma, Sagasta trata de abrir gran distancia entre el momento actual y el retorno al poder del partido canovista. Alfonso teme a la revolución del pueblo mucho más que a la revolución de los palaciegos, y Sagasta dirige toda su política a detener la Revolución del pueblo de la manera única con que puede ser detenida: poniendo en práctica las libertades por cuyo ejercicio clama, y entrando de lleno en la obra de reconstrucción nacional que el país exige. No hay más que un modo de quitar derecho a la Revolución: anticiparse a sus medidas: realizar aquella que ella promete que realizaría; hurtarle sus pensamientos y aplicarlos desde el trono. Política semejante, que, sin comprometer la dignidad monárquica, da al Rey ocasión para aparecer ante su pueblo, que piensa y trabaja, como un Rey útil, trabajador y pensador,—seduce y cautiva a Alfonso. Italia, Bélgica e Inglaterra le parecen mejores ejemplos que Rusia. Comprende que para salvar su trono necesita ponerse al lado de su pueblo—no frente a su pueblo. La clase aristocrática es ya demasiado débil en España para alzar muralla en torno al trono contra la clase popular. Sirviendo, por su propio beneficio el del Monarca, los políticos españoles le ofrecen manera de costear sin desdoro la Revolución amenazante, y así como en caso de que el ejercicio de las prerrogativas democráticas, alzase a inconveniente altura al pueblo contra el trono, el Rey volvería a sus consejeros conservadores,—así, en caso de nuevas amenazas del país que ha conocido ya todos sus derechos, y curado del malestar que su desconocimiento del modo de usarlos le produjo, de nuevo ardientemente los desea,—podra el Rey ceder un grado más que este en que ha cedido, llamando a sí a Sagasta, y realizar con Moret y sus secuaces gran suma de progresos que han venido hasta hoy formando parte esencial de la República.

Mas ¿hasta dónde llegará la confianza del Rey en los consejeros que sólo le auguran salvación en su indefinido acercamiento a la República? ¿Realizará por otra parte la monarquía, la monarquía dispendiosa, altanera, desconfiada, amenazada, la suma de adelantos de naturaleza amplia y popular que España conoce, anhela y demanda? ¿Volverá el Rey grupas alarmado,—y emprenderá, al lado de Cánovas, nueva batalla contra el pueblo? ¿La nación, que quiere ser asentada a toda prisa sobre nuevas bases, se satisfará con la política de vaivén y turno a que necesita acudir la monarquía para salvarse, o pretenderá ponerse en condiciones de regirse por sí misma permanentemente de una manera abierta, generosa, constante y progresiva? ¿Creerá el Rey en el pueblo? ¿Creerá el pueblo en el Rey? ¡No a fe! El uno no cree en el otro; pero se aprovechan mutuamente de las ventajas que les vienen de acercarse,—el Rey, para prolongar su poder: el pueblo, para preparar el suyo.

A su ductilidad, a su capacidad de adecuación—que es dote grande en hombres políticos—une Sagasta otra inestimable dote, indispensable en el gobierno: la energía. Ni le conviene provocar la guerra en España, ni provocarla en Cuba. A Cánovas se le ha hecho un cargo grave de haber

encendido la enemistad de los cubanos con su desdén de ellos, y la violación en las elecciones de un derecho que nominalmente, y no de otro modo, disfrutaban. Sagasta, a la par que aleja un peligro para su Gobierno, aprovecha la ocasión de hacer mayor esta censura a Cánovas, demostrar que con actos violentos se enajena España las voluntades cubanas, y con actos amistosos y reparadores se las cautiva, y asegurar por tanto, para sí uno de los títulos que habilitan hoy en España a un hombre político para su permanencia en el Gabinete: su capacidad para conservar a Cuba. Sagasta acaba de conjurar con un acto de consecuencias grandes un riesgo inminente. Los pueblos que han tenido una vez las armas en la mano no olvidan ya nunca el modo de usarlas: el interés o la fatiga, los postran; el interés mismo, o la ira los levanta amenazadores. Gran alarma causaban en Madrid las noticias de Cuba. Aunque el Gobierno de España ha reconocido de una manera indirecta, y nunca abiertamente, el derecho de los cubanos a solicitar la autonomía, el ejercicio de este derecho es considerado como un delito de traición por los españoles que en Cuba habitan.

No bien promulgada en la Isla la ley de imprenta, sus numerosas restricciones fueron insuficientes a ahogar los rencores en ambos bandos ficticiamente contenidos por una ruda censura. Las elecciones sacaron a flote agrios cargos, imprudentes recuerdos, ásperas amenazas. El partido autonomista, daba pruebas de moderación y posesión de sí mismo. El partido colonial, que quiere en Cuba la perpetuación del ahogador sistema de antaño, perdía todo freno de sí ante la probabilidad de una exigua victoria, de una mezquina victoria, de los autonomistas. La victoria vino: como con una ley electoral se eligen diputados a Cortes, y con otra se eligen diputados provinciales,—perdieron los autonomistas las elecciones de diputados a España, pero vencieron en las de diputados provinciales,—vencieron brillantemente, a pesar de los fraudulentos y desesperados esfuerzos de sus poderosos contrarios.

Ciegos de ira, arremetieron contra los periódicos cubanos los periódicos coloniales: vivas aún por el aire las chispas de la última guerra, con ellas escribieron sus respuestas algunos de los periódicos cubanos. Al derecho de votar y vencer con votos, llamaron los diarios coloniales crimen de deslealtad, y traición a España. El Capitán General, no conociendo modo político de dirigir este riesgo, quiso poner remate a la manera militar. Suspendió por un decreto las garantías constitucionales, suprimió tres periódicos, y envió a España presos a sus redactores. Esta medida que volvía el gobierno de la Isla a sus antiguas prácticas, y ponía de nuevo a los cubanos a la merced del Capitán General en que el partido peninsular que sostiene a la Colonia tiene grande influencia, regocijó al partido colonial, entristeció al partido autonomista, y alarmó al gobierno español. Ya se habían hallado en las actas de diputados a Cortes que la comisión de actas examinaba en el Congreso huellas claras de la mano oficial; ya se susurraba en el Salón de Conferencias que como medio de inspirar de una vez por un acto generoso y espontáneo de justicia, confianza a los cubanos, sería conveniente declarar nulas las elecciones que les habían privado de representación en las Cortes, dándola con exuberante mayoría a sus adversarios; ya se advertía en los animados grupos del Salón de Conferencias que los que habían quedado vencedores en la elección de los diputados de la provincia, debían lógicamente, en la misma demarcación electoral, quedar vencedores en la elección de diputados a las Cortes.

Súpose el atentado del Capitán General, el regocijo de los coloniales, la situación peligrosa y justo asombro de los cubanos. Y Sagasta destituyó al general Blanco, que ha sido cera blanda en las manos del partido peninsular, y ha nombrado para remplazarlo a un general instruido, hidalgo y

brioso, amigo de los cubanos, leal con ellos, y querido entre ellos: el general Prendergast. Él fue el jefe de Estado Mayor de Martínez Campos, en las lánguidas postrimerías de la maravillosa guerra de diez años. Él lleva a Cuba, para los cubanos, mano suave; para los peninsulares que quieren a todo trance la conservación de la colonia, y desafían a su propio gobierno, mano de hierro. Mas Prendergast va a regir, con el espíritu del bravo general Dulce, a los hombres indómitos y temibles que expulsaron al general Dulce. Va en semejante momento. Va a hacer mayores concesiones. Va a pelear por España, por la honra, fe y utilidad de España; contra los españoles. Los cubanos, todavía no cansados de ser leales, recibirán con entusiasmo y apoyarán con calor al nuevo jefe. Los peninsulares, como cebras que por primera vez sienten en su dorso la silla del domador, se revuelven coléricos y callan sombríos. El general está hecho a embridar rebeldes. ¡Salve el buen Dios de nuevas escenas de sangre y de nuevos crímenes, a la hermosa Isla!

En tanto, mercadeando concesiones, y como pago inmediato pedido a los cubanos por el nombramiento de un general que ha de ampararlos en sus derechos con franco espíritu y enérgica voluntad, pidió el Gabinete, al senador cubano Güell y Renté, y obtuvo de él, que retirase la enmienda por él presentada a la respuesta al discurso de la Corona, que, en el sentir del senador, debe declarar el derecho de Cuba a gobernarse autonómicamente. Corren vientos favorables a los anhelos cubanos; ya afirma León y Castillo, o el pujante orador isleño, Ministro hoy de las Colonias, que ha de hacerse justicia a clamores sobrado tiempo desoídos; ya se oye decir al general Martínez Campos que es tiempo de dividir por igual entre cubanos y españoles los empleos de la Isla.—Mas son tan radicales y esenciales las reformas que Cuba necesita, y lastiman todas ellas tan profundamente los intereses de los peninsulares que en Cuba habitan y los que de ella viven en España, que pudieran ser estas benevolencias de ahora como esas brillantes hojas de estío, que nacen en los árboles después de largo invierno, para ser a poco arrebatadas por los vientos primeros del otoño.

Y en verdad que ha comenzado brillantemente para Madrid este poético otoño. Por de contado que no faltan tristezas: tristes andan los aficionados a carreras de caballos porque no han tenido las de este año la brillantez de las carreras anteriores; tristes andan los más impacientes reformadores de la hacienda porque el Ministro no presenta sin demora, sino que retarda para cuando lo tenga más preparado, su proyecto, antes de nacer famoso, de conversión en una sola deuda, regular, fija y cómoda, las menudas deudas que hoy agobian el tesoro español; tristes andan los sabios, porque expiró con setiembre el animado Congreso Americanista, en cuyas últimas sesiones propuso un miembro francés la comparación de las lenguas que hoy hablan los indígenas de América con los manuscritos hallados por los primeros exploradores y misioneros, y se discutió largamente sobre la semejanza de las lenguas de América con la lengua de los vascos y otros pueblos de Europa.

Y a la par que anda alegre don Cesáreo Fernández Duro, el sesudo hombre de ciencia, secretario del Congreso en su sesión de Madrid, porque los americanistas reunidos acordaron que se le hiciesen presentes el reconocimiento y estimación de la Asamblea que reunió con su habilidad y sus esfuerzos,—tristes andan también los demócratas de todos los matices,—ya los que con Martos quieren una República inmediata, desembarazada y activa, ya los que con Castelar aguardan a que de la debilitación fatal de la Monarquía venga, mansa y cortesana, la República: que con el ingreso de un partido democrático en las filas del trono, aleja la posibilidad de triunfo de los republicanos activos, puesto que, sin acudir a la Revolución, planteará las reformas que sin la Revolución juzgan imposibles los martistas, y retarda la victoria de los republicanos

complacientes, porque usando de los mismos argumentos que estos, y por las mismas razones con que ellos disculpan su inactividad, se prolongará la estancia del Rey en el poder.—En los círculos políticos, se comenta la oportunidad con que el general Serrano ha enfrenado las impaciencias del gran número de oradores, altos militares y periodistas del séquito de Sagasta, que se juzgan con no menor derecho que los más favorecidos a los más grandes favores.

"Ve—les dijo—que en nuestro mismo partido liberal hay una agrupación conservadora que puede atraer los ojos del Rey, y que pondría al gobierno en la incapacidad de seros útil, sin poder acusar por eso al Rey de volver a los conservadores: la fracción de los generales Martínez Campos y Concha".

Aún se aplaude el felicísimo discurso con que Martos atacó la práctica del juramento al Rey por los Diputados a Cortes, y se dice que el discurso de Castelar fue como llama de colores, deslumbradora y ondulante, y el discurso de Martos como golpeo de implacable maza sobre el Gobierno confuso y atormentado. Sin cesar se habla de los temores que entre los servidores de la Casa Real, y los genuinos mantenedores de la monarquía, inspira el Gobierno nuevo, y del dolor de padre con que los nobles viejos ven entrar a su Rey por el campo de sus jurados enemigos.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 29 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

Cartas de Nueva York expresamente escritas para
La Opinión Nacional

España

Pintoresca entrevista de los reyes de España y Portugal.—Los republicanos portugueses.—La investidura de la Orden de la Jarretera.

Nueva York, 15 de octubre de 1881.

Señor Director:

Grande hurto este que el Rey Alfonso ha hecho al republicanismo de su patria: el pensamiento de la Unión Ibérica. Agasajan con singular cariño esta idea los pensadores españoles: como causa de engrandecimiento la ven los republicanos portugueses: entra la idea de lleno en el Código moderno de ambos pueblos. Necesitado Alfonso de demostrar a su nación cómo sus anhelos le inquietan, y sus deseos son los del Rey, y van por una misma vía la majestad y los súbditos, preparó y realizó con placer esta entrevista histórica, que no llevará, sin embargo, a más beneficio que a los que vienen de una afectuosa cortesía entre vecinos, por cuanto son incompatibles con los intereses privados de ambos Reyes los intereses del pueblo de España y el pueblo de Lusitania, llamados a mezclar total e irrevocablemente sus fortunas. Lleno fue Alfonso, a la visita de las esperanzas que en él enciende la diestra y deslumbrante política liberal de su Ministro; y Luis fue lleno de la melancólica tristeza que lo distingue, y de la amargura a que le llevan los crueles ataques de los republicanos portugueses, por los que en un mitin reciente, ha sido llamado ladrón, y—en los versos del poeta Gomes Leal—ha sido denostado con furia; y—en los periódicos *Século* y *Antonio María*, se le ha declarado merecedor de su inmediata caída. Para Alfonso, estriba el interés de la entrevista en demostrar a su nación que favorece uno de sus proyectos más queridos; para Luis, en aplacar la ira de los coléricos e impunes republicanos de Portugal, grandes enamorados del ideal de la unión ibérica.

Sacudió, en la tarde del 7 de octubre, el Rey Alfonso, el polvo de los vestidos con que asistió a las desmayadas corridas de caballos en el hermosísimo paseo de la Castellana, y emprendió viaje a Cáceres, engalanada de antemano para solemnizar su nuevo ferrocarril y la visita regia. Iban con Alfonso, en el rico tren real, el risueño Sagasta; el severo marqués de Vega Armijo, Ministro de Relaciones Exteriores; el hábil Albareda, Ministro de Fomento; el duque de Sexto, jefe de la casa del rey; el general Echagüe, el general Ferreros, y personas de menor cuenta, edecanes, gentiles hombres de servicio, médico de Cámara, Secretario del Rey, y numerosa escolta. Y muy atendido por Alfonso, y tratado con singular cariño por Sagasta, a quien se supone animado del deseo de hacerse de compañeros demócratas en el Gabinete si por sus osadías liberales, o por alcanzar poco en la mesa gubernamental, lo abandonase el ala conservadora de su partido,—iba el arrogante y cortés jefe de la minoría democrática dinástica, el apuesto Moret, director de la compañía del ferrocarril cuya explotación habían ambos reyes de inaugurar solemnemente en Cáceres. Dejó atrás el tren real la histórica y maciza Talavera y el pintoresco Arroyo; costeó el hinchado Tajo,

crecido con las lluvias; salvó los valles melancólicos, famosos por sus higos y ganados; dejó atrás la estación de Cáceres, suntuosamente ornamentada; salvó llanuras húmedas, terrenos míseros e incultos, y se detuvo en Valencia de Alcántara, la estación de la frontera, la población histórica, en cuyas orillas cayeron por tierra en otro tiempo las águilas romanas, quebradas por los cascos de los corceles visigodos, y al pie de cuyos muros batallaron rudamente árabes y castellanos. La marcial marcha real saludó al Rey, y un débil vítor de los ateridos campesinos, envueltos en sus capas, y allí congregados, bajo la impertinente lluvia, para acompañar a las autoridades en la recepción de Alfonso. Allá, a lo lejos, alzábase la tienda de Muley-El-Abas.

El trofeo de la guerra de África, arrancado a los guerreros de manto blanco por el intrépido general O'Donnell, iba a cobijar a dos monarcas, al joven esposo de la elegante Cristina, y al erudito traductor del *Ricardo III* de Shakespeare. Flotaba sobre la tienda el estandarte morado de la vieja Castilla. Entró en las tiendas de campaña la comitiva; vistiéronse sus uniformes de gran gala. A derecha e izquierda del campamento,—alinéabanse infantes y caballos; relinchaban las mulas de la artillería; paseábanse en sus nobles corceles los guardias montados; y pobres campesinos, en míseros trajes, sacerdotes, hacendados del contorno, grupos de portugueses, apretábanse a millares en torno de las tiendas. A lo lejos, asomaban por entre los árboles remozados por la lluvia continua, los rojos tejados de las casas próximas; enjaezadas mulas, y vivaces jacos, protegíanse bajo los ramajes del frío y la llovizna. Temblábase de frío. En la gran tienda abríanse vinos, disponíanse lugares, aderezábanse fruteros majestuosos, sonaban las vajillas. Al cabo, seguido de brillante cohorte, y recibido con calurosos vítores, y con acordes del himno portugués, deja el tren que acaba de entrar lentamente en la estación en que le esperaba Alfonso, un hombre vigoroso, ya entrado en años, de inteligentes ojos, y de afable sonrisa. Es el Rey Luis. Almuerzan los monarcas, al son de deliciosas músicas. Y comenzó un día de paz histórica, en que los corazones latieron con amor y los labios hablaron con ingenua alegría.

"Por la salud de mi hermano el Rey don Luis brindo—dijo Alfonso—y porque unidos más estrechamente nuestros dos reinos, puedan hacer sentir con más brío que hoy su fuerza e influencia, y beneficiarse mutuamente en su riqueza, obrar de acuerdo en su política extranjera, y ver juntos por todo lo que hace al mediodía de Europa y a las orillas del Mar Mediterráneo".

En plática animada iban los soberanos cuando emprendieron camino para Cáceres. Esperábalos la ciudad con sus banderas mustias, plegadas a su asta por la lluvia, sus viejos tapetes colgando en los balcones, la alegre muchedumbre vitoreando por las calles, y la plaza de toros engalanada como en día de fiesta. Entre vivas y repiques de campanas inauguraron los reyes el ferrocarril. Llena estaba Cáceres de portugueses que habían cruzado la frontera para ver lidiar toros al lidiador famoso, el osado *Frascuelo*, traído a Cáceres por dar placer y hacer honor al Rey don Luis. A pesar de la terca lluvia, sobre los húmedos asientos del circo se movía en la tarde una multitud voceadora y frenética. Entiérranse en la arena mojada los pies de los aterrados lidiadores; el toro, merced a su mayor pujanza, se mueve con ventaja en la arena, que se tiñe a poco con la sangre de un infortunado picador. *Frascuelo* implora de los reyes que suspendan la corrida; y los reyes lo acuerdan; pero la airada muchedumbre amenaza con los puños a los toreros, alza vocerío inmenso, y los cubre de atroces injurias. A la corrida sigue magnífico banquete. Como el champagne corría espumosa de los labios la elocuente palabra. Para decir bellamente no hay como Moret; para envolver intención aguda en frase elegante, no hay como Sagasta.

En Portugal, la elocuencia es don común. Del Rey Alfonso, dicen que habla bien. El rey don Luis goza fama de culto hombre de letras, y de galano decidor. Cambiáronse obsequiosos brindis por la paz, gloria y riquezas de los dos pueblos. Los Ministros del soberano portugués hablaron cordialmente con los Ministros del rey español. Celebró don Luis calurosamente la política de Sagasta, y la actitud de Moret, que estima sabia y noble; y colgó al cuello del Primer Ministro la más noble orden de la hidalga Lusitania. A la luz de numerosísimas antorchas, acompañó a la estación, entrada la noche, el soberano de España al que, sin las malaventuras del cuarto Felipe, hubiera sido vasallo suyo y no rey hermano. Abrazáronse los monarcas a la manera portuguesa, besándose en ambas mejillas. Fuéronse enamorados los portugueses de la cariñosa recepción hecha a su Rey; emprendió Alfonso el nuevo viaje a Madrid, y quedaron visiblemente más apretados los lazos que unen las dos naciones, satisfechos los republicanos portugueses, agradados los pensadores españoles. Sagasta condecorado, y herido un torero.

Nueva fiesta, fiesta brillantísima, aguardaba al Rey joven en Madrid. Con la insignia y collar de la Jarretera habían llegado a la Corte, el marqués de Northampton, nobilísimo par de Inglaterra y caballero de la Orden, el rey de armas de la Jarretera con sus oficiales de campo y ocho nobles. Venían a ofrecer la famosa insignia al Rey Alfonso, que desde su infancia debe a la Reina Victoria especiales muestras de cariño. Con toda pompa venía la Embajada, y fue con toda pompa recibida. Presentaba en la tarde del día once el Palacio animadísimo cuadro. Llenan las bandas regias el patio gigantesco, de no terminadas e imponentes arquerías, en cuya vasta plaza se renueva cada mañana, entre marciales y vibrantes acordes de las orquestas militares, la guardia de la casa del Rey. Rebosa tropas el patio extenso. Muchedumbre de elegantes curiosos se apiña bajo los arcos. Por entre ellos pasa, en suntuosos carruajes, toda la grandeza española, las lindas damas, los viejos duques, los nuevos marqueses, los demócratas tránsfugas, los plebeyos apóstatas, el alto ejército, las mujeres se coronan de diamantes, y los hombres de uniformes recamados, cubiertos de deslumbradora pedrería. En el salón del trono, el Rey, en pie, aguardaba: ninguna condecoración le adorna el pecho: luce el uniforme de los alabarderos. La Reina, cuyo luengo vestido de terciopelo, sobre el que cae el manto real, está cubierto de encajes, adornada con flores, y coronada con la regia diadema, está a la izquierda del Rey. Junto a la Reina vése a las infantas, la infanta Isabel, vestida de brocado de seda azul oscuro, esmaltado de zafiros y diamantes; y Paz y Eulalia, cuyos trajes de pálido terciopelo azul están adornados con perlas. A la derecha del Rey estaban Martínez Campos, cuya osadía le devolvió el trono, y Sagasta, cuya habilidad se lo mantiene. Mas ya se escucha el ruido de la comitiva inglesa; ya ondea y se apiña la concurrencia en los salones reales; ya se conmueve el séquito de grandes que, de pie como la familia real, rodea al monarca. Es la embajada extraordinaria.

Con cinco magníficas carrozas, tiradas por arrogantes corceles andaluces, adornados con altos penachos, fue al Hotel de París a buscar a los caballeros ingleses el marqués del Valle, introductor de Embajadores. En las cinco carrozas los ha traído a Palacio. Escoltábalos el brillante Escuadrón de Guardias Reales. Entre masas de pueblo hicieron el camino. Al llegar a Palacio en rigurosa procesión se dirigió la comitiva a la Sala del Trono. Iban delante los miembros de la casa real, y los gentiles hombres, y tras ellos, el séquito de los Embajadores, este con el libro de los estatutos de la orden, aquel con el manto, uno con la espada, con el collar, con el sombrero otros. Llevaba el heraldo la insignia famosa. Cerrando el séquito venía el altivo y austero marqués de Northampton, vestido de almirante, y a su lado, el caballero de armas de la Orden, con su manto luengo,

portando en rojo cojín las cartas credenciales de la Embajada. Visten el rey de armas y los oficiales de la orden magníficos tabardos, en que en coloreado relieve resaltan las armas reales. Van las cartas credenciales escritas en pergamino, y firmadas de la mano cariñosa de la Reina Victoria. Precedida del Duque de Sexto, que va haciendo profundas reverencias, llega la Embajada frente al trono. En francés explica Northampton al Rey el objeto de su misión. Respóndele Alfonso. El Rey de armas ata en la pierna izquierda del joven soberano debajo de la rodilla, la rica liga; en tanto que leen al nuevo caballero las amonestaciones de la Orden. El collar de eslabones de oro macizo sobre terciopelo azul, fue echado al cuello del Rey por el anciano Marqués; y el Marqués mismo puso en sus hombros el rico manto de terciopelo de seda azul, orlado de blanco raso, con hebilla de sólido oro; y en su cabeza el sombrero de plumas, y en su pecho la estrella de la Orden. Al recibir la suntuosa espada que le envía la Reina, el Rey se desciñe la que tiene y la da al Rey de armas. Ansiosas miradas espían los menores detalles de la histórica ceremonia. Nunca en verdad atrajo las miradas escena más rica de colores. Apuesto estuvo el Rey, de pie en medio de su familia juvenil, como él en pie; de reyes de otro tiempo parecía caballero el Marqués de Northampton; el grave continente de los nobles embajadores mereció alabanza. Fue aquella una resplandeciente hora teatral.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 31 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*

Francia

¿Viaje amoroso o viaje político?—Rochefort, Roustan y Gambetta.—La fortuna de la Emperatriz Eugenia.—El Ministerio próximo.—Una imponente escena.—Noche mágica

Italia

—Vapores y gondoleros.—*Cenni autobiografici*.—Trabajos y propósitos del Pontífice.—Expedición al Polo Antártico.

Nueva York, 15 de octubre de 1881.

Señor Director:

¿Qué ha de hacer el cable, ni qué ha de hacer el corresponsal, sino reproducir fielmente, por más que parezca tenacidad de la pluma, o del afecto, los ecos del país del que la palabra alada surge, serpea por el mar hondo, ve los bosques rojos, los árboles azules y las llanuras nacaradas del seno del Océano, y vienen a dar en las estaciones de telégrafo de Nueva York, donde hambrientas bocas tragan en el piso alto y llevan por sus fauces de bronce al piso bajo los telegramas, que van a dar cada mañana a los lectores nuevas de lo que acontecía algunas horas antes en Europa? Gambetta llena a Francia.—"De él depende todo"—dijo Bismarck en Dantzig a los emperadores de Rusia y Alemania. A sus manos parece encomendada la tarea de crear la Francia nueva. Natural es, pues, que cable y corresponsal tengan que hablar también en esta quincena de Gambetta.

Ello es que una mañana desapareció de París. No bien fue notada su falta ¡qué investigar! ¡qué suponer! ¡qué llamar a casa de todos sus amigos! ¡qué relacionar su viaje con la política del Ministerio venidero, cuya jefatura se le asigna! ¡qué imaginar que su ausencia tenía por razón más agradables razones privadas! Bien susurra París que une a Gambetta amistad estrecha con la elegante y celebrada viuda de Edmond Adam, que traduce tragedias griegas, representa dramas chinos, acerca graciosamente a entidades políticas alejadas, viste con gracia suma, piensa con profundidad grande, recibe con exquisita gracia, y dirige con varonil seguridad *La Nouvelle Revue*:—mas la gallarda dama no había abandonado su suntuosa casa. Con una acaudalada heredera se supone a Gambetta en relaciones preparatorias de matrimonio—mas la familia de la señorita Durand estaba en Niza. El *Fígaro*, desde cuyas páginas asesta el articulista Grandieu tenaces golpes al pecho del tribuno—rudo como coraza, publica un intencionadísimo artículo "¿Dónde está el gobierno?"

En tanto, Mr. Massabil viajaba por Alemania: había estado en la comercial Hamburgo, en la artística Dresde, en la libre Francfort: habíasele visto cerca del Varzin, donde, como Walter Scott en su castillo, Bismarck se refugia de las gentes. Mr. Massabil, que este es el apellido materno del orador, era Gambetta. ¿Fue, como él dijo, a su vuelta, a asuntos domésticos? ¿Cosas de amor lo alejaron de París? Apresurada de súbito su carrera, y compelido, con mayor premura que lo que él apeteciera, a hacerse cargo del Gobierno, ¿no andará recogiendo fortalezas, abriéndose caminos y

preparando soluciones dignas de la política briosa, ardiente y reconstructora que de él espera Francia? Y como ya en 1878 deseó Bismarck una entrevista con el orador francés, que no se realizó al cabo porque de alterar los tratados y corregir las fronteras quería hablar Gambetta, y Bismarck esquivaba semejante plática,—tiénese ahora por probable que este misterioso viaje a través del país de los mitos, de las rosas fantásticas y de los caballeros azules, haya tenido por objeto asentar en base segura, necesitada por Gambetta para desarrollar su atrevida política nacional, las relaciones de Francia y Alemania, que hoy oscilan, y se aplacan, y se encrespan, a cada manifestación nueva del político francés, venido todo de no haberse hallado ocasión para determinar lealmente los propósitos de la democracia francesa en su conducta futura con la tierra alemana. De azuzar la guerra, como medio de mantener en alto su popularidad, se le acusa ya, y se le acusará si se hace cargo del gobierno, muy tenazmente: bien puede ser que haya buscado modo, por más que el hecho en sí sorprenda y parezca improbable, de destruir victoriosa y radicalmente el grave cargo. Ni todos los alemanes ven con ira al orador de Francia, ni creen todos en la proximidad de una guerra imprudente, precipitada por su personal ambición y por su ciega audacia. De creencia vulgar, que viene de desconocer al caudillo demócrata, trata el conde de Goeltz este concepto alemán, en un justo y reposado artículo sobre Gambetta, publicado en el *Deutsche Rundschau*. El conde alemán, desdeñando enérgicamente las preocupaciones de sus compatriotas, y ofreciéndose con calma a sus injurias, alaba el patriotismo del hombre de Estado francés, y afirma ante su nación las pacíficas intenciones, rara cordura y vastas miras de Gambetta. —Júzgalo así su enemigo,—y los socialistas de París se congregan en Montmartre, para pronunciar formal sentencia contra Gambetta por su participación en la campaña de Túnez. Se recuerda que el enconado Rochefort le acusó de haber movido la peligrosa campaña por razones de medro pecuniario; y por ocasionar y aprovechar cambios de Bolsa. De un cónsul inglés, mal avenido con el Ministro de Francia en Túnez, parece que venían al periódico de Rochefort revelaciones avaloradas con el color de localidad que de escribirlas de Túnez les venía; pero Roustan, el ágil y prudente Ministro en Túnez, ha acusado de calumnia ante los tribunales de París a Rochefort, citado ya a últimas fechas para dar cuenta minuciosa a los jueces de sus osadas y desenvueltas afirmaciones en su batallador periódico. Manojo de látigos de acero parece *El Intransigente*. De nada teme, ni respeta nada. Ni ve el arma con que hiere, ni le importa la clase de arma: le importa sólo el tamaño de la herida. Tras otros periódicos hay consagraciones apostólicas, grandezas reales, cóleras santas: tras estas hojas de papel, estallando como un látigo, hay una maligna sonrisa. No leen los obreros los periódicos de aquellos en que ya no creen: leen sólo el de quien les inspira confianza: el alevoso ataque, pues, subleva el ánimo severo, pero alcanza el objeto deseado. Quiere envenenar al obrero de París, y lo envenena. Quiere mancillar una gloria robusta, y vengarse en ella de la incapacidad del escritor para alcanzar gloria tamaña, y se venga. Gambetta seguro de sí, desdeñó el cargo; mas Roustan, que no cree terminada su carrera en el ministerio de Túnez, exige estrecha cuenta al difamador de sus atrevidas aserciones. “En buena hora que me citen,—dijo Rochefort sonriendo al recibir la cédula del juez: treinta mil parisienses me acompañarán en triunfo al tribunal”. Y puede ser que lo acompañen. Desagradan a un ánimo honrado esos energúmenos infecundos, nacidos a derribar con sus manos convulsas todo testimonio de fama y mérito ajenos. Así anda por los bosques un ave de recio pico, que rompe para hacer su nido los troncos de los más hermosos árboles.

A un monarca ayudó Rochefort a derribar que merecía ser derribado: Napoleón III. Ahora, merced a la visita de la triste señora que fue un día en Madrid gala del vetusto palacio de la plazuela de Santa Ana, y ayudó a llevar luego a su imperial esposo el manto de las abejas, la tradición napoleónica ha venido a posarse en un joven impaciente, afortunado y ambicioso: en Víctor Bonaparte. Su padre, en quien a la muerte del príncipe Eugenio, recayó la jefatura de la casa, la había escandalizado sobradamente con sus escarceos republicanos para que, cualesquiera que sean las gracias de su seductora conversación personal, y los estímulos que una posible corona pusiese a su despierta inteligencia, pudiera reunir en una agrupación confiada y activa los elementos dispersos y desmayados del bonapartismo. El príncipe abdicó sus derechos en su hijo. Y la emperatriz, primero exaltada en brazos de todas las magas de la fortuna, y luego besada en la frente mustia por los labios fríos de todos los genios del dolor,—la emperatriz ha venido apresuradamente a Francia.—“Te dejo, Víctor, toda mi fortuna. Mi hijo te quería, y yo te quiero. Tú eres el jefe de la casa de Bonaparte. Emplea toda su riqueza en hacer triunfar la causa del Imperio”. De dama y de madre afligida son estos juicios y palabras: ¿qué pensador severo las tiene en cuenta, ni qué pluma hidalga ha de clavarse en ese adolorido corazón?

Ya cuando esta carta se lea en Caracas, estarán las Cámaras abiertas; ya en ruda batalla habrán sido vencidos por los nuevos Diputados, los moderados Ministros actuales; ya, en vez del Gabinete débil, desafortunado e incompacto que ha venido dirigiendo en estos meses últimos la política francesa, con fe y honradez mayores que fortuna, habrá cedido el azaroso puesto a un Gabinete definido y activo,—un Gabinete de fuerza y de combate. ¡Hombres nuevos, cosas nuevas, política nueva!—Clama *La República Francesa*, que pasa por órgano de las aspiraciones de Gambetta. “Bien pudiera ser que el Ministerio de Ferry resignara antes de la reunión de la Cámara”, apunta un diario. “No debe resignar—replica *La República Francesa*: debe ese Ministerio morir honradamente, dando cuenta de sus actos al país que tiene derecho a pedírsela, y no esquivando la cuenta, como la esquivaría un culpable”. Y el Ministerio, así anatematizado, deja entender que aguardará el combate. ¿Habrá Gambetta hallado manera de esquivar su entrada en el poder? ¿Defraudará la larga expectación en que está el país de su política franca, construyendo un Ministerio de conciliación? Mas, por si solución tal fuera posible, acontece que *La Gaceta Médica* denuncia ante la nación a este Ministerio como ligero y engañador en la cuestión de Túnez. Le acusa de enviar sin preparación a un clima mortífero a los bravos franceses. Le acusa de callar al país, por no hacer imposible tal vez la junta de grueso número de tropas que la invasión de Túnez requiere, el estrago tremendo que las fiebres voraces, la tierra húmeda, los alimentos mezquinos y el sol abrasador hacían desde el principio de la campaña en el ejército. ¿Mantendrá Gambetta a su lado, en hora tan crítica para su fama como esta, a hombres así censurados por su inestable y confuso modo de gobernar a un país ansioso de gobernación sincera, sana y clara? Mas ¿a qué divagar, con aires de profundo adivinador, sobre las probabilidades de que, caso de verse compelido a aceptar el poder, una Gambetta su compacta legión republicana a la izquierda moderada, con lo que alcanzaría en la nueva Cámara 300 votos, o a la extrema izquierda, con lo que alcanzaría sólo 240? Cederá acaso a alguna necesidad momentánea el tribuno; porque en política, no triunfa quien no cede; mas es fijo que las clases nuevas, las clases creadoras del laborioso y generoso mundo nuevo, tendrán en el orador famoso esa garantía que da a los pueblos una mente profunda y un corazón sano. Ni seducciones mueven, ni compromisos entraban, ni

glorias monárquicas ofuscan al generoso Gambetta. Del pueblo es, al pueblo ama, y servirá lealmente al pueblo.

¡A bien que es fiero el pueblo, cuando obra movido de justicia, o movido de ira! En noches pasadas, un hombre pálido, trémulo, soberbio, subía a la tribuna del Elíseo Montmartre para responder a las acusaciones de una muchedumbre exasperada y frenética. Era Carlos Lullier, el deportado vuelto de Nueva Caledonia, acusado de haber hecho traición a la Comuna. Casa de truenos parecía la sala. Rudas injurias le lanzaban al rostro. Era el salón un mar en ira: presidía Tony Révillon, el diputado en lucha con Gambetta.

"—No—decía con voz temblante de cólera Carlos Lullier: no os he hecho traición, porque nunca he pretendido serviros!"

Malon, con quien Lullier querelló ha poco, estaba en Suiza, y Lissagaray, el comunista destemplado, sostenía con implacable vigor la acusación. Cuanto Lullier dice, es ahogado por el furioso vocerío. Empujado por sus amigos que quieren salvarlo, sale del salón por una puerta excusada entre silbos y gritos. Traidor lo declaran aquellos tres mil hombres airados. "No por la Comuna—decía después *El Fígaro*—peleó Lullier; peleó al lado de la Comuna contra la reacción monárquica".

El día 12 de octubre fue día agitado en París, día de esperanzas, de murmuraciones, de sorpresas.—Ferry, fatigado de las ásperas censuras de que es objeto, acrecidas con las denuncias de la *Gaceta Médica* que tienen conmovida a Francia, presentó al fin su renuncia, y la de todo el Gabinete a Mr. Grévy. Misterio es el gran ministerio, como en París se llama al Gabinete futuro, estaría ya formado al cerrarse el día. Grévy rogó a su ministro que demorase su renuncia. Gambetta fue llamado al palacio Presidencial, sin que de la larga entrevista del tribuno y el Presidente llegase a saber más la ciudad ansiosa que lo que los periódicos de la noche conjeturaron. Creían los unos que había sido llamado a formar Gabinete: sostenían los otros que sólo se le había citado para investigar su juicio sobre el conflicto presente: otros adelantaban que, estimando conveniente una breve espera, Gambetta había consentido en hacerse cargo del Gobierno. Mas cerró el día, visitó de nuevo Ferry al Presidente, no se hizo pública la renuncia presentada en la mañana. Quedó, pues, el problema, ya resuelto en la mente pública, diferido hasta tener su trascendental solución definitivamente preparada.

Políticos severos cruzan por los salones del palacio de Grévy, y mariposas blancas y azules aletean en torno de la gallarda y modesta hija del discreto Presidente. Se casa con un hombre inteligente y sencillo, subsecretario en el Ministerio de Hacienda. Se casa sin pompa, religiosa y civilmente, en la capilla privada del Elíseo. La hija desdeña, como el padre, los arreos mundanos. Estas bodas humildes entristecen a las grandes damas de la República, que se habían prometido de ellas grandes fiestas. Compañera de su padre, y hada risueña, pajarillo gorjeador ha sido al lado del anciano la virtuosa niña. París la quiere con un afecto familiar y dulce. Era la paloma blanca, posada en el robusto hombro del caballeresco anciano.

Con fiesta privada celebra el acontecimiento venturoso la casa del Presidente, y con suntuosísima fiesta pública despide París al brillante Congreso reunido para exhibir y juzgar los adelantos de la ciencia eléctrica. ¡Qué imponente, a la luz misteriosa, tibia, perfumada, blanda, la sala de oro del teatro de la Ópera! Con la luz nueva, ensayada en todos sus géneros, va a estar iluminado en la noche de la fiesta el colosal teatro. El edificio gigantesco no reveló nunca tan poderosamente su magna hermosura. En la noche de ensayo, en que la iluminación magnífica

resplandecía de lleno sobre la monumental fachada, parecía que la luz, enamorada de las hermosuras que brillaban a sus rayos, se detenía amorosamente sobre ellas. Llevaba el maravilloso espectáculo a pensar en las luces eternas, y en la magnificiencia y gloria de otros mundos.

Italia

De tristezas del Pontífice, de disentimientos ministeriales, y de osadas empresas hablan ahora las nuevas de Italia. A su vida pacífica y pintoresca ha vuelto Venecia, animada pocos días hace por las alegres fiestas que solemnizaron la reunión de los miembros del Congreso Geográfico, y a la par que los fondistas del Lido y los hosteleros del Gran Canal cuentan risueños sus ganancias, los gondoleros melancólicos murmuran de la decisión del Municipio que permite a una empresa de vapores que eche a navegar por las aguas poéticas el atrevido buquecillo moderno. ¿Quién cantará ahora junto al timón de la góndola, las estanzas del Tasso? ¿Qué doseles de púrpura cobijarán ahora el sueño de los gentiles enamorados que, como en el cuadro hermoso de Lecomte de Nouy, pasean su tierno afecto a la luz cariñosa de la luna? Ya el gondolero vigilante no cantará al son de la guzla lánguidas trovas, ni junto a las escalinatas de mármol se empañarán las estruendosas batallas de los boteros alborotadores; ni, como se desliza un canto pálido por la mente, se deslizarán por las aguas serenas las embarcaciones históricas. Mas se quejan en vano; que no se extinguirá por cierto, en Venecia, de tantos canalejos silenciosos y callejuelas cruzadas, esos cisnes traviesos, naturales hijos del misterio que envuelve la regia ciudad.

Mas graves cosas suceden en Roma. No es la más grave que, disgustado el Ministro de la Guerra de que sus compañeros rechacen sus planes de aumento del Ejército, anuncie su separación del Gabinete pacífico que cree inútil en tiempos de paz, gastos de guerra. Es en torno de León XIII donde se mueven mayores problemas, y se revelan grandes zozobras, aumentadas ahora con la estrepitosa apostasía del Canónigo de San Pedro. Acto muy personal parece el del Canónigo, y no, como él pomposamente dijo, acto nacido de un profundo cisma en el seno de la Iglesia. Ni católicos ni anticatólicos tratan bien al apóstata. Dícese él inspirado por Jesús, y por el anhelo de servir a la vez a la religión cristiana y a la Italia. Ante ninguna ruda acusación ceja en su carta al Cardenal Borromeo en que se confiesa deudor a la casa pontificia de atenciones y bondad obligadoras. A los miembros de la Iglesia Metodista dijo que en sus brazos se echaba, en busca de caridad fraternal, de que iba ansioso. Su defección, saludada por los pensadores de transición como un triunfo señalado sobre la Iglesia, es agriamente censurada como acto de colérica rebelión por algunos liberales extremos.

La Lombardía, diario radical, trata así al Conde apóstata:

"Pío IX había sido su padrino. Por eso hizo de él un prelado; por eso le regaló con la rica canonjía de San Pedro. Mientras vivió su protector, sufrió del padrino cariñoso los afables regaños, sin que por ello cejara en su desembarazado género de vida. Mas cuando el Papa actual ocupó la silla de Pío IX, el Conde Campoello no se avino a sufrir de buen grado las amonestaciones de que a menudo era objeto. Un día se le decía que debía usar constantemente el hábito eclesiástico; otro se le recordaba algún deber de su cargo y carácter en cuyo cumplimiento era moroso. No era agradable al inquieto canónigo esta perenne mónita, ni gustaba de que se pretendiese alejarle de las alegrías mundanas, que le placen, y amontonando centenares de palabras sonoras y vacías

frases en la arrogante carta que envió al Cardenal Arcipreste de la Basílica del Vaticano, ha buscado salir con renombre de la oscuridad en que vivía haciendo creer a los candorosos que, movido por la divina gracia, ha desertado voluntariamente un culto que ya no respondía a las necesidades de su conciencia".

"Invoca ahora el canónigo de San Pedro su anhelo de vivir como ciudadano de Italia, y llama a sus compañeros de veinte años—parásitos. Mas si tanto le estorban estos y tanto le aqueja el amor de la ciudadanía ¿por qué no se desciñe las ropas talares y viene a vivir como Asproni, como Sirtori, como de Boni, como Ercole, como Merzario, sacerdotes en otro tiempo y hoy ciudadanos privados? No hicieron alarde de fe falsa, ni hicieron su apostasía como esa del conde Campoello teatral y escandalosa".

"Puede ser"—dice aún el *Lombardía*,—"que interesados amigos elogien su conducta: mas los pensadores serios dan con la verdadera razón de esta defección vociferadora. Mirando al pasado del improvisado héroe, dudarán de su firmeza en el futuro, y afirmarán que él andará el camino de arrepentimiento que anduvieron Monseñor Liverani, Monseñor Garrola, el exjesuita Passaglia, el cardenal D'Andrea, y tanta extraviada oveja que ha vuelto al antiguo rebaño".

El conde prófugo de la religión en que fue honrado ha oído ciertamente ásperos juicios, y no es el de el *Lombardía* el menos caritativo. Le acusan de amar con exceso los bienes y regocijos de la tierra; de haber roto las bridas de la Iglesia para entrar de lleno en los templos de Diana; de haber buscado manera honrosa de satisfacer su amor a los placeres brillantes de la vida. Él, en tanto, empeñado en la tarea de justificar su cambio de fe, publica su *Cenni autobiografici*, *Esbozos autobiográficos*.

Demuestra el vehemente lenguaje de los periódicos católicos la indignación que ha alzado en el Vaticano la deserción del Canónigo de San Pedro; pero apenas si, dado a más tristes y trascendentales pensamientos, ha venido este pesar a aumentar los que afligen al anciano León. Su mirada escrutadora se fija ansiosa en lo porvenir; sus hábitos de mando le llevan a mandarse a sí propio con cordura; mas su capacidad ejecutiva, de que dio antes de venir a la silla pontificia relevantes pruebas, ni desmaya, ni dejará de emplearse. Con cautela y firmeza se ha dado el Pontífice a determinar y acelerar una reacción católica en Europa; ya ha cautivado de nuevo la amistad de Alemania; ya es el enérgico y discreto Korr, obispo de Treves; ya se une en amistad estrecha a España; ya recibe de los dominios de Alfonso mensajes de vehemente simpatía; ya no oculta que, si para volver el espíritu religioso y salvar a la Sede de ofensas, ha menester volver la espalda a la casa de Sixto V y Julio II, y buscar amparo en suelo extraño a su majestad espiritual, dejará vacías de su palabra sagrada las bóvedas de San Pedro, abrirá al enemigo las puertas del Vaticano, y emprenderá, solo y sin guardias, el camino del destierro. Escribe, trabaja, prepara. De que está entregado a una ruda tarea, dan clara cuenta su continente meditabundo, y su rostro severo y fatigado.

La nación italiana, cuyo jefe no contendrá el desarrollo legal de las ideas nuevas, pero no cometerá desmán contra el anciano, ni provocará conflicto, ni acelerará medida alguna violenta, ha echado al mar, ganosa de traer savia potente a sus venas juveniles, una expedición a los mares antárticos. Entrañable y calurosa amistad une a Buenos Aires y a Italia, y son de ver los agasajos que a los colonos italianos, tan enérgicos por cierto en su condenación de las depredaciones de Chile, tributan la prensa bonaerense y la uruguaya. Buenos Aires ha prometido pertrechar de víveres a los valerosos expedicionarios, que ya van cerca del inexplorado mar del Sur. Al paralelo

72 llegan las exploraciones conocidas, y más allá quieren ellos nuevas: glorias nuevas, tierras nuevas, fama científica, y provecho de descubrimientos buscan los animosos italianos, y en su pesquisa azotan las aguas que cruzaron el intrépido James Rose y el atrevido Weddell, las quillas de los buques que dirige el teniente Bove: grandes novedades pueden hallar en su viaje los osados nautas: en el profundo mar del Ecuador, han sentido correr los investigadores por el lecho del Atlántico uno como mar glacial poderoso que viene del polo Sur. Y del lado del Pacífico, bien se sabe que arranca del depósito antártico, baña las luengas costas chilenas, y las ricas del Perú, y se sumerge al fin en la corriente ecuatorial del grande Océano otra pujante corriente glacial, averiguada ya por minuciosas observaciones anteriores. Sea la fortuna favorable a los denodados exploradores: bien merecen los hijos de Marco Polo que el mar agradecido les revele sus secretos: bien merecen los pueblos trabajadores las recompensas de la fama y el provecho que sigue al trabajo: bien merece la Italia generosa nuevas glorias!

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 2 de noviembre de 1881.
[Mf. en CEM]

Cartas de Nueva York EXPRESAMENTE escritas para *La OPINIÓN Nacional*

Francia

Gala en la gran Ópera.—Matrimonio de la hija de Grévy.—Adivinaciones: problemas: redes.—Gambetta quiere presidir la Cámara.—Cosas varias.—La estatua de la libertad.

Nueva York, 29 de octubre de 1881.

Noche mágica, bodas felices, hipótesis políticas, actos internacionales—han traído ocupado a París en estos días pasados. Era el 15 el teatro de la Grande Ópera como monte de luz; y exceso de belleza fatigaba las miradas. En la augusta sala del teatro, espaciosa y solemne, vestida toda de oro, reflejaban su luz viva las lámparas de Swan. Las de Edison y Maxin iluminaban el *foyer* majestuoso, los pulidos pavimentos, las altas paredes, los ricos tapices. En vestíbulo y balcones lucían las lámparas Jablokoff, tenidas poco ha por cosa maravillosa, y hoy apagadas y vencidas por los radiantes y cegadores sistemas nuevos. Dañoso a los ojos, o por el choque de las diversas luces, o por el número excesivo de ellas, o por su exagerada intensidad, pareció a los concurrentes el colosal teatro. Alas se busca el hombre en las espaldas al entrar por aquel amplio atrio, y pasear bajo aquellas altas bóvedas, y subir, como hormiguilla avergonzada, por aquellas gigantes escaleras. Era el 15 la fiesta de gala, dada en ofrenda de afecto a los miembros del Congreso de Electricistas reunido en París, y cuya ceremonia de distribución de premios fue, a los pocos días, señalada por concurrencia escasa, muestras de desagrado por el premio que el jurado acuerda a la Compañía de ferrocarriles de París, Lyon y el Mediterráneo, notoria por su graves desastres y el estreno de una cantata de Cohen *Oh terre, éclaires-tu.*

En la noche de la fiesta de la luz, en su palco de honor aparecía el Presidente de la República, y con él, víctima de las curiosas miradas de un público inquieto y avaro de emociones, la discreta e inteligente doncella que a los pocos días daba su mano al caballero Wilson. Es el novio un hombre grave y activo, galán un día de boulevares y salones, y hoy sostén firme y sectario inteligente de una política republicana pura, generosa y oportuna. En Avenonceaux, castillo de su hermana que es conocida y estimada dama, Mme. de la Pélouse, antigua amiga de Grévy, reúne Wilson cada año a sus amigos los electores, propietarios, trabajadores y gentes de nota de la histórica Turena. No por su elocuencia brilla en las Cámaras, sino por el vigor de su consejo y la práctica de sus facultades organizadoras. Hoy desempeña la Subsecretaría de Hacienda y prueba en ella sus dotes de inteligencia y de trabajo. Quiere hacer olvidar sus días pasados de hombre inútil. Le posee la saludable vergüenza de haber perdido el tiempo aprovechable. La hija de Grévy es una resuelta y vivacísima criatura, que tiene el hábito y la capacidad de regirse libremente, que ha sido para su padre leal y afectuosa compañera, y que en sus alardes de independencia, más que mujer de París, parece una desembarazada norteamericana. Sabe de letras, y es entendida en artes. Si cabe exceso en tales amores, ama la música con exceso. Wilson es para ella un viejo amigo, comensal constante, compañero de las veladas de invierno, Telémaco de quien Grévy ha sido Mentor. De ojos oscuros y animados, de abundantísimo cabello negro, de construcción delicada y clásicos

gustos semeja a su padre, y al esposo en su desamor de toda ostentación, y en su rebeldía a la paga de culto a la curiosidad ajena o a la vanidad propia. Repugna ser objeto de exhibición mundana. Corre por los salones airecillo helado, y no quiere la reflexiva novia que su felicidad sea entibiada por el aire de los salones. En estricta reserva se celebraron las ceremonias católicas y civiles que han fortificado y hecho perpetua la unión leal de estas dos almas sanas y vigorosas. Protestante es Wilson, y la hija de Grévy católica. Al matrimonio religioso precedió el civil. El religioso fue sobrio y breve. Ni su más dorada casulla, ni su más bordada sobrepelliz vistió el cura de San Felipe que unió a los novios. Ordenan las leyes palaciegas que, cuando se celebra fiesta en la capilla del Elíseo, la puerta del Palacio se abra al público: mas, en señal de respeto a la voluntad de la humilde doncella, afuera quedaron los curiosos, y sólo salvaron los umbrales de la capilla esas inquietas criaturas parisienses que realizan la maravilla que parece imposible a las Santas Escrituras: la de que pasase por el ojo de una aguja un camello árabe: dos periodistas profanaron, con su ojo curioso, la fiesta privada. La habitación donde se firmó el contrato de matrimonio está contigua al salón de lúgubre fama en que fue discutido y determinado el golpe de Estado que ascendió al imperio al tercer Napoleón. Mejores títulos tiene a la memoria de los hombres el abuelo de Wilson, que con vigorosa protesta se opuso en los días del trueno y del rayo, a la ejecución de Luis XVI, y con calor generoso defendió luego a los poéticos e infortunados Girondinos.

En torno de Gambetta se mueve ansiosa la política. ¿Vio a Bismarck el fornido caballero que con un nombre oscuro pasó rápidamente por las ciudades que llevan a Varzin, el hogar célebre del canciller meditabundo?

De calumnioso acusa el rumor *La Independencia Belga.* Hablando en el Havre, a donde le llevó el deseo de investigar las facilidades de construcción del muelle nuevo que el rico puerto anhela, dijo Gambetta que había sido el objeto de su visita a Alemania ver por sí y estudiar de cerca, cómo Bremen, Hamburgo, Stettin y Lübeck han alcanzado su presente grandeza. Cree el corresponsal del *Standard* en Berlín que es cierto lo que en Berlín se cree, y que la razón que Gambetta dio de su viaje en el Havre fortifica a los berlineses en la creencia de que en Varzin se vieron el poderoso orador que tiene pendiente de sí a la curiosa e impaciente Francia, y el ceñudo alemán que lo elogia y respeta.

Y sea o no la entrevista cierta, nuevas y no extintas ansias poseen a los políticos. ¿Precipitarán sus adversarios embozados y sus amigos imprudentes a Gambetta a la formación de un gobierno prematuro, impotente para llevar a cabo las reformas que se verá en el deber de proyectar? ¿Resistirá la presión doble de amigos y enemigos? ¿Se expondrá, por temor de perder su popularidad si rehúye el riesgo, a perderla por correrlo? ¿Se extinguirá así, en una callejuela política, tan robusta fama, tan alto hombre? Mas he aquí que de súbito aparece Gambetta candidato a la presidencia temporal de la Cámara nueva de diputados; que se susurra que el Gabinete de Ferry se presentará altivo a demandar apoyo a la nueva Cámara; que el magno hombre ha calmado el mar inquieto y que, en el ferviente amor común de una definitiva y gran República, logra hoy que, por crudezas personales o arranques peligrosos, no se dé ocasión a la naciente e inquieta democracia de destrozar con sus esfuerzos juveniles las manos llamadas a guiarla con mano firme y poderosa rienda.

Anuncia el cable que parece cierto que el Presidente de la República no enviará mensaje a la Cámara de Diputados recientemente electa. Insístese en hablar de conferencias amistosas entre

Ferry y Gambetta. Discútese si el sensato Freycinet o el altivo Ferry entrarían en un Ministerio que se viese obligado a formar el tribuno. Anúnciase que Barthélemy de Saint-Hilaire, el amigo de Thiers, que hoy dirige las Relaciones exteriores de Francia, se retira como el general Farre, desdichado en la campaña de Túnez, a la vida privada. Socialistas y legitimistas comulgan juntos en altar de odio ante la República fuerte y discreta, como un día comulgaron reunidos, en insano y bochornoso abrazo los carlistas y los republicanos en España. Afirma el corresponsal del *Times* que, en tanto que no se definan las líneas confusas de la política francesa y en el banco de los ministros se sienten los que hayan de ser ministros reales, no necesitarán atención especial las negociaciones iniciadas, suspendidas, reanudadas, y ahora reasumidas en París, para el ajuste de un nuevo y liberal tratado de comercio entre Francia e Inglaterra. Víctor Hugo dio ha poco 10 000 francos a los pobres parisienses y Grévy en conmemoración del venturoso día de su hija, abrió sus arcas, y vació en las manos de los pobres 20 000 francos. Y los radicales se reúnen, atacan al Gobierno en la cuestión de Túnez; examinan los cargos graves que al Gobierno han hecho los periódicos irreconciliables, y deciden excitar vehementemente a la Cámara de Diputados a que inquiera en formal proceso si el Gobierno ha violado la Constitución o ha engañado y hecho traición al país, y declare, que en caso de resultar culpa a los miembros del Gobierno, responderán de ella con sus personas, libertad y propiedades.

A este calor, álgido a veces, se va templando el cuerpo de bronce de la Francia nueva. Símbolo de su fuerza futura, más que de su afecto a los Estados Unidos es la colosal estatua de la Libertad, que hace Bartholdi, y a la libre y republicana América ofrece la republicana y libre Francia, ya se sabe que es obra gigantesca. La cabeza y los hombros van ya acomodados. Los moldes de barro del resto de la estatua, altos como cerros, esperan ya el bronce. ¡Tales cosas van haciendo los hombres, que Prometeo romperá sus cadenas y ahogará al buitre, y la escala fulgente de Jacob no será sueño!—En la tarde del día 24, distinguidos americanos y franceses se reunían en el taller de Mr. Gaget Gauthier, y oían las palabras profundas de Laboulaye, el francés que ama a América, y veían al Ministro de los Estados Unidos clavar solemnemente el primero de los clavos que remata la primera de las planchas que ha de unir a su pedestal de dura piedra la estatua majestuosa.—El hombre es un magnifico combatiente, lanzado a la tierra, armado de todas armas, a la conquista de sí mismo.

M. de Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 15 de noviembre de 1881.
MF. en CEM

Cartas de Nueva York expresamente escritas para La Opinión Nacional

España

Animada batalla.—Nuevos códigos políticos.—Ineficaz y tímida reforma en Hacienda.—Derechos del café y del cacao.—Maestros de alta esgrima.—Míseras colonias.—Política futura.

Nueva York, 29 de octubre de 1881.

Señor Director:

Se ha abierto la campaña. El Gobierno nuevo ha enseñado sus arsenales, y está en juicio. En la mesa de proyectos del Senado depuso el Ministro de Justicia sus osadas reformas civiles; en la de las Cortes, ha colocado ya el Ministro de Hacienda su pliego de reformas financieras. Osadas son aquellas, no para los tiempos que ya las han sancionado, sino para la monarquía, que riñe con los tiempos. Las reformas financieras, con romper briosamente con la leyenda canovista son incompletas y tímidas. Los hombres aceptan antes el matrimonio civil que el libre cambio.

Desusada animación alegra la casa de las Cortes. El grave Senado se remoza. Toma el Palacio Real aires de Presidencia de República. Los nobles tradicionales andan hoscos y huraños. Sagasta y sus grandes tenientes andan ocupados en traer a la manada gubernamental a estos y aquellos sagastinos descontentos. Posada Herrera, hombre sagaz, caballero grave, político cómodo, cauta persona, que tiene siempre un cubierto posible en la mesa estrecha del poder, preside, con gran ira del elemento brillante y activo del partido, las sesiones de Cortes. A Cuba se envían migajas de libertad servidas en plato pomposo por un general hidalgo. La batalla política será brillantísima. Van a decirse maravillas en este Parlamento.—Los grandes de la palabra ocupan ya sus sitiales. El ensayo de monarquía liberal principia con el calor, el lujo y el brillo de un ataque de vanguardia.

El día 21 de octubre fue día solemne, día de vindicación, día histórico. Los ministros del Rey Borbón presentaron al Senado de España para su aprobación las generosas y prudentes leyes dictadas por la Revolución que volcó en 1868 el trono borbónico. En el salón rectangular del Senado ¡cuánta inquietud! en los pasillos de entrada, amplios y silenciosos ¡cuán pintoresco movimiento! ¡Qué parlar! ¡Qué debatir! Tenía la casa de la Ley aspecto de Universidad en día de fiesta. Vestía la política española galas primaverales. Rebosaban gente las tribunas públicas. Los pasos de los precipitados Senadores hollaban rápidamente la mullida alfombra. Se asistía a un renacimiento, más trascendental aún que el nacimiento mismo. Más que imponernos al enemigo, importa y alcanza que el enemigo acate nuestra obra. ¿Qué nos da que otro sea el ejecutor glorioso de nuestra buena voluntad, si nuestra buena voluntad es ejecutada? Así el día 21 en pleno Senado Real la Revolución vencía. A la izquierda de la mesa presidencial, álzase el banco de los Ministros. Con voz segura leía desde ella el Ministro de Justicia, jurisprudente eximio, los Códigos que somete el Gobierno a la discusión y voto del Senado. El gran derecho nuevo está en los Códigos. Ellos restablecen el matrimonio civil, y ordenan que todos los matrimonios desde la supresión de la ley, hasta hoy verificados, sin más sanción que la eclesiástica, acudan a la humilde

mesa del alcalde, y obtengan de ella, so pena de invalidez, la sanción del Estado. Ellos, urgidos por el clamor de la época, suavizan la ley matrimonial en cuanto al divorcio, y proveen ampliamente, con acto justo y generoso, a la legitimación de los hijos naturales. Ah! ¿por qué no quitar derechos a los padres naturales en vez de quitarlos a sus hijos? Fijan los Códigos la capacidad de ambos sexos para contraer matrimonio de libre voluntad, y autorizan al varón de 23 años a que lo contraiga y a la mujer dan el mismo derecho; que antes hasta los 25 era requerido el consentimiento paternal. Rigurosa y cerrada, no acorde siempre con las indicaciones del juicio y las naturales preferencias del corazón, son las leyes que rigen hasta hoy los testamentos: el Código de Sagasta liberaliza la facultad de testar y legar. Domina aún en la disciplina conyugal el principio gótico, y es más que compañero, señor y castellano el marido: la ley reforma estos preceptos duros, y mejora la condición de las casadas. En cuanto a procedimiento, pareció atrevido a los más prudentes miembros del Gobierno, solicitar, tan a raíz de una situación absolutamente hostil a esta clase de juicios, proponer la readopción del jurado y en vía preparatoria, solicita el Ministro la creación de procesos públicos y orales en las causas de crimen, con presencia de los acusados. Los abanderados de todos los partidos sacudieron al aire, con ocasión de la lectura de estas leyes, sus banderas de lidia, y afilaron sus más lucientes y firmes espadas. Determinó el Gobierno, que cuenta entre sus secuaces arrebatados belicosos y diestros oradores, sus líneas de defensa. Reina España entre los parlamentos europeos por su estrategia parlamentaria. Son combates artísticos, irreprochables, deslumbrantes. No tiene Damasco, ni tiene Toledo, hoja mejor que aquellas lenguas. Monumentos son los discursos y estatuas animadas parecen los oradores. Parecen lidias de maestros de armas en circos espaciosos, claros y limpios. Las manos para batallar, se visten de guante blanco. Las espadas, para asestar el penetrante golpe, envuelven su punta en blanda lana. El trueno, para resonar, se monta en carros de oro.

En el inquieto Congreso, casa más propia del elemento juvenil y activo, abrió el Ministro Camacho, que goza de alto crédito como maestro en cosas de Hacienda, su cartera llena de proyectos ante los Diputados. No son estos de ahora, como los proyectos de los gobiernos de España, venidos al poder frecuentemente de modo inesperado, y con obligación de transacciones y connivencias infructíferas, improvisaciones audaces o compromisos menguados, o formas vagas de aspiraciones inconcretas, o mentes confusas; son esta vez los proyectos del Ministro obras luenga y cautamente meditadas, cuya solidez ha sido favorecida de una parte por la seguridad que los sagastinos tenían de venir al poder bajo el Rey Alfonso, y de otra parte por la prolongación y demora del advenimiento. Mas esta concienzuda meditación no ha podido dar a los proyectos el carácter definido, radical y vigoroso que de muy buen grado, a permitírselo las fuerzas vivas del país, le hubiera dado el Ministerio. Coqueterías de dama temerosa son las tentativas de librecambio que en el proyecto asoman. España rebaja algunos derechos, de manera considerable, mas no rebaja aquellos que han venido siendo objeto de mayor renta para sus aduanas, y garantía para sus industrias peninsulares, y ruina para las industrias de sus colonias, sino en cantidad ineficaz y mezquina. De un lado anuncia que celebrará, sobre bases liberales, convenios nuevos con los países con quienes los tiene celebrados sobre bases que el nuevo Ministerio juzga estrechas; mas del otro establece que se reserve el derecho de imponer derechos de importación adicionales a los artículos extranjeros venidos por mar que sean también producidos en España, y cuya introducción en favorables condiciones pudiera causar daño a las industrias españolas. Y de la misma tímida rebaja que hace a la introducción de los frutos coloniales, resérvase el Gobierno el

derecho de suspenderlas conforme a las emergencias del tesoro o a los intereses de la industria peninsular. Y ni el Tesoro ha de dejar de tener emergencias, ni han de ser mortales enemigas las industrias de la Península y las de las colonias.

Con el presupuesto presentó el Ministro, a estos escarceos, penurias de libertad, falsificaciones peligrosas, y disimulos pueriles compelido por los intereses despóticos de los navieros de Cataluña, exportadores de Santander y azucareros de Málaga,—veinticinco proyectos de ley modificando impuestos varios. Y a más, por de contado, el presupuesto anual. Fija el presupuesto los gastos para el año de 1882 a 1883, en $157 000 000 en cifra redonda, y estima las entradas del año en $157 500 000. Redúcense las contribuciones sobre la tierra de 24 a 16. Todas las deudas del Tesoro redimibles y privilegiadas, excepto los bonos del ferrocarril, se funden en $360 000 000 al cuatro por ciento puestos a circular a 85, y redimibles a la par en cuarenta y un años. Pide a más el Ministro autorización para contratar con los tenedores de bonos la conversión general del resto de la deuda española, hoy de clases diversas, en una sola clase que reúna los $1 900 000 000 por España adeudados. ¿Cómo—se preguntan los incrédulos—hará el Ministro de Hacienda esa maravilla? El Ministro se lisonjea con la esperanza de que, gracias a la economía que con la conversión de las deudas menores al cuatro por ciento realizará anualmente, podrá ofrecer un aumento de interés, sobre el que hoy devengan sus acciones, a los tenedores de bonos de la deuda de España, que a este precio y con esta perspectiva consentirán tal vez en abandonar una tercera parte del interés devengado, y dos tercios del capital nominal: con lo que la conversión podrá hacerse, y habrá equilibrio entonces entre los intereses de la deuda y las contribuciones reducidas. Declara otro proyecto que los productos de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, serán desde ahora admitidos libres de todos los derechos en la Península. Y es este proyecto, sin duda, cosa excelente, sólo que exceptúa de esta introducción libre a todos los productos de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. El tabaco continúa sujeto a los mismos gravámenes que hoy entraban su venta en España: los licores espirituosos pagarán 10 pesetas por hectolitro; cada cien kilos de azúcar abonará ocho pesetas y setenta y cinco céntimos, y cada cien kilos de chocolate y cacao pagarán veinticinco pesetas. 35 pesetas pagarán cada cien kilos de café. En enero de 1885 se reducirán en la mitad estos derechos. En enero de 1888 serán abolidos. Cosa también excelente esta: sólo que dicho ha quedado que, de exigirlo el Tesoro,—que ha de exigirlo—o de imponerlo las industrias peninsulares—que han de imponerlo—resérvase el Gobierno el derecho de suspender los efectos de esta ley en apariencia providente y generosa. Cuenta pues la agitada España, con una legislación nominal de Hacienda más.

No oyó el Senado la lectura de las nuevas leyes, sin aprobar antes, como es hidalga usanza, el discurso de respuesta al discurso de apertura de las Cortes por el Rey. 61 senadores votaron contra el sentido del discurso del Senado: 136 senadores lo aprobaron. En casos de alta política se ha visto recientemente el Reino, ya con el Pontificado, a causa de las revueltas últimas de Roma, ya con Francia, por el desastre cruento de Saida,—y de ambos casos dio cuenta al Senado el enérgico Marqués de Vega Armijo. Pulidas y afectuosas frases de congratulaciones ha tenido Sagasta, para los conversos democráticos que han venido a doblar la altiva rodilla en las gradas del trono;—y con bravura ha defendido su política osada, que él estima que, con el aplauso de España, tiende a poner término al largo divorcio en que han venido viviendo la monarquía y la libertad.

A las puertas del Congreso claman en tanto, arruinadas, inquietas, rechazadas, las diputaciones de Ultramar. ¿Ni cómo ha de oírselas, si oírlas importa la inmediata ruina de las provincias exportadoras del Norte de España, que, luego de perdido el rico mercado en que imponen a altísimo precio sus productos inhábiles para la competencia, no tendrían puerto en que vaciar los artículos de cuya venta en Cuba hoy viven? ¿Ni cómo ha de permitirse de un modo real y efectivo el cabotaje que suprimiría el monopolio vejaminoso que Santander goza con la introducción de sus harinas en Cuba, si con la libre introducción en España de los azúcares cubanos que con el cabotaje tendría, se consumaría sin demora la ruina de los azúcares andaluces, hoy nacientes? Bien es que vaya un general caballeresco a hacerse amigos en la gentil y mísera colonia; bien es que con el general Prendergast vayan a Cuba relativa benignidad, inusitada cortesía, no usual respeto a los dolores de la Isla; bien es que el primer acto del Capitán General nuevo haya sido el alzamiento del destierro a los periodistas que desterró el Capitán General Blanco,—entre los cuales cuenta el hijo de un poeta popular, incorrecto e inspirado, López de Briñas. Mas es lo cierto que en Cuba los militares mismos descienden a los periódicos a discutir agriamente las cosas políticas; que la policía recoge, y el Gobierno suspende *La Discusión*, el diario más popular, brillante y activo del país; que las elecciones violentas y hurtadas que han enviado a las Cortes de España, con su número excesivo de diputados conservadores elegidos por las comarcas que a seguida eligieron una mayoría liberal de diputados locales, un fruto reconocidamente espurio,—han sido ratificadas por las Cortes, y por el gobierno de Sagasta amparadas, so pretexto de no ser prudente reencender con una contienda nueva el no apagado fuego de la última contienda electoral. Es lo cierto que los diputados mismos que con más brío sustentan en el Congreso las peticiones de los cubanos liberales, no se atreven, a pesar de su libertad indominada y absoluta, a formular en las Cortes la demanda que pública y oficialmente formulan sus comitentes en la Isla. Labra, orador impetuoso y elegante; Portuondo, alma fiera y hermosa; y la suma de diputados liberales de Ultramar presentaron el día 27 de octubre al Congreso una enmienda a la respuesta al discurso de la Corona, en cuya enmienda se advocan el trabajo libre, la abolición del castigo corporal, la aplicación estricta de la ley constitucional que garantice la seguridad de los ciudadanos contra los actos arbitrarios del gobierno de la colonia, medidas que desarrollen el comercio, y toda aquella suma de gobierno local que sea consistente con la supremacía de la madre patria en la isla. ¡Débiles remedios a tan grandes males! Ni blandura de nombres, ni indirectos caminos quiere la política honrada y saludable. Lo que urge, ha de pedirse urgentemente. ¡Cuán pobre de voluntad y medios de satisfacer los menesteres vitales de la colonia anda este Gobierno, y los que puedan sucederlo! ¡Cuán desmayada, desconcertada y empobrecida está la Isla!

Así adelanta la política de cabotaje, de recodos y costeos, de nombres y promesas, de concesiones recortadas que viene rigiendo a la paciente España. Cierto es que a la luz de soles débiles se crece poco,—pero se crece. De la espera viene fuerza. De la demora viene empuje. O afrontan de lleno estos políticos forzosamente tímidos las cuestiones vitales que intentan regir, o estas cuestiones, llegada su hora álgida, hallarán forma y dejarán detrás de sí a los tímidos políticos.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 16 de noviembre de 1881.
[Mf. en CEM]

Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*

Italia

Entrevista de reyes.—Pontapel, la frontera.—Un trozo de la cruz.—León XIII habla a 2000 peregrinos.—Reunión tumultuosa:—"¡Italia irredenta!"

Nueva York, 29 de octubre de 1881.

Señor Director:

Diríase que se aproxima para Europa un gran combate, al ver con qué premura toman puesto los combatientes, como en cercanía de próxima lid. Acá es el zar de Rusia que abraza a bordo de un yatch al Kaiser de los alemanes; allá es el Rey joven de España que cambia cortesías en Cáceres con el meditabundo y cortés Rey de Portugal; luego se anuncia la entrevista, que el cable alternativamente niega y ratifica, del Emperador de Rusia y el de Austria; y hoy en la hermosa Viena, los Reyes de Italia son huéspedes de Francisco José y la Emperatriz, benévola señora.

Paseo de victoria ha sido para los reyes italianos el paseo a Viena. Humberto y Francisco José van a ratificar allí sus tratados de paz, en los que Alemania y Francia figuran de fijo, y a concertar alianzas que juzgan necesarias. No serán contra Francia, que Austria agasaja, e Italia, a pesar de la presencia de Francia en Túnez, ama. Ni parece presumible que sea contra Alemania, a cuya capital se anuncia una visita de Humberto, aunque el anuncio es aislado y vago, y con cuya nación está aliada Austria. Mas frunce el ceño el Canciller alemán porque Austria no secunda su rapsódica y avara política. Nada anuncia, sin embargo, suceso tan grave como la alianza de los reyes del mediodía contra el Rey de hierro. Y siendo cierto que importa a dos vecinos que han sido enemigos ratificar su amistad, y conocer hasta qué punto, en caso de conflicto con gentes extrañas, podrán contar uno con otro, a medida de amistad, y prudencia, más que a medida de hostilidad prematura, debe achacarse el encuentro del rey de Italia y el marcial emperador austríaco.

Margarita, la madre tierna, la esposa amante, la escritora distinguida, la reina amada, ha ido a Viena por invitación expresa de la esposa del emperador, que de Pest ha ido a encontrarla a la arrogante capital de Austria. Fatiga a la emperatriz la fusión austro-húngara. La quieren los húngaros en Pest, y es motivo de celos para ellos que esté en Viena. Y en Viena la quiere Austria.

En Pontafel, frontera austro-itala, fue la primera animada y cordial fiesta. Los caballeros del Emperador encontraron ahí a los huéspedes reales. El conde Pejaesevitch recibió a Humberto en nombre de Francisco José. El Conde Wilezec, nombrado por la Emperatriz caballero servidor de Margarita, expresó a la dama italiana vivos afectos de la dama austríaca. Los esposos de Italia hablan alemán. Una linda doncella húngara ofrece a Margarita, que lo recibe con efusión, un lindo ramo de flores "que ha cogido para ella en los jardines de la aldea." El Conde Robilaut, Embajador de Italia en Viena, privado de su brazo izquierdo que perdió en la batalla de Novara, estrecha la mano del Conde Pejaesevitch, que perdió en Sadowa su brazo derecho. Los campesinos cubiertos de nieve, pero entusiasmados y alegres, se apiñan a las puertas de la estación, vestidos de flores ricas, lujosas plantas tropicales, y alegres pabellones. No cesan los vítores. Cuando el tren parte, camino ya de Austria, óyense ensordecedores hurras: "¡E viva il Re Umberto!" Muchos buenos aldeanos corren tras del tren, agitando en las manos sus sombreros pintorescos, y van gritando,

hasta que la locomotora va ya lejos: “¡Bon viaggio!”—De mañanita salieron de Pontafel. De noche ya llegaron a Viena. Francisco José y su hijo Rodolfo aguardaban en la estación a los huéspedes. Los monarcas se besaron en las mejillas. En las calles, entre masas de gente que vitoreaba al Rey liberal con desusado calor, adelantaron los carruajes regios hasta el Hof-Burg. Las Reinas se saludaron. Y los monarcas de Italia fueron a ocupar las suntuosas habitaciones que la cortesía imperial les destina, y cuyas altas y arrogantes ventanas sobre el perfumado y ameno Volksgarten, jardín sobre manera hermoso, tenido por uno de los más bellos de la tierra. Muy ricos son los aposentos de los Reyes. De retratos de ellos, y de la familia imperial, colgados entre paisajes de manos famosas, llenan las paredes. Mesa de escribir de oro han puesto a Humberto. Por entre las cortinas de raso color de rosa que ocultan el lecho de Margarita, alcánzase a ver fijada a la pared con un grueso clavo rústico, un trozo de madera de los que una inscripción latina afirma al pie que fueron tomados de la cruz en que el glorioso Jesús vertió su sangre. De blanda alfombra de Esmirna, menudamente labrada, está cubierto el pavimento. Sobre la sacra reliquia, muéstrase una admirable Virgen y un puro niño, de la blanda y melodiosa mano del Correggio. Blanco y de oro, con cortinajes de pálido azul, es el tocador de la Reina. En el medio de su sala de recibo, tapizada de raso azul con adornos de plata, cuelga una artística lámpara de Venecia. De seda roja es la sala de corte de Humberto, cuyas puertas abren al famoso salón de los Espejos. Al Rey asisten, como consejeros políticos, Mancini y Depretis, y el caballero Robilaut. Y toda la imperial familia, a la voz del padre congregada, ha venido al palacio. Los Grandes Duques y las Grandes Duquesas, allí están, por orden de Francisco José. Rodolfo y Estefanía, los Príncipes de la Corona, y el Príncipe Leopoldo y la Princesa Gisela, y el Duque Luis de Baviera han venido a hacer honor a esta fiesta de reyes.

Allá quedan,—y en Roma triste el Papa. Se dice que el emperador de Alemania le ha ofrecido un asilo en Colonia, la ciudad, que con su magnífica iglesia, por altas crestas y ricas torres rematada, se ha ceñido las sienes con corona de mármol. Se dice que ya se avecina el día de su salida de Roma, y España y Malta corren por los labios de los que propagan los graves rumores. Ni oculta el Pontífice su inquietud, su deseo de poner fuera del alcance de la turba la silla católica, su propósito firme de salir de Roma. Sentado estaba el día 16 en su trono de la Catedral de San Pedro. En todo su brillo resplandecía la augusta Basílica. Una pálida luz como de interna pena, iluminaba el rostro de León XIII. Clamores estruendosos acogieron su presencia, como un ejército que vitorease a su jefe. Dos mil peregrinos se postraron a sus pies, y once mil fieles oyeron sus melancólicas palabras. Cosas extrañas deben pasar en el hombre que alcanza la consagrada altura. Debe la tierra entera parecerle su hija, y debe llevar en su seno una grande angustia, y sobre sus hombros un terrible peso: casa suya le parecerá el cielo ignorado. Mas no las frases del Pontífice: “No creáis, mis hijos, que porque sean hechos cumplidos, acepto los hechos que vengan en daño de la casa católica y del bien de los humanos. Ved cuán vanas son aquellas pregonadas muestras de respeto al Vicario de Dios, y a nuestra fe querida. Motines, revueltas, asechanzas, gritos hostiles reciben en todas partes los actos y los guardadores de la fe. ¡Orad, velad, católicos! La libertad y la independencia del Papa son necesarias al bienestar del Universo; esta Silla me ordena que combata por la libertad e independencia del Pontificado. ¡Nuestras armas son espirituales, y nosotros venceremos!” Y levantó la flaca mano, y bendijo a los prosternados peregrinos.

No eran seis días pasados, y daba Roma nueva ocasión de quejas al Pontífice. Catorce años hace, los hombres de la Italia libre cambiaron en Roma golpes de armas con los soldados de Pío

IX y a la vez cayó sobre la tierra, en lucha airada, la sangre de los soldados de Garibaldi y la de los zuavos del Pontífice. Aniversario tumultuoso fue el de la batalla: muchedumbres inquietas repletaron el campo del combate.

"¡*Italia irredenta*!"—Italia irredimida,—decía una corona que colgaba de una rama de árbol. Coléricos discursos, acalorados recuerdos, desembozadas amenazas señalaron la reunión agitadísima. Ricciotti Garibaldi, amado de los romanos, les decía palabras fogosas. La policía arrancó del árbol la corona. Así con sus actos propios, se dibujan los tres elementos que mueven la interesante vida de este pueblo eterno, que ha visto pasear en sus bosques de estatuas a los dos poderosos más grandes de la tierra, el César y el Pontífice; y a cuyo nombre, con amor incontenible, se conmueven agradecidos los humanos. Donde amó Dante y esculpió Buonarroti, alcanzó el hombre su más grande altura. Así quedan moviéndose, impaciente y amenazado el poder católico; moderado y activo el poder civil; desbordado y pujante el pueblo italiano.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 17 de noviembre de 1881.
[Mf. en CEM]

Francia

Diputados y libros.—Dos tumbas nuevas.—Nouma Roumestan.—Gambetta forma Ministerio.—Reñida batalla.—Ferry, Faure y Clemenceau.—Época nueva.

Nueva York, 12 de noviembre de 1881.

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

En nueva vía ha entrado la república: nuevos ministros cercan al anciano Presidente: de definir y arremeter ha sonado la hora: no de arremeter con ansia loca y ojos vendados contra todo lo que está en pie, sino de asistir a las fuerzas invasoras de las ambiciones desordenadas y rencorosas de abajo. En política, resistir vale tanto como arremeter. Ha venido la República Francesa como buscando casa, y no halládola, con dineros y tamaños para alhajarla bien, y ocuparla dignamente: y se trata de dar definitiva casa a la república; de fortificar sus ruedas, de modo que un vuelco rudo e imprevisto no las desengrane; de privar de medios de victoria a las potencias secretas que miran la obra lenta de los que quieren devolver el hombre al hombre, y arrebatarlo a las castas soberbias; de hacer tan potentes y amables las victorias de una franca, generosa y activa democracia, que toda apelación a gobierno histórico, falsa mejora o falsa honra, no hallen eco en un pueblo hecho ya al saludable gobierno de sí propio. Combatir sin odio, fundar sin prisa; reconocer sin cobardía; conciliar sin debilidad; cautivar por el éxito, la prudencia y la buena fuerza que viene de la justicia de la mente, y no de la pesadumbre de las armas; habituar al gobierno de Francia al gobierno de sí; darle los medios de su consciente manejo y conocimiento claro; instituir una nación nueva, moderada, grave, libre, pensadora; con fresca sangre enardecer las venas debilitadas por la efusión de sangre inútil en prematuras tentativas o por la absorción de los sutiles venenos del último imperio: esto significa la creación del nuevo Ministerio que hoy dirige a Francia, y de cuya minuciosa formación no trae aún cuenta el cable. Gambetta lo preside. De sus peligros ha sacado triunfos. Asciende al poder no ya de una manera violenta constreñida, y apresurada; sino majestuosamente, y como quien toma lo que es suyo, en la hora justa, con grandísimo séquito, en calma solemne, venerado de amigos, acatado de adversarios. Parecía pocos días hace como que iba al Ministerio, contra deseos suyos, con malicia empujado por los que saben que violentamente muere lo que violentamente nace. Y así, y así iba. Mas él, a quien ayudan con desinterés tan generoso los austeros fundadores de la nueva República Francesa, dio tiempo a las iras a que se mostrasen hambrientas y flacas, a las calumnias a que viniesen a tierra, al gabinete existente a que muriese con decoro, a la Cámara de Diputados a que le eligiese, como voto de aprobación que da idea de la fortaleza y cimientos de su venidera política, para ocupar de nuevo el sillón presidencial que, hoy, conocedor ya el país del imponente voto, cede la Cámara al amigo de Gambetta, el cuerdo Brisson. No despedazan estos caballeros de la república a la matrona que aman, luchando, como los ambiciosos suelen, por ver quién ha de llevarla al fin del brazo; sino que, como la aman de veras, cuidan de sus pasos, y le preparan el camino, y la guían con prudencia, y se la ceden noblemente, cuando el brazo de cada uno está cansado.

Parecía inevitable una catástrofe. Acusados de haber llevado la guerra a Túnez por manejos de bolsa, y no por utilidad patria, veíase ya rodar por tierra sin decoro a los últimos ministros. Representantes ellos, si no del espíritu innovador y decidido de la actual Cámara, de buena parte de fuerzas vivas, prudentes y sanas de Francia, imaginaban con regocijo los enemigos de la república cómo el gobierno de Gambetta nacería privado, por no haber de acudir a hombres caídos en reciente descrédito, del apoyo de las clases conservadoras de la república, en el último Ministerio reflejadas. Y vendría a parecer Gambetta, no fuerza temible, compacta y unidora, sino fuerza lateral, parcial, menos temible, que tendría contra sí a los extraños y a porción grande de los suyos. Mas no desapareció el gabinete en la sombra oscura, como se quería, sino en leal batalla y campo claro; no le fueron probadas, aunque de ello se le acusó elocuentemente, las villanas razones por que se afirmó que movió la guerra en Túnez; no fue el debate de la cuestión tunecina, anunciado como reñidísima y desastrosa contienda, sino monótona y tibia lid, en que la habilidad del Ministro Ferry, anticipándose a todos los cargos de orden bajo y deshonroso que al Ministerio se habían hecho, dejó desde el comienzo medio vencidos a los tímidos y confusos interpelantes. De derribar al Ministerio se trataba en el estruendoso debate, y el Ministerio se presentó a la Cámara de digna manera, y explicando de llano y natural modo que se estimaba ya fuera de oficio, y venía a dar cuenta de sus acciones a los representantes. Los golpes antes de dados, fueron parados. Querían intransigentes y monárquicos impedir la reunión de las masas republicanas de la Cámara en apoyo de Gambetta, y la elección de Gambetta para la presidencia,—que fue el acto primero de la Cámara nueva,—demostró que estaban unidas. Querían echar por tierra con estrépito al gabinete de Ferry, para sacar de combate a una gran porción moderada de las filas de la república, y el estrépito se hace imposible por la digna apostura y diestra conducta del ministro Ferry, y el gabinete se anuncia y no por las razones de la presión, sino por otras reales y distintas, voluntariamente derribado. Querían segregar a Gambetta del importante bando reflejado en el gabinete que acaba de presentar y ver aceptada su renuncia, y acontece que por la firmeza, tranquilo consejo, y previsión segura de Gambetta, resignóse el gobierno caído a afrontar la falsa ira pública, fraguada por interesados periódicos, a aguardar a que de su propia pobreza muriesen las acusaciones tremendas, y a presentarse, con la fuerza de la calma y la energía de la honra a la Cámara nueva adonde irían como fueron, desconcertados por el no esperado vigor del contendiente sus bulliciosos enemigos. Queríase, aun en extremo último, dar causa de riña o aparente división al gabinete saliente y al entrante, y he ahí que, aturdidos los diputados luego del monótono debate, y desaprobado el voto de censura al Ministerio y desmayado el ataque, y perdidas, por el bando de la acusación y el de la defensa, las bridas de esta lid parlamentaria, ya rendida la Cámara de inútil fatiga, y de no hallar fórmula propia para cerrar la enojosa contienda, con fórmula de Gambetta, que sube sencillamente a la tribuna, fórmula honrosa para el Ministerio, justa y simplemente resuélvese el irresoluto conflicto. Así, como conciliador, como amparador de los vencidos, como seguro de sí y de los otros, y alzado en hombros de la Cámara entera, que le da prenda solemne de franco e indudable apoyo ante la ansiosa Francia, sube al gobierno de la república, no a manera de audaz sectario, ni de castizo acróbata, ni de favorecido aventurero, sino con esa soberana majestad que da el apoyo de los hombres libres. Sube de tal modo; que no caería completamente, aunque cayera. Sube tal vez, sin menguar por eso la autoridad del Presidente de la República, con poderes en cierta capacidad presidenciales: porque no habiendo de ser, en la actual condición política, el gabinete que ahora forme, por ser de necesidad inmediata, aquel de que, por

acuerdo mismo de los que han de formarlo, le será posiblemente menester valerse para el acabado desenvolvimiento de sus planes, y entrada definitiva en las vías nuevas, anúnciase que formará a la cabeza de su Ministerio, en que habrá hombres prominentes de todas las secciones útiles y leales del partido republicano, no como Ministro de especial ramo, sino como director político, y Presidente sin cartera. Y entra a ser fuerza visible; y pecho herible, como querían sus enemigos que aún esperan vencer en él a la república; y sus amigos, que de él seguros, no dudan de que por él, y por su tacto pasmoso y oportuno brío, habrán de consolidarla: "nos parece"—decía poco ha la *República Francesa*, "que no puede por más tiempo continuar Gambetta como una fuerza inerte en la república".

Nació como muerto aquel que había sido con tanta ansia esperado, debate famosísimo de Túnez. Brisson había sido electo, por formidable mayoría de 347 votos, presidente de la Cámara. Con 33 fue favorecido el duque de Bisaccia, legitimista. Y con 18 el caballero Jolibois, bonapartista. Y no entre los más avanzados que figuran entre las fuerzas fundadoras y reales de la República, sino entre diputados señalados por sus pareceres moderadores eligió la Cámara sus cuatro vicepresidentes. Philippoteaux, Devés, Lepère y Spuller fueron electos para la vicepresidencia. Floquet, miembro ilustre de la Cámara, fue vencido en la elección. Los diputados de la extrema izquierda dividiéronse honradamente a propósito del voto presidencial, por cuanto estiman los más resueltos que no es probadamente genuino el desagrado con que sus compañeros ven la mesurada y diestra política de Gambetta. Señalábanse en esos mismos días gobernador nuevo para Susa y Kairouan; Kairouan rica, de cuyos telares maravillosos salen a ser holladas por breves pies de mora muy muelles alfombras, y a envolver gallardos cuerpos de árabe albornoces muy blancos; Kairouan sagrada, en cuyas mezquitas numerosas no se ha permitido aún poner profana planta a los soldados invasores, que en gran número acampan a la sombra de los muros de la ciudad industriosa y bella, en espera de nuevas hazañas en más lejanas tierras. El día 5 Brisson presidía. A replicar a lo que llama infames ataques contra el Ministerio se levanta Ferry. En vano le interrumpen con ruidosos clamores. Quien así habla, faz a faz de hombres libres, tiene derecho a hablar así. Luego con ministerial cautela, y sobriedad de hombre en gobierno, insiste, con hábiles reticencias, en las causas graves, más del porvenir que del presente, que han determinado la acción rígida y tenaz de Francia en Túnez. "Del gabinete"—dijo—"harto se sabe, y desde ha mucho tiempo, que creía terminados sus poderes con la desaparición de la Cámara de quien los recibió. Mas tenía el deber de presentar el rostro, y no huirlo, a las amenazas, acusaciones e injurias de sus adversarios, y aquí viene a dar ante el país cuantas explicaciones se le exijan. Si ansiáis el debate, comenzad cuando queráis, que más lo ansiamos nosotros. Mas que sea pronto,—¡que así lo deseamos!" En torno a la Cámara no había espacio vacío, sino masa de gente. Rebosaban las galerías de espectadores. No estaban, como otras veces, ausentes los diputados de los bancos. En su puesto de otros días, en la primera fila de bancos republicanos de la extrema izquierda, sentábase Gambetta. Grande era el anhelo. Mas comenzó con singular desmayo la batalla. Había tres interpelaciones anunciadas, la de Naquet, la de un caballero Amagat, profesor en Montpellier, la de De Roys y se esperaba oír a Naquet. Mas se volvió a oír la palabra serena, avezada y pronta de Ferry. "Bien recordáis" —decía— "que no hace mucho estaba la Cámara en acuerdo perfecto con el gobierno, y veían los franceses la expedición a Túnez como una necesidad nacional y política. Mas ciertos caballeros que han vuelto de Nouméa hallaron que les convenía hacerse eco de las acusaciones hechas al gobierno por los conservadores, y mantenerlas como un grito de

guerra en las elecciones. Francia no podía, caballeros de la Cámara, dejar a Túnez, llave de su poder en Argel, a merced de un poder enemigo. ¿No se pensaba desde 1864 en la ocupación de Túnez? Que hemos inventado lo de los *kroumirs* se dice: 2 365 invasiones organizadas han hecho en territorio argelino en los últimos diez años los *krumirs* que inventamos. El bey, por motivos evidentes confesaba la razón de su desafecto, volvía la espalda a Francia, y hería nuestra influencia e intereses. No es verdad que esté desorganizado el ejército: de ser llamado ahora mismo estaría listo para su movilización. Golpe mortal al fanatismo musulmán ha dado la expedición francesa; y no a nuestra expedición, sino a la agitación religiosa del país, debe en justicia atribuirse la agitación en el mediodía de Túnez".

Grandes risas oía a poco la Cámara, mas no las causaba el discurso de Ferry, desatendido en algún momento con señalada descortesía, sino el del caballero Amagat, el profesor en Montpellier. Qué dijo, no se sabe, mas sí cómo lo dijo. Burlas, carcajadas, protestas corean su peroración. Y es que el buen caballero ha traído escrito y pronuncia con singular afectación, un discurso opulentamente hinchado. ¡Cosa más alta es la Cámara que escuela de retórica! Ni cede ni se turba el caballero, y con apóstrofes grandilocuentes, y gigantescos ademanes, responde a los chistes y clamores que como lluvia de dardos le vienen de todas partes de la Cámara. Y él impávido; y gesticula melodramáticamente; y termina su discurso, al cabo de dos horas. Cansados salen los diputados de aquella escaramuza, y ya no se votará en daño del Ministerio el ignominioso voto de censura proyectado. En la nueva sesión, Naquet acusa al Ministerio de falta de franqueza y energía y de haber conducido la guerra de modo que ayudase a sus propósitos electorales. Con emoción oye la Cámara a Amadée Le Faure que viene de Túnez, y cuenta tristes cosas de la salud y vida de las tropas. A 200 hombres dicen que están reducidos algunos regimientos, y a su cuadro de oficiales algunas compañías del ejército francés, desbandado sin tino para enviar fuerzas a Túnez.

"¿Pues no sabéis"—exclama—"que para dar una guardia de 30 ó 40 hombres al presidente de la Cámara ha sido necesario reclutarla de dos regimientos?" Con risa irreverente es recibida la respuesta del general Farre, que en debilísimo discurso afirma que estima irreprensible su conducta, y que de cuanto han menester están provistos, contra enfermedades y fatigas, los soldados de Túnez. Ferry lleva aún en alto su bandera; mas la de Farre ha caído de sus manos. Así iba el debate empobrecido, cuando le da Clemenceau, rival de Gambetta, y jefe de avanzados, inesperado brillo. Recoge con arte, exhibe con fuerza, y dispara con mano segura los dardos dispersos. Con arranques de meridional elocuencia matiza y engrandece su lógica plática. Cautiva a la Cámara. Declara, entre grandes aplausos, que tres grandes operaciones financieras habían determinado la expedición a Túnez—el ferrocarril de Bone-Guelma; la hacienda Enfida; y el Credit Foncier. "O el gobierno sabía"—exclama Clemenceau—"adonde lo llevaba la expedición, y callándolo, ha engañado a la Cámara, o entró ligeramente en una aventura cuyas consecuencias ignoraba. Como patriota hablo: no para causar embarazo a un Ministerio virtualmente muerto. ¡Inquiera el Parlamento las causas de la guerra! ¡Deber de cuantos aman a la patria es hoy averiguar esta verdad! ¡Habéis desconocido la Constitución, engañado a la Cámara, infringido los derechos del sufragio, violado la nacional soberanía!" Fue para Clemenceau día de fiesta el de su discurso, y pareció rica pieza oratoria, bien aderezada y movida. ¿Mas, qué había sido de aquel cúmulo de probanzas de culpa, tan altamente anunciadas, y con tanta desenvoltura publicadas por los periódicos intransigentes? ¿Qué de aquella cerrada acusación, y de aquellos tribunales al aire libre, y de aquellas sentencias al Ministerio y a Gambetta, y de aquellos haces de documentos y

revelaciones misteriosas y singulares? En aquel libérrimo debate, dijéronse nobles cosas, mas no estas. Callados estaban los vocingleros acusadores.

¡De fijo que no tenían armas en las manos cuando no movían las armas! Desigual, tibio, incómodo venía siendo el debate. Lamentábanse en él falta de brío, de verdad, de aspecto literario. Se esperaba en vano que Gambetta hablase. Habló Ferry de nuevo, favorablemente juzgado en los periódicos del día. Con resuelto y levantado tono, como de hombre contento de sí, replicó a todos sus interpelantes. “¡Ved cuán vacíos estaban todos aquellos cargos terribles que nos habíais anunciado! No busquéis mi defensa en lo que digo para defenderme, sino en lo desmayado e incorrecto de vuestros ataques. ¿Qué nos echáis en cara en suma? Para obrar como le pareciera conveniente en Túnez dio la Cámara anterior autorización al Ministerio, en tanto que la guerra no fuese declarada: la guerra no ha sido aún declarada, y el Ministerio ha obrado como ha creído a Francia conveniente. ¡No es por cierto cosa necesaria proclamar los secretos de la política extranjera desde lo alto de las casas! Deber patriótico es frecuentemente callarlos. Si se declarase alguna vez la guerra del Mediterráneo, bien se vería entonces que el Ministerio ha cumplido con su deber.” Que se inquiera la obra del gobierno, y se acuse a los ministros, pide nuevamente Clemenceau; Mun, diputado realista, injuria a la república. Estremécese la Cámara, Gambetta quiere hablar: motín tremendo se alza. Insiste Mun en su injuria. “¡Seréis censurado, caballero representante, y temporalmente expulsado de la Cámara!” Y se comienza a votar, con gran prisa y descontento. Por causas generales, mas no por lo de Túnez, muere el Ministerio. No hallan cierre al debate. No determinan los acusadores la culpa, ni quiere la Cámara dar voto de censura al gabinete. “Resuélvase”—dice entonces Gambetta—“que se cumpla el tratado de Túnez de 12 de mayo, y se pase al orden del día”. Se resuelve, y 379 votos contra 71 absuelven al Ministerio. ¿Formará Ferry,—que en verdad ha demostrado lealtad, decoro, destreza y fuerza,—en el Ministerio que ha de presidir Gambetta? De amistad íntima hacían ambos gala durante las peripecias del debate; mas Naquet, teniente del tribuno, interpeló severamente al Ministro caído. Con ira se le ha combatido: y es el ser tratado con ira, señal de valía en el que de la ira es víctima.

En manos de Grévy depusieron el día 10 los ministros salientes sus carteras. Llama entonces Grévy a Gambetta, y habla con él largamente. La misma prensa hostil hace coro a las alabanzas que la franca y varonil habilidad de Gambetta en este peligroso debate arranca. Recogió todas las redes tendidas a sus pies, e hizo riendas con ellas. Debilita esta indomable energía a sus contendientes. En debate que, aunque no enderezado a su pecho directamente, pudo originarle gran daño, adueñase del campo confuso, ordena las fuerzas desbandadas, y guíalas sereno. En dejar hacer más que en hacer ha consistido este triunfo de Gambetta. Responder precipitadamente a ataques falsos, no hace más que fortalecerlos. Es gran resorte en política dar tiempo de morir a lo que sólo goza de ficticia vida. Sonreír y esperar es a las veces manera excelentísima de combatir.

Y ¿de qué hablan en tanto los periódicos de letras? De un perfecto estudio de costumbres, que con nombre de novela, ha publicado el escritor de lengua de oro, Alfonso Daudet. No se buscarían en la mesa de este escritor pluma y cuartillas, sino colores y paleta. Es su mente como aparato fotográfico, dotado de la facultad de reproducir los seres y los objetos con todos los matices y brillo de la vida. Con seres reales y palpables zurce una escasa trama: copiar vidas, más que imaginarlas, es su oficio. Imaginar le parece deslealtad literaria. Cree la presentación del defecto más útil que la plática poética. Luego de leer un libro suyo, parece que se ha vivido familiarmente con sus héroes. Su héroe es ahora un caballero político, que levanta como escudo de pelea el

código moderno, que vive en lo doméstico como acontece a gran número de príncipes de la inteligencia en aquellas viejas tierras, sin esa saludable fe moral que lleva a la sofocación del apetito, y con ella a la faz del alma—¡bien único! ¡Mujer es para ellos elegante vaso, que se quiebra, y se arroja! ¡Hombre es maquinilla caprichosa, que se hace mover, como casual juguete, y no como divina obra, a placer y beneficio! ¡Y el buen vivir, y el pasajero aplauso, son para ellos objeto de la vida, y atenciones preferibles a estas otras difíciles de tener blanca la frente, y limpio de rumores este tribunal inacabable que todos los hombres llevan en el pecho!—Y es uno de esos hombres *Nouma Roumestan*—el héroe del libro de Daudet. Mas ¿quién es? Le preguntan los curiosos. "Este y aquel, y hombres de todos los partidos en esta revuelta época. De uno tomé esta frase, y de aquel el afán de prometer, y del otro el rasgo desenfadado". ¡Es Bardoux el republicano inquieto!—dicen en tanto los que presumen de haber visto de cerca los libritos de notas en que vacía Alfonso Daudet el germen de sus libros. Va recogiendo por calles y por salas sus escenas, como recoge el pajarillo por tejados y aleros las pajas de su nido. Es decidor y gallardo, y frío y perspicaz observador.

De vivos habla el libro de Daudet. A muertos fue París a visitar el día clásico de los muertos. Es en todo país cristiano, día de piadosa peregrinación. ¡Mas, ay, que es la curiosidad quien va, y no el dolor, a los ricos cementerios!—El dolor es pudoroso, llora en la noche, y vierte flores sobre las tumbas en la mañana solitaria. Paseo suntuoso parecía aquella tarde el cementerio del Père Lachaise. Allí, sobre su arca de piedra con su perrito a los pies, bajo mezquino templete de breves arcos, descansan Abelardo y Eloísa. Allí cubiertas de musgo, desiguales, truncadas, altas se elevan tres columnas—en remembranza de tres hermanos muertos en la defensa del derecho de los hombres a sí propios. Allí sobre el pálido busto de Musset, inclina su ramaje el sauce que plantaron en el cementerio sus amigos. De una losa rota, sale un brazo desnudo, portador de una antorcha, a la que no falta jamás aceite: el brazo de Rousseau. De vida parece dotado el busto pasmoso de una niña italiana. Los príncipes han levantado allí pirámides. Los hebreos ricos se han hecho allí palacios, mas ¿ante qué tumbas se detienen sorprendidos los visitantes? Son sencillas, son elegantes. ¿Qué dice la una? "¡Sarah Bernhardt!" ¿Qué dice la otra? "¡Marie Croizette!" En vida se han asegurado las casas de sus cuerpos las dos actrices rivales. Es la Croizette milagro de hermosura. Y Sarah Bernhardt, de voluntad y éxito. Gracia y desenfado distinguen a aquella: a esta, empuje, intranquilidad, dominio, poder de vencer las desventajas que le creó la naturaleza. Sacerdotisa de los tiempos nuevos parecía Sarah Bernhart cuando, recitando melodiosos versos en la escena del Teatro Francés, saludó con la verde palma que ornaba sus manos al glorioso Víctor Hugo. Y con regia arrogancia lleva sus trajes Marie Croizette; y ha sido amada de hombres de casa real; y no hay en París quien no recuerde su modo de morir en la terrible *Esfinge*. En sus tumbas estarán como estaban en la maravillosa fiesta que dio la prensa parisiense a beneficio de los inundados de Murcia. Bajo solio imperial recibían juntas los homenajes de la apiñada concurrencia. Sarah Bernhardt con presto ademán de reina cíngara, sacudía al aire alegres panderetas, para ser vendidas por sus manos, pintadas por los más famosos artistas de Francia. Era el combate la orden, el imperio,—Marie Croizette, desdeñosa y fría, movía sobre su robusto seno de mármol un suntuoso abanico. Su belleza es su fuerza. Exhibía su belleza.

Mas ya empieza el invierno: ya los teatros se abren; ya las crónicas vienen; ya va a resonar con los aplausos de las doradas salas el cable veloz; ya platicaremos en revistas próximas de cosas amables.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 29 de noviembre de 1881.
[OC, t. 14, p. 197-207].

Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*

España

Fiestas en Cortes.—Un partido nuevo y un partido roto.—Dos bravos justadores: Portuondo, León y Castillo.—La autonomía en Cuba.—"¡Prefiero la monarquía de Víctor Manuel!"

Nueva York, noviembre 12 de 1881.

Señor Director:

"A declarar vengo en nombre de todos mis amigos que hemos llegado a creer leal y firmemente que la actual dinastía se compadece con las actuales necesidades de la patria; y que no estimamos reñidas sino que caben juntas y hermanan, la democracia y la monarquía de D. Alfonso. Mal aconsejan a nuestro Rey los que pretenden que sólo puede conservar su trono, a trueque de alejar de él a los caudillos de las clases nuevas, a los demócratas representantes del espíritu moderno. No con instituciones decaídas; no con corporaciones desacreditadas; no con la fuerza ni con el desdén podría gobernar al altivo e inteligente pueblo castellano nuestro monarca: su actual Ministro lo aconseja bien y los demócratas dinásticos aplaudimos la conducta patriótica del actual Ministro; porque el Rey de un pueblo, debe apoyarse en su pueblo, y no en las clases privilegiadas de su pueblo".

¿Quién hablaba así en la redonda sala del Congreso de Diputados de Madrid el día 10 de noviembre? Era un hombre de noble apostura, de escultórico rostro, de grandes ojos luminosos, de ademanes de elegancia extrema. Era Moret, el orador ardiente de aquel gran movimiento anti-borbónico del año de 1868; el economista hábil, el diplomático sesudo, el decidor galano, el polemista fluido y erudito. Llenas de damas y diplomáticos estaban las reducidas galerías. Aspecto solemne tenía la casa de la Ley. Oíase antes de la sesión, ese rumor discreto que precede a las grandes sesiones pacíficas. Colgaban sobre las barandas rojas de los altos palcos breves manos calzadas de pálidos guantes. Escuchábanse argentinas voces, y ruido de abanicos. Hablaban los diputados con especial animación. En su banco azul sonreía Sagasta; estrechaba Camacho la mano de los que le felicitaban por sus planes de Hacienda; oíase a intervalos la voz voluminosa de León y Castillo, impetuoso Ministro de Ultramar. El marqués de Vega Armijo, de gótica severidad, se sienta entre ellos. Tras los Ministros está, en sus cómodos bancos, la compacta mayoría. En sus antiguos hogares de la izquierda está la oposición democrática. Aplausos cordiales acogen, en salvas repetidas, el discurso del elegante apóstata. Por su voz melodiosa, por su límpida frase, por su cordial abundancia, por su hidalga cortesanía, que avaloran sus naturales prendas oratorias, es singularmente estimado, y de damas y académicos favorito, este orador galano—"Unámonos con fe, esperemos con lealtad; no sacrifiquemos a formas que nos cautivan, ni a una funesta consecuencia en los errores, ni a fantasía lejanas, ni a recuerdos que nos apasionan, el bienestar presente. La libertad, majestuosa y absoluta, cabe dentro de la monarquía. Bien acaba de probar el sabio y generoso pueblo de Norteamérica que, sin salirse de los más estrechos principios de moralidad y de justicia, pudo un pueblo republicano aceptar que la corona de flores de la Reina

Victoria yaciese sobre el féretro de un grande y noble mártir de su deber!” No hubo manos desocupadas después de este arrebatado período, no usual en los discursos cultos y mesurados de Moret. En su período terso, aliñado, puro, y, en raras veces torrencial y fogoso, no porque no deba a la naturaleza caudal rico de palabras, sino porque hace de la mesura gala, y del juicio freno. Desenvuélvese en grandes y lujosos pliegues su oratoria, a manera de manto de hombre antiguo, mas usa de la imaginación como ribete, y no como púrpura; y de la razón, sólida y luciente, con el brillo de gruesa espada bien templada, hace el lienzo del manto. Como a fiesta vinieron al Congreso los que sabían que el día 10 de noviembre había de declarar solemnemente la adhesión de un grupo de demócratas a la monarquía de Alfonso de Borbón, aquel que movió con grande esfuerzo pluma y palabra hace diez años “contra los Borbones corrompidos”. Y como de fiesta volvieron, ya al caer de la tarde, por la linda plaza en que se alza, en estatua de bronce, el glorioso Cervantes, por las estrechas calles que llevan a las que fueron morada de él, de Calderón y Lope y a un bello palacio árabe, de mosaico muy rico, a orillas del paseo del Prado levantado; y por aquella amplia Carrera de San Jerónimo, por donde envueltos en lujosas pieles, discurren los elegantes diputados, o prendidas por roja rosa o alfiler de oro las mantillas al lado izquierdo del pecho, vierten gracia y recogen galanteos las damas de Madrid.

A la par que en torno a la monarquía se agrupa—porque no había de faltar a España su época de imitación inglesa—un partido democrático, anúncianse desórdenes y convulsiones en el seno de aquel otro grupo batallador e impaciente de demócratas que no cree que la libertad sea nunca amada en la casa de Borbón. Dícese que Ruiz Zorrilla, jefe hoy de los republicanos activos, acarrea a sus huestes todos los elementos de batalla que le ofrecen los partidos liberales, decididos al restablecimiento inmediato de un Gobierno popular en España. Dícese que a Martos declara que antes quiere que por luengos años estén sus amigos fuera del poder, que deberlo a ligas que estima funestas y que han de querer luego paga, por entero, de servicios que hoy sólo prestan a mitad. Fatigados de la larga espera, agrúpanse en torno de Zorrilla el número mayor de los antiguos progresistas, tocados hoy de republicanos activos. Lastimado de este parcial abandono, anuncia Martos que aboga por la pacífica propaganda del Código político de 1869.

¿Mas es ésta durable separación? ¿Hay en ella verdaderas razones políticas? ¿El anhelo de ser jefe no inquieta a Martos? ¿Lo mueve, por el contrario, el saludable deseo de no deber a comercios impuros, que se traducen luego en escandalosas derrotas, el triunfo presente? ¿Su naturaleza tempestuosa se yergue aún herida contra los republicanos federales, que han aguzado contra él sus más temibles dardos y más amargas lenguas? ¿Cuándo no van mezclados, en esta batalla de los hombres, el elemento humanitario, que tiende a ahogar en bien de todos el elemento personal, y el elemento personal que sofoca por interés o por soberbia al generoso elemento humanitario? Así, en tanto que trescientos demócratas alzan en bullicioso banquete las copas llenas en honor del Rey Alfonso, y dicen de él en apasionados brindis buenas cosas el caballero Moret y el general Prendergast, que hoy rige a Cuba,—resuenan los clarines de la batalla en el campamento de Ruiz Zorrilla; levantan tienda rebelde los amigos de Martos; rasgan la ancha bandera de la Libertad, y hacen de un trozo de ella banderilla nueva. Pues así, rasgada a trozos, ¿a la sombra de qué bandera se habrá de cobijar después la Libertad?

Fatigado de aguardar, un noble hombre alzó su voz segura en el Parlamento de España en bien de los infortunados cubanos. Pues, ¿qué son los últimos proyectos de reforma sino nuevas burlas a los dolores y ansias del país? ¿En qué se alteran sus grandes males, su dependencia de un hombre

de armas, su imposibilidad de comerciar en libertad con los países que consumen sus frutos, su obligación de pagar gran suma de deudas nacionales, su agotamiento bajo las manos ávidas de un enjambre perpetuamente renovado de aventureros voraces, su aceptación forzada y cara paga de artículos urgentes de tierras españolas, que en menor tiempo y a menor costo, tienen a sus puertas, su presupuesto enorme, mantenido para sostener en los umbrales de sus casas un ejército hostil y amenazante, sus cohortes de esclavos hambrientos, embargados o dados en prenda para pagar anualmente la contribución abrumadora? ¿Ley de prensa y Capitán General que destierre a los periodistas? ¿Ley de garantías, y un gobernador militar que lleve el encargo de sofocar el derecho de petición? ¿Ley de reforma en la tarifa, y autorización al Gobierno para suspenderla tan pronto como la industria nacional o el Tesoro de la Metrópoli lo exija? ¿Comercio de cabotaje entre España y Cuba, y mantenimiento de los derechos de los azúcares y el tabaco, productos únicos cubanos, en los mercados españoles?

Es el coronel de Ingenieros Bernardo Portuondo un caballero cubano, que ama a un tiempo a España en que se educó y alcanza fama, y a Cuba en que nació y es ya hoy famoso. Le seducen las grandes cosas y es de los que quisieran darse entero a los hombres. Por oficial integérrimo y profesor eximio le tienen los ingenieros españoles, y es suyo un claro y bello libro en que explica, con sobriedad de inglés y amenidad francesa, las leyes de la antigua y moderna arquitectura. De súbito, Santiago de Cuba, ciudad liberal de la Isla, madre de buenos hijos, le inviste con la encomienda de diputado: y de ella vino al joven coronel su más justo renombre. Es orador de talla, sobrio, inquebrantable, pujante. El candor es una gran fuerza, y Portuondo tiene el noble candor del hombre honrado. Créese armado por la naturaleza caballero del derecho. Y allí donde sus compañeros de diputación, temerosos de exponer su fama y bienestar con reclamaciones ardientes en pro de la Isla, hurtan su presencia, y esquivan su palabra,—él presenta de lleno el noble pecho, y va con acopio de cifras y manojo de látigos, a librar la batalla difícil. Mas, ah, que así hablaba Don Quijote a las aspas del molino! No puede prescindir de los intereses de España, ni decretar la ruina de sus ricas provincias,—cuya riqueza estriba en el actual modo de gobierno en Cuba, y morirá cuando él muera,—ningún Gobierno español.—Seducido Portuondo por las razones de los liberales habaneros, que estiman inoportunamente que basta pedir la libertad para conseguirla, y que la alcanzarán por llanos medios, sin pagarla al gran precio que cuesta,—con magníficos acentos y arrebatada elocuencia abogó al fin el valiente diputado ante las Cortes por el gobierno autonómico de Cuba, bajo el pabellón de España, como bajo el pabellón de Inglaterra son hoy gobernados Canadá y Australia. "Tiempo es ya",—les decía—"que estudiéis aquello que habéis de decidir, o lo dejéis al estudio de los que están más interesados en decidirlo; tiempo es ya de que un gobierno español, a la par que abre las puertas de la Libertad a los hijos de la Península, las abra sincera y ampliamente a los de sus provincias coloniales. Respetáis ¡oh, liberales! como a seres sagrados a los empleados autocráticos que envió a Cuba el gobierno de España; con retazos de libertades formularias intentáis acallar las voces de espanto y los clamores de justicia que nos vienen de la isla; tenéis llenos de presos cubanos los castillos húmedos de Cádiz y Alicante; vivís en el temor de no perder vuestra popularidad en España por dar remate a un acto de honra y de razón; sois no jefes de la nación, sino siervos de los intereses de los propietarios y acaudalados de la Antilla; aceptáis, porque os favorecen, y teméis a diputados enérgicos, elecciones falsas; traficáis con los representantes de la Isla, y aquí les acordáis cuanto os demandan, para que allí os mantengan en el poder y os dispensen sus votos!"

Solo estaba en el gran anfiteatro el generoso orador; y con León y Castillo que es isleño canario, muy apegado a las cosas de España y hoy Ministro de Ultramar, estaban todos los intereses, todas las preocupaciones, todos los desdenes de los metropolitanos, contra los colonos. —Fue León Castillo, cuyas condiciones físicas añaden poder a sus palabras tonantes, y abundosas, el encargado de responder a Portuondo: aprovechó todos los elementos de victoria, que en tierra española ha de tener quien con fáciles y apasionados arranques, defiende, so color de gloria, intereses de España. Llamó ingratos e impacientes a los diputados cubanos. Decantó los beneficios que a su juicio ha hecho a Cuba en breve tiempo el gobierno de Sagasta. "¡Más libertades gozáis que las que existen en las Repúblicas Sudamericanas!", decía atrevidamente el fogoso Ministro. "Y vamos a permitiros que proceséis en Cuba a los funcionarios públicos, sin haber de esperar la licencia de la Península. Vamos a concederos empleos. Hemos satisfecho con nuestras reformas las necesidades de la tarifa cubana. De aquí a algunos años van a ser abolidos los derechos de introducción de los productos cubanos en España. Hemos rebajado otros derechos, caso de que no necesitemos volverlos a aumentar. ¿Qué más quieren entonces los cubanos? ¿Querrían los cubanos ser soldados como somos los españoles? Os hemos hecho ciudadanos de España, con iguales derechos y libertades que los españoles; y os hemos concedido ahora el comercio de cabotaje entre España y Cuba. ¿Quieren acaso que vayamos más lejos los cubanos?"

Y luego vinieron estruendosos aplausos, cuando con su voz robusta decía León y Castillo: "Pero esa autonomía que nos pedís es irrevocablemente imposible". Y a esto aplaudían con espontáneo arranque republicanos y demócratas. "Entre el régimen colonial, que rechazamos, y la autonomía, que declaramos inaceptable, está nuestra política de sincera y práctica asimilación, de asimilación sincera, en tanto que esto sea posible en la colonia. ¿No hay, señor diputado Portuondo, separatistas entre los autonomistas de Cuba? ¿Podemos hacer de Cuba un Canadá castellano, cuando recordamos cómo durante diez años han peleado los cubanos por su independencia? ¡No! autonomistas,—nunca! España tiene el derecho de ser un poder americano. Su bandera en Cuba y Puerto Rico, con libres y generosas instituciones, está enfrente de las Repúblicas Hispanoamericanas, como el escudo de piedra de los nobles abuelos en las viejas casas solariegas de los asturianos!"

Oh! Sí! y es esa, hermosa figura oratoria, mas cuesta ya tanta sangre esa antigua ornamentación arquitectónica!

"En cuanto a libertad, de respetar tenemos la ley votada en las Cortes anteriores, antes que, con consulta de los representantes cubanos, la examinemos y reformemos, en lo que se refiere a la extinción de los castigos corporales. Cinco millones de criollos de Filipinas acabamos de emancipar con la abolición del monopolio del tabaco: he ahí lo que piensa de la esclavitud nuestro partido!"

¡Qué aplauso! ¡Qué salir de los bancos los diputados, y rodear en tumulto el banco del Ministro! ¡Qué alabanzas en la prensa! ¡Qué rudas declaraciones contra toda tendencia de gobierno autonómico de parte de los cubanos! ¡Qué recio golpe a los que ahogaron ha poco en la Isla una generosa tentativa de rebelión, so pretexto de que de España les había de venir, como premio a su habilidad política, la libertad que con su osadía y abnegación pensaban conquistarse los rebeldes! ¡He ahí la libertad apetecida! ¡He ahí demostrada como crimen la palabra misma que les ha venido sirviendo de bandera! Ya debe el Jefe nuevo haber puesto el pie en la Isla. Va a toque, dicen, a amparar elecciones libres; a dar suelta a la prensa oprimida; a asegurar las

libertades personales. Y a impedir, como atentatoria al decoro español, la propaganda de las doctrinas autonómicas. Y a repetir a los cubanos que sus aduanas son su única fuente de renta, y que con ellas han de cubrir las obligaciones de la Isla, y garantizar la conversión de la fabulosa deuda contraída durante la guerra y luego de ella, por el gobierno español en la Antilla. En $9 000 000 aparece mejorado el presupuesto de Cuba, por economías realizables en el ejército y la armada. Aseguran los Ministros que se ocupan en proyectar planes de trabajo libre y colonias militares, y pequeñeces de forma, buenas a deslumbrar a políticos de la forma pagados, mas no a acallar el descontento, animar la confianza, y la ruina amenazante de un pueblo exangüe y afligido, donde no parecen aún extintos, a pesar de su constante malaventura, el fuego de la libertad y la simiente de los héroes.

Muy enterado de las cosas antillanas va a Madrid el nuevo enviado de los Estados Unidos a la Corte de Alfonso, que es un anciano caballero, electo una vez para la Vicepresidencia de la República, en ocasión en que fue electo Presidente Lincoln: un prohombre de la política republicana: el venerable Hannibal Hamlin. Madrid aplaude las caballerescas y mesuradas intenciones del venerable Embajador. Madrid, que no cesa en estos días de oír y hablar de las colonias, ora porque a León y Castillo obsequien con un rico bouquet los diputados de las Islas Filipinas, ora porque de La Habana le feliciten con el caluroso telegrama los peninsulares por haber repudiado con brío las tentativas autonómicas de los nativos. De Martos y Castelar se esperan vehementes discursos, por cuanto les alcanza como censura lo que como elogio de sí dijo Moret. A Sagasta oyó decir la Cámara enérgicas palabras, en respuesta a otras incisivas de ese conversador parlamentario que hace de teniente de Cánovas, Romero Robledo, en que confirmó el propósito que el actual gobierno alienta de no dar paso atrás en la senda de libertades en que ha entrado. "Y sabedlo!"—decía arrogantemente,—"prefiero una monarquía semejante, a la fundada por Víctor Manuel, a una monarquía vaciada en el molde de la monarquía napolitana!"

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 30 de noviembre de 1881.
[Mf. en CEM]

Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La opinión Nacional*

Italia

Maravillas vienesas.—Fiesta de colores.—Banquete imperial.—Noche de gala.—Cortesanía y diplomacia.—¡Pobre Venecia!

Nueva York, noviembre 12 de 1881.

Señor Director:

Ya están de vuelta en su hogar regio los monarcas de Italia; al lado de sus esbeltos hijos está ya la amable reina, y a sus placeres de caza se ha dado de nuevo el severo Humberto. ¡Cuánta fiesta hubo en Viena! ¡Cuánto comentario excitó la visita! No veía Rusia con buenos ojos la entrevista: tomó Alemania la visita a Austria como cumplimiento a ella, a par que a Francisco José: los eslavófilos rusos que todo lo quieren para la raza eslava, han alzado gran grita ante la triple alianza de que se juzgaban amenazados, de Alemania, Austria e Italia. A punto ha estado de pedir su pasaporte al Emperador de Austria el conde Robilaut, embajador italiano en Viena, azuzado por los irrespetuosos comentarios. Mas el gobierno austríaco ha enviado circular a las naciones de Europa en explicación de la visita de los monarcas italianos, nacida sólo, a lo que Austria afirma, de la conveniencia de apretar los lazos de amistad entre vecinos, en cuyos dominios se oyen aún gritos de guerra que compelen a los gobernantes a definir, en ahorro de complicaciones venideras, sus propósitos reales. Para restaurar su crédito, y satisfacer al partido de Italia irredimida, que aún clama en Italia por Trieste, ha hecho, según el sentir de un alto político húngaro, Humberto su visita a Francisco José. Jubilosos parecen con la acogida del Rey en tierra austríaca los italianos; y curiosos y atentos, mas con menor grado de entusiasmo, parecieron los vieneses. Y del Ministerio italiano se dice que partió la demanda de esta plática de reyes.

Viena, durante la visita del marcial Humberto y la poética Margarita, desplegó sus más lujosas galas. Tiene Viena hermosísimos monumentos; con el de la Gran Ópera de París rivaliza su Teatro de la Ópera; no hay en Europa paseo más bello que el grandioso Prater; deslumbra el Graben con sus ricas tiendas; son las casas privadas valiosos museos; las salas de cerveza casas para ejércitos. Y la estación del ferrocarril es de oriental belleza. Con ricas alfombras de terciopelo rojo estaban tapizadas la suntuosa escalinata y anchas salas. Tres mil personas del alto mundo acudieron, luciendo resplandecientes uniformes y mágicos vestidos, a la recepción de los jóvenes reyes. Allí estaban juntas en un haz, las banderas que tantas veces lucharon frente a frente en históricos combates. Allí daba guardia un batallón de infantería del regimiento fundado por Guillermo I, emperador de Alemania y rey de Prusia. Asoman los monarcas: él, con su rostro enfermizo, realzado por espesísimo bigote, su mirada fiera, su continente huraño y altivo; ella, con su dulce rostro, en que ayudan a la expresión de la alta frente los puros ojos, virgíneo óvalo y plácida sonrisa. Luce el esposo el verde y blanco uniforme de Italia, y lleva en el bruñido casco luengas plumas. En abrigo de muy ricas pieles va envuelta la esposa. Besa el Emperador la mano de la dama y abraza repetidamente al Rey. Con los monarcas viene el caballero Mancini, de penetrantes

ojos e imponente apostura; y el caballero Depretis, primer Ministro de Humberto, a quien la etiqueta de la Orden de la Anunciación que le decora le autoriza a llamarle primo. De 1848 acá se ha sentado Depretis sin intervalo en el Parlamento italiano. Y así desaparecen en la apiñada muchedumbre, llevando del brazo el marcial Emperador a la reina amable, y andando a la par, seguidos de grandes dignatarios, el Rey de Italia y el Príncipe heredero de Austria.

Hubo al día siguiente magna revista. Tiene Viena atléticos hombres y voluptuosas damas. Aquellos hacen gala de fuerza y destreza, y ora guían con desembarazo ocho caballos en las amplias avenidas del Prater, ora juguetean, como con caña ligera, con el bastón de hierro, forrado de fino hule, que usan allí como constante apoyo los jóvenes elegantes. En la explanada de Schmeiz, donde doscientos años hace el valeroso Sobieski ganó a los turcos colosal batalla, aglomerábanse en brillante arreo, veinte mil soldados. Cabalgaban en brutos arrogantes, diestros caballeros, y en ricos carruajes ostentaban su graciosa hermosura las damas vienesas. Allá viene un jinete, vestido de blanco y pálido azul: es el Príncipe de Thürn y Taxis, que perdió parte del rostro en la batalla de Solferino. El general Philiporith le acompaña, que perdió un brazo en la batalla de Novara. Plumas verdes ondean en las cimas de los cascos que llevan sus gallardos oficiales, de oscuro azul vestidos. De trenza de oro están cubiertos, y gorras de rojas plumas lucen los húsares húngaros. Mas ya llega el Emperador, cuyo alto casco envuelven plumas verdes. De general italiano viste a su lado Humberto, y de su casco marcial cuelgan gigantescas plumas. Tocan las bandas de Austria la marcha militar de Italia. Sigue al carruaje regio y lucido escuadrón de robustos granaderos. Tras ruda faena, monta al fin en un brioso caballo, asustado de las plumas gigantescas, el monarca de Italia. Ya está en el campo, en bellos carruajes, la familia real. ¡Con qué gracia saluda Margarita! ¡Qué bien le está su manto de piel de foca! ¡Con qué cariñoso movimiento ondea su pañuelo en respuesta a los víctores ardorosos con que la muchedumbre la saluda, a ella y a la Emperatriz! Ya va en marcha el cortejo de Reyes: al pasar ante cada regimiento, rompe la orquesta militar en aires italianos. Detiénese, luego de terminada la revista, y comienza el pintoresco desfile. Únense los coroneles de los cuerpos que pasan al cortejo imperial. Admira a Humberto la lozana apariencia de la infantería de Hungría. Deleita a la Emperatriz el clamor de admiración que arrancan los apuestos jinetes húngaros. Saludan Francisco José y Humberto las banderas destrozadas de la ruidosa artillería. Allá van los Uchatins lucientes, los Taegers de Austria, los Ulanos polacos. Fue, a pesar del recio frío y la áspera mañana, una fiesta de colores. Banquete regio, plática de amistad, conciertos de ministros de ambas monarquías, y noche de fiesta musical precedieron al agitado día de caza con que obsequió el príncipe heredero al rey italiano, que es cazador grande. Setecientas liebres cayeron en la magnífica batida. La modesta Margarita, en tanto, en sencillo vestido, compraba en las tiendas del Graben memorias de viaje; estudiaba las famosas galerías del museo Belvedere, y visitaba la sala de trabajo del gran pintor austríaco, de europea y justa fama, Hans Makart, excelentísimo pintor de historia.

¡Cuán distinto espectáculo ofrecía por la noche el comedor imperial! De tapices de los gobelinos, de altos espejos estaban adornadas las vastas paredes;—y plantas del trópico y extrañas flores decoraban, en conjunto profuso, la histórica sala. En vajilla de oro eran servidos los reyes; y los invitados en vajilla de plata. Tocaba la orquesta famosa de Eduardo Strauss romanza del *Tannhausser* de Wagner, sonatas selectas, melodías melancólicas de Schumann. Ciento treinta comensales cercaban la mesa. De pálido rosa iba vestida la esbelta italiana, y realzaba su tocado

griego un ramo de pequeñas plumas sembrado de brillantes. Gruesas ondas de perlas reposaban sobre su desnudo seno. De oscuro terciopelo pardo bordado de oro vestía la Emperatriz. Ostentaba su nuevo uniforme de coronel austríaco el rey Humberto.—"Caro es el nombre de la familia de Saboya al ejército austríaco,—dijo el Mayor del regimiento al ofrecer su mando al monarca de Italia: el regimiento del príncipe Eugenio es ahora, como fue antes, uno de nuestros más bravos regimientos".—En animada conversación adelantaba el banquete, y al fin se oye la voz de Humberto, que brinda en francés. "Sumamente conmovido por la acogida afectuosa, que la reina y yo hemos hallado aquí, bebo a la salud de su majestad el Emperador, la Emperatriz, y la familia imperial, haciendo los mejores votos porque las relaciones cordiales que dichosamente existen entre nuestros pueblos, se estrechen más para la prosperidad de nuestros países".—Y respondió el emperador: "Agradeciendo a vuestras majestades su afectuosa visita; prenda de una amistad sincera y durable, bebo a la salud de su majestad el rey de Italia, su majestad la Reina y la familia real".—Atrás quedaban ya los ricos manjares, las ostras de Ostende, las blandas perdices; el salmón rociado de salsa bearnesa; el jabalí, con salsa Cumberland realzado; el sorbete de faisanes, las alcachofas suaves, aderezadas con guisantes; el pudín de macarrones, y los excelentes quesos, —que de todo esto y de mayores menudencias es ya vehículo el cable. Ya se había comentado el modo oratorio con que dijo su brindis Humberto; ya se había señalado cómo de la prosperidad de ambos países había hablado el de Italia, y sólo de amistad durable y sincera habló el de Austria; ya movían los sones del Hectógrafo, la polca seductora del maestro Eduardo Strauss; ya sin espuma yacía el tokay fragante de las coloreadas copas; ya se abrían en espera de los huéspedes las puertas de la Ópera suntuosa, alhajada de gala, en honor de los hijos de Víctor Manuel. Diadema de brillantes y rojo vestido de terciopelo llevaba en el teatro Margarita; de raso azul iba vestida la Emperatriz. ¡Qué chispear el de las luces en las joyas! ¡Qué brillo el de las miradas en los ojos! ¡Qué rumor de abanicos de plumas! ¡Qué fausto el de la naturaleza en la hermosura de las damas; y el de las damas en sus trajes! ¡Qué pagar por los billetes de entrada que se vendían a cien florines! Coquetas lucen las damas de Viena, y varoniles las esbeltas húngaras. En el teatro está el conde Andrassy, en uniforme húngaro; a un lado tiene a la señora de Bourgoing, y al otro a la condesa de Palavicini, afamadas por su belleza. Allí lucía su blanca barba el Ministro Depretis, con singular curiosidad mirado. No había pecho de caballero sin bandas y cruces, ni cabellera de dama sin ricos diamantes. A ver se fue, y no a oír. A ser actores, y no a aplaudirlos. Como fantasmas cruzan por la escena los cantantes. Como es uso en Austria, no se hace en el teatro demostración alguna a los monarcas. Queda al fin, cual cuerpo vacío de alma, el rico teatro. En menudos quehaceres y altas visitas emplean el día siguiente los consortes italianos: comen con el Archiduque Raniero,que tiene bella esposa: habían ya visitado de pésame a la baronesa de Haymerle, cuyo marido, primer ministro del Emperador, y de Italia buen amigo acaba de morir. Margarita, que es maestra en música, es obsequiada en el palacio imperial con conciertos privados. Al cabo, bajo espesa lluvia, abandonan a Viena el hijo del Rey galante, y su amada nuera. "¡Hasta volvernos a ver!", se dicen y se besan, ambos reyes. El emperador y sus hijos dejan un beso respetuoso en la mano de Margarita. Al capitán Dollina, superintendente de la casa imperial, deja Humberto rico anillo. A los pobres de Viena ocho mil francos. Al cuello de Margarita había echado antes de partir la Emperatriz Elizabeth la orden de la Cruz y Estrella, montada en diamantes. A los presidentes austríaco y húngaro del Consejo Imperial, y al Secretario de Hacienda y de Relaciones Exteriores condecoró Humberto con la gran cruz de Mauricio y Lázaro. Y tras estas cortesías,

movió en la espesa atmósfera su penacho de humo el tren; y se fueron, temerosos de lo que dirían Rusia y Francia, el Emperador de Austria y sus hijos al Hofburg; y Humberto y Margarita, en apariencia satisfechos, camino del enfermizo Quirinal, donde les aguardaban impacientes sus esbeltos hijos.

Mas no acaban aquí las visitas de reyes: ahora Alfonso viaja: ya se anuncia la paga de visita de Alfonso al Rey Luis de Portugal; ya aseguran los diarios de París que los jóvenes monarcas de España irán en el próximo enero a la corte de Austria; ya se mueve la próxima entrevista de Francisco José y el Zar de Rusia, comprometido un tanto por el viaje súbito del rey de Italia a Viena. Oh,! sí! Los combatientes prevén la batalla, y toman puesto, y calculan y mezclan fuerzas. Disgusta en tanto al Pontífice la afectuosa manera con que ha recibido Viena a los reyes italianos, y es fama que en consistorio secreto habló León XIII de cómo le pesa ya de insoportable manera sobre la frente el yugo que a su entender sufre la Iglesia. Dio el Pontífice orden a su Nuncio en la corte de Francisco José de que no pisase la cámara real de Humberto. Y a la par que en unos periódicos se leen extensas pláticas, en alabanza de la utilidad y pacífico carácter de la liga de Alemania, Austria e Italia, vese en otros cómo no ceja el sentimiento de ira con que los rusos juzgan la alianza, que estiman como nuncio de amenaza en horas de conflicto, y como precursora inevitable de guerra europea.

Pero más que por estas grandes cosas, por pesares locales andan afligidos los ágiles gondoleros de Venecia,—que ya es cosa notoria que se intenta sacar de uso sus góndolas, y hacer calles de sus románticos canales; y, a par que en Missolonghi alzan los griegos estatua de bronce al generoso Byron, prepáranse síndicos y prefectos a trocar en moderna villa aquella en que el poeta, ebrio de extraños dolores, paseó, con la hermosa cabeza reclinada en almohadas ducales, y la blanda guzla tendida a los pies de una hermosura compasiva, aquel tigre voraz que royó su magnífica alma!

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 1ro de diciembre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

FRANCIA

Gambetta y sus ministros.—Pujanza y modestia.—Su espíritu y sus actos.—Díceres de Lutecia.—Política nueva.—Un notable muerto.

Nueva York, 26 de noviembre de 1881.

Señor Director:

"No, no, yo no lo creo", decía Bismarck al general Chanzy, Embajador de Francia en San Petersburgo: "Yo no temo la vuelta de Gambetta al poder. No sólo reconozco en él a un gran orador, sino a un gran patriota. Ama a su patria demasiado sinceramente para comprometerla en aventuras que pudieran serle fatales". Y Gambetta ha vuelto al poder, no como volcador iracundo, ni como señor magnífico, ni cesáreo tribuno, sino como un hombre sereno y enérgico que quiere racionalmente, obra simplemente, y ejecuta firmemente. Ha sido singular su manera de subir al poder. Ha mostrado odio al escándalo, y desdén de las apariencias. Ha buscado hombres fuertes que lo seducen, y no grandes nombres que deslumbren. "De todos los talentos" hubo un famoso Ministerio en Inglaterra, y se esperaba que este fuese en Francia el Ministerio "de todos los talentos". "El pequeño Ministerio" le llaman en son de burla, los que, por lo que de imperial y gigantesco quieren suponer en Gambetta, llamaban a su gabinete de antemano "el gran Ministerio". Vedlos! Ya están en obra! Son hombres puros, políticos probados, trabajadores tenaces. ¡Prometen tan poco! De fijo que van a hacer cosas grandes! Se había dicho que el pundonoroso Freycinet, el hacendista León Say, el austero Ferry, entrarían en el maravilloso Gabinete, y que sobre ellos, como máximo Jefe, menos responsable y más pudiente, regiría, sin especial cartera, Gambetta. ¿Negáronse? ¿No fueron buscados? "¡Esperad, esperad!—decía *La República Francesa*,—que cuando la elección haya sido hecha, habrá sido bien hecha". Y los periodistas hostiles tenían preparados grandes dardos contra los grandes pechos. Vendrá como Jove, decíanse alegres, y lo haremos caer como Luzbel: querrá aparecer grandioso, y no ofrecer ni decir cosas sencillas; y habrá de hacerlas; y la inconformidad de su pomposo programa y su obra real traerá su ruina. Pero el poderoso orador subió a la tribuna ministerial, desembarazado y sonriente, como un trabajador sencillo, con su séquito simpático de hombres buenos y humildes: ni Freycinet, ni Ferry, ni León Say han entrado en el ministerio. Cochery, habilitado durante el último gobierno de excelente Ministro de Correos y Telégrafos, continúa en su despacho. Cazot, que cree firmemente en la necesidad de una reforma judicial, y ha demostrado prudencia y rectitud en el ministerio de Justicia, retira su ministerio. ¡Y ni un favorito, ni un amigo íntimo, ni uno de aquellos privados que al orador se suponía, forma hoy a su lado! Gambetta mismo es Ministro de Relaciones Exteriores; Waldeck Rousseau, honrado y perspicaz y ardiente partidario de la reforma de la magistratura, es Ministro de lo Interior. Alain Targé, hombre sólido en cosas de banca, y respetado entre los banqueros, sucede, con sus doctrinas libre-cambistas, que han de favorecer el

nuevo tratado de comercio con Inglaterra, a Tirard, cuyo estrecho criterio económico traía afligido al comercio de Francia. Se crea, con muy buen acuerdo, un ministerio de Agricultura, imprescindible en un país agrícola, y se confía al caballero Devés; y al caballero Raynal, persona activa, y periodista señalado, que viene de campos muy liberales, se entrega el Ministerio de Obras Públicas. De la cartera de lo Interior se separa la de Cultos, que va a unirse por ley de analogía, con la de Instrucción Pública, y ambas caen en las manos de un hombre que dice vehementemente lo que piensa maduramente, y reformará sin odio funesto lo que combate con brillante juicio, de Paul Bert, pensador muy osado, y amigo de pensamiento libre, y de hombres libres. El general Campenon, de corazón abierto y generoso, leal y llano, y admirador ferviente de Gambetta, sucede en el Ministerio de la Guerra al general Farre, cuyo manejo del ejército ha pecado de ignorancia y desacierto. Gougeard se llama el Ministro de Marina. Y Antonin Proust, el crítico excelente, y conocedor conspicuo de la revuelta política extranjera, se encarga de un Ministerio nuevo que revela en sus creadores una concepción vasta y grandiosa de la República: el Ministerio de Bellas Artes. Ni de inepto, ni de advenedizo, ni de tránsfuga, ni de tímido, ni de logrero puede tachar nadie a ninguno de los compañeros de Gambetta. De poco brillantes se les tacha, lo que es tacha donosa! Pues a trabajo nuevo, trabajadores nuevos. Artes prácticas y miras lejanas revela, a un ojo penetrante ese modesto Ministerio. Necesita dos condiciones, y muestra tenerlas: vigor para resistir, resolución para iniciar. Pues ¿qué más que lo que ese gabinete deja ya entrever? Ahí se ve la idea fecunda de hacer de la política, no el arte de retener el gobierno, ni dar a las naciones brillo pasajero, sino de estudiar sus necesidades reales, favorecer sus instintos, y tratar del aumento y amparo de sus haberes—que esto envuelve la creación dichosa del Departamento de Agricultura; y esto mismo va envuelto, por ser en Francia el arte rama creadora de tal riqueza de producción, amén del elevado pensamiento de ir preparando durables formas artísticas al ideal nuevo, en la creación del Ministerio de Bellas Artes.

Como una hidra en su seno, llevaba en sus entrañas la República una magistratura alevosa y reaccionaria: es fuerza dar a la nación magistrados nacionales, que no se aprovechen del puesto que deben a la República para minarla y darle muerte, y esto implica la permanencia del brioso Cazot en el Departamento de Justicia. Liberalizar el comercio es necesario, y por eso Alain Targé sucede a Tirard, que ve en las reformas liberadoras los peligros que en el ferrocarril ve el espantado campesino. Es preciso sustituir el servicio incondicional de un culto solo por el respeto a todos los cultos que la ley ampara y reconoce, sin que respetarlos a todos implique odiar a alguno, y eso quiere decir la unión de la cartera de Cultos a la de Instrucción Pública, donde la presencia de Paul Bert anuncia el honrado y urgente propósito de librar a los jóvenes franceses de la educación timorata, encogida e inaplicable que reciben, y ponerlos por la enseñanza nueva en acuerdo con las fuerzas vivas y productoras de la tierra en que han de ser, no melancólicos bramanes o arrogantes chatrias, no casta privilegiada e ineficaz de intérpretes de la ley del Cielo o la ley de la Tierra, sino penetradores audaces de las entrañas del suelo próvido, cosechadores del fruto vendible; navegadores de la mar soberbia. Habituar al hombre a la utilización de sí, y al comercio eficaz con la naturaleza productora: he ahí el que ha de ser objeto de los esfuerzos de los educadores nuevos. Que es placer muy sabroso leer las Geórgicas, mas sabe mejor leerlas a la sombra del árbol bajo cuyas ramas pastan en descanso los bueyes que guiaron por la mañana nuestro arado. ¡Ni hay para ser desventurado como llenarse los hombros de alas, y olvidar la manera de enseñar a andar los pies!

A obrar parece que vienen los Ministros nuevos, más que a decir. El orador que los preside fue en su programa singularmente sobrio. Se exhiben los débiles. Los fuertes se prueban. Refrenando su natural poder, y desdeñando con real majestad la ocasión pueril de alcanzar gloria con hablar, apareció Gambetta en la tribuna: “Por tercera vez, dijo, desde 1875, ha significado la República su deseo de fortalecer y rodearse de instituciones democráticas: el sufragio universal lo ha dicho con su lenguaje incontrastable! No traemos al gobierno programa exuberante, que el nuestro es el que la Francia misma ha demandado, una Constitución firme y un gobierno unido, libre de las condiciones a que la disensión interior y la debilidad que viene de ella obligan; un gobierno sincero, dispuesto siempre a dar cuenta de todos sus actos a los representantes de la Nación, como a imponer a los empleados públicos, sin atención a compromisos ni jerarquías, el respeto, la obediencia y la diligencia en el desempeño de sus deberes. Sin vacilación y sin rodeos pide el Gobierno, porque la necesita y la merece, una mayoría franca e imponente que le ampare en ambas Cámaras. Y en la disciplina y lealtad de los empleados públicos confía también el Gobierno. Nos proponemos reformar, para garantizar su honrado empleo, y su libre y generoso ejercicio, el sistema judicial que en el país rige, y que nos deja a merced de ocultos enemigos. Y como para fundar se necesita que reine buena fe, constante y fraternal armonía entre todos los que se dan a la tarea difícil de la fundación, nos proponemos también, por medio de una revisión muy cuerdamente meditada, colocar a uno de los poderes esenciales del estado, en más completa armonía con la naturaleza indiscutiblemente demócrata de la Nación que representa”.

Fervorosos aplausos acogieron esta alusión a la hostilidad marcada del Senado, y al propósito de reconstruirlo sin destruirlo, ni violar sus fueros, de modo que de su nueva organización venga su cura. “A crear hombres prácticos en nuestras escuelas nos dedicamos sin demora; y aunque no hemos de mermar por cierto los poderes de defensa de Francia, haremos de manera que sin aminorarlos, sean más suaves sin embargo las cargas que el mantenimiento de las fuerzas de mar y tierra echa sobre el país. Para librarla prontamente de sus embarazos financieros, tenderemos con especial celo al fomento de nuestra agricultura. Exaltaremos y favoreceremos la capacidad de producción de nuestro pueblo, y facilitaremos con medios simples y efectivos el desenvolvimiento de todas las fuerzas nacionales, el transporte de los productos, y su cambio. Con fiel rigor cumpliremos con lo que nos ordena el Concordato, y con arreglo a él viviremos en afectuosa armonía con los poderes establecidos en representación de las diversas denominaciones religiosas que mantienen relaciones con el Estado. Hijos somos de las libertades públicas, y merced a ellas nos vemos en ocasión de protegerlas: más sagradas son para nosotros que el inviolable ser humano. En lo interior, mantendremos con energía inquebrantable e inconmovible firmeza el orden; en el Exterior, mantendremos la paz digna. Ni comprometeremos nuestro decoro con sumisiones innecesarias, ni pondremos el país en inútiles riesgos. Toda nuestra fuerza, todo nuestro valor, toda nuestra actividad damos a la Francia: dennos sus representantes su decidido y generoso apoyo. El Gobierno entra, enérgico y sereno, por la voluntad de la nación, en una estación nueva de esa senda anchurosa del progreso, que no conoce límites, y que se ofrece a nuestros pasos, abierta a los esfuerzos de la democracia francesa!” ¿A qué decir que la sorpresa de aquella humildad, la seguridad de aquel lenguaje, el vigor de aquella previsión, y la sobriedad severa de aquel programa arrancaron al fin de la declaración de Gambetta adhesiones ruidosas y entusiastas?

Osadía premeditada ha sido el nombramiento de Paul Bert para el Departamento de Instrucción y Cultos. Ahí se esconde el mal radical: hay que llevar mano firme al mal hondo. A él se encaminan los más recios ataques. O por ir a Argelia, o por calentar planes de sucesión a la Presidencia, renuncia el general Chanzy la embajada en San Petersburgo, y Saint-Bellier, que goza fama de valioso diplomático, la embajada en Berlín: y achacan las renuncias al nombramiento de Paul Bert. Dimite el empleado que dirigía de tiempo atrás la Sección de Cultos, y ya se anuncia en la Cámara una interpelación al Gobierno sobre el caso, de la cual vendrá sin duda la explicación determinada y firme del criterio religioso del Ministerio. Muéstrase la impaciencia en las proposiciones de los diputados en la Cámara, y en el Gabinete, una tranquila energía, en rechazarlas, como de quien no responde a pasajeros impulsos, sino a planes meditados. Lo que es bueno, porque los gobiernos de los países parlamentarios suelen ser como jinete sin estribo, a quienes la primera sacudida del corcel, o el primer viento de tormenta, ofusca y desmonta; y conviene grandemente tenerse con los pies afirmados en los estribos. Veces hay en que la ola arrebata: pero acusa prudencia, y augura vida llevar acumulados los medios de resistencia a la ira y caprichos de las olas. “Venimos, señor—dijeron a Gambetta los Diputados del Consejo de Gobierno del Banco de Francia, a rogaros que deroguéis el decreto que separa a M. Denormandie del gobierno del Banco”. “Convenid conmigo, señores, en que es imposible mantener a la cabeza de tan gran establecimiento nacional, un hombre que se ha colocado voluntariamente en actitud hostil al gobierno que rige a la nación”. Y M. Magnin, ex ministro de Hacienda, gobierna ahora el Banco. No bien toma posesión el ministerio, Barodet, diputado republicano, presenta y solicita que se declare urgente una moción en que demanda la remoción de la Constitución. “No puede el gabinete, responde Gambetta, identificarse con una proposición que amenaza la existencia del Senado. El Senado y la Cámara de Representantes deben discutir previa y amistosamente los puntos a que alcance la reforma que el Diputado Barodet intenta. Luego de esto, examinará el Gobierno la proposición”. Alzase Almenceau, que ha poco presidía en Lyon a 3 000 obreros, congregados a oír una lectura del escritor ameno, y conversador hábil, diputado por Belleville, Tony Révillon. “No entiendo—dice—la teoría de Gambetta que hace necesaria para la reforma la consulta con el cuerpo que ha de ser reformado”. “Lo entenderá a su tiempo el señor representante”. Se vota. Por 368 votos contra 120 se rehúsa a la proposición de Barodet, la declaración de discusión urgente que impetraba. Mas el Senado, donde domina un grupo rebelde a mejoras, vencido ya en la Cámara, castiga a Gambetta en sus secuaces, y llamado a elegir un senador vitalicio, vota por 124 votos contra 117, en favor de Voisins la Verniere, candidato del recio centro izquierda, al que auxilia con sus votos la derecha. Y es vencido Herold, candidato de los grupos de la izquierda.

¡Qué animada la prensa! ¡Qué celo en dar al público los más menudos detalles! Ya dice un periódico de nuevo la bellaca conseja de que es Spuller, el redactor de *La República Francesa*, el que apunta los actos de Gambetta y escribe las arengas que con poder meramente físico recita luego el orador tonante ante la Cámara, lo que es cosa peregrina, porque de fijo que si Spuller hubiere de dar a Gambetta su personalidad, se quedaría con ella, y se pondría donde está Gambetta; mas de esto Spuller ríe, y acepta la subsecretaría del Ministerio de Relaciones Exteriores. Ya anuncia otra hoja, lo cual es cierto y es bien, que los subsecretarios asisten a las deliberaciones del Ministerio, con lo que es mayor, el consejo, y más presto el despacho, porque se hace de seguida lo que de otro modo tuviera que dejarse a consulta con el subsecretario. Ya afirma

un diario que renunciarán todos los enviados diplomáticos, y que Challemel-Lecour, ministro en Londres, y hombre sobrio, elocuente y penetrante, irá a Berlín. Ya confiesa un periódico extranjero que la sencillez y seguridad de los primeros actos del gobierno de Gambetta han causado desconcierto en sus enemigos, que lo esperaban vano y olímpico, y lo hallan humano y modesto; ya sesudos corresponsales de la prensa inglesa aseguran que París ha acogido con cariñosa confianza la política simple y honrada, por todos entendida y anhelada de todos, que inicia Gambetta. Ya se regocijan los escritores parisienses con el tributo de espontánea y calurosa admiración de los miembros de la Cámara de Comercio de Inglaterra al sistema de educación de Francia, que, con ser imperfecto, ha merecido a los absortos ingleses la opinión de que tenía la Gran Bretaña mucho que aprender de Francia en las escuelas técnicas francesas. Ya, en suma, se discute sobre la posibilidad de un tratado librecambista con Inglaterra; se habla de la vuelta a París del caballero Carlos Dilke, enérgico demócrata, que de su subsecretaría de Negocios extranjeros en Londres, sale a reasumir en la vieja Lutecia, trocada hoy en cabeza del Universo, y casa de las artes, que son madres perpetuas, las negociaciones para el tratado de comercio; y se lee cómo los socialistas, airados con el advenimiento de Gambetta al poder, fijan en las paredes carteles rojos en que va escrito, como un eco del menguado debate de Túnez "Muerte a los especuladores"; y se celebra, con aplauso vivo, a una excelente madre y esposa, la señora Perrée, que con singular brillo acaba de adquirir, en rigurosa prueba de examen, el grado de doctor en medicina de la famosa escuela parisiense. Y ya se aguarda con impaciencia desusada, un libro nuevo de que el escándalo espera pasto, y regalo la curiosidad mórbida, y enseñanza los hombres graves, que el libro se llama y su título lo explica, *La presente misión de los soberanos por uno de ellos*.

Los actos primeros del nuevo Ministerio, y las declaraciones de su jefe, confirman la faena de prudencia, resistencia y creación a que se creen obligados. "Ni puedo alterar, dijo Gambetta al general Chanzy, la pacífica y digna política extranjera de Francia; ni puedo desconocer que el resultado de las últimas elecciones me indica que Francia ama una política franca y enérgica contra los excesos de poder del clero". Y a Monseñor Freppel, obispo que habla con gracia e intención, y combate con viveza, le respondió así en la Cámara Waldeck-Rousseau, negando el derecho del clero, que Freppel defendía, a excitar, aún desde el púlpito, a los católicos a que votaran según sus doctrinas en las elecciones: "No: el Gobierno no puede aceptar semejante teoría: el clero no puede mezclarse en las elecciones políticas de la nación, que deben estar libres de toda traba de conciencia, y toda presión de juicio. Todo el Ministerio opina que el clero debe mantenerse dentro de los límites del Concordato, y usará el Gobierno sin ira, pero sin vacilación, todos los medios legales para imponer al clero, si de buen grado no lo observa, el respeto que deben merecerle la ley y la Constitución de Francia". Así quedó anulada, entre grandes aplausos, por 402 votos contra 93, la elección del diputado clerical que el obispo Freppel defendía. ¿Qué significa, se preguntaban los diarios de París, la entrada en el Ministerio de Marina del caballero Gougeard, cuando era su antecesor ministro notable y persona excelente? Y responde al punto Gougeard, llamando de nuevo al servicio, en vindicación de la libertad de la conciencia ultrajada, y "para no mantener vivos sucesos que recuerdan la época más triste de la historia contemporánea de Francia", a cuatro altos empleados de marina, que fueron depuestos dos años hace por haber asistido al entierro civil de un niño. Gambetta ase con mano firme la cuestión candente, y declara, en circular a las potencias y en la Cámara, que la expedición a Túnez significará llanamente la

protección de los intereses franceses, y de Europa en junto, en Túnez. “Francia, añadió, está resuelta a mantener, sin exceso ni presión, su tratado de amistad con el bey”.

Se dice que la bandera europea llevó el espanto y la muerte a una gran tropa de tunecinos, en las cercanías de Djerid; que los franceses han anunciado a los terratenientes del contorno que amparen sus propiedades movibles, porque pudieran correr riesgo en el arrase, en la razzia de las haciendas de los árabes por los franceses que se acercaron a reprimir y castigar sus invasiones. Se comenta la visita a Gambetta del Ministro Morton, en honra del cual se ha cambiado el nombre de la plaza en que vive en el de Plaza de los Estados Unidos, y se adelanta ya la reintroducción de los productos del cerdo norteamericano en los mercados de Francia.

Más de una dolorosa noticia cierra estas, y contrista a los buenos republicanos de París, y a los que gustan de ver cómo por el asiduo estudio, el honrado propósito, la consagración real y dolorosa, alcanzan los hombres los puestos a que en la estima pública les dan derecho sus merecimientos. Le Faure era uno de esos, y Le Faure ha muerto. Fue un estudiador infatigable, que veía el ejército de su patria, no como cuerpo sofocador de motines, sino como ordenada agrupación de hombres inteligentes, que vinieron a ser como fortaleza de la patria y casas, de honra. Quería hacer olvidar aquella mengua de Sedán, dando virtud y ciencia a los soldados. Quería gobierno franco, política clara, ministros puros. Y acaba de morir en el camino del ministerio que, por su ciencia de él y ardor generoso, parecía estarle reservado. Él levantó, con sus revelaciones desde Túnez, acerca de la incuria del Gobierno de Francia con los expedicionarios, ruidosa y reciente tormenta de cólera. Él interpeló severamente, con el respeto que se debe a los que van a caer, mas con la sinceridad que se debe a la patria, al ministerio de Ferry sobre aquel abandono. Es de llorar la muerte de un hombre que quería hacer instrumento de la razón el instrumento del espanto.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 13 de diciembre de 1881.
[Mf. en CEM]

Carta de Nueva York expresamente escrita para *La opinión Nacional*

Italia

Roma de gala.—"¡A Depretis!"—Venecia y Viena.—Promoción de cardenales.—Ecos del Vaticano.—España y León XIII.

Nueva York, 26 de noviembre de 1881.

Señor Director:

Roma, que se puso de fiesta para recibir a sus reyes a su vuelta de Austria, ha visto en estos días espectáculos hermosos y cosas amenazadoras. Roma entera tomó parte en las muestras de entusiasmo que acogieron a Humberto y Margarita, y el Quirinal, el Obelisco de Fidias, los palacios viejos, las callejas miasmáticas y oscuras, todo estaba vestido de luces. Era una fiesta llena de jovialidad, como hecha para recibir a reyes jóvenes. En las calles mezclábanse a los ancianos soldados, las gallardísimas mujeres del Trastevere, tipo eterno de amor fervoroso y belleza pictórica. De aquellos óvalos graciosos y dignos, tranquilos y puros, han tomado los grandes pintores los de sus vírgenes. Su hermosura es sólida, majestuosa, reposada. Sonríen, como quien premia. Miran, como quien besa. En pintarlas pasaba Fortuny, el famoso pintor catalán, largas y memorables horas, cerca de sus casuchas miserables, que como mugriento faldero de magnate descuidado, se apoyan en las paredes de espléndidas moradas. De esas luces estaba llena la noche de la recepción la enfermiza Roma, cuna del pensamiento viejo, horno del pensamiento nuevo, casa del arte, pensamiento eterno!

Andaba, y anda el mundo político tan animado como las calles romanas. A Depretis, el veterano parlamentario, lo amenazaba con su mayoría hostil el Parlamento. El señor Crispi dispone de treinta votos, y fluctúa entre Depretis y la mayoría, por lo que Depretis imagina hacerse de su auxilio, lo que le habilitaría para triunfar de la coalición. En estos cuentos y recuentos se entretenían los vehementes políticos en los pasillos de la Cámara de Diputados, y el primer Ministro disertaba en la sala de las leyes sobre lo que debiera ser motivo permanente de disertación de todos los ministros, sobre la producción agrícola, cuando repentino desorden conmueve la tribuna de los extranjeros, suenan gritos, se ve como a hombres que luchan, cruza el aire un revólver que va a caer en medio de la sala; y se escucha una voz que dice: "¡A Depretis!" ¿Quién comete tan audaz atentado? El revólver rozó al caer la sien del diputado Modini, y no dio fuego, a pesar de la violenta caída. El culpable es arrestado, examinado, identificado. Es un Mecalusso, un siciliano, que montó en ira porque el primer Ministro no le concedió la audiencia que pedía. Pedía la audiencia para vindicarse de los cargos por los cuales estaba bajo la vigilancia de la policía. Y en la mañana misma del día del suceso, fue a rogar al cuerpo de policía que le vigilasen durante el día muy estrechamente, porque se sentía sin las riendas de sí, y capaz de excesos. Dícese que quiso disparar desde la tribuna sobre Depretis, y que, detenido a tiempo, lanzó despechado el arma al aire. El hombre de Sicilia está entre paredes duras, y las del Congreso siguen oyendo la palabra desembarazada y sesuda del primer Ministro; ocupado ahora de reformas agrícolas, y del aumento gradual del ejército, a cuya idea le llevan, como a urgente faena, el

prestigio singular de que la joven Italia goza, el peso que de buen grado se le supone en la inquieta balanza europea, y los riesgos que pudiera en caso de incuria correr próximamente, si alguno de los problemas del Mediterráneo en que está vitalmente interesada, se resolviese, o amenazase resolverse, de una manera que injuriase sus intereses actuales, o los que en lo porvenir ve Italia ya como seguros. A tamaños de nación, robustez de nación. A país importante, conmovido en lo interior y desafiado desde lo exterior, fortalezas que lo escuden, y hombres de armas que defiendan la independencia, hacienda y brillo de la patria. Eso piensa el Ministro. Y por grados ha de hacerse el aumento, de modo que se responda a la necesidad, sin afligir con gravámenes nuevos; y se sienta el beneficio y no la carga.

La visita a Viena parece ciertamente destinada a apretar la amistad que hoy reúne bajo un mismo áureo techo aquellos que ayer, entre nubes de pólvora y sobre yerba enrojecida, cruzaban con frenética rabia los aceros. Venecia misma, que odió tanto a Austria, y parecía en el tiempo de su dominación virgen tierna en brazos de ogro, ha obligado a sus bandas a tocar en la plaza de San Marco el himno marcial de Austria, porque le han amado a su buen Rey, y ella paga en amor. De amor fue siempre la ciudad misteriosa, la querellosa, la femenil y lánguida Venecia. No extraña, narrando la visita, la *Gaceta Oficial* de Roma el esplendor notorio con que vistieron los monarcas austríacos su ciudad y su real casa; que ser espléndido va con ser Habsburgo. Ni extraña tampoco, sino que las alaba y agradece; y dice de nuevo que ellas fueron el objeto verdadero de la visita, la sinceridad; la alegría viva, la cordial afabilidad con que fueron en Viena acogidos los monarcas italianos, en prenda de que las dos monarquías limítrofes, quieren asegurar la paz en que viven, y hacer de modo que anden a una en el movimiento europeo, sin celarse, ni envidiarse, ni amenazarse, ni temerse, Roma y Viena.

No tan tranquilo como Humberto en el Quirinal, con la tranquilidad aparente de los reyes modernos, está el Pontífice León XIII en el Vaticano. Nótase en la maravillosa casa como alarde de vida, ora sea que intente influir con su energía y movilidad en el gobierno italiano para obtener de él mayor amparo y reverencia; ora que, como afirma un arzobispo que viaja por el Canadá, se haga, ya en vísperas del viaje a Malta o a Salzburgo, el minucioso inventario de las riquezas que el palacio opulento acumula; ora que las esperanzas, los desalientos, las menudas intrigas, los intereses grandes, que siempre despiertan, una promoción de cardenales, den hoy al hogar de Pedro nuevo calor y brillo inusitado. Una semana antes del día en que se celebra aquel en que nació sobre cama de paja el creador de la doctrina, se cubrirán de capelo de seda y ricas joyas los magnates del dogma de aquel pequeñuelo pobre. Una semana antes de la noche buena se harán, en Consistorio solemne, las promociones, y ya se susurra que serán los favorecidos el Patriarca de Venecia, y los arzobispos de Dublin y Nápoles, y se unen a estos nombres como si se les viera ya con el capelo, los del arzobispo de la católica Viena, del revuelto Argel, de la magnífica Colonia, de la risueña y brillante Sevilla. Ha puesto tristeza en el Papa el cambio de gobierno de los españoles, de cuyos jefes puede aguardar ahora hidalgo respeto y delicada cortesía, mas no aquella filial sumisión y brioso empuje que hallaba en el resuelto, profundo y hosco Cánovas. Con un buen presidente de ayuntamiento creen los liberales españoles que basta a la ventura de un pueblecillo de aldeanos; mas cree Cánovas que los hombres han menester sentir, como Job, en su cuerpo estremecido, el trueno del Creador, y verle envuelto en rayos, coronado de llamas chispeantes, apretando en las manos montañosas riendas de cadenas.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 14 de diciembre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK

ESPAÑA

I

Nueva York, noviembre 26 de 1881.

Señor Director:

Magnífica casa ha construido España a los elaboradores de sus leyes. Ampararse de aquel pórtico griego, pasar la mano por sobre los músculos de bronce de los leones que lo guardan; detenerse con la muchedumbre de curiosos que aguardan asiento, o de tristes que cazan empleos, en aquel saloncillo donde, con tarjetas, recados y cartas, entran y salen al templo famoso los ujieres de la casa de Representantes; o, ya más felices, penetrar de brazo de un caballero diputado por aquellos solemnes corredores, y gigantes salas, que parecen al neófito entusiasta pobladas de grandiosas sombras, y henchidas de rumores sacerdotales—es para un hombre de nuestra raza un placer beneficioso y penetrante, que le dispone a todo acto de bravura, noble empleo de la mente y heroica maravilla. Luego de tratar con los sacerdotes, se abre Sésamo, sin que por eso se hallen los dineros del Conde de Montecristo; se rompe el encanto, y no son siempre apóstoles incólumes; ni labios vírgenes de interesada apostasía, ni seres descomunales, los que halla el imparcial curioso en el palacio desencantado. Pero es lo cierto que al entrar por aquellos salones vastos y magníficos, sube a los labios, como vapor de abismos, la palabra ardorosa y tonante; y parece como que se pegan de súbito a los hombros las alas del genio.

Teatro ha sido de grandezas y ruindades, en estos días últimos la casa famosa. Oíanse hoy como los golpes sonoros y recios de una maza de plata en casco abollado,—y era Martos que hablaba; y se vieron luego como llamas volantes y columnas de humo de colores, y aves fantásticas de asiático plumaje, y pálidos geniecillos de crepúsculo revolotear por el augusto anfiteatro,—y era el discurso triste, ondulante y cadencioso de Castelar desalentado; y luego pareció que un oso despedazaba entre sus brazos colosales a un jilguero,—y era Cánovas que con implacable seguridad analizaba la política inquieta de Sagasta;—y semejó después que una astutísima zorra se deslizaba por entre las garras del oso robusto, áspero y corpulento como un monte, y puesta fuera de su alcance, movía como en tono de reto los maliciosos ojos, en tanto que disponía los ágiles pies a nueva fuga,—y era el discurso de réplica de Sagasta, flexible, impalpable, luciente, ágil como hoja de acero florentino. Al punto, como gigante ponderoso, provisto de incontrastable hacha de armas, se levantó Cánovas con la presteza de quien va a seguro triunfo, blandiendo grueso legajo de notas tomadas durante el discurso de su rival diestro, a responder la plática agresiva de Sagasta. Mas no bien se puso en pie, pareció como si desde los bancos de los diputados se hubiesen desatado sobre el arrogante exministro hambrientas jaurías: y oyóse grandísimo tumulto, como de canes que combaten; alzáronse a la vez puños y voces; las injurias, como dardos volantes, cruzaron el aire. La gran casa era presa de las locas pasiones. No con mayor vocerío celebran o injurian a los lidiadores de toros los grandes y plebeyos, trocados

todos en plebeyos, en el ensangrentado circo. Tales variados cuadros, dolorosos o espléndidos, ha visto en Madrid en estos días el público de la casa de las Cortes.

Ya habla Martos, con su voz llena, su ademán tribunicio, y su límpido estilo, afirmando que optaba por la propaganda firme, pero pacífica, de las ideas políticas majestuosamente expuestas en la Constitución vindicadora de 1869; ya Sagasta, refrenando de mala voluntad, en sus móviles labios la palabra agria, le había dicho en respuesta que con la Constitución de 1876 se quedaba, puesto que entendía que de las dos calamidades de que sufría España, la una era la guerra civil, y la otra era el cambio demasiado frecuente de Constituciones. Crecía a cada sesión en solemnidad el hermoso debate. En España, como en casi todas las monarquías parlamentarias, es la discusión de la respuesta que el Parlamento ha de enviar al discurso con que el Monarca inaugura sus sesiones, ocasión empleada en la fijación de puestos públicos, en la explicación de programas de gobierno, en el esclarecimiento de los puntos capitales de la política corriente. En este debate júzganse a la par la situación respectiva de los partidos militantes, y el progreso, a la nación siempre grato, de los magnos hombres que aspiran a regirla. Es un duelo entre jefes de ejército. En otros debates, lidian las avanzadas, los cuerpos de guerrilla, a las veces la vanguardia. Pero en la discusión del mensaje a la Corona, abandonan sus tiendas, armados de sus mejores armas, los más famosos y bravos capitanes. Cada partido exhíbe sus miras. Cada agrupación repite su programa. Cada bando solicita del Congreso que conforme a las opiniones del bando responda al discurso del Rey. Allí los grandes rivales cruzan, ante los ejércitos respetuosos, sus espadas grandes. Y se estaba de lleno en el alto debate.

El día 14 de noviembre, los carruajes que llevaban a las puertas de la casa de los diplomáticos graves y damas suntuosas, abríanse difícilmente paso por entre los animados grupos que discurrían por las calles vecinas al Congreso. Extranjeros notables, apuestas madrileñas, ceñidos generales aguardaban pacientemente, en espera de puesto en las tribunas, a las puertas de la casa famosa. Rebosaban las anchas escaleras en gentes que aspiraban a lograr entrada. Reñíanlas, rechazábanlas con gran dificultad, los guardias de orden. En lo interior, llenaban la alfombrada arena del gran circo los belicosos gladiadores, y como en espera de máximo suceso, llenaban los caballeros Diputados con desusada premura los muelles bancos carmesíes. Y en lo alto, a semejanza de los tiempos en que en estrecha galería, vecina al techo, artesonado con piñas del viejo oro de América, veían las nobles damas de hermosos ojos negros las grandes fiestas de la antigua Corte en la zaragozana Aljafería, llenaban las estrechas tribunas elegantes señoras que parecían, por el murmullo suave de las voces, y el agitar las plumas de los abanicos, y el mover dentro del brillante traje el cuerpo esbelto, más que junta de damas, sesión de mariposas. Y era que Castelar, tras prolongado anuncio, hablaba. Con voz honda y acentos amargos comenzó su discurso que, más que romper de alba, pareció caer de tarde. ¡Fue cosa melancólica; y como nube parda, que iluminó, como si la luz rebelde quisiese al fin abrirse paso en un deslumbrante rayo, cayó sobre los tenaces ultramontanos españoles aquel golpe de ira luminosa. Explicó Castelar su benevolencia para con el gobierno sagastino, e hizo de modo que ella pareciese en estrecha concordia con su vida política anterior, en todo lo cual veríase cómo dominaba un deseo de aparecer, más que como

un volcador de las cosas que son, amparador ansioso de las que fueron, y aguardador pacífico de las que habrán de ser. Parecía a las veces, durante aquella elocuente, ora apasionada, ora adolorida plática, como si se estuviese oyendo a alguien que quisiera arrepentirse de sí mismo. Dijo Castelar que sacrificaría, caso de ser preciso, a la revolución, tanto cuanto le había ya sacrificado; pero que era ahora su leal entender, en imitación de lo que los reformadores prácticos de Francia y los Estados Unidos hacen, que a la prensa y al Parlamento deben fiarse el triunfo de las esperanzas de los demócratas, y que estos deben batallar en legales batallas, y mover como arma única, lengua y pluma. "¡Aborreced, como yo aborrezco, la guerra civil; y sobre las tendencias desastrosas de las provincias separatistas del norte de España, alcemos con brazo incontrastable la salvadora bandera de la Unidad de la Nación!" La República francesa que, como domador cercado de fieras que las embrida con recia mano a todas, saca mayores condiciones para existir de sus peligros mismos, le pareció, comparada a la monarquía de Portugal, a pesar de sus hábitos liberales grandemente amenazada de crisis revolucionaria, motivo de desconsuelo para la monarquía española, y de legítima esperanza para los republicanos discretos y aguardadores. Afirmó entre nutridos aplausos que las variantes liberales de la política monárquica de España, por loables y beneficiosas que le pareciesen, ni le parecían más que una previsiva educación del país para el advenimiento de una sólida República, ni habían de ser parte a conmover su honda fe y su inquebrantable devoción a sus ideas republicanas:—"Mi conciencia, mi naturaleza y mi historia me lo impiden!"—Ni cree posible desconfiar de la bondad de una forma de gobierno que da a la historia de los hombres naciones tales como la nación de Norte América: "¡Cómo—exclama entre vítores—cómo podremos olvidar a ese caudillo nobilísimo de un pueblo libre que cayó en el puesto de la honra, mártir de su deber, después de ardua carrera señalada por singulares merecimientos y honesta bravura, como ejemplo de republicana fortaleza, arrebatado por la mano de un cobarde asesino a su abnegada esposa, sus amantes hijos, sus amigos leales y su gran nación!"—"Bien habéis hecho",—decía después, volviéndose a los atentos y agradecidos Ministros del actual gobierno, —"bien habéis hecho en volver a la ciencia perseguida la libertad que le faltaba. La ciencia tiene derecho a ser libre, a ser respetada, a gobernarse por sí misma. Habéis hecho bien, os digo, en devolver su autonomía a las Universidades, y sus legítimos profesores, apóstoles del librepensamiento a las profanadas cátedras. De la tiranía del estado, y de toda otra clase de tiranía debe estar libre la ciencia: libremente han de cruzar el inmenso espacio, en busca de la verdad que ha de redimirlos, los que enseñan y los que aprenden, no sea que la tiranía y la fe fanática, lleven, como han llevado en Rusia, al regicidio y al nihilismo". Y como si las manos del orador admirado, no hubiesen perdido aún completamente su hábito olímpico, alzó al cabo, de ruda manera, su látigo de fuego sobre los ultramontanos españoles. "Yo os conjuro"—decía Castelar a los ministros—"a que asistáis a la prudente y generosa Italia en su tarea de separar el poder espiritual del temporal. En tiempo alguno han sido las manifestaciones del Pontífice menos veneradas, ni los cónclaves más respetados, ni las peregrinaciones más frecuentes, ni los peregrinos menos molestados, únanse, como van unidas en el espíritu benéfico y humanitario que las engendra, la Iglesia y la Democracia; y vivan en paz fraternal no interrumpida Italia y España".—Inicióse al fin, con su caudal de opulentas imaginaciones y levantados pensamientos, el período de clausura del admirado discurso, ora en silencio religioso, ora entre clamorosas palmas escuchado; y habló en él Castelar del progreso que adelanta, y de la Libertad que ha de ir con él del brazo; y de la obligación en que los que asisten al cortejo solemne están, de limpiar de obstáculos la vía de los

que, como Sagasta y sus secuaces, en inevitable y saludable preparación para la República, respetan el decoro humano; y vuelven a la razón los fueros que le estaban siendo arrebatados, y educan, con su liberal conducta, a España para los días del gobierno propio, y el peligroso pero redentor ejercicio del sufragio universal. De la valía de sus hijos logran valía los pueblos, y la gloria de los que nacen en nuestra misma tierra es como legítima dote nuestra, y nuestra gloria. De cariñosa emoción y cordial asombro empujados, cercaron los diputados españoles al orador famoso. Se sintió amado, lo que predispone a amar, y hermosea a los viles, y a los grandes magnifica. Movían, allá en lo alto, como alegres, sus alas las encantadoras mariposas. Victoreaban los concurrentes a las galerías. Decían bien del inspirado tribuno los graves embajadores. ¿Cuándo pueblo y dama no sintieron, con lozana vehemencia, las cosas hermosas?

Tributo, más que respuesta; red alevosa, más que pieza de debate, fue la réplica de Sagasta a Castelar. Por su benevolencia hacia el gobierno y valioso y sincero apoyo, le dio gracias: firmemente convencido se mostró de que no cabe para España prosperidad sino en el mantenimiento de la monarquía. Y lamentó, con fina frase y blando modo que su admirable amigo, a manera de los que en otro tiempo le ayudaron a volcar del altar los dioses que hoy veneran, no imitase a los nuevos demócratas monárquicos y abjurase de las ideas que le llenan ya de amarga tristeza y figurase entre los mantenedores decididos de la remozada Monarquía.

Muy reñida y trascendental batalla siguió a esta que, más que lidia, fue fiesta de la palabra. Era Cánovas al día siguiente el orador. Su palabra se hincha, se encoleriza, parece lluvia de piedras puntiagudas, persigue, golpea, azota. Otras palabras hieren como acero; las de Cánovas, como peñascos. Las dispara con cólera. Sabe que no le aman, y no ama. No disimula su soberbia, y exhíbe su desdén. Mandar, le es fuerza. Le ha quedado ya el hábito del mando. General hosco parece cuando habla: no disertador cortés. Oh! Y es un analizador terrible! Se entró por las huestes sagastinas; reveló los misterios de su composición; hizo sangrar las heridas ocultas; despertó vanidades mal dormidas; de los campos de que venían los adictos a Sagasta, dedujo con lógica implacable los campos a donde iban. Él sabe que se le hace guerra a muerte, y usa para luchar armas mortales. Lidia a más con ventaja:—que él se cura poco de disimular que trabaja en bien de España, y se sitúa como defensor legítimo, leal y eficaz de la monarquía. Cree, con justicia relativa, al ver las cosas desde su punto de vista, que abrir la casa a nuestros enemigos es darnos a ellos, y no librarnos de ellos. Parécele la política de Sagasta más hecha para aprovechar a los enemigos del Rey que al Rey; y cree con irrecusables pruebas, interesada y condicional la lealtad de Sagasta y de los suyos. “No podéis servir al poder sino minándolo. Venís de la revolución, tenéis su espíritu, procedéis con sus medios, pararéis en ella. Morirá por vosotros la monarquía que se fía de vosotros!” Pendía el Congreso de los labios de aquel hombre osado. Acumulábase la cólera en los bancos de los diputados sagastinos. Parecía aquella una lucha fantástica, en que un guerrero solo venciese en el enemigo campamento a las numerosas huestes rivales. Como lastimados en su cuerpo se sentían los secuaces de Sagasta. Casa de ira iba siendo la casa de las leyes. “¡Que defendéis la libertad decís! Sí: yo también la defendía: yo permitía también el ejercicio de todas las libertades—menos la de atacar la religión y el trono,—menos la de predicar, en medio de los esfuerzos maravillosos de una reacción monárquica, que parecía imposible, la bondad de las ideas republicanas! Os habéis contentado con muy poco y habéis sido muy humildes, en vuestro debate con Francia a propósito de los ultrajes hechos a los españoles en Saida: ¡ved que España no puede permitir que desaparezca ahora el imperio de Marruecos, y que

cuando desaparezca, ha de recabar de él, y guardar para sí, lo que de él le es necesario. España tiene en África su marcado destino: la oposición a que se cumpla el destino de reforma en África no está en el estrecho de Gibraltar: está en los Pirineos!" ¡Graves cosas, de gran manera dichas! Como mar en creciente oleaba la Cámara; y de mar en creciente notábase ya el ruido.

"¡Buena era a fe la libertad que dábais a los españoles!"—replícale Sagasta. "Hacerse odiar no puede ser el medio de conservarse en el poder. No a vasallos, sino a hombres pensadores y libres, tiene que gobernar aquí la monarquía. No se gobierna en el tiempo contra el tiempo. Poder que no se amolda a su pueblo, cesa. Nosotros, no vosotros, salvaremos a la monarquía: ¡vosotros, que, en tanto que obrabais sin represión ni freno alguno, poníais freno férreo a vuestros compatriotas, e impedíais a honrados y discretos republicanos la reunión en un sencillo banquete!"—"No ha de dividirnos de Francia el señor Cánovas,"—decía después el marqués de Vega Armijo. "Con lealtad obra para con España; y con lealtad obrará España para con ella; Francia es nuestra amiga. Ella ha accedido a nuestros deseos: ella ha reconocido la justicia de nuestras demandas por el desastre de Saida: y hoy los derechos de España están garantizados, y España no ha quedado por ello en obligación alguna con Francia. Ni os inquieten, conservadores, nuestras colonias, que precisamente para conservarlas les daremos, les hemos comenzado ya a dar, las libertades de que España goza".

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 15 de diciembre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK

ESPAÑA

II

Nueva York, noviembre 26 de 1881.

Así, entre estos ruidos de batalla y cerradas justas, entre estas airadas voces, nuncios de tormenta, y estas magistrales pláticas, prenda de majestad espiritual, llegó el fin del debate brillantísimo, en el que en suntuosa y artística manera, habían dado forma ordenada, compacta y visible a sus aspiraciones múltiples y encontradas los jefes de las agrupaciones políticas que hoy lidian a la luz en la caliente arena española. Mas no bien había terminado Sagasta el discurso arrogante e hiriente, lleno de mal oculto fuego de batalla, con que cerraba, en réplica general, viva y airosa el debate de la contestación de las Cortes al Mensaje del Rey don Alfonso; no bien acababa de hacer gala del número y calidad de sus secuaces, y de apuntar, con ademán de triunfador la peligrosa soberbia y espíritu de aislamiento que distinguen a sus rivales; no bien venía de señalar, como valiosísimo don suyo a la monarquía, la suma de auxiliadores demócratas, antes recios enemigos, que su política liberal había granjeado a la monarquía; no bien, como reposando de la victoria estruendosa que el debate memorable aseguraba a su política—se alza, armado de gran número de notas, y como dispuesto a librar definitiva y mortal batalla, el indomable Cánovas. Como Ministro del trono, Sagasta se ve obligado a demostrar su capacidad de defender el trono: y en esta arena, Cánovas siente que la lid es suya. Gritos de ira álzanse enseguida de los bancos de los amigos del Ministerio. Estalla al fin la acumulada cólera. No quieren que hable Cánovas. El debate está cerrado. El discurso de Sagasta le ha puesto fin. “Basta!” “Basta!” “¡A votar!” “¡A votar!” Hablan a un tiempo aquellos tres centenares de hombres iracundos. Pónense de pie. Increpanse con increíble dureza. Abandonan unos sus bancos; otros mueven sus manos, como si fueran a usar violentamente de ellas; otros salen precipitadamente del anfiteatro, para dar calma al enojo, o para darle empleo. “Orden! Orden!”, claman inútilmente los Ministros: “A vuestros asientos, señores Diputados!” “Respetad a los que merecen respeto, Diputados de la mayoría!”, exclaman junto a Martos, Moret y Castelar, los Diputados demócratas. “¡No abuséis de vuestro poder!”, silban las galerías: de pie están en sus tribunas las damas, los diplomáticos, los grandes, los generales. Todos defienden a Cánovas de la mayoría que lo teme y le ofende. “De miedo de oírle protestáis: le tenéis miedo!” La libertad oprimida cautiva a todo pecho generoso; y nadie recuerda entonces que Cánovas ha oprimido muchas libertades, sino que la de él lo está siendo; y apoyan a Cánovas. Sagasta, con visible descontento, habla a sus partidarios rudamente, y los llama a la calma. Ebrio y rojo de ira está en su sillón presidencial, ronca la voz, rota la campanilla y fatigado el puño, el Presidente Posada Herrera. Exasperado Cánovas se sienta: y la Furia fue ya entonces la dueña de la casa. Víctores estruendosos saludan al vencido; silbos e injurias caen sobre los numerosos vencedores; crúzanse denuestos entre los Diputados y las tribunas; trábanse y decídense lances personales; muéstranse los Diputados los puños amenazadores; indigna la violencia; disgusta el descortés tumulto; asorda el ruido. Al fin habla Sagasta: “¡Mal estáis haciendo, señores Diputados, a vuestro propio concepto y al de la Cámara! Desconoce y rechaza vuestras razones el Gobierno, y ruega al señor Cánovas, con

encarecido ruego, que haga al Gobierno las observaciones que se preparaba sin duda a hacerle". Desdeña hablar Cánovas. En medio del tumulto se recoge el voto, por mayoría considerable favorable a la política de Sagasta. Por corredores, escaleras y calles continúa la agria contienda. Mohínos quedaron los sagastinos de aquella que hubiera sido, sin aquel escandaloso remate, poco durable, más deslumbrante y honrosa victoria.

Ni senadores ni demócratas han estado en ocio: en la casa de aquellos, se han sacado a plaza las cosas de América: y en el teatro de la Alhambra celebraron fiesta los demócratas monárquicos. Había anunciado el marqués de Seoane una interpelación al Gobierno, que diera de sí la definición de la política de España en la cuestión que surge del canal de Panamá. Como propiedad suya mira el canal el Gobierno norteamericano. Francia, con poco acuerdo hizo saber no hace mucho tiempo al Gobierno de los Estados Unidos que era el canal empresa de un ciudadano francés, mas no de Francia, que nada quería, ni nada se reservaba, de los probables beneficios de la magna empresa. Inglaterra, movida de justa previsión y no de celos, estima que debe garantizar la neutralidad del canal en junto con los Estados Unidos, con lo que se estorba que estos se miren como absolutos dueños de la vía que, si por una parte lleva al Oeste de la Unión norteamericana, por otra lleva a la India. Y el marqués de Seoane inquirió al marqués de Vega Armijo la actitud de España en la próxima contienda. "Vigilaremos"—dijo el Ministro sagastino—"por los intereses españoles que en el Istmo estén o pudieran llegar a estar afectados: y será en esa batalla diplomática nuestra política amoldada a la de naciones que tengan en el canal intereses semejantes a los nuestros". ¡Dolorosa cuestión, preñada ay!—y no para los españoles—de amenazas!

Otro marqués, a más de estos dos del Senado, tiene la política española, que es caballero menudo de cuerpo, y grande en la política menuda. Viene de casa vieja, y es hijo de duque; pero ama los tiempos nuevos, y vive en ellos. Es ingenioso, activo y osado. Concibe con rapidez; habla con brío; organiza con presteza. Para construir, le faltan tamaños; mas para derribar, le sobran fuerzas. Ni de libros empolvados, ni de húmedas aulas le viene su ciencia, sino de fuerza propia, irregular y desbordada. De literatura cuida poco, y cuida más de echar abajo a sus enemigos. Tiene arrebatos generosos, y expedientes fecundos. Este marqués, que es el de Sardoal, presidía con el gallardo Moret el banquete que los demócratas monárquicos se dieron ante gran concurrencia, en el teatrillo de la Alhambra. Por cierto que fue en la escena de este teatro donde estrenó Vico, el primer actor de España, la leyenda dramática de Marcos Zapata, que pudiera ser máximo poeta: *La capilla de Lanuza*; fue allí donde el público frenético, arrobado por la melodía cautivadora de aquellos límpidos y alados versos, empleaba en hacer salir a la escena al laureado autor tanto tiempo como acababa de emplear en oír su obra; fue allí donde con voces generosas, que no hallaba después frecuentemente, clamó en discurso elocuente contra el mantenimiento de la esclavitud el áspero crítico Manuel de la Revilla, dos meses hace muerto; fue allí donde con arte singular, y pasión tierna, y gracia suma, movía los enamorados corazones en tiempo no lejano, una delicada criatura, blanca y airosa como un lirio, la actriz italiana Pasqua. Y allí fue donde entre sonantes vivas, anunció Moret a España, desde aquella mesa de banquete a cuyo torno se sentaron 300 demócratas, que intentaba traer a la política española la democracia levantada, conciliadora, oportuna, aclamada, aplicable, de John Bright, el orador glorioso, el librecambista ardiente, el Pílades del enérgico Cobden, el inglés que ama a los Estados Unidos y a Irlanda, el ministro de Gladstone, el anciano fogoso de cuya vasta mente y bravo y sano corazón viven enamorados los ingleses.

Vese, pues, que la democracia española, antes de entrar en su período pleno de creación, adelanta en su lento y previo período de imitación. En un pueblo no perdura sino lo que nace de él, y no lo que se importa de otro pueblo. Mas estos devaneos, copias, deseos honrados de introducir en el suelo patrio experiencias que en otro suelo han dado resultados felices, son inevitables, necesarios y útiles. Con el imperfecto ejercicio de la libertad que permiten, y de su choque mismo con las necesidades y espíritus reales de la patria, resulta el pueblo nutrido y preparado para ejercer luego la libertad de su propia y original manera. Aunque dividida y dispersa en grupos sueltos, la democracia arraiga cada día con raíz más honda, entre los españoles, que la ven briosa, estudiosa, amiga de lo nuevo, buscadora de lo útil, prendada de su tiempo y trabajadora. En esto están empeñados los hombres que respetan y favorecen el desarrollo del maravilloso poder humano: y se alzan a su frente con sus históricos vestidos y sus venerandos rostros, los obispos de España, puestos en la faena de obligar al gobierno de su nación a que favorezca con poder positivo el poder temporal del Papa. La lucha está siendo formidable y abierta. Sagasta quiere el matrimonio civil, la enseñanza amplia, la conciencia libre, y a Italia Unida: los prelados españoles, que no ocultan que obedecen en su compacta campaña actual a insinuaciones del Pontífice, quieren mantener incólume la divinidad del Sacramento; dejar el matrimonio como obra divina que, aunque hecha en la tierra, con elementos terrenos ha de resolverse mas allá de la tierra; arrancar de manos de los hombres todo libro que no sea estrictamente ortodoxo; expulsar de sus cátedras a los profesores que enseñan el modo de usar con dignidad y utilidad nuestra libre razón, y reemplazarlos con maestros que sometan todo brío mental y toda ansia de ciencia del espíritu a la palabra eclesiástica; y quieren, sobre todo esto, que la mano de Alfonso, como en otro tiempo la mano del torvo Felipe, confirme en su dominio real de los hombres al representante del humilde Jesús, y blanda el arma vengadora contra el monarca y los pensadores y el pueblo italiano, que han arrebatado al Pontífice Romano su poder temporal. El cardenal arzobispo de Santiago, el arzobispo de Valencia y el obispo de Soria, Huesca y Salamanca, que es el confesor del rey, interpelaron al gobierno, desde aquellos asientos del Senado en que recuerdan aquella grande época de las Cortes españolas en que era la Iglesia brazo poderoso y dueña del monarca y de las almas. Dilatada y amargamente hablaron el Arzobispo santiagués, y el Obispo salmantino; dijeron durezas del gobierno de Italia; pusieron en alto el que ellos estiman deber filial y católico derecho de restaurar en su Silla del Señor al Sumo Pontífice, y movieron al Gabinete de Sagasta a que protegiese, como a la fiel España cumplía, la libertad de la Sede Católica. Fuera del Senado, los prelados han levantado con sus actos una abierta protesta. Con el Primado de Toledo, que no ha tomado aún su asiento en el Senado, ni prestado su juramento de lealtad, llamaron a las puertas de los oradores Pidal y Ortiz, mantenedores incansables de los derechos de la Iglesia, supremacía absoluta de sus doctrinas, y poder real del Papa: llevaban a Pidal y Ortiz la bendición de León XIII, y los ardientes plácemes de la Iglesia de España. Pidal tiene vueltos los ojos a Donoso Cortés, y con poderosas dotes de combate, arremete con pujanza juvenil contra todos los que intentan nivelar o alzar la libertad del hombre sobre la libertad del sacerdote. Sabe de latín, de Biblia y de oratoria. Le ve la Iglesia como su hijo amado. Movimiento en favor del Rey Don Carlos parece el movimiento actual de los magnates de la Iglesia: que ellos creyeron que la monarquía de Alfonso venía, no a salvarse a sí propia, cortejando con éxito los bandos diversos que batallan en la política española, sino a salvar la Doctrina Católica amenazada, alzándose como dura fortaleza, e insalvable dique, a la ola arrolladora del espíritu moderno. Y vuelven los ojos de

nuevo, hacia aquel a quien Pidal defiende, de quien fue apoyo y voz aquel orador bíblico, de alma tierna, profética elocuencia y llaneza apostólica, Aparisi y Guijarro: vuelven los prelados los ojos al rey Don Carlos, que hace poco preguntaba al gobierno de México si podría ir a la hermosa República a vivir en calma con su esposa y sus hijos, lo que mereció hidalga y firme respuesta de los gobernantes mexicanos: "Venid, y respetando nuestras leyes, seréis aquí dichosos". No esquivó el marqués de Vega Armijo, que es hombre de pensar maduro, palabra sobria y estilo sentencioso y neto, la respuesta a la interpelación de los prelados; ni se intimidó por la oposición que el Senado anuncia a las leyes civiles de Sagasta, que han sido limadas ya de sus mayores asperezas; ni por la importancia que a la visita e interpelación de los Obispos se ha dado en la regia casa y en los más aristocráticos salones. Habló secamente y seguramente. "Confía España" —decía—"en los visibles y honrados esfuerzos del gobierno italiano por proteger el decoro y libertad del Pontífice: no queráis señores prelados, porque no lo quiere el Rey y España no lo quiere, que vayamos a mezclarnos, como capitanes intrusos de inexcusables aventuras, en los asuntos interiores de una nación extranjera y una Potencia amiga y a perturbar su paz en la misma capital de la nación". —"El Gobierno"—añadió después el Ministro de Justicia—"cree que logrará término amistoso a las negociaciones que acerca del matrimonio civil tiene entabladas con el Vaticano: lo desea, lo anhela, gozará con lograrlo. Pero si no lo lograre, por acaso, mantendrá sin debilidad y sin complacencias los principios del decreto que ha sometido a la aprobación de los Senadores, y sacará en salvo, sin miedo a los prejuicios y a las tradiciones, las invulnerables y sagradas prerrogativas del Estado!"

Muy animada, a lo que se ve, anda la risueña Corte. Pero el Rey se prepara a abandonarla, y a ver reyes. De tres viajes de Alfonso se habla. Que irá a Austria, a ver de nuevo la tierra de su esposa, afirman unos. Otros afirman que no irá a Austria, sino a Inglaterra, a pagar a la reina Victoria sus especiales bondades. Y ya se da por cierto que Lisboa se prepara, a recibir, en los mismos días en que leerá la benévola Caracas estas cartas, al príncipe de Gales y al rey Alfonso. Seguro parece este último viaje, y más seguro desde que el nuevo Ministro del amenazado Rey don Luis, el famoso conservador Fontes Pereira de Melho, muestra deseos de apretar la amistad de Portugal y España. Era Melho, grande enemigo de los liberales, inspirador del gabinete de Sampayo, creado como para dar tiempo a que se calmase el rencor que la política acre y represiva de Melho, había despertado en los demócratas portugueses. Siéntese de nuevo fuerte, teme el gobierno a los demócratas, y Melho reentra en liza.

M. de Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 16 de diciembre de 1881.
[Mf. en CEM]

Carta de Nueva York expresamente escrita para *La Opinión Nacional*

España

Los prelados y Sagasta.—Arma oxidada y arma nueva.—Castelar y Francia.—¡Gibraltar para España!—Ferrocarril nuevo.

Nueva York, 10 de diciembre de 1881.

Señor Director:

¡Cuán interesante, cuán peligrosa, cuán trágica lidia tienen empeñada los poderosos de la política española! La Revolución, que ha tomado del brazo al monarca, procura arrebatarlo a sus huestes naturales, y apartarlo de su vieja silla de oro, y sentarlo en la silla común de los gobernantes modernos. La Iglesia, madre de la Monarquía, fulmina sus anatemas contra la Revolución. Los nobles andan divididos, y se amparan los unos de la Iglesia, y los otros, movidos de aquel espíritu que animó a Juan de Lanuza y halló feliz forma poética en García del Castañar, combaten en el campo nuevo. En el ejército tiene poco bando el Rey, y lo tiene grande la República. El pueblo, la gran fiera adormida, como que reposa. No se le ofende, y espera. Esto tiene de cuerda la política de Sagasta, y de salvadora para la Monarquía: no ha de ofenderse a aquellos a quienes no puede vencerse. Oír quejas justas es mejor modo de acallarlas que volver las espaldas con desdén a los querellosos. Que el Rey viva para su nación y la gran masa humilde, quiere el precepto liberal; y el precepto conservador quiere que la nación viva para el Rey, y para el mantenimiento de su séquito. De esa permanente lucha que no ha de rematarse sino con el remate de uno de los dos enemigos, porque a ambos va la vida en la contienda, hay ahora en el Senado de España un grave incidente. La libertad, que tiene fe en sí, aguarda. Las instituciones viejas, que van perdiendo la fe, se exaltan, y provocan. No conciben ellas el turno pacífico de los partidos en el poder, ni el acatamiento a las necesidades urgentes de los tiempos modernos, ni la justicia de la prueba leal de todos los modos de gobernación, ni la conveniencia de mantener un gobierno medio en países en que batallan opiniones extremas, ni el buen hábito de captarse mediante concesiones parciales y benévolas, la voluntad de los adversarios. Se creen con derecho nato al poder omnímodo. Intentan sofocar la voz de la naturaleza humana. Blanden aún el estandarte verde de los autos de fe. Besarían aun, con labios amantes, la mano huesosa y fría de aquel monarca tenebroso y lívido. Si el Rey Alfonso no las apoya, si no excluye a los políticos revolucionarios, si no vuelve a las manos de Cánovas aquel sombrero histórico con que cubrió irreverentemente su cabeza en plena sesión de Cortes, rompiendo así el freno de comedia que con las Cortes se había dado,—las instituciones viejas alzarán bandera de rebelión contra el Rey Alfonso y buscarán monarca nuevo. La Revolución, que ve en la Monarquía un modo de prepararse para el goce de la Libertad, para el advenimiento definitivo e irrevocable del gobierno popular, aconseja lealmente al rey un cambio tácito de servicios, por el cual puede salvar a la nación y prolongar la existencia de su trono. Las instituciones viejas acaparan las armaduras

oxidadas de los Museos Reales, las carrozas carcomidas de Juana la Loca y Carlos II, las estatuas de piedra de los monarcas góticos, los atriles gigantescos que sustentan en bordado espaldar de bronce misales corpulentos, en cuyas páginas de rugoso pergamino dibujaron letras negras y rojas los monjes demacrados y sombríos de Zurbarán y de Ribera; y con todas esas históricas riquezas alzan barricada a la cohorte batalladora de la época, que viene calle arriba, en gran tren de vapor, cargada de piquetas, de arados, de libros, de buques, de dragas, de limas que rebajan montes, de botones eléctricos que hacen volar islas, de cuchillas que sajan las cordilleras y echan a hervir juntos en la colosal herida los apartados y rugientes mares! Esa es la lidia.

La casa del combate es ahora el Senado. De un lado se sientan los Ministros revolucionarios, hojeando las leyes de Reforma que descansan en la barra de luciente caoba. De otro lado, con paso solemne van a sus amplios sitiales, envueltos en sus ropas majestuosas, los grandes de la Iglesia, los Arzobispos y Obispos, los grandes de la Monarquía, el hosco Cánovas, el batallador Pidal, aquellos caballeros de las edades idas, que defienden las prácticas de los tiempos de hierro en que se usaron cascos rudos y corazas ponderosas, que la misma naturaleza da ya como pasadas, porque no hay ya ni cráneos recios ni pechos roldanescos que sustenten las viejas armaduras.

De una parte, el Ministerio, con sus hombres sencillos vestidos de frac negro, quiere que el maestro enseñe conforme a razón y el discípulo aprenda libremente, y no se amolde a un patrón férreo, sino eche alado por los campos vírgenes a buscar leyes no descubiertas y desconocidas maravillas. Quiere que sea libre el católico de casarse conforme a su ley, y el que profese distinta fe, de casarse conforme a su fe, como el católico. Quiere que la iglesia tenga mando en las almas, mas no estorbe al Estado, ni le prohíba tomar cuenta propia de los que nacen, se unen, se apartan y mueren. Quiere, con la venia del Pontífice, restablecer en España la ley de educación liberal y matrimonio civil y la supremacía del Estado en los negocios del Estado.

Frente al Ministerio se levantan, en compacto núcleo, los prelados y los conservadores que los apoyan. Quieren que, sean cuales sean las doctrinas que surgen del empleo incontrastable de la razón humana, se enseñe exclusivamente en las Universidades la doctrina católica. Quieren que, sean o no católicos los que se unan en matrimonio, se unan por la ley de la Iglesia, aunque juzguen violación que las sectas cismáticas o herejes obliguen a los católicos a casarse conforme al cisma o herejía, y no a su ley. Quieren que el Estado no tenga lista de los que nacen, casan, fallecen, sino que acuda, como a poder exclusivo y máximo, a proveerse de datos estadísticos en los registros de la Iglesia. Quieren, en suma, mover tal guerra al Ministerio de Sagasta, a la sombra de la bandera religiosa, que se espante el Rey de las voces de alarma y anatema de las clases aristocráticas, y desampare a los Ministros revolucionarios, o que se vea Sagasta compelido a buscar la alianza de los elementos hostiles a la monarquía, con lo que volverá al campo canovista la hueste moderada que, herida por la soberbia del Ministro, pasó sus tiendas al campo de Sagasta; con lo que el rey habría de ponerse al lado en que se agruparan todos sus mantenedores.

Los periódicos hacen en este combate el oficio de guerrillas y avanzadas. Tirotean, azuzan, enconan, prueban fuerzas. Unos anuncian que el clero condenará desde el púlpito las leyes invasoras: otros opinan que cardenales, arzobispos y obispos, que en número de veinte tienen asiento en el Senado, protestarán solemnemente, y en cuerpo, contra las reformas, y abandonarán sus asientos: estos adelantan la protesta unida de todos los prelados de la Iglesia española: aquellos

mantienen que el matrimonio civil y su inscripción en el registro del Estado deben preceder a la unión religiosa: un diario dice que el Nuncio del Papa alienta a los prelados en su resistencia: en otro diario léese que el Gobierno de Sagasta ha entrado en arreglo amistoso con el Vaticano, del cual espera venia para que la ley española establezca que los católicos se casarán ante el altar católico, y los disidentes ante la mesa del alcalde, no siendo matrimonios ni bautizos válidos si no quedan inscriptos en los registros del Estado. En esa actitud quedan los bandos combatientes.

Lucha semejante espera al gobierno en la Cámara de Diputados, por más que allí la resistencia haya de ser menor; no porque la reforma que en la Cámara se proyecta sea menos grave, sino porque el gobierno cuenta entre los Diputados suma mayor y menos rebelde de partidarios que la que le apoya entre los Senadores. Intentan los liberales de España lo que en vano intentaron ha poco los liberales de Inglaterra. Los demócratas quieren lo que quiso Bradlaugh: que el Diputado que sea cristiano, jure fidelidad a su nación por la ley cristiana, y el que no pertenezca a la fe, no sea forzado a jurar por ella, sino a empeñar promesa honrada de guardar las leyes nacionales. Creen los Diputados reformistas que no deben los disidentes religiosos hacer violencia a los Diputados católicos, ni estos a aquellos, sino que ambos deben gozar iguales libertades respecto a su fe. Y el gobierno no se ha opuesto a la presentación de la Reforma, sino que ha consentido buenamente en ella, cumpliendo así la oferta que hizo a los demócratas, a cambio de simpatías y apoyos democráticos, cuando los monárquicos liberales y los adversarios de la monarquía se sentaban en los primeros bancos, frente al tonante y desdeñoso Cánovas.

El Día, periódico grave, que ha traído a la prensa española el carácter general, la elevación doctrinaria y la discusión tranquila que dan especial tipo a la alta prensa inglesa, puso a un lado un instante sus juicios sobre la política del Ministerio español, para dar casa a un vigoroso artículo en que Castelar juzga al actual Ministerio francés. Programa de su propia política, más que examen de la ajena, es el artículo de Castelar. En él afirma que los hábitos inteligentes de la nueva Francia, y la gloriosa independencia e histórica desenvoltura del pensamiento francés, junto con los crecientes e indiscutibles triunfos de la idea republicana, no dejan duda de que la República está firme y definitivamente establecida en Francia. Repite con Thiers que la República, si ha de ser, ha de ser conservadora. Compara la desacordada tentativa de 1848, con la serena majestad de la República de 1870. Cree que en fundir los elementos varios de la vida francesa, y no en excluir alguno de los elementos, está la salvación y el crédito de las instituciones nuevas. Contrasta la República cuasi monárquica de Thiers, con la República reformadora de los radicales hoy triunfantes. Es duro para Paul Bert, el ministro de Cultos, y para Alain Targé, el ministro de Hacienda; y habla con reprimido desdén de sus compañeros de gabinete a quienes, sin aguardar como fuera de justicia, a que hayan probado sus recursos de mente y carácter, estima inferiores a aquellos que como Freycinet, Challemel-Lacour, León Say y Ferry, han alcanzado por años u ocasiones, amplia fama. Prevé peligros! Y cree que los trae a la República la tirantez dogmática, alarde de racionalismo, y anuncio de energías de los ministros de Gambetta, y estima el genio de este como más poderoso, original y avasallador que el de Guizot y el de Thiers. Con mayor aspereza censura a Clemenceau, y su cortejo bullicioso de inquietos ultrarradicales, y excita con voces apasionadas a los republicanos conservadores a que hagan grupo en torno de Freycinet, y le dejen ser cabeza de un partido paciente y moderado que, en vez de poner en riesgo, ponga en salvo, por si aún no lo estuviesen, las modernas instituciones de la generosa Francia.

Mas, ¡ay! bueno es que se dé de mano a todo rencor, a toda impaciencia, a toda prisa insensata, a toda generosidad irreflexiva, a todo imprudente ímpetu, a toda justicia no llegada, y es bueno que se fundan todos los elementos fundibles; pero con aquellos elementos que de verse más cerca, más se enconan, y de tratarse más, más se repelen y abominan, ¿qué ha de hacer el político, desesperado de acordarlos? Si la lucha es miserable, si la repulsión es instintiva e invencible; si el alejamiento y rencor han de ser permanentes; si toda tentativa ha sido inútil; si la ley de conservación parcial que anima a cada elemento, se opone al ansia de fusión amistosa que anhelan los políticos prudentes, ¿qué ha de hacerse al cabo, sino ponerlos a luchar, para que el más justo venza al más terco, y sea la casa de un dueño y no de dos condueños enemigos, de los cuales el uno quiere reparar y ornamentar el edificio, y ensancharlo, y hacerlo casa de pobres; y el otro quiere cerrar rejas, y tenerlo mohoso y agrietado, y dejar a la puerta la vida nueva, que llama a grandes voces?

En el Senado alzó un Senador cubano gran tormenta. Y no fue a propósito de Cuba, que es nido de ellas, sino a propósito de Gibraltar. Ni sorprende ni estremece más el rayo al labriego, que la pregunta de Güell y Renté, Senador por la Universidad de La Habana, sorprendió y estremeció al Ministerio. Como de un fantasma huía de la pregunta el Ministro de Relaciones Exteriores. "¿Por qué, por qué—preguntaba el senador Güell—no se intenta ya que Gibraltar, llave de España y de un mar llamado a ver hazañas españolas, vuelva a poder de España?" Mayor sorpresa causó al Ministerio la interpelación de Güell, porque, a pesar de la convencional fraternidad que el gobierno alardea para con los representantes de Cuba, y de no dejar ocasión sin decir que son hijos de la nación, e hijos amados, paréceles faena de intrusos, o hurto de sus derechos, que un representante de la Antilla piense y proponga en cosas de la Nación.

Los sufren, como testigos necesarios. Los rechazan como compañeros libres. De desdeñosa, de iracunda tuvo la respuesta del severo Marqués de Vega Armijo que, en vez de afrontar valerosamente el caso grave, o aprovecharse de él para dar al país, como materia de pensamiento la idea osada y justa, increpó con aspereza al interpelante, doliéndose de la materia de la interpelación, y díjole con señalada descortesía, y notoria imprudencia, que los recursos de España y su posición en Europa, no justificaban, sino hacían extrañar que a miembro alguno del Senado ocurriese poner mano en asunto tan delicado. Brusca, bien se ve, que fue la proposición—mas no inoportuna, ni violadora de derechos, ni hostil a España. De amar de sobra a la metrópoli vienen sobre los colonos estas ásperas respuestas ministeriales, y de estimar como reales, derechos nominales. El siervo no ha de valerse del permiso que para hablar le dé el señor; que como el señor, recordará que lo es, y padecerá el siervo. Güell y Renté es brioso, y hombre de sano corazón y puros pensamientos. Es muy estudiador y emparentado por su hermano con los Reyes. Ha decidido a despecho de la ruda censura del noble ministro, llevar la cuestión del recobro de Gibraltar al tribunal público, y mover la opinión, y agitar la prensa, por si estiman aprovechable su proyecto, que consiste en ofrecer a Inglaterra en cambio del peñón valiosísimo alguna rica colonia en la costa de Marruecos. Pero a fe que es curioso! no hay quien no piense en voz baja en España lo que el Senador dijo en voz alta y véase qué espanto movió el buen Senador! Ni pueblos ni hombres han de ser tan medrosos que lleguen a tener miedo de sí mismos. En buena hora que la política sea artística, y pocas ciencias requieren tanto arte y mesura y estudio y buen gusto como ella. Pero ha de ser sincera. Demorar un problema, no es más que agravarlo. Fuera de España, no ha parecido mal el exabrupto del honrado Güell.

Y dentro de España, todo es júbilo con la creación del nuevo ferrocarril a través de los Pirineos, que el Senado acaba de autorizar, y que correrá de la alegre Zaragoza a la solitaria Huesca y subirá por el Alto Aragón, rico en niños y en mozas robustas, a Jaca y Canfranc, de donde irá a hundirse en un túnel de cuatro millas que horadará a los Pirineos por la garganta de Samport, y saldrá a luz de Francia en tierra de magníficos viñedos. Se enlazará, salvando montañas con el ferrocarril del Centro y Sur de Francia, de modo que desde su establecimiento se emplearán ocho horas menos de las que hoy se emplean en abotonarse en estas noches frías de diciembre el gabán de viaje al salir de la sala dorada de la Ópera, y desabotonárselo, para parecer galán e hidalgo, en la misma Carrera de San Jerónimo, camino de las Cortes, del misterioso Paseo del Prado, de los cerrillos en cuyos agujeros viven los vendedores de arena, de la vieja basílica de Atocha, donde yace el arrogante Prim, bajo su vestido de hierro de Eibar, con incrustaciones de plata y de oro.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 28 de diciembre de 1881.
[Mf. en CEM]

Carta de Nueva York expresamente escrita para *La Opinión Nacional*

Italia

Proceso ruidoso.—Ofensa al Pontífice.—Parlamento animado.—Ceremonia de canonización.

Nueva York, 10 de diciembre de 1881.

Señor Director:

De gala, de ceremonia, de emociones ha estado Roma estos días. En el Parlamento, gala de oradores, en el Tribunal, gala de libertades, en el Vaticano, gala de prelados. Han sido días de proceso por injuria al Papa: días en que el Papa ha creado Santos: días en que los representantes de la nación han debatido con bríos sus intereses.

Eran los procesados dos periodistas conocidos, Mario y Cappriciosi, y la causa del proceso, la publicación de artículos que se estimaban ofensivos al Pontífice, en un periódico muy leído, *Lega della Democrazia*, que goza de tal renombre que pudo exhibir en su defensa trece notables abogados. De lo mínimo se iba a lo máximo. De la escaramuza, a la batalla campal. De la ofensa transitoria, se tomó asunto para reñir el áspero pendiente combate entre los que mantienen la necesidad de dejar en casa que es suya al Pontífice cristiano, y los que equivocadamente creen que con su violenta y estruendosa salida de Roma tendrán ganancia la libertad humana y la italiana. Respetar es ya un derecho a vencer. Odiar, es quitarse derechos. La *Lega della Democrazia* no fue absuelta: a prisión y multa fueron sentenciados Mario y Cappriciosi por injuriadores del Pontífice.

Y hay combate animado en el Parlamento. Unos quieren que el Rey haga política de Rey, y no de Presidente de la República, y lamentan que Humberto no se hubiese unido a Alejandro III en el pensamiento de tomar un acuerdo común e internacional contra los culpables de tentativa de regicidio. Otros sostienen, que debe tratarse con blandura a los partidos extremos, para que, con libertad de exhibirse, se exhiban como son, y mueran: no que, combatidos, y no probados, quédales el derecho de probarse y la justicia de intentarlo, y puede estimarse en lo exterior como a debilidad todo exceso de fuerza. Mancini defiende con brío y fortuna la política del reino, su resistencia a aceptar dominio extraño en el Mediterráneo, su descontento de la invasión de Túnez, su decisión de mantener al Pontífice libre y respetado, su actual y sincera amistad con el Imperio de Austria.

Pero si los ojos de los nuevos y vehementes italianos se fijaban en las peripecias del proceso ruidoso, y en el debate brillante y grave de la Cámara, los ojos de los fieles se volvían a la casa del Pontífice, donde llevado en hombros de sus fieles y pintorescos *sediarii*, a usanza de la Edad Media alhajados, llegó a las gradas de su trono, de oro, y subió a su resplandeciente silla, entre acordes solemnes, trinos de alabanza, columnas de incienso y fervientes plegarias, el humilde y trémulo anciano. "*Tu es Petrus! Tu es Petrus!*" cantábanle en coro los músicos sagrados; y 1 500 fieles, contritos y maravillados, se prosternaban ante él como ante Pedro.

Oh! Qué misterio, un alma de Pontífice!

¿Qué puertas no se abrirán, qué celajes no se dibujarán, qué armonía celeste no murmurará, bajo su túnica reluciente y recamada, en el pecho encorvado de ese anciano, cuando a la par que asciende por alfombra mullida, como nube, se ve envuelto en ondas perfumosas y azuladas, y oye notas dulcísimas, como jilgueros que se van con manso vuelo, y oye decir, bajo la nave rica y resonante: *“Tu es Petrus! Tu es Petrus!”*

Era día de magnífica fiesta, en que en seno de mujer surgió en forma de hombre la doctrina, día 8 de diciembre y en que León XIII declaraba santos a Labré, a Claire, a Laurent y a De Rossi. Las campanas tocaban sus sones de fiesta. El cañón retumbaba. El anciano cantaba débilmente: “*Veni, Creator*”.

Había tomado el previsor gobierno abundantes precauciones; policía numerosa guardaba las puertas del Vaticano. Tras de la Iglesia de Santa María estaban en armas tres compañías de *Bersaglieri*. Por las puertas de bronce entraban los poderosos invitados, ya magnates de la Iglesia, ya de la nobleza, ya de la Banca, ya de tierras extrañas, ya de la propia. Hallaban a su paso, como memorias de otros tiempos, los Guardias Suizos, los Gendarmes del Pontífice, la Guardia Palatina, la Guardia noble. El alto salón que hace techumbre al vestíbulo de San Pedro resplandecía, como poblado de estrellas: festonaban las tapicerías bandas anchas de oro; y en flotantes banderas se veían representados los milagros de los santos: estaba el trono del Pontífice cubierto de hermosísimas flores.

Allí llegó León XIII, sonriendo con tristeza, bendiciendo con afabilidad, mirando con ternura. Le seguía suntuosa cohorte de prelados. Y cuando se sentó, y alzó sus cánticos, había en torno suyo los priores de las órdenes monásticas, ciento treinta y tres obispos, sesenta y seis patriarcas y cardenales. Alguno, el débil anciano Mertel, cayó en la ceremonia desvanecido.

Adelantáronse hacia el Pontífice el Cardenal Procurador, el Maestro de Ceremonias y el Abogado Consistorial, y este leyó la demanda primera de canonización. Ordenó en nombre del Papa y el Secretario de Breves, que se cantasen las plegarias y las letanías. Cantáronse. El Abogado hizo la segunda semana, y León XIII alzó al cielo los ojos, y el templo oyó el hermoso *Veni Creator!* Leyó el Abogado entonces el ritual de la santificación. Campanarios y fortalezas dieron a este punto las señales del cristiano regocijo.

“Confiteor! Confiteor!”, decía el Papa, y movía la pálida mano, y con su bendición vertía sobre la cabeza de los fieles plenaria indulgencia.

Ofició luego el Pontífice; en griego y en latín se leyeron los Evangelios y la Epístola; y en latín aliñado y elegante dijo después de ellas su plática prudente el Soberano, en honor del día solemne para la Cristiandad; porque nació de él y en elogio de las virtudes de los nuevos santos: nada dijo de áspero ni de mundano: no censuró, como esperaban los curiosos, al Gobierno de Italia, no se quejó de las penurias de la Iglesia; y cuando se refirió a la celebración usual de la ceremonia de canonización, que era antes en San Pedro, que la muchedumbre apegada a las prácticas de su fe visitaba en aquel instante mismo en procesión copiosa, no dijeron los labios del anciano más que estas dos palabras: *hodie prohibemur!* “Hoy se nos prohíbe”.

Acabada la misa solemnísima, recibió el Papa, en el altar de la Capilla del Sacramento, las cinco coronas de oro que le tendieron los cardenales *pro misa bene cantata*. Y el fatigado y benévolo hijo de Pedro se entró a reposar de aquel día memorable y triste, y la muchedumbre de damas y caballeros, ornados con ricas vestiduras, con mantos de colores, con bandas de órdenes, con uniformes recamados de oro, entráronse en los carruajes elegantes que en torno del Vaticano aguardaban a sus dueños, y fuéronse arrastrados por los briosos corceles, que respiraban con júbilo el aire cargado de luz de aquel día hermoso.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 29 de diciembre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

FRANCIA

Orador.—Historiador.—Dramaturgo.—Jules Claretie.—Camile Pelletan.—Renan.—Marco Aurelio y el siglo II.—Gambetta y Paul Bert.—*Le Petit Jacques*.

Nueva York, 10 de diciembre de 1881.

Señor Director:

Un nuevo orador, un nuevo drama, un nuevo libro. El orador se acaba de anunciar brillantemente: el drama arranca lágrimas: el libro cierra una serie que ha hecho época: Renan, Claretie y Pelletan no son, por cierto, nombres nuevos. A ellos cabe la honra reciente, porque de ellos ha sido el reciente trabajo. Alcanzar fama, no es más que el deber de mantenerse constantemente a su altura. Sólo los inútiles tienen el derecho de ser perezosos. El talento que se posee es una deuda que se ha de pagar: la anticipa el Creador y los hombres la cobran.

¿Quién no lee las cosas deleitosas que escribe Jules Claretie? ¿Qué revistas hay más áticas que las que él publica en *La Independencia Belga*? Hace amar lo que ama y pone de presente cosas antiguas y remotas. Es honrado, es ingenuo, es piadoso. No es grande, sino bueno. No tiene genio, sino ingenio. Con más móvil que Jules Janin, no tiene su hondo modo de ver. Capaz de rechazar, movido de impulso noble, o de sano instinto de verdadera belleza, todo lo que no es puro y bello, no hace por alcanzar, como alcanzó Sainte Beuve, aquellos altos dominios de la crítica, desde donde se ven las puertas del pensamiento, y el mar en donde paran. Es un guía, no es un juez. En la revista de sucesos, domina la gracia, la gracia culta, que consiste en la elegancia y armonía de los movimientos. En la Historia, sólo llega a la crónica calurosa, veraz, animada. En el teatro, sólo alcanza al drama. Las regiones trágicas, las regiones de síntesis, aquellas cumbres mentales en cuyas cimas se aduermen las nubes del cielo, y desde donde descienden el trueno y el rayo, no son sus regiones.—Las obras de Claretie son un paisaje de Watteau, no de Corot: cosa suave, coloreada, buena de ver, melodiosa, blanda. Pero no tiene las lugubreces del crepúsculo, las lejanías de la perspectiva, la onda de fuego en que el sol muere, la sombra habitada y palpitante, la hondura de la noche. De una novela de Jules Claretie se ha sacado el drama nuevo, el *Petit Jacques*, que ahora atrae a París al Ambigú, teatro un día de farsas y hoy de dramas. No es el Ambigú la casa real de la comedia, como la Comedia Francesa, ni su antesala, como el Odeón, donde prueban fuerzas y hacen ejercicios preliminares, actores y poetas.—Coquelin no recuerda allí a Molière; ni Got revive con *El abogado Pathelyn* la ruda y medulosa farsa aristofánica de la Edad Media; ni Mounet-Sully hace de galán violento; ni Delaunay, de voz meliflua y sonora, hace de poeta en la *Noche de octubre* de Alfred de Musset, a Mlle. Favart, que hizo de Musa.—El Ambigú es el teatro del drama de emociones, donde va el corazón a ser sacudido, y no la mente a ser regocijada. De pasiones vehementes, raptos fogosos, dolores espantables, contrastes vigorosos, y lengua encendida, han de estar hechos los dramas que el Ambigú ampare. Allí fue donde, entre

las convulsiones de una agonía tremenda, murió ante un público ávido el obrero ebrio de *L'Assommoir* de Emile Zola, que sin que esto sea juicio de toda su obra, que tiene de defectuosa lo que tiene de sistemática, y de loable lo que tiene de espontánea, es un libro sano, útil, premiable, porque saca a luz secretos hórridos, y señala, con habilidad de anatómico, las cuevillas imperceptibles donde nace y se desenvuelve el vicio moderno. No en nuestras tierras de América, que son honradas y nuevas, y no hechas a magnas vilezas, sino en aquellas ciudades de Europa de cuyos barrios bajos parece haber huido acosado por la miseria el amor casto, generador de bienes, debiera leerse ese libro, en la hez de esos barrios espumado, como guía y consejero de artesanos: —que no hay modo de detener al que corre ciegamente a un precipicio que desconoce, como llevarle al borde de la sima espantable, y ponerle el rostro a sus vapores, y decirle:—Mira! Eso es *L'Assommoir*, y por eso es sano: la pintura de la sima.

Viene a cuento esta memoria del libro, porque el que adaptó a la escena la novela de Zola, ha adaptado también la conmovedora novela, hasta hoy poco conocida, de Jules Claretie. Büsnach es el adaptador: él hizo comedia de *Nana*, lo que valió tanto como poner en drama un artículo de costumbres. Y es también de Büsnach, que conoce mucho de resortes del teatro, la adecuación a la escena francesa de *El testamento de Farlan*. El *Petit Jacques* es un Santiaguillo enteco, un niño de alma amante y cuerpo flojo, un hijo de albañil—que vive en su hijo. Pierre Girard no quiere el calor del sol, sino el de Santiaguillo. Por darle fuerza, y curarle de sus males, daría Girard la vida. A punto estuvo de darla: ese es el drama. En poder de un Laverdac, compañero de infancia del juez La Roseraie, hay un papel que comprometería, de ser sacado a luz, el porvenir del juez ambicioso. "Tened abierta esta noche la ventana de vuestro cuarto, que vuestra compañera de infancia quiere revelaros secretos graves": eso escribe La Roseraie al que tiene el documento acusador; enviando al joven caballero el recado como si fuese recado de su esposa. "Pierre Girard —dice alarmada la mujer de La Roseraie: tu hijo está enfermo: ¿quieres ganar algún dinero para él? Vuela a casa de Laverdac, dile que su vida corre peligro, dile que esté en acecho!" Girard vuela, que va a hacer un bien, y a ganar dineros que alivien la suerte de su Santiago. Llega, no le dejan entrar y lucha; un hombre, que acaba de herir mortalmente a Laverdac, sale huyendo; Girard se lanza a detenerlo. "¡Miserable!", exclama con tono singular el asesino, y lleno aún del vigor nervioso del crimen, echa al obrero en tierra y huye. La justicia viene: el muerto está allí: Girard, que es fiel, no quiere decir de qué le viene el dinero que se le halla encima. Protesta en vano: llora en vano: levántanse diligencias, y acusado de asesinato, y tenido por el asesino, va ante el Juez. ¡El Juez! ¡Girard ha oído otra vez la voz [del] Juez! Le ilumina idea súbita: saca un arma y se adelanta, como para herirlo, sobre el magistrado: "¡Miserable!", clama La Roseraie con aquel tono singular del día del crimen.—"¡Ah tú eres, tú eres!", dice Girard triunfante.

"Sí, yo soy, yo soy!"—murmuraba La Roseraie trémulo; "pero si callas que yo he sido, y mueres en silencio, yo haré rico a Santiago, curará, se hará fuerte, se hará dichoso! ¿Tú ves? Doscientos mil francos es gran suma? Pues muere en silencio, Pierre Girard: yo le daré 200 000 francos!"—Y allá va Pedro camino del patíbulo: pues ¿qué modo mejor de vivir para su hijo, que morir por él?—¡Oh, qué tenues luces interiores debieron venir a dar celestes tonos al rostro de aquel hombre rudo!—Mas ¿quién dirá la verdad? La Roseraie, que teme de su esposa, la ha hecho encerrar en un asilo de dementes: Hippolyte Louchon, vagabundo de teatros, cantante de suburbio, ruin perezoso, hecho a placeres bajos, cíngaro de ciudad, vio el crimen, y pudiera contarlo, pero La Roseraie lo ha hecho su mayordomo, que es puesto excelente, y ha abierto al bellaco su rica

tabaquera; de la que fuma Louchon con gran deleite: ¿quién dirá la verdad?—Louchon, el cómplice, porque callar un crimen es cometer otro, cuida de Santiago. El niño, que es de exquisita naturaleza, sueña de amores, porque padece de sueños. Llama a su padre, lo ve cubierto de cadenas, con el rostro hundido en las manos delgadas, con el cabello encanecido; lo ve andar, seguido de carceleros; lo ve a la cabeza del cortejo lúgubre; lo ve ya en el patíbulo: Louchon, que lo oye, lo acalla en vano, y queda trémulo, de modo que a poco no puede ya acallarse a sí. De grandes hielos cubrió la vida vagabunda el espíritu bueno de aquel hombre, pero la virtud, que es paloma que aletea siempre en el fondo del alma, mueve al cabo las alas, y rompe los hielos. Louchon, espantado, corre a la casa del Ministro de Justicia: cuenta el crimen; cuenta el martirio, y su vileza, y el milagro. A su Santiago vuelve Pedro, y al calabozo el juez malvado: ese es el drama. Lo que hay en él de maravilloso es lo que hay de cierto: el heroísmo de Pedro. Hubo hace quince años un mal hombre, un Doize, que puso en riesgo de morir, de un modo semejante, a una mujer inocente. El combate eterno puesto así de relieve, mueve a llanto los ojos: se augura éxito grande al *Petit Jacques*: hace llorar: llorar es bueno. Cuando no mueve a más, mueve a tener compasión de los que lloran. Hacer llorar es mejorar. Pero carece el drama, que es la hábil agrupación de hechos conmovedores y opuestos en torno a un acto heroico y admirable, de aquel perpetuo carácter de bondad que da a la obra dramática la expresión de un sentimiento perpetuo. Es preciso pintar lo constante, para alcanzar gloria constante. Prometeo estará siempre clavado a la roca; Harpagón apagará siempre, cuando vea dos luces encendidas, una de las luces; Hamlet se preguntará siempre, pálido de duda, qué es él y qué es la duda; Segismundo será siempre lo que es todo hombre—lobo domado. Tales dramas son los que viven, los que tienen esencia permanente. Y luego:—falta en esas combinaciones de hechos emocionales aquella majestuosa interdependencia, y aquella imponente sobriedad y aquel riguroso orden, que quiere la razón bien educada. Esa es la aristocracia de la razón: la lógica que no excluye la fantasía, porque la fantasía tiene su lógica, sino que le da bridas de seda y freno de oro. Para saber abandonarse, se necesita saber contenerse. Mas es una de las escuelas de los tiempos esa del melodrama, y puesto que ablanda corazones, en época en que tantas causas llevan a encenderlos, merece bien de la crítica, si no de la alta crítica literaria, esta sana escuela.

El libro último de Renan, aderezado de todas las galas del estilo, saca la mente de estos tiempos, y la lleva a aquellos en que andaban a la par en las calles de Roma, predicando los unos el deber por la razón, y los otros el deber por la fe, estoicos y cristianos. *Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo*: ese es el libro [de] Renan: séptimo y último volumen de su obra sobre *Los Orígenes... Los orígenes del cristianismo*. "Jesús—dice este libro—ocupará en la Historia humana espacio inmenso: continúa siendo el cristianismo el lecho de la gran corriente religiosa de la humanidad". Hay criaturas dotadas de un maravilloso don de posvisión y previsión, como hay otros para quienes lo pasado es piedra, y lo venidero sombra, y sólo lo presente es vida. Hay hombres que tienen la dote singular de reconstruir las épocas antiguas, y sacarlas a luz con su real aspecto, sus luchas verdaderas, sus detalles pintorescos, sus movimientos íntimos, sus fuerzas ocultas, que son siempre las fuerzas poderosas. El viejo sistema histórico juzgaba por los actos: el nuevo por las razones de los actos, y las pasiones de los actores. Y es ley que para saber el caudal del río, se vaya a su fuente. Aquel pío Emperador, gala de los hombres, que amó y obedeció aquellos preceptos que en su cama de paja y a la luz de una lámpara de barro escribió, mal abrigado en su vivienda húmeda, el esclavo Epicteto, está en el libro de Renan como fue en vida:

manso, profundo, amante justo, firme, grandioso. Allí está aquel hombre, envuelto ya en la aurora de la religión nueva, cumpliendo serenamente deberes que le amargan,—castigando amigos traidores, cuando él era perdonador,—peleando por Roma briosamente, cuando él era capitán mejor en paz que en guerra. Allí está, ya recibiendo lecciones de su maestro rústico; ya dirigiendo de lejos la campaña de los Partos; ya combatiendo faz a faz a los pueblos rebeldes del Danubio; ya escribiendo a la sombra de su tienda de campaña sus doce libros de honrados *Pensamientos*; ya compartiendo, como alma que no gozaba sino vertiéndose en otras almas, su carro de triunfo con sus dos hijas; o doliéndose, con honda amargura de los vicios que adormecían y envilecían a Roma; o apretando a su seno confiado a su esposa Faustina, que tenía aún la mano mordida de los besos frenéticos de los robustos gladiadores. Allí se ve aquella alma clara, serenamente triste, nutrida de la dolorosa fe estoica, que quería el cumplimiento enérgico del deber rudo, sin esperanza alguna en premio posterior, ni cielo premiador, ni ángeles buenos. Allí se ve la ciudad, como en tiempos del buen monarca estuvo, en manos de los filósofos, y poblada de ellos; se asiste a la mejora de las leyes, que nunca fueron más grandes que en el período de los Antoninos; se oyen por las calles las luchas de los sofistas y cristianos, de griegos y de sirios, de cínicos y extravagantes. Se escucha de unos que el imperio es de los filósofos extranjeros, y que está a punto de morir en manos de los pensadores ásperos, la blanda lengua latina. Óyese de otros que los cristianos, educando los hombres para el cielo, se los están robando a Roma. Asístese al libre ejercicio de los derechos humanos, y a la libérrima contienda: aconsejan los hijos de Jesús que se padezca sonriendo, como quien va por senda de espinas a jardín ameno de embriagadoras rosas: los de Epicteto mantienen que el deber sin esperanza de recompensa es más glorioso, y más segura la virtud que viene del testimonio de sí mismo, y no de fe cambiable o perecedera. El Emperador, dado a cultivar el deber, descuida las artes, y más que hombres agraciados y estatuas de mármol, quiere hombres buenos, inquebrantables como estatuas. Se ve en el libro de Renan aquella época de renuevo, aquel siglo laboriosísimo, aquel combate entre la escuela de la virtud laica, y la escuela de la virtud religiosa, aquella lid entre la razón y la maravilla, la ley desnuda y la ley ornada de manto de colores, el alma romana que va a encerrarse con las cenizas y huesos de su cuerpo en la urna de bronce, y el alma cristiana que vuela con las grandes alas blancas de los ángeles a perderse en espacios tibios, inacabables, gloriosos, nacarados, perfumados!

Se ven en la obra nueva los dominios que en el siglo segundo alcanzaba ya la cristiandad; se cuenta la delicadeza del dogma, las seducciones del culto, la victoria de la ley cristiana; la revolución social y política que originó la nueva ley, y el modo con que Marco Aurelio y en su siglo se fueron confundiendo el mundo griego y el mundo sirio, y fue absorbido el hombre del Lacio por el hombre de Judea. Vese en el libro cómo, ya para el siglo segundo, iban corridas las primeras estaciones de aquella vía de tiempos que había de acabar, como en término resplandeciente, en el Papado, y se asiste a la primitiva humildísima *Ecclesia,* que no conocía diferencia entre sus miembros, y a la elección de los *presbiteri*, que eran ya jefes, y a la creación de los *episcopi*, a quienes se dio el caudillaje de los presbiterios, y a la de un obispo superior, que fue el romano, con lo que quedó ya en el siglo segundo preparado el metal con que se forjó al cabo la corona de aquel que había de posar su divina sandalia sobre las coronas de todos los reyes de la tierra.—Todo eso está contado en lengua calurosa, con frase a la par alada, por la fantasía, y maciza, por el pensamiento. No estorban en el libro el juicio a la belleza ni la ciencia a la gracia. Y ya Renan anuncia la que estima que debió ser primera parte de su libro, y no emprendió por

parecerle de más urgente examen la segunda: la *Historia de los judíos*, donde serán explicadas las tribus, narradas sus discordias, confrontados sus méritos, anotadas sus transformaciones, ensalzados sus patriarcas, y analizado todo aquel proceso, que duró centurias, al cabo del cual vino a ser convertida la corona de relámpagos de Moisés en aquella de luz de estrella que ciñe los cabellos castaños del Hijo de Belén.

El orador nuevo es Pelletan—no aquel que "puso la mano sobre el corazón de la Francia y lo sintió latir", sino Camille Pelletan, con cuyo nombre han aparecido en *Le Rappel*, el activo periódico de combate, muchedumbre de artículos políticos señalados por su frase neta, aguda y justa, y por un vigor de hombre joven y pensador no probado que les daba realce y tono. Discutíase en la Cámara, y era por cierto un debate peligroso para el Ministerio de Gambetta, la política de Túnez, y se levantó a atacarla ese escritor juicioso, y diputado nuevo, que no había alzado hasta entonces su voz de neófito en aquellas bóvedas famosas, donde resuenan aún voces tan altas. Mas a poco se vio que las escaramuzas de la prensa habían hecho el brazo del nuevo guerrero a la formal batalla de la Cámara. No hay como pensar firmemente para hablar elocuentemente. Lo que está definido en el juicio, será de seguro bien puesto en los labios. Pronunciar discursos, por más que nazcan del calor del instante las palabras que dan molde a las ideas hirientes, es, más que decir lo que se está pensando, decir lo que se ha pensado. Pues ¿brotan acaso en la rama las frutas maduras? Brillante y elocuente fue el discurso de Pelletan, que con la Francia republicana ve el fortalecimiento de carácter de la nación, y su unión cordial con los pueblos de la tierra, y execra esa política enfermiza y avarienta de conquista que aqueja a los pueblos pobres, ambiciosos, corrompidos o ignorantes siervos de un monarca, o de su propia avaricia. Atacó la política del gobierno francés en Túnez, que cree desleal, dañosa a la patria, y preñada de amenazas para Francia. Era para el orador nuevo, como para Gambetta, que había de contestarle, día de prueba; para Gambetta, porque había de defender sin tibieza, por ser francesa, a la par que sin calor, por no ser la suya, la política del Ministerio que precedió al suyo; para Camille Pelletan, porque las Cámaras y la prensa, no revocan usualmente su primer veredicto. De caballero de palabra ganó fama el escritor en este primer encuentro; y confirmó Gambetta la que goza por hábil y por franco. Es la cuestión de Túnez para el gobierno de Francia como aquel picacho suizo a cuyo borde detuvo el cazador al Manfredo de Byron: no hay en su torno más que hondos abismos. Hay que tener el pie hecho a alturas para andar por ellas. Ni puede cejar Gambetta, por lo que importa a los destinos de la nación que se la tenga por fuerte y briosa, en la guerra emprendida; ni puede, por lo que la guerra tiene de excesiva, innecesaria y peligrosa, gustar de ella. Costeó diestramente, en la discusión de la nueva subvención de guerra, por estas honduras. Parece cosa fija que habrá de cambiarse, si no el empuje, que ya viene dado, el carácter de la invasión. Si algo tuvo la invasión de anexionista, ahora se quedará cuerdamente en invasión protectora. Luego de cometido un error irremediable, no queda sino cejar en él hasta donde el decoro dé permiso. Ni de hondísimo abismo puede salirse de un salto; sino cabalgando sobre breñas.—"¿No existe un tratado con Túnez?"—decía Gambetta, que arrancaba con cada una de sus frases, por lo diestras, difíciles de hallar e imprevistas, murmullos de asombro:—"pues la guerra se dirige a mantener el tratado que existe. ¿No nos da el tratado derecho a suprimir los abusos de la administración del Bey, por ser esa supresión tal que interesa a todas las naciones? Pues a eso va la guerra. Francia no quiere anexarse a Túnez, ni puede abandonarlo. La guerra iniciada continuará mas no con propósito de anexión, sino de protectorado. La anexión es

peligrosa: el abandono comprometería nuestro prestigio. Es la cuestión saber si deseamos, sin entrar a correr odiosas o fantásticas aventuras, tener una política extranjera. Pasemos a Argelia: ¿cómo hemos de descuidar nuestra influencia en Túnez? Se nos dice que no sólo a Túnez sino a Trípoli, dirige Francia sus ojos ambiciosos. ¡Oh, no! no es deseable tener a la Puerta por inmediato vecino! Cómo ajustaremos el protectorado de Francia, no lo sabemos aún, más no van más allá de ajustarlo las aspiraciones del gobierno". "Y si el caballero Perin"—dijo Gambetta en respuesta a un ataque de este Diputado republicano—"cree que Francia intenta repartir, como la Gran Bretaña, sus fuerzas por todas partes de la tierra, he de decirle que el gobierno de Francia sólo desea seguir una política francesa, y legar intacto a sus sucesores el patrimonio que de sus antecesores acaba de recibir. Francia no ha de seguir la política insular. Nuestra política es defensiva, no conquistadora; y de carácter nacional, atenta al desarrollo, y no a la merma, de los intereses del país". 400 diputados votaron con Gambetta: 52 contra él.

Un discurso ha venido a dar tamaños políticos a un diputado. La Cámara acaba de rechazar a otro diputado que se mostró pobre de tamaños en otro discurso. El caballero Amagat, que con olímpicos alardes, voz de batalla y trágicos arreos, libró quijotesco combate, entre las risas de la Cámara, contra el Ministro Ferry, en el caso de Túnez, ha visto su elección anulada, como la de otros en esta misma Cámara lo ha sido, por venir probado que debieron a influencias directas del clero su elección. Y esta es, junto con la revisión de la Constitución, que importa la creación de un Senado abiertamente republicano, la obra capital del nuevo Ministerio: no azotar al clero, sin nivelarlo a los tamaños de la común ciudadanía: no quitarle derechos, sino quitarle derechos especiales. "¿No veis",—dice Paul Bert",—"que en país donde, en uso de su razón, abrazan los hombres diversas religiones, todas las religiones han de estar por igual garantizadas? ¿No es Francia, desde tiempos remotos, hogar en que la fe rebelde y la fe leal se disputan en lucha reñida el predominio? ¿Cómo dar a uno todos los derechos? ¿Cómo negar a otros los derechos que damos a sus adversarios?" Y así Paul Bert se muestra, no el odiador airado que arremete ciegamente contra lo que odia, sino el pensador maduro que realiza con energía lo que ha venido meditando lentamente. No viene a sustituir un culto con otro, ni a favorecer ninguno, sino a mirar con ojos iguales a todos, por más que esto duela a los que han sido perpetuamente favorecidos. Así decía, al recibir en comisión oficial, a los empleados del Departamento de Cultos, de que es jefe: "El Ministro de Cultos no debe ser religioso, ni antirreligioso. La administración de este Departamento no tiene el derecho de mezclarse en los dogmas, ni juzgar de su verdad, ni condenarlos, ni profesarlos: su tarea es una mera tarea de policía, nacional, de vigilancia, de dirección, de cuidado, para que ningún derecho de corporación sea herido, ni lo sea en sus derechos el Estado. Existe el Concordato, y deben modificarse, como violadoras de él todas las leyes subrepticias y aisladas que han venido dulcificando sus prescripciones, aceptadas por la Iglesia: venimos a cumplir y a exigir el cumplimiento estricto del Concordato. Queremos amparar al clero en sus derechos, y librarle de los que quisieran arrebatárselos; pero no queremos que sea el clero un cuerpo nacional enfrente a la nación. Nos abstendremos, como pensadores, de toda violencia y de toda persecución raquítica y mezquina. Hablamos y obramos francamente. Queremos grandes cosas y no haremos pequeñas cosas. Cuanto se ha dicho de mí se evaporará: ni un reformador escandaloso y rudo, sino un hombre sencillo y enérgico, educado en el estudio de la ciencia y en el respeto de las leyes".

Ese es el programa de Paul Bert, y ese el de Gambetta, y a atacarlo se apresta Jules Simon, el filósofo amable, el escritor llano, el polemista vigoroso, el actual caudillo de la República

conservadora. Mas, ¿dónde va a traerla? Acontece en Francia con los periódicos una verdadera maravilla—y es que el periódico, que en otros países es una entidad moral, consistente, consecuente, que perece cuando perece la política esencial que lo origina, es en Francia una empresa mercantil, que alquila la fama de su nombre y sus facilidades de distribución a inquilinos que lo ocupan transitoriamente. Así, aquel *Gaulois* chispeante, donde todo escándalo tenía casa, y todo ataque a la República hallaba eco y aplauso, va a ser ahora, en manos de Jules Simon, un periódico republicano; principalmente nacido a defender la política de unión estrecha con la Iglesia. Muy católico y muy realista era el *Gaulois*, y en verdad que no le sentaba mal el nombre, porque de vez en cuando resplandecía en él aquel viejo y maligno chiste galo. En vez de aquellas historias anecdóticas, de aquellas ásperas y descorteses censuras de Emilio Zola, que eran antes los editoriales del periódico, brillarán ahora en sus columnas la verba fluida, penetrante y clara de Jules Simon, y los argumentos de Barbou, Lamy y Laverciére, que están en favor de la concesión de derechos de preferencia al clero. A nadie se oculta que viviendo en guerra el Senado y la Cámara de Diputados no ha de andar bien la República; y de ser el Senado como es, reacio a las reformas de que el país se ha declarado por las elecciones partidario, habrá de vivir siempre en guerra con la Cámara. Por eso quiere Gambetta, y con él la Cámara de Diputados, la revisión de la Constitución, que ha de hacerse por los dos cuerpos legisladores reunidos, y consistirá en hacer de modo que las ciudades estén más directamente representadas que como hoy están en el Senado y en privar al alto cuerpo de la prerrogativa de enmendar los acuerdos de apropiación de dinero que tome la Cámara. Contra esta revisión se alza el *Gaulois*. La ley eclesiástica en Francia es el Concordato, y a cumplirlo quiere limitarse la República liberal. Pero Jules Simon quiere algo más que la observancia del Concordato: quiere el predominio del clero católico. De una parte, Paul Bert llama a sí, como su secretario, al caballero Quilly, sacerdote cismático, vicario un tiempo del Padre Jacinto: del otro, el diario alegre y batallador, que no dejaba antifaz de dama sin levantar, ni hazaña de teatro sin publicar, ni desván de actriz a la moda sin huronear, ni cuadro sin juicio, ni libro bueno sin anuncio, ni personaje ilustre sin entrevista,—publica ahora que Jules Simon, el republicano sin tacha y sin miedo, abre campaña desde sus columnas contra toda modificación del Senado, y toda merma de las inmunidades que hasta hoy ha venido gozando el clero católico. En Roma se atan a la vez los hilos de la política francesa, y es anunciada la intención del Pontífice de permanecer en amistad con el gobierno de Francia, en tanto que no sea su labor, labor de agresión marcada al clero. Y como el cardenal Guibert, que es arzobispo de París, y otros prelados franceses, fueron a Roma, a hacer séquito en las ceremonias de canonización, platican de las cosas religiosas de Francia los prelados con el Cardenal Jacobini, el activo y brioso secretario del Pontífice.

Un príncipe herido; un periódico nuevo; un canal a través de Francia; nuevos triunfos de los republicanos en elecciones suplementarias. *Le Jour et la Nuit*, opereta de Lecocq, de argumento portugués; *Odette* el drama nuevo de Sardou; victoria republicana en la elección de compromisarios que han de elegir en enero a los nuevos senadores; honores al anciano Aníbal Hanlin, benemérito hombre [de] Estado de Norteamérica que va a representar a su nación en España: he ahí, en junto, átomos brillantes de la quincena. El príncipe herido es Murat, y el heridor el barón Vaux, autor de un artículo agresivo, en el *Triboulet*, periódico legitimista, que escribe con dardos y látigos: grave fue la herida que recibió el príncipe en el duelo. El periódico nuevo que se publicará en Marsella desde enero, y apoyará a la República liberal, tiene hermosísimo nombre: *El Mirabeau*. El canal proyectado será tal que traiga a unirse, a través de las tierras, fértiles en ricos viñedos y campesinas de ojos negros, del Mediodía de Francia, el majestuoso Océano Atlántico y el Mediterráneo turbulento.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 30 de diciembre de 1881.
[Mf. en CEM]

NOTAS FINALES

CONQUISTAS FRANCESAS EN EL NORTE DE ÁFRICA. Desde los tiempos napoleónicos, Francia se interesó por el norte del continente. En 1830 sus tropas desembarcaron en las tierras del bey de Argel, entonces bajo soberanía turca, aunque con un alto grado de autonomía gubernamental. El pretexto para la invasión armada fueron las deudas financieras argelinas, aumentadas por la disminución de la piratería y la concentración del comercio en manos de casas europeas. Bajo el reinado de Carlos X, los franceses desembarcaron el 14 de junio de ese año y el 5 de julio el bey capituló y marchó al exilio. La resistencia se prolongó durante los decenios siguientes dirigida por el emir Abdel Kader, pero poco a poco se afianzó el dominio colonial hacia el interior del país, cuyo territorio quedó en su casi totalidad bajo la jurisdicción francesa hacia 1871, aunque todavía en 1890 se estaba extendiendo hacia el Sahara. La metrópoli impulsó el poblamiento con franceses, que pasaban de trescientos mil a finales del siglo XIX, y el despojo de las tierras fértiles en manos de los campesinos árabes. Tal dominación en Argelia alentaba los apetitos expansionistas hacia Túnez, cuyo gobierno dependía del Imperio otomano, aunque desde 1871 había obtenido un alto grado de autonomía. Durante los decenios de los 50 a los 80, los soberanos tunecinos lograron mantener cierto equilibrio entre los intereses de Francia, Gran Bretaña e Italia, manifestado en el triple control establecido por los tres Estados europeos en 1869 mediante la Comisión Financiera Internacional, ante la crisis financiera tunecina y sus fuertes deudas con esos países europeos, especialmente con Francia. Cuando la balanza parecía inclinarse hacia los italianos por la compra de la compañía Rubattino del único ferrocarril, hasta entonces en poder de los británicos, Francia buscó la manera de apoderarse de Túnez, con el apoyo secreto de Gran Bretaña y Alemania durante la Conferencia de Berlín, en 1878. Los ataques a los colonos de Argelia desde Túnez por parte de las tribus krumirs, fueron el pretexto empleado por la república francesa durante la presidencia de Jules Grévy para solicitar permiso al bey tunecino, Mahomet-Es-Sadok, para que sus tropas cruzasen la frontera y atacasen a aquellas tribus insurgentes. Sin embargo, el ejército francés desembarcado por Bizerta al mando del general Brèart, se dirigió hacia la capital y obligó al bey a firmar el Tratado de Bardo, el 12 de mayo de 1881 con Théodore-Justin Roustan, el cónsul francés. El Tratado establecía que la ocupación militar sería temporal y cesaría cuando fuera evidente que la administración tunecina era capaz de restablecer la ley y el orden, y fijaba que el bey y su familia quedaban bajo la protección de Francia, que manejaría las relaciones exteriores y las finanzas. En consecuencia, en 1882 se nombró a Paul Cambon ministro residente en Túnez, quien negoció el término de la Comisión Financiera tripartita. El 8 de junio de 1883, muerto el bey anterior, su sucesor, Alí Bey, firmó la convención de Marsa, que creaba definitivamente el protectorado francés sobre el país norafricano.

EXPOLIACIÓN COMERCIAL COLONIALISTA. Tras la Guerra de los Diez Años, y ante el progresivo avance de Estados Unidos en el intercambio comercial con la Isla y la escasa importancia del mercado peninsular para las fundamentales producciones de Cuba, el gobierno español creó

un sistema que tendía marcadamente a favorecer las importaciones desde la Península con fines de favorecer a los sectores industriales que tradicionalmente hegemonizaron el comercio de la Isla, al igual que a la marina española, y mantener a la colonia como una fuente importante de ingresos para el fisco del estado monárquico. Este sistema de explotación colonial se asentó en la Ley de Cabotaje del 30 de junio de 1882 para Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Según ella los productos de las colonias se podían vender libres de derechos en todos los puertos españoles, con la excepción de varios productos (entre ellos, el azúcar, el tabaco y el aguardiente, principales producciones cubanas) que pagarían derechos progresivos hasta ser eliminados en 1892. La Ley del 20 de julio del mismo año (Reglas para la exportación de España a las colonias) mantenía similar espíritu proteccionista para la industria peninsular, a la que establecía derechos especiales para compensar la rebaja de las tarifas de las producciones coloniales, y establecía dos columnas para el traslado de las mercancías: la general (en barcos españoles) y la de bandera extranjera. Este sistema, que se mantuvo inalterable hasta el fin de la dominación hispana, gravaba los productos transportados en barcos extranjeros y desde puertos extranjeros. Así la combinación de los aranceles y del derecho de banderas gravaban la entrada de las principales producciones cubanas (azúcar y tabaco) en la metrópoli y dificultaban su envío al mercado norteamericano, al tiempo que favorecían la importación de productos españoles y protegían a la marina española. Los críticos de este sistema comercial expusieron repetidas veces el ejemplo de que la harina importada directamente desde Nueva York en barcos de bandera estadounidense salía mucho más cara que la misma harina transportada desde aquella ciudad hasta España y desde allá hasta Cuba en barcos españoles. En 1892, una nueva ley declaró protegidas todas las industrias de España y sus colonias, sin variar el régimen arancelario anterior ni el derecho de bandera.

CANAL DE PANAMÁ. Canal que atraviesa el istmo de ese nombre y que pone en comunicación los océanos Atlántico y Pacífico, a través del territorio de la República de Panamá. La idea de su construcción es muy antigua, pues ya los primeros exploradores españoles buscaron afanosamente un paso entre el océano Atlántico y los mares orientales del Asia. Inaugurado el canal de Suez en 1869, se pensó seriamente en construir el de Panamá. Se formó una poderosa compañía financiera en Francia la cual escogió a Fernando de Lesseps, el constructor del canal de Suez, como ingeniero, y aquella adquirió el ferrocarril Colón-Panamá y dio comienzo a las obras. Las fiebres, el clima y la contextura geológica del país, por una parte, y, por la otra, la inmoralidad de algunos dirigentes de la compañía, llevaron a esta a la quiebra, fallando igualmente los propósitos de una nueva compañía creada al efecto para la apertura del Canal. Todavía hasta el decenio de los ochenta se analizaba la factibilidad de construir el canal por Nicaragua, y hasta se firmaron convenios al efecto entre ese país centroamericano y compañías norteamericanas. En dieciocho de los Estados Unidos se decidió emprender la obra por su cuenta, para lo cual firmó con Colombia pues Panamá era entonces una provincia colombiana el Tratado. Ante la negativa colombiana a admitir las condiciones norteamericanas, el gobierno del Norte apoyó la secesión del istmo, y en noviembre de 1903, Panamá se declaró república independiente, cuyo primer acto fue ceder a Estados Unidos todos los derechos de la construcción. Las obras se reiniciaron en 1904 bajo la dirección del

coronel de ingenieros W. Goethals y fueron concluidas en 1914. Desde entonces el canal ha sido fuente de conflicto permanente entre Estados Unidos y Panamá, país que ha intervenido militarmente en varias ocasiones y que administró la vía e instaló numerosas bases militares en la zona. Por los Tratados Torrijos-Carter de 1977, el canal pasó definitivamente a manos panameñas en 1999.

GUZMÁN BLANCO, ANTONIO (1829-1899). Militar y político venezolano, presidente de la República (1870-1877; 1879-1884; 1886-1887). Nació en Caracas el 28 de febrero de 1829. Se graduó como abogado en la Universidad de Caracas (14 de abril de 1856) y al año siguiente pasó a ser cónsul en las ciudades estadounidenses de Filadelfia (julio) y de Nueva York (octubre). Regresó al país en 1858, pero el presidente Julián Castro lo expulsó a las Antillas (8 de enero de 1859), donde se sumó a la revolución de Juan Crisóstomo Falcón y Ezequiel Zamora. Desembarcó con Falcón en Palmasola (24 de julio de 1859) y se convirtió en figura clave de la federación, desempeñando varios ministerios, delegaciones diplomáticas y la vicepresidencia de la República. Tras el retorno de José Tadeo Monagas al poder, Guzmán inició en Curazao su propia revolución y desembarcó en Curamichate el 14 de febrero de 1870. Una campaña fulgurante lo llevó hasta Caracas (27 de abril). Fue presidente provisional hasta que empezó el período constitucional (20 de febrero de 1873) que culminó el 20 de febrero de 1877 (este primer mandato de Guzmán pasó a conocerse como el Septenio). El Congreso le confirió el título de "Ilustre Americano, regenerador de Venezuela". Al triunfar la denominada Revolución Reivindicadora, regresó desde París y asumió la Dirección Suprema (25 de febrero de 1879). De presidente provisional (27 de abril), pasó a ser presidente constitucional por un período de dos años. Reelegido por dos años más, gobernó hasta el 27 de marzo de 1884 (período conocido como el Quinquenio). El tercer período de Guzmán, denominado de la Aclamación (1886-1888), no concluyó, ya que Guzmán, hastiado de gobernar, marchó nuevamente a París (8 de agosto de 1887). Guzmán modernizó gran parte del país, con edificaciones según el estilo parisino. Ordenó la creación del Panteón Nacional (1874-1875), mandó erigir el Capitolio Federal (1873-1877), decretó el Himno Nacional (1881), inauguró la era de los ferrocarriles, instaló los primeros teléfonos, impulsó la educación mediante el Decreto de Instrucción Primaria Pública y Obligatoria (27 de junio de 1879) y la creación de carreteras, acueductos, y otras obras públicas:

REBELIÓN NACIONALISTA EN EGIPTO. La construcción del canal de Suez en 1869, aumentó la importancia geoestratégica de Egipto en las rivalidades internacionales entre las grandes potencias europeas. Formalmente bajo el dominio turco, el gobierno del jedive Ismail Bajá actuó en medio de las rivalidades anglo-francesas, pero desde 1875 el endeudamiento con los prestamistas europeos lo fue conduciendo a las manos de los británicos, quienes aceptaron la idea francesa de crear una caja de la deuda que dirigiese las finanzas egipcias, lo cual culminó con la entrega del Ministerio de Finanzas a un ciudadano británico. En 1879 el jedive intentó sacudirse ese dominio, pero las dos potencias europeas con el apoyo otomano, lo obligaron a abdicar en favor de su hijo Tewfik. Este afrontó una sublevación militar nacionalista en El Cairo el 9 de septiembre de 1881 que lo llevó a nombrar ministro de la Guerra el 26 de diciembre al coronel Arabi Bajá, cabeza de los insurgentes inspirados en las ideas del

panislamismo. También en el Sudán ocupado por Egipto tenía lugar desde finales de 1881 la rebelión popular y religiosa del Mahdi, que de hecho mantuvo la independencia sudanesa hasta 1898. A propuesta de Francia se efectuó una reunión en Constantinopla, en la que se acordó que ninguna potencia podría intervenir aisladamente en Egipto, lo cual fue aceptado por Gran Bretaña con la reserva de que lo haría si la obligaba un caso de fuerza mayor. Este fue un motín en Alejandría que causó la muerte de unos sesenta europeos, por lo que la Conferencia de Constantinopla decidió encargar a Turquía la tarea de restablecer el orden, asumida por Gran Bretaña, que envió un ultimátum a Arabi y desembarcó sus tropas. Esa intervención derrotó a Arabi en Tell el Kebir y convirtió a Egipto en una dependencia colonial británica hasta 1922.

ÍNDICE GENERAL

1881. Escenas europeas

La Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí (1853-1895) recoge sus manuscritos e impresos conocidos hasta hoy: proclamas, discursos, manifiestos, comunicaciones, dedicatorias, cartas, correspondencias periodísticas, crónicas, artículos, ensayos, narraciones, obras de teatro, poemas, semblanzas biográficas, traducciones, dibujos, borradores, fragmentos de escritos y cuadernos de apuntes.

El contenido de los tomos se ha ordenado y combinado por fechas, temas y géneros, apreciando tanto la evolución y línea del pensamiento martiano como el paralelismo de su accionar político, periodístico y literario, simultaneidad que empieza a manifestarse a partir de los años 1875-1876, para intensificarse posteriormente. Organizar cronológicamente los textos nos permite observar esa evolución del pensamiento martiano, pero —a su vez— separa en diferentes tomos grupos de textos que habitualmente (y por deseo expreso del autor en su carta devenida testamento literario) se han presentado juntos, como ocurre con las Escenas norteamericanas y las Escenas europeas.

La confrontación de los textos con sus originales —o variantes de estos— ha conllevado a la natural rectificación de erratas, así como la fijación del texto más permisible. Los escritos de época han suscitado convenciones editoriales, atendiendo a los modernismos en la ortografía y el lenguaje. La peculiar puntuación martiana ha sufrido modificaciones imprescindibles, pero siempre respetando la intencionalidad del autor.

Estas *Obras completas* son fruto de la colaboración de investigadores y editores del Centro de Estudios Martianos, expertos conocedores de la obra y de la caligrafía de Martí, estudiosos de la obra martiana en el mundo y numerosas instituciones, que han convertido esta "obra" en reflejo de la sentencia que incluyó Juan Marinello, en 1963, en su prólogo a la edición de las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba: "Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido".